

Charly Ca

“El amor es como las mariposas,
si no lo persigues acaba volviendo a ti”

*Quiero
respirar*

A small, vibrant blue butterfly with black markings on its wings is perched on the hand of the woman in the image. The butterfly is positioned near the text 'respirar'.

QUIERO RESPIRAR

Chary Ca

Título: Quiero Respirar

©Chary Ca

Primera edición : Noviembre 2014

Obra registrada en Safe Creative

Código : 1407041380266

Licencia : Todos los derechos reservados

Diseño portada: ©Alicia Vivancos

Maquetación : ©Marissa Cazpri

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Para mis niñas, vosotras sois mi mejor obra.

Os quiero.

1.

Domingo, 10 de febrero de 2013.

El ruido del despertador empezó a martillearle la cabeza. Sabía que la fiesta de anoche le pasaría factura, sus amigas eran tremendas y últimamente sus salidas eran un auténtico desfase.

Sonrió acordándose de ellas y se fue hacia la ducha, le vendría bien el agua y un café cargado, el día de hoy sería duro, los turnos de veinticuatro horas en las urgencias de un hospital siempre lo eran.

Bajó al garaje para coger su coche, un Mini blanco al que le tenía mucho cariño, fue lo único de lo que se negó a deshacerse después de que Nando le rompiera el corazón a pedazos. Tenía gracia, él que era cirujano cardiovascular y se ganaba la vida arreglando corazones, había destrozado el suyo de tal manera que Mandy no sabía lo que iba a tardar en recuperarse.

De momento, pillarlo con su residente en su despacho era una imagen que no podía olvidar, y por ello había decidido que no quería saber nada de hombres. Se centraría en su carrera y se divertiría con sus amigas.

Ese mismo día había cogido todas sus pertenencias y había abandonado su fabuloso ático en la ciudad de las ciencias para volver a su pisito de soltera. Afortunadamente, no le había hecho caso cuando él insistió en que lo vendiera y lo había conservado. Su amiga Julia se lo recomendó... Ella y su idea de los hombres. Sonrió al recordarla.

Mandy lo estaba pasando muy mal. Se había colado por él como una tonta en su primer año de residente. Tan solo tenía veinticinco años y muy pocas experiencias amorosas, para ella su carrera había sido su mayor prioridad.

Desde muy pequeña la medicina, sin saber por qué, había formado parte de ella.

Nando era ocho años mayor que ella y acababa de ascender, convirtiéndose en adjunto del doctor Méndez, cirujano cardiovascular, justo el año en que ella comenzaba su primer año de residente.

Era un hombre de pelo negro y ojos a mitad de camino entre marrones y verdes. De esos ojos que cuando te miran, tu corazón se detiene y solo cuando te habla vuelve a ponerse en funcionamiento.

Todo el hospital bebía los vientos por él, pero Nando se había fijado en la nueva residente, con su aire despistado, su timidez y esa ternura que la envolvía, que hacían de Mandy un ser angelical. Ella era una chica de estatura mediana, pelo largo y castaño, ojos color chocolate y una figura delgada que por genética había heredado de su madre, pues no hacía mucho para cuidarla.

Se habían conocido hacía cinco años y todo había ido muy deprisa, en menos de seis meses estaban viviendo juntos.

El pitido de un coche le sacó de sus pensamientos, sacudió la cabeza, se centró en el tráfico y comenzó a cantar esa canción que tanto le gustaba: *Amiga mía, princesa de un cuento infinito, Amiga mía...* Alejandro Sanz, uno de sus cantantes favoritos.

Llegando a su plaza de aparcamiento del hospital empezaron a sonar las campanitas dentro de su bolso. Por lo visto, las locas de sus amigas se habían despertado y estaban poniéndose al día de lo acontecido la noche anterior.

Sacó el móvil del bolso y se quedó alucinada cuando vió los ochenta y nueve WhatsApp que tenía sin leer en el grupo de las *SEX*. Hay que ver cómo les cundía. Pero ellas y sus locuras estaban siendo el bálsamo para curar y cicatrizar sus heridas.

De camino al ascensor fue leyendo y riendo de todas las burradas y fotos que habían puesto. Al entrar en él, no se dio ni cuenta de que Nando estaba allí, imponente con ese aroma varonil característico. Fue justo al sentir su fragancia cuando levanto los ojos de la pantalla del móvil y en ese instante chocaron de lleno, con esos ojos penetrantes. Aún le seguían afectando tanto como el primer día. Necesitaba olvidarlo, que dejara de afectarle... Pero trabajando en el mismo hospital la verdad iba a ser muy difícil.

—Buenos días, Mandy.

—Buenos días —contestó con un hilo de voz y mordiéndose la lengua para no decirle que, desde luego, su día había dejado de ser bueno en ese mismo momento.

El silencio se hizo en el ascensor, Mandy rezaba para que el maldito trasto subiera lo más aprisa posible y poder alejarse de ese aroma que tantos malos y buenos recuerdos le traía.

Justo cuando las puertas se abrieron en su piso, Nando la cogió del brazo evitando que ella saliera.

—Mandy, tenemos que hablar, yo te sigo queriendo, déjame volverte a conquistar, deja que todo vuelva a ser como antes.

—¡Suéltame! No vuelvas a poner tu mano sobre mí y no vuelvas a pedirme una oportunidad. Sabes muy bien que aquel día todo acabó —dijo ella con toda la fuerza y la ira que fue capaz de acumular—. Adiós, Nando.

Y salió del ascensor sin saber cómo, pues aún le temblaban las piernas y su brazo ardía solo con su contacto. Pero, ¿cómo podía ser tan tonta después de lo que le hizo? —pensaba ella. Definitivamente, como Julia decía, tendría que sacar ese clavo con otro clavo.

Todo lo rápido que pudo llegó hasta su consulta, José la estaba ya esperando. Este enfermero parecía que vivía allí, nunca conseguía llegar antes que él.

—Buenos días mi niña, traes una cara como de haber visto al mismísimo fantasma de la ópera.

—Algo así José —contestó ella—. ¿Cómo se presenta el día?

—Bueno... hay de todo pero es temprano, a lo largo del sábado se nos irá poniendo el chiringuito como si regaláramos patatas, mi niña.

Le pasó los historiales y se dirigió a llamar al primer paciente mientras Mandy respiraba e intentaba quitarse de la cabeza la imagen de Nando y sus palabras.

El día transcurrió tranquilo con algún caso grave durante la jornada. A las diez de la noche estaba cenando en el hospital mientras enviaba WhatsApp a sus amigas. Ahora que la cosa estaba sosegada aprovecharía para descansar un rato, en urgencias nunca se sabía que podía suceder.

Camino a la sala de descanso no pudo evitar mirar hacia el despacho de Nando, vinieron a su mente las imágenes de ese fatídico día de hace escasamente un mes.

Era principios de Enero. Su amiga Ro, que trabajaba en una agencia de viajes, la había convencido para que reservara en Altea-Alicante una habitación en el hotel Spa *VILLA GADEA*.

Cuando saliera de la guardia recogería a Nando y se irían juntos hacia Altea. Él pensaba que irían a celebrar una comida de cumpleaños con sus padres. Por eso aprovechó un parón en la sala de urgencias para ir a descansar, tenía que reponer fuerzas para la gran noche que le esperaba con su amor. Decidió que descansaría en el despacho de Nando.

Cuando abrió la puerta del despacho se quedó petrificada, el corazón se le rompió en mil pedazos de golpe y sus pulmones se negaban a recibir aire para respirar.

Allí frente a sus ojos estaba su Nando follando a la residente, el mismo que esa mañana le había hecho el amor y le había susurrado al oído que ella era la razón de su existencia.

¡Menudo cabrón! Lo acababa de pillar follando duro con esa niñata residente que se estaba cepillando a medio hospital.

El ruido de su móvil al caer al suelo hizo que Nando se percatara de su presencia. Como pudo se apartó de la residente y se subió los pantalones. Para entonces, Mandy había podido hacer llegar aire a sus pulmones y había dado la orden correcta a sus piernas para poder salir corriendo de ese lugar. Justo al salir se tropezó con Andrés, su residente de segundo año, que la cogió antes de que ella cayera al suelo.

—Jefa, ¿qué pasa? ¿De qué huyes así?

En ese momento Nando los había alcanzado ya.

—Mandy por favor, deja que hablemos.

Ella miró a Andrés y le dijo con la voz más templada que fue capaz de conseguir.

—Dile que no quiero saber nada de él.

Y dicho esto se dirigió hacia la cafetería. Estaba tomando un poleo—menta para aplacar las náuseas que le estaban dando con solo pensar en lo que

acababa de presenciar, cuando llegó de nuevo Andrés.

—Jefa me dio esto para ti, se te cayó en la huida, ¿quieres hablar?

—No Andrés, gracias. Estoy mejor, déjalo, hay que seguir trabajando.

Acabó la guardia lo más dignamente de lo que fue capaz, en algún momento, los ojos se le llenaban de lágrimas y la rabia la comía por dentro, pero sus niños eran lo primero y por ellos fue capaz de aguantar el tipo hasta el final.

A las nueve de la mañana salió del hospital y no sabía a dónde ir ni qué hacer. Solo tenía una cosa clara, no volvería a vivir con él

Se quedó pensando donde podría ir...

Sin darse cuenta estaba en la puerta de casa de Patricia.

Sabía que su amiga madrugaba y su novio ese fin de semana estaba en una convención de Karatecas, por lo tanto estaría sola.

A casa de Ro no podía ir pues era sábado y estaría con Alberto y con la niña disfrutando de su fin de semana. A Julia ni de coña, seguro que estaba aún en la cama con el pibonazo de turno que se hubiera tirado la noche anterior.

Pat estaba desayunando tranquila y disfrutando la nueva trilogía erótica que estaban leyendo todas a la vez. Les gustaba tener su propio club de lectura y leer juntas la misma novela. Luego comentaban y babeaban con el impresionante protagonista que salía en ellas.

Pulsó el timbre. Pat abrió y vio a Mandy con la cara desencajada y los ojos rojos de tanto llorar. Soltó un grito ahogado y abrazándola la metió para dentro.

La llevó hasta el comedor y la hizo sentar en el sofá.

—Mandy, perla, ¿qué pasó? ¿Qué te ocurre?

Ella no podía contestar, estuvo llorando sin poder articular palabra. Pasado un rato por fin respiró hondo y dijo en voz alta la temida frase.

—ACABO DE PILLAR AL CABRÓN DE NANDO FOLLÁNDOSE CONTRA LA PARED A LA RESIDENTE.

Decir esa frase en alto fue como si el filo de un cuchillo le cortara las entrañas.

—¡Joder con el cabrón! —dijo Pat—. Pero tú no te preocupes corazón, todo se va a solucionar.

Inmediatamente puso un mensaje en las *SEX* para una terapia urgente de tequila, eso era justo lo que necesitaba Mandy. Así era como las chicas combatían sus heridas de guerra.

A la media hora Ro se presentó en casa de Pat, por suerte Alberto no trabajaba los sábados y se había podido quedar con Aitana, su niña de tres años que estaba un poco pachuchilla.

A los diez minutos sonó el timbre de nuevo y apareció Julia con su melena rubia, larga, ondulada y sus piernas de vértigo.

—Vamos a ver, qué coño es tan urgente para que tuviera que tirar de mi cama al pibón del stripper que me puso anoche mirando a Cuenca.

—¡Joder, Julia! Córdate un poco guapa —la amonestó Pat.

Cuando Julia entró al comedor y observo la estampa que había delante se quedó alucinada, allí estaba Pat con cara de pocos amigos. Ro estaba sentada al lado de una Mandy que tenía cara de haber estado llorando doce días seguidos.

—Pero... ¿qué coño pasa? —dijo Julia.

—Pues la versión breve es que Mandy ha pillado al hijo de puta de Nando follando con su residente —dijo Ro.

—¡Cabrón! ¡La madre que lo parió! Te lo dije Mandy... Te dije que ese tío no era trigo limpio. Y tú vas y te enamoras de él como una boba...

—¡Joder! Ya vale Julia... Podrías ser un poco más sutil y tener más empatía. —dijo Pat ya cabreada y hasta los cojones de Julia y sus comentarios fuera de tono.

—Chicas no peleéis...—pidió Mandy.

La verdad no sabía cómo podían ser tan amigas siendo tan diferentes. Pat era todo amor, creía en la pareja y en el sexo en la pareja, en los finales felices.

Ro vivía en su mundo ideal con su marido perfecto y siempre sacando el

lado positivo de las cosas. Y Julia era Julia, una devora-hombres que pensaba que éstos estaban en el mundo para usarlos y tirarlos, y que el amor era una gilipollez que se habían inventado para llegar al sexo. Ella era más directa y siempre cogía un atajo.

Pero lo cierto es que desde el día que se conocieron en la clase de baile, hacía ya diez años, se habían vuelto inseparables.

Por aquel entonces, Julia impartía clases de baile en el pub *EL PATIO*. Ro y Pat iban a las clases y, el entonces folla-amigo de Julia, era el compañero de facultad de Mandy, por lo que la animó a apuntarse. Y fue allí donde, además de aprender a bailar el tango y el chachachá, se fue fraguando una amistad que había traspasado límites. Hoy eran como una pequeña familia que se ayudaban y protegían. Mandy estaba orgullosa de cada una de sus amigas y sin ellas ya nada sería lo mismo. Porque aunque se enfadaban y discutían por su diversidad de caracteres, siempre acababan abrazándose y haciendo las paces.

—¿Y qué piensas hacer? —le preguntó Ro.

—¿Cómo que qué piensa hacer? Cortarle los huevos lo primero... Y después ya que le pregunte por qué.

Todas rieron con la sugerencia de Julia, estuvieron de acuerdo que había llegado el momento TERAPIA TEQUILA.

Después de beber cuatro tequilas, Mandy estaba mejor, les dijo a sus amigas que ese mismo día cogería sus cosas del ático de Nando y se mudaría a su antiguo piso.

—¡Esa es mi guerrera! —gritó Julia, y siguieron riendo y bebiendo...

Daniel acababa de acostar a Hugo, no había pasado un buen día, estaba muy resfriado y le costaba respirar.

Abrió una cerveza y se sentó en el sofá. Dio un sorbo mientras pensaba en cómo se le había complicado la vida.

Él era un policía nacional, le encantaba su trabajo. Desde siempre quiso ser

policía, había trabajado muy duro para superar las pruebas de acceso y conseguir su plaza como policía nacional.

Él y su hermano estaban muy unidos, tenían las mismas pasiones; ser policías, las motos y las mujeres. Bueno, lo cierto es que a su hermano lo engancharon bien enganchado y desde que se había casado y tenido a Hugo, las motos y las mujeres habían pasado a un segundo plano.

En Agosto haría un año de la tragedia. Todo cambió cuando estaban en una redada para conseguir detener a unos traficantes de droga en la costa alicantina. Su vida se había transformado para siempre cuando les tendieron una emboscada en la que su hermano había resultado muerto y su cuñada herida de gravedad. Por eso, mientras la madre de Hugo siguiera en coma, Daniel había tenido que hacerse cargo del petardo de su sobrino.

No entraba en sus planes cuidar de un niño de siete años, pero no tenía otro remedio. Ese niño era su familia, su debilidad y lo único que le quedaba.

Por suerte su vecina Antonia, una señora mayor, viuda y muy amante de los niños, le ayudaba con Hugo cuando él estaba de servicio.

Llevaba seis meses sin echar un polvo. Solo trabaja y cuidaba del niño y la verdad, tendría que poner remedio a eso, pues él era un hombre sexualmente muy activo y tanta inactividad lo estaba matando.

Esa noche, Mandy estaba de guardia. Ésta estaba resultando ser tranquila, por lo que estaba descansando un poco y leyendo una de sus novelas cuando José la llamó al móvil.

—Dime —contestó Mandy a la llamada.

—¡Mi niña, corre! Tenemos una urgencia muy grave, un niño de siete años que boquea como un pez.

—¿Le has puesto el pulsioxímetro?

—Se lo ha puesto Andrés. No cogía señal, no debe llegar al ochenta por ciento, no me gusta nada el color que tiene... ¡¡¡corre!!!

Mandy corrió por todo el pabellón del hospital como alma que lleva el diablo. Cuando llegó, el panorama era horrible: el niño estaba de color gris, no le llegaba el oxígeno a los pulmones, tenía una saturación del noventa y nueve por ciento y su residente Andrés ya le había puesto una nebulización de

Salbutamol con oxígeno.

—¡No aguantará, Andrés! ¡Ya no tiene casi esfuerzo respiratorio!

—¡Rápido! —gritó Mandy— ¡Tenemos que intubar!

Con los nervios de acero que en esos momentos la caracterizaban, Mandy intubó al niño y lo estabilizó. Después avisó a los intensivistas y a toda prisa lo llevaron a la UCI. Cuando los intensivistas salieron de la sala con el niño, Mandy se percató que en uno de los asientos había un hombre sentado con la cabeza entre las piernas. Se fijó un poco más y se dio cuenta que estaba sollozando. Había llegado el momento de informar a los familiares.

Se acercó a él y, poniéndole una mano en el hombro, le preguntó:

—¿Se encuentra bien?

Daniel levantó la cabeza. En ese mismo instante sus ojos se chocaron. Él vio la mirada de un ángel, notó cómo su corazón latía más aprisa a cada segundo que seguía mirándola. No era el momento de sentir aquello, estaba claro, pero lo estaba sintiendo. Ella se quedó impactada, esos ojos azules, ese pelo moreno alborotado, esa arruga en la frente... Cuando se lo contara a las chicas no se lo iban a creer, era la pura reencarnación de David Gandy, ese modelo que las tenía locas a todas y con el que no paraban de soñar.

—Sí, gracias. ¿Y Hugo?

—¿Es usted el padre o un familiar del niño?

Daniel asintió con la cabeza.

—El niño está estable. Se lo acaban de llevar a UCI... Verá —prosiguió Mandy—, ha sido un episodio de bronco espasmo bastante grave. La dificultad respiratoria que presentaba nos ha obligado a intubarle, ahora tendrá que permanecer conectado a respiración artificial hasta que podamos mejorarlo.

—Gracias doctora... —miró su bata —Mandy... No sabe lo que le agradezco lo que hizo por él, Hugo es un niño muy especial. Por favor, no deje que le ocurra nada... es lo único que tengo.

—No se preocupe todo irá bien... Se lo prometo. Ahora mi compañero lo acompañará y en unas horas le informarán de la situación de Hugo. Y usted intente descansar, lo necesita.

Mandy se dio media vuelta y se dirigió hasta Andrés para decirle que acompañara al padre del niño a la UCI. Daniel se quedó mirándola perplejo, esa mujer tenía algo especial.

Así, pensando en ella, fue como lo sorprendió Andrés cuando se acercó a él.

—Señor, ¿me acompaña si es tan amable? Le indicaré.

—Sí, claro —dijo él, mientras seguía observando a esa mujer que, con solo mirarla, había tambaleado su mundo.

2.

¡Por fin había terminado su turno! Menudo día para tener resaca. Estaba muerta, aún le temblaba el cuerpo cuando pensaba en ese pobre niño que a punto estuvo de morir en sus manos y no se quitaba de la cabeza al pobre padre de ese niño, se veía tan asustado y perdido... Si hasta tuvo que reprimir las ganas de abrazarlo. Recordar cómo la miró la hizo estremecer. Era difícil olvidar la intensidad de esa mirada tan azul. Pero ese hombre era terreno prohibido, hombre con mujer e hijo, igual a nada de nada, se dijo al tiempo que movía la cabeza intentando deshacerse de tal sensación.

Y después estaba el encuentro con Nando en el ascensor, ¿cómo era posible que después de lo que había pasado aún se planteara siquiera reconquistarla? Después de tanto tiempo con ella... Qué poco la conocía.

Durante este último mes, y desde aquel fatídico día de enero, no había pasado ni un día que no hubiera recibido WhatsApp o correos de él, que por supuesto, ella borraba sin leer. Había intentado hablar con ella en el hospital, pero no lo había conseguido.

¿Pero qué se pensaba? ¿Qué le iba a perdonar una vez más? ¡Pues no! La verdad que Nando había cambiado mucho en los pasados cinco años... Nada que ver con aquel hombre apuesto y encantador del que se había quedado prendada.

Si su familia y sus amigas supieran lo que había estado pasando estos últimos años, no le perdonarían que hubiera seguido con él. ¿Y por qué lo había hecho? Ni siquiera ella lo sabía, pero algo le hacía perdonarlo y seguir a su lado, era como una adicción. No lo entendía, nunca antes había tenido pareja y no sabía mucho de esos temas.

¡Ufff! -pensó llegando a su casa. Su familia aún no sabía nada. Después de un mes debería informar a sus padres de que Nando ya era historia.

Sus padres se jubilaron al poco de empezar ella la residencia y habían vendido su piso de Valencia, yéndose a vivir a Ibiza. Su padre, un militar retirado al que le gustaba mucho navegar. A su madre le encantaba el sol y la

playa, era lo único que le importaba en la vida junto a sus novelas románticas. De ahí que Mandy se llamara Amanda, sus padres se habían enamorado con la canción de Te recuerdo, Amanda.

Cogió el teléfono y llamó a su madre.

—Hola, mamá.

—Hola, Amanda, ¿qué tal todo, pequeña?

—Bien, mamá. Mucho frío.

—Pues no te lo creerás, pero estoy en la terraza tomando el sol.

—Mamá, cuidado con el sol. Al menos usaras protección, ¿no?

—Nena por Dios, no hagas de médico conmigo... Para eso ya están tus pacientes y yo tengo bastante más edad que ellos.

—Vale, pero ten cuidado. Por cierto, tengo que darte una novedad —Mandy tomó aire, no sabía cómo decírselo pero tenía que hacerlo, así que, soltó el aire que había retenido en sus pulmones y lo dijo — Nando y yo ya no estamos juntos.

—Pero, cariño, ¿qué estás diciendo? Seguro que será una riña de enamorados.

Esa era su madre, una mujer que pensaba que todo en la vida eran finales felices. Poco a poco le fue contando a su madre la historia, eso sí, sin lujo de detalles.

Nando la había conquistado desde el primer momento con su porte, su presencia, su saber tratarla... En resumen, era el típico hombre que toda madre querría para su hija.

Era por lo que le costaba dar crédito a lo que estaba escuchando, y no se podía creer que aquel hombretón pudiera hacerle algo así a su hija.

—Pero pequeña, ¿tú estás bien?

— Sí mamá, tranquila, lo superaré... Además, las chicas cuidan de mí.

Eso era cierto, su madre sabía que ellas eran su familia desde que Mandy se quedó sola en Valencia y ellos se mudaron a las islas.

La verdad era que tanto a ella como a su padre les había costado tomar la

decisión de irse, pero les había tranquilizado saber que su hija no se quedaba sola en Valencia, pues las niñas estaban muy unidas.

—Mandy cariño, cuídate y prométeme que cuando ese trabajo tuyo te deje vendrás a hacernos una visita.

—Sí, mama lo haré, tranquila. Dale un beso a papá, os quiero.

—Y nosotros a ti pequeña. Te extrañamos a diario.

Colgó el teléfono suspirando, sabía que esto afectaría a su madre y cabrearía a su padre... Pero no había solución.

El sonido del timbre la sacó de sus cavilaciones. Fue a abrir pensando que sería alguna de las chicas, por eso mismo ni siquiera miró quien era, pero cuando abrió la puerta allí estaba él, tan perfecto como esa mañana en el ascensor. Por él parecían no pasar las horas, ni el cansancio le dejaba huella.

Quiso cerrar la puerta, pero él metiendo el pie se lo impidió.

—Mandy cariño, no puedes evitarme eternamente. Tenemos que hablar y lo sabes —dijo mientras la miraba intensamente—. Por favor, déjame entrar. Solo será un momento, luego me iré y si no quieres saber más de mí no te volveré a molestar.

Nando tenía que conseguir que ella le diera la oportunidad de hablarle, estaba convencido que si la tenía cerca y le hablaba con dulzura, conseguiría que las barreras que ella había levantado cayeran.

Necesitaba que volviera a su lado, y si para ello tenía que mentir... mentiría. Pero nada iba a impedir que ella no estuviera junto a él. Lo había pensado bien y estaba dispuesto a absolutamente a todo.

Mandy dudó, pero sabía que tenía que afrontar esta situación tarde o temprano. Era algo que tendría que pasar, así que abrió la puerta y lo dejó entrar.

Nando hizo la intención de darle dos besos pero ella se apartó. Tenía claro que ésta vez sería contacto cero, no dejaría que él usara sus artimañas. Esta vez era definitivo, no quería volver con él bajo ningún concepto.

Entraron al salón. Él la siguió de cerca y Mandy le indicó que tomara asiento en el sillón, sentándose en el sofá frente a él. No quería tenerlo cerca.

Esperaba no tener que arrepentirse de haberlo dejado pasar. Le seguía teniendo miedo.

Él la miró, respiró hondo y comenzó a hablar.

—Mandy amor, lo que viste no tiene explicación, no sé qué me pasó en ese momento, no intento justificar lo injustificable, soy un necio y me merezco tu desprecio... Pero sabes que te quiero, que eres todo lo que necesito para ser feliz, que sin ti nada tiene sentido. Eres la única mujer en el mundo con quien quiero estar.

»Ella se me insinuó, yo había salido de una operación a vida o muerte; estaba cansado, alterado, frustrado... El paciente se nos había quedado en la mesa de operaciones y ella se acercó a consolarme.

—Sí. Doy fe de que te consoló, y de que tú la consolaste a ella —dijo Mandy entre dientes.

—Pero no significó nada. Ella no es nada para mí, ni siquiera la he vuelto a ver.

»Nena soy un fantasma sin vida desde ese instante, la casa no es lo mismo sin ti, te necesito por las noches, dormir contigo y pegarme a ti. Por favor Mandy, dame una oportunidad, te demostraré a ti y al mundo que eres la mujer de mi vida.

Mandy estaba callada, no podía creer que este hombre fuera tan cara dura para estarle contando y diciendo todo eso. ¿Pero hasta donde llegaba la insolencia de ese hombre?

Nando, viendo que ella no se movía ni respondía se levantó y se acercó hacia ella, se estaba poniendo nervioso y ella lo sabía. Se arrodilló delante y poniendo su dedo en la barbilla femenina le levantó la cara. No podía leer lo que había en esos ojos... si se trataba de indiferencia, de rabia, de tormento, o una mezcla de todo, pero quería su perdón. Lo necesitaba.

—Mandy, por dios amor, dime algo... Abofetéame, pégame, grítame, pero reacciona. Cualquier cosa menos tu indiferencia.

Ella lo miró un largo rato en el que vio pasar su historia por delante como un cliché de película, vio todo lo que había sufrido y vio el momento en que lo pilló hacía un mes. Pasados unos instantes le dijo:

—No, Nando. No te voy a pegar, ni gritar y no te voy a dar otra oportunidad. Tú y yo sabemos todo lo que ha pasado estos últimos años, sabías que esto acabaría tarde o temprano. Ya me cansé de ser tu tabla de salvación, que esté enamorada de ti no te da derecho a hacerme pasar por todo lo que me has hecho pasar.

»Tienes un problema con las drogas y con el sexo, tú lo sabes. Te dije que eso acabaría con tu carrera y con lo nuestro. Con lo nuestro ya acabó... lo siguiente será tu carrera. Estaba enamorada de ti, o eso creía. Ahora ya empiezo a dudarlo, pero estoy tan cansada y tan decepcionada que ya no puedo seguir.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Mandy. Hacía tiempo que tenía que haber sido valiente, se hubiera ahorrado todo el calvario vivido. Pero ahora había dado el paso y no había marcha atrás, aunque no estaba segura de cuando se podría olvidar de él.

Nando se levantó enfurecido pues no podía dar crédito a lo que ella le acababa de decir. Le estaba diciendo que no había marcha atrás, que no le iba a perdonar, que no le daba ninguna oportunidad más, que nunca más estaría con él... Empezó a pasear como un león enjaulado cuando de repente empezó a gritar

—¡OSTIA MANDY! ¡NO ME JODAS, NO PUEDES HACERME ESTO! ¡ME DIJISTE QUE SIEMPRE ESTARÍAS A MI LADO! ¡QUE NUNCA ME DEJARÍAS! ¡ERES UNA PUTA MENTIROSA! ¡YO CONFIE EN TI!

Enfurecido y fuera de sí cogió un jarrón y sin pensarlo siquiera lo estampó contra la pared.

Mandy se acurrucó en el sofá, estaba temblando, no era la primera vez que lo veía así y sabía que la situación acabaría muy mal.

Por suerte, en ese mismo momento alguien llamó a la puerta.

Los dos se miraron y ella se levantó a abrir. Él le pegó un empujón tirándola violentamente sobre el sofá. Se le tiró encima y tapándole la boca con la mano se acercó a ella y le dijo al oído de manera amenazante:

—Ni se te ocurra contestar.

El timbre siguió sonando. Quien fuera que estaba allí sabía que Mandy se

encontraba en casa.

A Nando no le estaba gustando tanta insistencia y se preguntaba quién cojones estaba venga a llamar a la puerta. Quien quiera que fuese estaba interrumpiendo ese momento. La rabia le consumía y estaba dispuesto a todo por salirse con la suya.

El timbre siguió sonando insistentemente y al otro lado de la puerta alguien empezó a gritar.

—¡Mandy, abre la puerta de una puta vez o la tiro abajo! ¡Sé que estás en casa, vi la luz encendida y tu coche en el garaje!

Por suerte, Álvaro vivía en el mismo edificio que Mandy. Él era su vecino del quinto; un tío grandote, guapo, profesor de karate en un gimnasio de su propiedad y cinturón negro 10Dan, toda su vida era el karate. Él y Patricia se habían conocido, y poco a poco comenzaron una relación que estaba destinada en una boda cercana.

Álvaro aparcaba el coche en la plaza de al lado de Mandy, aunque ella vivía en el segundo y él en el quinto, subía siempre andando por las escaleras. Cuando pasó por la puerta de Mandy oyó gritos y el ruido de algo estrellándose contra la pared. Sabía que su amiga se encontraba en problemas, Pat le había contado lo de su ruptura con ese gilipollas engreído y que ese era precisamente el motivo de que Mandy volviera a ser su vecina.

—¡Mandy, joder! ¡Abre o tiro la puerta abajo y llamo a la policía!

Nando al oírlo le dijo a Mandy que abriera, conocía a ese tío lo suficiente como para saber que no se andaba con tonterías y que no amenazaba en vano. No podía jugársela con esa bestia humana, le dijo que él se escondía en la cocina y le diera largas para que se marchase.

Ella abrió la puerta asustada, temblorosa y desencajada.

—Hola, Álvaro. No había oído el timbre.

—Mandy, ¿todo va bien?

—Sí, no te preocupes, luego te llamo —dijo Mandy poco convincente y con el terror impreso en su cara. Sus ojos miraban a los de Álvaro pidiendo auxilio.

Álvaro la miró, sabía que todo era mentira, esa niña no estaba nada bien y él tenía que averiguar qué era lo que había oído. Si Pat se enteraba que no lo hacía, le cortarían los huevos.

—Vale, pero voy a pasar.

—No, Álvaro. Déjalo —Insistió ella cada vez más asustada.

Álvaro, con delicadeza la empujó abriendo la puerta y se coló dentro, en ese mismo momento vio una sombra que se movía en la cocina.

Miró a Mandy y le preguntó en voz baja:

— ¿Ese cabrón está aquí?

Ella movió la cabeza afirmativamente.

Álvaro se plantó en la cocina en dos zancadas y localizó a Nando. Se dirigió hacia él con la mirada repleta de furia. Sabía que debía controlarse, él podría matarlo de un puñetazo si quisiera, pero esa no era la filosofía del arte marcial que él practicaba.

Eso pensaba mientras controlaba la respiración y la ira que tenía que contener.

Se detuvo a escasos metros de él y le bramó:

—Eres un cobarde, cabrón, te quiero fuera de este apartamento antes de que parpadee dos veces. Y te juro que si te vuelvo ver cerca de ella o le tocas un pelo de la cabeza, habrás firmado tu sentencia de muerte.

Nando, aunque acojonado, guardó las apariencias y fríamente sonrió diciéndole:

—Musculitos, tranquilo. Ya me iba... Pero esto no quedará así.

Álvaro le miró penetrante y le rebatió sus palabras:

—Ni un pelo ¿Me oyes? O te juro que no respondo...

Nando atravesó el salón, pasó por al lado de Mandy y sonriendo le dijo:

—Nena, tendrás noticias mías.

Y guiñándole un ojo se fue, como si allí no hubiera pasado nada.

Pero ¿qué le pasaba a ese demente?

Álvaro se acercó a Mandy y la abrazó para tranquilizarla.

—Shhhh. Tranquila, ya pasó. Tranquila, estoy aquí.

Poco a poco la presencia de Álvaro la fue tranquilizando. Cuando ya estaba más tranquila le contó todo lo sucedido y él le hizo prometer que si necesitaba cualquier cosa acudiría en su busca. Ella se lo prometió y, tras quedarse sola, decidió tomar un baño y poner fin a ese día tan penoso.

Nando salió de casa de Mandy con un cabreo de mil demonios. Había vuelto a perder el control, si no hubiera llegado ese maldito musclumen, a saber de lo que habría sido capaz de hacerle a Mandy.

Sabía que la había perdido, pero oírle a ella decir esas palabras le había enfurecido. Él la quería, pero ella se empeñaba en ser tan perfecta, en no entender que por un poco de coca no pasaba nada, en no querer practicar con él otro sexo algo más divertido y excitante... Pero si quería recuperarla ese no era el camino. «Joder, puto día de mierda» -se dijo, mientras se dirigía al bar de siempre. Necesitaba una raya para pensar con claridad y quizás se desahogaría con alguna de sus amiguitas a las que les gustaba jugar tan duro como a él.

Era lunes por la mañana, Mandy no debía ir al hospital pues era su día libre. Estaba desayunando tranquilamente cuando su móvil pitó. Era un whatsapp privado de Pat.

- Hola guapa, tenemos que hablar.

Vaya, Alvarito se había ido de la lengua.

- Hola, ¿qué pasa perla?
- ¿Hoy trabajas?
- No, tengo fiesta.
- Pues entonces quedamos en la cafetería de siempre

- ¿No podemos hablar por aquí, Pat?
- No, quiero hablar contigo en persona
- Vale, en media hora allí.

Media hora después entraba por la puerta de la cafetería, Sergio la saludó como siempre.

—Hola, cariño, ¿qué te pongo?

—Una Coca-Cola Zero, por favor.

—Marchando esa Coca-Cola para mi doctora juguetes.

Ella sonrió. Él siempre la llamaba así, tenía una sobrina pequeña que le encantaban esos dibujos animados y siempre los veían juntos. Un día, cuando Sergio le contó que tenía una clienta en el bar que era pediatra, su sobrina le dijo que entonces sería como la doctora juguetes y a Sergio le hizo tanta gracia que desde ese día la llamaba así.

Cuando se estaba sentando, llegó Pat. No traía cara de muy buenos amigos.

—Hola Pat, ¿no trabajas hoy?

—Sí, pero le dije a mi jefe que saldría una hora para ir al ginecólogo.

—No está bien mentir a tu jefe Pat...

—¡Que le den! Esto es mucho más importante.

—Entonces vamos a ver... ¿Qué es tan importante? —le preguntó Mandy.

—No me lo puedo creer... ¿Después de lo de ayer haces ver que aquí no pasa nada? Pero guapa... ¿A quién quieres engañar? Álvaro me lo ha contado.

—Bueno, no sé qué te contó Álvaro, pero no es nada del otro mundo. Cometí el error de dejar pasar a Nando. Discutimos, se puso a gritar y llegó Álvaro. Ya está, fin de la historia.

—¡Y una mierda! —le gritó furiosa—. Él estaba fuera de sí, estampó un jarrón contra la pared, amenazó a Álvaro y te dejó asustada y jodida. ¿Eso no es nada del otro mundo? ¡Eso es muy serio!

»Llevo mucho tiempo observándote, me callo porque no quiero meterme en

algo que no quieres darme acceso, pero joder... ¡somos amigas! Más que eso, eres como una hermana para mí y sé que con Nando las cosas no son lo que parecen... Que pillarlo con la puta esa fue no poder ya negar por más tiempo lo evidente, pero mi niña, tú no estás bien y si quieres que te diga lo que opino, Nando te está maltratando desde hace tiempo.

—Él nunca me puso la mano encima. —protestó.

—Mandy, hay muchas formas de maltrato. Y tú lo sabes.

—Lo sé Pat, pero no quiero hablar de ello. No estoy preparada, quiero odiarlo y no puedo, quiero despreciarlo y me es difícil. Quiero olvidarlo y al mismo tiempo me gustaría perdonarlo, aunque sé que eso no debería ocurrir.

—Y no va a ocurrir. Sé que dar el paso te costó, pero ahora para atrás ni a coger impulso... Sácatelo de la cabeza. Ya te hizo mucho daño.

En ese momento sonó su móvil, era José, su enfermero.

—Niña guapa, ¿cómo amaneciste?

—Hola hombretón, estoy bien.

—¿Cómo me dices hombretón? ¡Si a mí me gusta más un chorizo que un cubata a una fiesta!

—Eso será...—dijo Mandy entre risas. José siempre la hacía sentir bien—. ¿Qué pasa por allí?

—No te lo creerás, pero casi me da un paro cardíaco cuando hace un rato abrió la puerta ese pedazo de morenazo de ayer. Por un momento pensé que venía a pedirme *chiqui-chiqui* —explicó, provocando la risa de Mandy de nuevo.

—Y le habrías dicho que sí.

—Por supuesto niña. José no perdona ni borracho a un *griego de danone*.

—Pues nada, date el gusto.

—¡Mis ganas! Vino preguntando por ti, mi niña — le comentó y Mandy no creía lo que escuchaba—, para darte las gracias en persona. Le dije que hasta mañana no vendrías y que entonces le darías personalmente el parte del niño. Mi niña este puede ser tu clavo.

—Déjate de tontadas, para clavos estoy yo... —respondió, riendo a carcajadas.—. Te dejo guapo que estoy con Pat y me mira con cara de pocos amigos.

—Dile a la *resalá* esa que cuando quiera nos vamos a bailar merengue. Besos mi niña.

Mandy colgó el teléfono y volvió a prestarle atención a su amiga Pat, que aún estaba algo enfadada.

—Bueno, a lo que estábamos —dijo Pat.

—Sí, lo sé —contesto Mandy—. De acuerdo, no voy a volver con él y lo voy a olvidar. Te prometo que en otro momento te contaré algo, pero hoy no soy capaz Pat.

3.

Ese martes, salió hacia el hospital convencida de que estaba llegando el momento de contar a las chicas la parte de la historia que no conocían, pero le daba vergüenza. Había sido muy duro disimular y solo su mentor, su ahora jefe de pediatría, el doctor Alfonso Perea, era quien sabía una parte de la historia.

Llegó al hospital y se dirigió al despacho de Perea. Quería comentar con él la situación de Hugo y lo acontecido en su última guardia. Antes se pasaría por la U.C.I. para que la jefa de enfermeras, Teresa, le diera los informes del día anterior. Teresa era una mujer muy seria y borde, y aunque con ella siempre trataba de ser todo lo más cariñosa que podía, ciertamente lo conseguía a duras penas.

Al entrar en la U.C.I. vio en una cama a Hugo. El niño aún tenía respiración asistida, pero Ana, la auxiliar de guardia, le comentó que se encontraba estable y que posiblemente intentarían quitársela esa misma noche.

Teresa no se encontraba allí y Mandy fue a buscarla a la U.C.I. de adultos. Entró en el despacho desde el cual se podía observar toda la sala. Se le encogió el corazón cuando en una cama vio a una mujer hermosa, parecía estar en coma. Junto a ella estaba el padre de Hugo, con la mano de la mujer entre las suyas y su frente apoyada en ella. Pobre hombre, la vida estaba siendo muy cruel con él, su mujer y su hijo en la U.C.I.

Cada día estaba más convencida de que la vida era una broma muy pesada.

Teresa entró, le dio los informes y Mandy se fue al despacho del doctor Perea.

Cuando llegó, de inmediato llamó a la puerta.

—¿Se puede, doctor Perea?

—Pasa, ¿cuántas veces te tengo que decir que en privado me puedes llamar Alfonso?

—Lo sé Alfonso, pero no me acostumbro.

—Siéntate, te estaba esperando. Antes de nada... ¿Cómo estás?

—Bien, dentro de lo que me permite la situación.

—¿Algo que deba saber?

—Bueno... Nando se presentó el domingo en mi casa y me pidió perdón. Le dije que todo había acabado, se puso violento como en otras ocasiones y me amenazó. Gracias a Dios un amigo llegó en ese momento y la cosa no paso a más.

Mandy bajó la cabeza. Sabía que a Alfonso no le hacía gracia la situación y hacía años que la estaba instando a que lo denunciara.

—Pero.... ¿Estás bien?

—Sí, no pasó nada. Ayer me llenó el buzón de mensajes de voz y bueno, no sé qué dirán pues los he borrado sin oírlos.

El doctor Perea se levantó y fue directo a sentarse en la silla de al lado de Mandy.

—Mandy, tengo que contarte algo.

El doctor le explicó que se había enterado de que la comisión del hospital había recibido una denuncia por abusos sexuales de una paciente. Estaban investigando a Nando y, en breve, lo suspenderían de empleo y sueldo.

La situación, si eso llegaba a pasar, se pondría muy fea, sobre todo para Mandy, conociendo los brotes de violencia de los que él era capaz.

Mandy cerró los ojos, ¿cómo podía haber llegado Nando a semejante situación? Él era un médico de éxito, todo el mundo lo calificaba de eminencia y si seguía así, en breve lo ascenderían. Lo buscaban de los hospitales más prestigiosos... Estaba apenada por él, sentía el sabor de una pequeña derrota por no haber sido capaz de apartarlo de todo aquello.

El hombre del que ella se había prendado, desde luego no tenía nada que ver con el que las drogas y las malas compañías habían hecho de él. Estaba convencida que ya nada podía hacer por él, que con el tiempo todo empeoraría y que ella ya poco podría hacer para evitarlo.

Salió del despacho pensativa, le había prometido a Perea que lo mantendría informado en todo momento, debía abrir bien los ojos y tener cuidado por lo que pudiera pasar.

Daniel salió de la U.C.I. cabizbajo, descorazonado, nada estaba resultando fácil; Maribel no salía del coma, los médicos le decían que era una mujer joven y sana pero que todo podía pasar. Lo mismo podía seguir en un coma irreversible, que despertar de la noche a la mañana y nadie le aseguraba las secuelas que le podrían quedar hasta que no despertara. Y ahora encima Hugo, su niño, estaba también ingresado. Ayer, la médica de guardia le había informado que el niño se encontraba estable, la rapidez con que se había actuado haría que Hugo saliera sin consecuencias de ello.

Cuando le dieron el parte médico se quedó más relajado, aunque un poco desilusionado. Lo cierto es que esperaba que fuera la misma doctora que lo salvó la que le informara, pero no había sido así. Por eso se dirigió a urgencias para buscarla, no sabía por qué, era extraño que en medio de aquella caótica situación no hubiera podido dejar de pensar en ella. Ni un segundo, en esas veinticuatro horas había apartado esos ojos de su mente.

Su decepción fue palpable cuando el enfermero le comentó que ella libraba ese día, pero que quizá mañana fuera la encargada de darle el siguiente parte.

Caminaba pensando en todo aquello cuando, de pronto, al pasar por al lado de la cafetería levanto la cabeza y la vio allí.

Le pareció que incluso tenía una aureola a su alrededor y se paró en seco para observarla desde la distancia sin ser visto. La miró largo y tendido; allí estaba ella con su coleta alta, su bata blanca y su fonendoscopio colgando. Al lado del nombre de la bata llevaba prendido un muñeco que era una cara de payaso. Por debajo de la bata que llevaba abierta se le veían esas piernas perfectas. Llevaba una minifalda roja conjuntada con unas botas negras sin tacón y de caña alta. Era perfecta, aún en la distancia y con solo mirarla notaba cómo su pulso se aceleraba y tenía la necesidad de acercarse a ella, de tocarla. Algo le paraba y le cortaba a la hora de aproximarse. Era raro en él, nunca había tenido problemas con el sexo opuesto.

Mandy estaba apoyada en la barra tomando su café cortado, pensativa, después de la conversación con Perea cuando notó unos ojos clavados en ella. Se giró para ver qué era esa atracción que la obligaba a darse la vuelta y entonces lo vio a él. Allí estaba el padre de Hugo, tan impresionante con esos vaqueros ceñidos y ese suéter negro con cuello en uve que se ceñía a su

cuerpo dejando adivinar su musculatura. Sentir esa mirada hizo que se ruborizara e inmediatamente volvió la cabeza. Lástima que estuviera casado, la verdad, porque era un hombre guapo que la ponía nerviosa y despertaba en ella un instinto que nunca había conocido. Pero no, su regla número uno era nada de hombres casados y menos con esposas en estado de coma.

Aun así se giró para verlo por última vez, pero la decepción se hizo evidente cuando vio como él se había dado la vuelta y seguía caminando hacia a la salida del hospital.

Sacó el móvil y envió un mensaje a las *sex*. Había llegado el momento de ponerlas al día de la situación. Ya no podía seguir con todo esto ella sola.

Esa noche se reunieron en casa de Ro. Alberto estaba de viaje y no tenía con quien dejar a la niña. Cenaron juntas y más tarde Ro se llevó a Aitana a la cama, que tras dos cuentos y cuatro o cinco canciones se durmió, permitiendo a su madre sentarse con ellas.

Mandy comenzó a hablar:

—Chicas, lo primero deciros que me cuesta mucho lo que os voy a contar. Sé que os enfadará el hecho de que lo haga ahora y no años atrás, pero aunque no sea excusa, me daba vergüenza y al mismo tiempo pensé que podría cambiarlo.

—¿Qué pasa Mandy? ¿Qué te daba vergüenza y qué podrías cambiar? —preguntó Ro.

—Dejémosla hablar —intervino Pat que, más o menos, sabía por dónde iban los tiros.

—No sé por dónde empezar... —dijo Mandy, al tiempo que se mordía el labio algo nerviosa. Le costaba narrar aquello.

—¿Qué tal por el principio? —la animó Julia.

Empezó a contarles lo que Pat ya sabía pues Álvaro se lo había contado. Luego les dijo lo que Perea le había explicado esa misma mañana. Después, comenzó a contar cómo había empezado todo.

La verdad era que la situación comenzó muy poco a poco. Nando tenía mucha presión en el trabajo, llevaban dos años juntos y su relación parecía no ser tan idílica como al principio. Ella se decía que eso era algo normal, todas

las parejas superan pequeñas crisis. Nando empezó a meterse rayas de coca esporádicamente para poder soportar los largos turnos de guardia. Aunque Mandy no se enteró de eso hasta mucho tiempo después.

Ella lo notaba raro, su carácter estaba cambiando. Por la mañana, cuando despertaba, era el Nando que siempre había conocido: atento, cariñoso y zalamero, pero conforme avanzaba el día se convertía en alguien irritable, descontrolado y malhumorado.

Una noche cuando Mandy recogía la ropa, sacó del bolsillo del pantalón de Nando dos preservativos y una papelina de coca.

Lo primero que le sorprendió fueron los preservativos. ¿Por qué Nando llevaba dos preservativos si ella tomaba la píldora? ¿Y la papelina de coca?

Salió al comedor con ello en la mano.

—¿Me puedes explicar por qué estaba esto en tu bolsillo?

Él se quedó perplejo e intentó reaccionar lo más natural posible.

—Cariño, no pensarás que eso es mío, ¿no? Cielito, ¿para qué voy a necesitar yo dos gomas si tu usas la píldora? Y la coca, sabes que yo no necesito semejantes estímulos. Tú eres mi estímulo.

—No me has contestado, Nando. Y por favor, no te burles de mi inteligencia.

Cuando Nando vio que no había sido capaz de convencer a Mandy con sus palabras, cambió de táctica.

—Vale. Los condones son para follar con alguna enfermera cachonda que me deje hacer lo que tú no me permites, y la coca para poder sobrellevar la agonía de vivir con doña perfecta.

—¡Así que ahora soy la jodida doña perfecta! —le reprochó desafiante.

Mandy sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago, pues sabía que esta vez sí había dicho la verdad. Se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo; como ella no quería formar parte de sus juegos sexuales, él se buscaba su propia satisfacción.

—¡Eres un cabrón, hijo de puta! ¡Vete a la mierda!

Y se dio la vuelta lanzándole los condones y la papelina a la cara.

No había llegado al pasillo cuando notó cómo Nando se lanzaba sobre ella y la empotraba contra la pared.

—¿Te crees muy lista, verdad? —le dijo a escasos centímetros de su cara.

—No me creo nada. Nando, suéltame por favor.

—Así me gusta nena, que supliques, pero no te voy a soltar —dijo mientras la sujetaba con una mano por debajo de la barbilla y con la otra se desabrochaba los vaqueros—. Me he cansado de tratarte con delicadeza, hoy voy a tratarte como la jodida caliente pollas que eres.

—¿Qué haces, Nando? ¡No, por favor! ¡Me haces daño!

—¿Qué hago? —le dijo a escasos centímetros de su cara—. Voy a follarte contra esta pared y enseñarte lo que es satisfacer a un hombre. Hoy me vas a dar lo que yo quiero, nena.

Mandy lloró todo el rato mientras él la embestía contra la pared, sentía asco y náuseas mientras él la besaba con furia y le mordía el labio inferior. Llegó a notar el sabor óxido de su sangre, no soportaba el tacto de sus manos recorriendo y arrancando su ropa. Cuando el acabó y la vio llorar, se arrodilló delante de ella y comenzó a sollozar como un niño.

—Mandy amor... ¡Perdón! No sé qué me está pasando... Ayúdame por favor, ayúdame —le suplicó entre sollozos, pegando puñetazos en la pared mientras ella se estremecía.

Ella lo miró y sin decir nada se fue a la ducha. Lloró durante una hora mientras el agua corría por su cuerpo. Sabía que Nando había abusado de ella, pero... ¿cómo contarlo? Era su pareja, nadie la creería. Y luego... él estaba arrepentido, ella lo quería y sabía que estaba pasando por un mal momento.

Tras relatar uno de los peores momentos de su vida, Mandy respiró al tiempo que se limpiaba las lágrimas.

Sus amigas estaban alucinadas, no podían dar crédito a lo que estaban oyendo.

Entonces Ro, que la tenía cogida de la mano, habló.

—Pero cielo, ¿cómo has pasado esto tú sola? Sabes que nosotras te

creeríamos.

—Lo sé, pero no podía. Miles de veces os lo intenté contar pero era incapaz, me hacía daño incluso recordarlo. Era menos doloroso fingir que no había ocurrido.

Siguió contándoles que después de ese incidente, ella se fue a Ibiza con la excusa de ver a sus padres. Necesitaba pensar, tomar distancia. Fue aquella vez que él se presentó en Ibiza para sorprenderla, fue hasta la casa de sus padres, llenó la vivienda de rosas y gritó a los cuatro vientos que no podía aguantar la distancia porque su corazón se paraba si ella no estaba cerca.

Aquello, que a su madre y a sus amigas les pareció tan romántico, no había sido más que un episodio terrorífico en su vida. Pero su arrepentimiento la conmovió y decidió darle una oportunidad.

La relación siguió, pero Nando continuaba tomando coca. Después de ese día volvieron a acontecer otros momentos violentos en los que él gritaba, rompía cosas o la maltrataba psicológicamente; le gritaba que era una frígida, que no sabía que había podido ver en ella, pues según él era la clase de mujer en la que nadie se fijaba.

El doctor Perea se enteró cuando uno de los ataques verbales fue delante de él, en una de las salas del hospital. De ahí que fuera el único que estaba al tanto de todo.

Como en estos casos suele pasar, él siempre se arrepentía, ella le perdonaba y le juraba que lo ayudaría... Así fueron pasando esos años. Una vez incluso le propuso ir a un club de intercambio, ella se negó y él le hizo un gran desprecio.

Ella suponía que él no era fiel, pero no fue hasta ese mismo día en que lo pilló cuando su mente hizo clic y le gritó basta.

En ese momento llegó un mensaje al móvil de Mandy.

«Amor, te extraño mucho. Estoy debajo de tu casa, ábreme. Nando».

Por fortuna Mandy no se encontraba allí. Las chicas se pasaron toda la noche hablando y llegaron a la conclusión de que ella no podía estar sola en su casa.

En casa de Ro era difícil, aunque Aitana estaría encantada. En casa de Julia

no era muy conveniente, pues Mandy no quería llevar un cómputo de todos sus polvos semanales. Lo mejor sería que, ya que Álvaro vivía en la finca de Mandy, Pat se quedara con ella y así estaría cerca de los dos.

Mandy despertó esa mañana tranquila, tanto como hacía años no lo estaba. Haber compartido con las chicas la historia le había quitado un peso de encima, sabía que no estaba sola y que todo iría bien.

Una semana después, Hugo y Daniel estaban en la habitación de planta. El niño estaba ya en perfectas condiciones, se había recuperado del todo y estaban a la espera de que Mandy pasara para darle el alta.

El niño estaba encantado con ella, durante esa semana habían hecho muy buenas migas. Siempre le trataba con mucha dulzura y le hacía reír con sus bromas. Además, aunque Hugo era solo un niño, no le había pasado desapercibido que a su tío se le iluminaba la cara cada vez que la doctora entraba por la puerta. También había observado las miraditas que se lanzaban, parecían los tontitos protagonistas de esas novelas horribles que veía Antonia por la tele.

Daniel estaba nervioso, esperaba cada día la visita de la doctora, sin saber cómo hacer para acercarse a esa mujer. La verdad es que sentía algo diferente por ella, algo que no había sentido nunca por ninguna mujer. Estaba seguro que ella y su sobrino se habían dado cuenta.

Mandy entró en la habitación donde estaban padre e hijo, los extrañaría mucho. Hugo era un niño encantador y su padre, aunque estaba fuera de su alcance, tenía un conjunto de músculos perfectos para ser contemplados y esos ojos azules que le recordaban al color de su mar mediterráneo; ese mar de un azul intenso, ese mar peligroso y a la vez tentador... «*Céntrate Mandy, tienes que hacer tu trabajo*». -se dijo.

—Buenos días, Hugo, ¿cómo se encuentra hoy mi súper héroe favorito?

—¡Muy bien! Mi papá me dijo que hoy, si tú me dejabas, me llevaría al Bioparc a ver a los leones.

Mandy miró a Daniel, sus miradas se cruzaron y los dos sintieron cómo si aún en la pequeña distancia que los separaba, sus cuerpos fueran recorridos

por la misma corriente alterna.

—Bueno cariño, yo creo que estás en condiciones de ver leones, cocodrilos, focas y todo lo que quieras, por mí no hay problema.

—¿Y por qué no te vienes con nosotros? Anda... porfa, please.

Daniel sonrió al oír a su sobrino. Había que joderse con el canijo, era digno hijo de su padre. Parecía que estaba intentando lanzarle un capote con la doctora.

—Papi... ¿Puede venir?

—A mí no me importa que nos acompañe.

Nada más decir la frase se dijo a sí mismo *«menuda frase de mierda tío, así sí que vas tú a conquistar a la doctora... ya podías haber sido más brillante»*.

—No Hugo, no puedo. ¡Ojalá! Pero hay muchos niños malitos que necesitan que los ponga buenos para poder ir al Bioparc como tú.

—Ohhhhh —dijo Hugo decepcionado.

El niño estaba seguro que a su tío le haría muy feliz que ella les acompañara. Últimamente no lo veía sonreír salvo cuando ella aparecía, aunque fuera un niño se había dado cuenta de ello.

Mandy le supo mal ver la cara de decepción del niño.

—Pero otro día te prometo que mi princesa Aitana, que es la hija de mi amiga, y yo os acompañaremos a que nos enseñes ese león del que hablas.

Dicho esto, se dirigió a Daniel.

—Bueno Daniel, ya te dejé firmada el alta de Hugo. Todo ha sido un gran susto, no hubo complicación alguna y ya está listo para hacer vida completamente normal. De todas formas, con el informe que te den pasa por su pediatra habitual y ella le hará el seguimiento.

—Gracias. No sé cómo agradecerte lo que has hecho por Hugo.

—Es mi trabajo, no tienes que agradecerme nada.

El silencio se hizo entre los dos, ninguno sabía cómo seguir esa conversación. Ella quería salir de allí, él no entraba dentro de sus planes más

inmediatos y si seguía mirándola así empezaría a dudar de ello. Y él no sabía cómo hacer para poder quedar con ella después de recibir el alta. Se quedó paralizado, no pudo decir nada y sin darle tiempo a reaccionar, ella se despidió.

—Bueno campeón, cuídate mucho. Daniel me marchó, debo seguir la ronda. Si necesitáis algo ya sabéis donde encontrarme.

Y diciendo eso, salió de la habitación pensando que la frase final se las traía. En fin, mejor así. Hombres casados fuera de las cestas, nada de frutas prohibidas.

4.

28 de febrero.

Era sábado por la tarde. Las chicas habían quedado en casa de Mandy para prepararse pues había llegado su gran salida trimestral. Esa que esperan durante meses y es el momento en el que hacían lo imposible para salir las cuatro. Siempre quedaban para arreglarse juntas y salir a comerse Valencia. Así es como ellas definían su gran noche.

Esta vez iban a cenar en el bar de siempre, les gustaba y las trataban bien. Sergio, el camarero, era un chico muy guapo y dulce, un chico que las tenía locas y que con sus comentarios siempre las hacía reír.

Después marcharían a un local nuevo que, según Julia, acababan de abrir por la zona del Carmen. El local se llamaba Atrévete y era un sitio dónde primero había un espectáculo de boys y luego un grupo tocaba en directo. El cantante era el próximo objetivo de Julia y de ahí que decidieran guerrear en ese sitio.

Cuando llegaron a Atrévete eran las doce de la noche y faltaban pocos minutos para que empezara el espectáculo. Las cuatro ya iban más que alegres con los tequilas que tomaron en casa, la bebida de la cena y los gin-tonics antes de marcharse del bar. Era alcohol más que suficiente para perder la vergüenza y haber divertido al taxista que las llevo hasta el lugar.

Pagaron la entrada y corrieron las cortinas rojas que las llevaban a una sala privada dentro del mismo local, ahí daría comienzo el espectáculo.

Era una sala no muy grande, con un escenario semicircular, una barra al final y el espacio existente entre el escenario y la barra estaba lleno de mesas redondas con lamparitas pequeñas.

Como llegaron a punto de empezar, se sentaron en la única mesa que quedaba libre en un lateral del escenario.

Para las chicas era la primera vez que iban a un espectáculo de estas características y estaban emocionadas y excitadas.

Pidieron tres Gintonicos y un Ron cola, y en el preciso instante en que las copas llegaron a su mesa se apagaron las luces. La sala se quedó oscura, iluminada únicamente con la tenue luz de las lamparitas de las mesas. Los primeros acordes de «cantando bajo la lluvia» comenzaron a sonar y un cañón de luz blanca iluminó el escenario.

—¡¡Chicas, preparaos para ponerlos cachondas!! —gritó Julia.

—Que empiece ya, que no aguanto la tensión...—dijo Pat.

En ese momento salieron al escenario cinco chicos, a cada cual más bueno, y se fueron colocando con sus gabardinas, sombreros y paraguas en forma de uve.

Las chicas de la mesa de al lado celebraban una despedida de soltera, pues todas llevaban diademas con pollitas en la cabeza. Éstas empezaron a gritar como desesperadas, mientras los hombretones comenzaban su baile y, poco a poco, se iban desprendiendo del gorro y de la gabardina.

—¡¡¡Joder, madre del amor hermoso!!! —gritó Rocío cuando se quedaron con solo un tanga de color negro.

—Eso son cuerpos y uno de ellos no se escapa esta noche —dijo Julia.

Pat no podía dar crédito a lo que veía, su novio no estaba mal precisamente, pero lo que había en el escenario superaba todas las expectativas.

En ese momento todas miraron estupefactas a Mandy cuando ésta se levantó y comenzó a gritar.

—¡¡¡Venga nenes, fuera ese trapo!!! ¡¡¡Queremos ver nuestro regalo!!!

Definitivamente el alcohol estaba haciendo su efecto.

—¡Eso eso! ¡El regalo! —gritaron todas.

Los chicos se quitaron los tangas al mismo tiempo que ponían sus paraguas abiertos tapando el regalazo que todas las asistentes querían descubrir. Gritos de locura inundaron la sala cuando los chicos desaparecieron de escena.

El presentador del evento hizo su aparición con unos pantalones de cuero muy ceñidos, tanto que se podía apreciar el gran bulto situado en su parte derecha y una camisa roja de manga corta remangada, abierta hasta dos botones por encima del ombligo.

—Chicas... chicas... No se me alteren —dijo el muchacho—. Que hay tiempo para todo y os aseguro que todas os iréis de aquí mas cachondas de lo que entrasteis. ¿Queréis conocer a los chicos?

— ¡¡¡¡SIIIIIIIIIII!!!! —gritaron todas a la vez.

—Pues vamos a ello.

Lo cierto era que sabía caldear el ambiente, que dicho sea de paso, se calentaba solito. Poco a poco fueron presentando los números individuales que cada uno tenía preparado. Tuvieron a un poli cachas con una porra de impresión, también un bombero con manguera para dar calor más que para apagarlo... Un doctor T para las mujeres al estilo Clooney, que a Ro la volvió loca al tiempo que le gritaba que quería que le hiciera una revisión. Un rapero que tampoco estaba mal, pero muy jovencito para el gusto de las chicas.

Y por fin llegó la actuación estrella, el presentador salió a escena.

—Bueno, bueno, cachondas mías... Veo que el ambiente está subiendo muuuchos grados. Aquí está comenzando a hacer mucho calorrrrrr. —diciendo eso se quitó la camisa, dejando aquel torso moreno, duro y brillante al descubierto para goce y admiración de las allí reunidas.

—Así que ahora preparaos bien, abrid bien los ojos y esas piernas, porque vais a conocer a nuestro ¡GUERRERO CONAN EL BARBARO!

Muchas de las chicas del local empezaron a gritar y a corear “¡QUEREMOS VER A CONAN, QUEREMOS VER A CONAN!”.

Parecía que no era la primera vez que veían el espectáculo y que Conan prometía dejarlas con la boca abierta.

De pronto las luces se apagaron, una música de ultratumba comenzó a sonar y el escenario se llenó de humo. El foco de luz iluminaba esta vez solo el centro. Poco a poco, el humo fue dejando ver la imagen más espectacular que las chicas habían visto jamás. En el escenario, con una capa negra que le cubría por entero, se veía a un hombre moreno con melena hasta los hombros, un metro ochenta de estatura y un cuerpo trabajado, cuidado y muy brillante, a causa del aceite que llevaba untado. Cuando se quitó la capa aparecieron unos brazos musculosos con un dragón tatuado, se dejaba ver al mismo tiempo una tableta de chocolate que para sí la querría Nestlé.

Pat no podía articular palabra, Ro no paraba de decir «¡Madre mía... Madre mía! ¡Qué enseñe la espalda!», Mandy gritaba sin parar «¡Aquí Conan, aquí. Ven y déjame tocar tu arma!» y Julia gritaba «¡Conan, esta noche nos vemos en la batalla!».

En eso, el bárbaro se acercó a la mesa de las chicas y, poniendo el culo en la cara de Pat, le cogió sus manos e hizo que ésta las subiera y bajara por todo ese torso tan duro como un bloque de acero. Pat seguía sin poder articular palabra y soltó un grito cuando, nuestro osado Conan, le guio la mano a su inmenso paquete y metió su mano por debajo del tanga. Agarró el miembro con toda su fuerza, de tal manera que Conan se volvió diciendo.

—Amor ¿me la devuelves? Que el espectáculo tiene que continuar...

Pat se puso roja como un tomate y abrió la mano, dejando que el bárbaro se fuera al escenario. Todas reían sin parar al ver la cara de Pat mirándose la mano, al tiempo que decía que esa mano no se la lavaría jamás de los jamases.

Entonces Mandy le dijo:

—Pero nena, como la tiene, ¿grande?

—¿Grande? —dijo Pat—. Grande no, lo siguiente. Éste te empotra contra la pared y no te llena, te desborda.

—¡Madre del amor hermoso! —soltó gritando Ro cuando el tal Conan se quitó el tanga y mostro su espada.

—¿Eso existe de verdad?

—Pues claro Ro. Si es que con eso de que solo conoces la de tu Alberto... —dijo Julia—. Te tiene engañada, no sabes lo que te pierdes.

Roció rio con la ocurrencia de Julia y le dijo:

—¡¡¡¡¡Pues sí, la verdad que tendría que ponerme al día!!!! ¡¡¡¡¡Al cuarto rojo conmigo!!!! —grito Ro, y todas rieron y levantaron sus copas.

Eran la una y media de la madrugada cuando salieron de la sala del espectáculo, llevaban una juerga encima que no se podía aguantar y pasaron a la sala donde el grupo de música estaba ya tocando. Eran un grupo de tres

chicos, el cantante no estaba nada mal. Donde Julia pone el ojo siempre acierta, la verdad. El grupo se llamaba «Aquellos años» y versionaban canciones de los años ochenta.

Las chicas se pasaron por la barra para coger provisiones, tres Gintonic y un Ron Cola serían apropiados para continuar la fiesta.

Con ellos en mano se instalaron en mitad de la pista y empezaron a bailar como locas, en esos momentos sonaba la canción de los secretos Déjame. A Mandy le encantaba esa canción desde siempre, pero ahora la letra le llegaba más que nunca.

“DEJAME, NO JUEGUES MAS CONMIGO, DEJAME Y SIGUE TU CAMINO QUE YO EL MIO SEGUIRE POR ESO AHORA DEJAME.....”

De pronto alguien empujo a Mandy y le tiro la copa por encima.

—Joder ya te vale, mira por dónde vas que me has puesto perdida.

Lo dijo al tiempo que levantaba la cabeza y se encontraba cara a cara con la persona con quien había chocado. Sus miradas se enfrentaron, Mandy sintió que toda la rabia contenida durante meses necesitaba salir a la luz y su yo más irracional le ganó la partida a su yo tolerante.

—Pero bueno, ¿a quién tenemos aquí? A la «FOLLAHOMBRESQUENOSONMIOS» —dijo Mandy toda guerrera—. A vosotras dos que os pasa guapas, ¿qué necesitáis que os toquen la carita?

—Qué culpa tengo yo de que Nando necesitara follar con alguien en condiciones, y no con una mojígata que no pasa del misionero. —Se defendió Rakel.

Pero fue al oír eso cuando Mandy entró en cólera y, agarrando el vaso de un tío que había a su lado, se lo vació entero por la cabeza.

—¿Ahora quién es la mojígata, putón? —Empezaron a empujones, y tirones de pelo.

En ese momento llegaron Ro y Pat que venían del baño y viendo a sus amigas en tal fregado, se pusieron a repartir puñetazos a la vez que Ro decía:

—Pero ¿qué coño pasa aquí y quien esta tía?

Julia gritó:

— Ésta es la «FOLLAHOMBRESQUENOSONMIOS».

En ese preciso instante aparecieron los guardias de seguridad, como pudieron cogieron a las cinco y se las llevaron al cuarto que utilizaban como almacén. Seguían allí discutiendo todavía y diciéndose de todo menos guapa, cuando entraron dos policías nacionales.

El más alto y moreno dijo:

—A ver, ¿qué está pasando aquí?

Mandy estaba de espaldas y cuando oyó aquella voz su cuerpo tembló. No podía ser, de todos los putos policías que trabajan en Valencia, tenía que estar hoy de guardia ese que, cada vez que lo veía, le removía un no se sabe en el estómago y la dejaba temblando.

Daniel miró a las cinco chicas y se quedó alucinado. Joder, si estaba la doctora con cara de ángel que había salvado a su sobrino de las manos de la muerte, y con la que él intentaba no tener sueños subidos de tono durante el último tiempo. Por no mencionar que no encontraba la manera de volver a verla.

Definitivamente tenía que echar un polvo, o a este paso se volvería loco.

—Pero bueno, si tenemos aquí a... ¿Mandy era tu nombre? —dijo acercándose a ella y pegándose a su espalda.

Ella se volvió y mirándolo a los ojos le dijo:

—Amanda, para ti soy Amanda.

Mandy no sabía lo que le pasaba, pero ese hombre sacaba su lado más borde. ¿Porque le había dicho eso?

El la cogió del brazo y a escasos metros de su cara le dijo:

—Princesa, cuidado no te tenga que detener por desacato a la autoridad.

Mandy tragó como pudo y volvió a respirar al tiempo que le contestaba:

—Pues ya que eres la autoridad, haz tu trabajo de una puta vez y arresta a esa zorra para que podamos seguir con nuestra fiesta.

Sus amigas se miraron cuando oyeron semejante frase. Pero ¿qué le pasaba a la dulce de Mandy?, ella nunca contestaba así.

Daniel la soltó del brazo, se acercó a su compañero y después de cuchichearle algo al oído, se giró y dirigiéndose a Rakel le dijo:

—Señorita no se preocupe, todo está bajo control, puede irse a su casa. Nosotros nos ocupamos de sus agresoras y nos las llevamos a comisaría a dar parte. Por el bien del local le aconsejo no ponga denuncia alguna. —Terminó guiñándole un ojo.

La zorra babeaba con solo mirarlo y acató con lo que él le dijo, saliendo del almacén, acompañada de los guardias de seguridad.

Daniel le guiño un ojo a su compañero y dijo:

—Sam, nos las llevamos a comisaría.

Pat, que estaba muy perjudicada, por lo bajito aplaudió.

—Sí, sí, sí... Mi fantasía hecha realidad, que nos cacheen contra la pared.

Ro le pegó un codazo para que se callara, estaba acojonada. No quería ni pensar que diría su Alberto cuando tuviera que ir a pagar la fianza. Coño con la nohecita...

Las cuatro salieron escoltadas del local y cuando llegaron al coche, Julia le dijo a Sam:

—Pero chato, ¿de verdad nos vais a arrestar por una bronquilla de nada, más cuando se lo tenía merecido?

En eso Pat gritó:

—¡¡¡Sí, sí!!! Llevarnos y cachearnos.

Y Ro, perpleja, le dio un puntapié para que cerrara la puta boca.

Las metieron en el coche patrulla bien apretujadas y Daniel les preguntó:

—¿Dónde os llevo chicas?

—A tomar la última, chato.—gritó Pat.

Todos rieron menos Mandy, que aún no se había repuesto de haberlo tenido tan cerca de ella.

—No, señoritas —dijo Daniel riendo—. Por hoy ya habéis bebido todo lo que está permitido, os llevo a casa y por esta vez paso por alto lo de la

detención.

Ro respiro tranquila, menos mal... Su Alberto no se iba a enterar de nada.

Sam se preguntaba por qué Daniel estaba siendo tan atento, y por qué quería escoltar a las chicas hasta su casa. Porque estaba claro que él hacía eso por algo.

Cuando llegaron a casa de Mandy, todos bajaron del coche patrulla. Julia se dirigió a Sam y, pidiéndole un bolígrafo, cogió su mano y le apuntó su teléfono móvil.

—Muñeco, este es mi teléfono, espero que me llames otro día y me cachees, soy una delincuente muy peligrosa —dijo Julia, que nunca se cortaba un duro. Guiñándole un ojo, se dio media vuelta y se fue para el portal.

Sam estaba hiperventilando cuando ella se volvió y le dijo «¡Ah! Muñeco no vengas sin esposas». Y dicho esto se perdió por el patio tan campante.

«La hostia puta... Vaya con la rubia. ¡Qué peligro de mujer!». Pensó Sam. Claro que la llamaría, una mujer así no la dejaba escapar ni de coña.

Las tres amigas comenzaron a andar hacia el patio cuando oyeron a Daniel decir:

—Buenas noches, AMANDA.

Ella se giró y durante unos segundos lo miró a los ojos, quería disculparse pero no era capaz de articular palabra. Así que lo único que dijo fue:

—Buenas noches, agente.

Y dándose media vuelta se perdió en la oscuridad.

Sam se volvió a Daniel y le dijo:

—Pero tío, ¿qué coño te pasa, a que viene este numerito?

Daniel no estaba para hablar. Esa mujer lo estaba volviendo loco por primera vez en su larga historia con las faldas. Así que le contestó.

—Sam ahora no, entra en el coche y volvamos a comisaría.

De camino a comisaria Daniel le daba vueltas a la cabeza, ¿por qué Mandy le había contestado así, por qué lo miraba con desprecio? Estaba claro que quería defenderse, pero no sabía de qué. Se prometió a si mismo averiguarlo.

Ahora sabía dónde trabajaba y dónde vivía, algo productivo tenía la noche.

5.

21 de marzo.

Era sábado por la tarde. Se encontraban en una famosa e inmensa ludoteca llamada «PIERDETE ENTRE BOLAS». Hoy era el cuarto cumpleaños de Aitana y allí era el sitio elegido para celebrarlo con sus compañeros de clase. Por supuesto, sus tías favoritas no podían faltar a tal acontecimiento y la niña estaba encantada.

Aitana estaba vestida con el traje de Cenicienta que sus papis le habían regalado para tan especial ocasión, estaba preciosa y súper orgullosa, tenía claro que era una princesa en busca de su príncipe azul.

Mandy estaba con ella en un tobogán inmenso de Bob esponja cuando un niño llegó hasta ella gritando su nombre.

—¡Mandy, Mandy, Mandy!

Era Hugo, por suerte ya se encontraba perfectamente. El niño saltó a sus brazos.

—Hola Mandy, ¿qué haces aquí? Yo vine con mi papá.

Daniel vio a Hugo en brazos de Mandy. Él la estaba observando hacía un rato, la vio cómo jugaba con esa niña rubia vestida de Cenicienta y, aunque lo intentó, fue incapaz de apartar los ojos de esa mujer que causaba en él unas sensaciones a las que no sabía poner nombre.

En ese momento le vino a la cabeza su hermano, recordó como le decía, mientras le palmeaba la espalda, que algún día sentiría por una mujer algo tan fuerte que no podría darle explicación, y él se reía diciéndole que no había nacido mujer que le hiciera cambiar.

Lo extrañaba tanto... Siempre habían estado muy unidos, se llevaban cuatro años y Daniel no recordaba ni un instante de su vida sin él. Por eso, el momento en que lo vio morir y tener que darle la noticia de su muerte a su sobrino, fueron los instantes más amargos que jamás había tenido que vivir.

Aquel fatídico día habían salido de comisaria dirección a una redada en el

barrio del Cristo en Alicante. Durante el trayecto, Manuel, Maribel, Sam y él habían estado bromeando sobre la fiesta que el próximo fin de semana tenían organizada en una terraza de la playa y la apuesta entre Daniel y Sam de quién se ligaría antes a la nueva camarera.

Les habían dado el chivatazo de que en una de las casas estaba el *Califa*, un traficante muy perseguido. En un principio la operación no era muy complicada, irían allí, lo pillarían por sorpresa y darían por finalizada la operación. En menos de cuatro horas estarían de vuelta a Valencia y llegarían a tiempo para su partida de pádel semanal.

Cuando llegaron allí todo sucedió muy rápido, su hermano Manuel y su cuñada Maribel accedieron por la puerta principal, mientras su compañero Sam y el resto de la unidad los cubrían por la puerta trasera que daba al callejón.

De momento Daniel oyó gritar a un compañero:

—¡Atención nos han tendido una trampa!

Se sintió una explosión y Daniel corrió hacia donde estaban su hermano y su cuñada. Mientras corría notó como la boca se le secaba, el corazón le latía a gran velocidad y un terrible presentimiento se apoderaba de él, al tiempo que en su cabeza iba repitiéndose que no podía ser, que no podía haber pasado nada.

Cuando llegó, lo que sus ojos encontraron fue una escena dantesca. El explosivo les había estallado en las narices nada más intentaron abrir la puerta. Su cuñada, debido a la onda expansiva, había salido despedida y en consecuencia había recibido un golpe en la cabeza que la había dejado inconsciente.

Su hermano era el que le había pegado la patada a la puerta, por lo que llevaba la peor parte. Estaba tendido en el suelo, lleno de metralla y cascotes por todo el cuerpo. Además le faltaba la pierna derecha y la sangre salía a borbotones.

—Manuel, aguanta, por favor aguanta. ¡¡¡Joder, llamar a una ambulancia!!! ¿Dónde está la puta ambulancia? —gritaba Daniel angustiado, tembloroso e intentando guardar una calma que se le escapaba por momentos.

La ambulancia llegó en tiempo record, pero a Daniel le pareció una eternidad. Mientras llegaban al hospital en la ambulancia, Daniel intentaba bromear con Manuel para que éste se mantuviera despierto. Manuel lo miró a los ojos.

—Del (así era como le llamaba cariñosamente) si me pasa algo, por favor cuida de Hugo y de Maribel. Háblale de su padre, dile que siempre estaré orgulloso de él.

»Que desde el mismo momento en que supe que su mamá estaba embarazada fui el hombre más feliz del mundo y que lo quiero con locura. Y tú, Del prométeme que serás fuerte, que nunca olvidarás que te quiero y que le dirás a Maribel que es la mujer de mi vida, que conocerla y quererla es lo más bonito que hice nunca. Que la ayudarás, prométemelo hermano.

—Manuel todo va a ir bien, tú se lo podrás decir cuando te recuperes, en un viaje de esos de ensueño que te gusta organizar.

Daniel se dio cuenta de que su hermano había dejado de respirar. Un grito desgarrador salió de su garganta y su corazón se paró durante unos segundos, su mundo estalló en mil pedazos. No podía estar perdiendo al ser que más quería en el mundo.

—Manuel... Joder no me hagas esto, no me dejes solo. ¡¡¡¡¡HERMANOOOOOOOOOOOOOOO!!!!!!! No, no, no... ¿por qué?

Cuando llegaron al hospital, Manuel ya había fallecido y su cuñada estaba entrando en quirófano. Le quedaba la parte más dura de todas, decirle al enano lo que había pasado.

Cuando miró a Hugo a la cara, el niño supo que nada iba bien.

—¿Qué pasa tío Daniel? —le preguntó.

Daniel le explicó que su mamá estaba siendo operada y que su papá, que era un súper héroe, se había ido al cielo con los ángeles para poder protegerlos desde allí.

Hugo no dijo nada más durante una semana.

Ese fue el último día que le llamo tío. Dos semanas después, una mañana se levantó y le dijo.

—Venga papá, levanta que quiero desayunar.

La psicóloga le había explicado que era normal en situaciones tan traumáticas. La mente de Hugo había formado un escudo de defensa ante el dolor y por eso se negaba a asumir la realidad. Era un niño fuerte y con el tiempo todo se solucionaría.

De pronto, volviendo al presente, notó que Hugo le cogía de la mano.

—Ven papi, ven. Mira, está Mandy...

El niño lo arrastró hasta ella.

—Hola, Daniel.

—Hola, AMANDA.

—¿Amanda? ¿Por qué le dices eso si se llama Mandy?

Los dos se miraron y se sonrieron tímidamente.

—Hugo cariño, ¿por qué no te tiras por la boca de Bob esponja?

El niño salió disparado y ellos dos se pusieron a hablar animadamente. Se encontraban muy bien juntos. Los dos notaban una química extraña, la sensación de que cuando se miraban a los ojos el mundo dejaba de importar.

En la mesa, Pat se acercó a Rocío.

—Ro, ¿has visto el culo del que está hablando con Mandy?

—Joder, el culo y la espalda... Pero, ¿ese no era el poli de la noche de la pelea? —dijo Ro.

—Pues nena, va a ser que sí. Vaya, vaya... La verdad es que hacen muy buena pareja y ese debe ser el niño que del que nos habló.

—Si Pat, buena pareja hacen, pero él está casado y conociendo a Mandy no hay nada que hacer.

—¿Qué cotorreáis? —preguntó Julia, que se acercaba después de haber estado ligando con un papá de un amiguito de Aitana.

—Nada —dijo Ro—, que ese poli y Mandy hacen buena pareja, pero que estando casado ella no intentará nada.

—Pues tonta será —dijo Julia—, porque el tío está para desnudarlo,

lamerlo y luego tirárselo.

—Joder Julia —dijo Ro—, para ti la palabra *tío bueno* siempre va unida, sin puntos ni comas, a la palabra *me lo tiro*.

—Ja, ja, ja, ja —rió Julia—. Pues claro, es lo que hay. El amor de cuento de hadas ya te lo dejo a ti, soñadora.

Mandy seguía hablando con Daniel cuando Aitana se acercó gritando:

—Tía, tía, ven que ya sale Dora la exploradora con mi tarta de princesas.

—Voy cielo, voy. Bueno Daniel un placer, nos vemos. —Y se dio media vuelta al tiempo que él la cogió de la mano y la volvió frente a él.

—Mandy, me gustaría que pudiéramos quedar tranquilamente y charlar otro rato.

Ella notaba el cosquilleo que le producía sentir como él la cogía de la mano, pero en ese momento recordó que había una mujer esperándolo en una cama de hospital y soltándose de golpe dijo.

—Si claro, un día después de visitar a tu mujer, bajas, me buscas y tomamos unas copas si te parece apropiado.

Contestó Mandy todo lo borde de lo que fue capaz y mientras se ponía andar siguiendo a Aitana, se volvió y le dijo:

—Amanda. Para ti, Amanda.

Daniel se quedó pensando en sus últimas palabras, había dicho *tu mujer*. Ahora empezaba a entender el porqué Amanda era tan borde con él. Estaba convencida que la bella durmiente (como llamaban él y su sobrino a su cuñada), era su mujer, y como Hugo lo llamaba papá, ella había hecho sola su composición.

Estaba claro que debería sacarla de su error.

En eso Julia se le acercó y le dijo sacándolo de sus meditaciones.

—Dile al acojonado de tu compañero que sigo esperando esa detención, ¿o no tiene huevos ese poli amigo tuyo?

Y dicho esto se dio la vuelta y contoneándose se dirigió hacia Dora la exploradora.

«Joder con la rubia. Sí que le va a tener que echar huevos Sam...». Pensó Daniel.

Llegó la hora de los regalos y Aitana fue la niña más feliz del mundo. Sus tías le entregaron su regalo, una gran caja cuadrada que parecía moverse, rodeada de un gran lazo rojo.

—Aitana cielo, abre tu regalo rápido no sea que le dé algo.—dijo Mandy, temiendo por la vida del animalito que había dentro.

Cuando la niña abrió la caja puso unos ojos como platos y soltó un grito de alegría, mientras el perrito dentro de la caja la miraba con ojos de miedo. El pobre estaba muy asustado, pero eso sí, movía la colita sin parar como dando las gracias a su nueva amiga por liberarlo de su prisión.

La perrita en cuestión era un Bichón Frise blanco, pequeñito y con mucho pelo. Todos estaban encantados con el regalo menos Ro, que sabía a quién le iba a tocar la faena de cuidar del perro.

—Bueno, ¿y cómo vas a llamar a la perrita? —le preguntó Julia.

La niña pensó durante un buen rato y después dijo:

—Ya sé, la voy a llamar Kira.

—¿Kira? —preguntaron todos a la vez.

—Sí, se lo oí una vez a una señora y me gustó mucho. ¿A qué te gusta mucho también Kira?

Y la perrita pegó un ladrido mientras que meneaba la colita en señal de aceptación. En eso, Pat se acercó a Mandy para averiguar qué pasaba con el policía.

— Mandy, cariño, te vi hablando con el poli de la otra noche. ¿Qué pasa con él, que te dijo? Hacéis muy buena pareja.

—Verás Pat, no te niego que cuando estoy con él siento como cosquillas en el estómago y que me gusta mucho, como me habla y me mira, pero está casado, por lo tanto ni planteármelo siquiera.

—Ay, Mandy —dijo Pat—, ojalá fuéramos un poco como Julia. Mírala, vive la vida y se lo pasa de maravilla.

—Pat acuérdate que algún día Julia encontrará la horma de su zapato y probará de su propia medicina.

Las dos rieron imaginando a una Julia enamorada y colada de algún tío que no le hiciera caso.

Mientras tanto, alguien seguía mirando a Mandy sin poder apartar la vista de ella. Daniel se estaba empezando a colgar por esa mujer. Le gustaba cuando hablaba dulce y cuando se ponía borde.

Sonó su móvil y contestó.

—Hola, Daniel.—dijo Sam.

—Hola tío, ¿ya terminaste esos asuntos familiares?

—Sí, todo solucionado. ¿Y tú qué haces ahora? ¿Por dónde andas?

—Pues en estos momentos en un parque de bolas con Hugo y con las mejores vistas que nunca pude imaginar.

Sam alucinó, no sabía de lo que podía estar hablando.

—Tío, últimamente estás muy raro, el que te entienda que te compre...

Los dos rieron y quedaron en verse a la noche en casa de Daniel, así, mientras Hugo dormía, ellos podrían tomar unas cervezas y echar algunas partidas a la PlayStation.

Eran pasadas las diez cuando llamaron a la puerta. Daniel abrió, él y Sam se saludaron con un choque de manos. Se acomodaron en unos pufs que tenía Daniel en el salón, ambientado poco más o menos con un estilo árabe.

Una vez sentados abrieron sus cervezas y bebieron, no sin antes chocar los botellines, una manía que tenían desde que se conocieron.

—¿Sabes Sam...? Esta tarde cierta rubia me dio un recadito para ti, y te diría que más vale que cuides tus huevos, pues corren peligro.

—Joder, la rubia amiga de la doctora. Te juro que ayer la iba a llamar pero me retuve.

—Ja, ja, ja, no me dirás que te acojona esa mujer. Vamos es muy directa

pero no creo que sea nada que el «GRAN SAM» no pueda manejar.

—Pues aunque no te lo creas, esa mujerona rubia, por primera vez en la historia de Sam, me pone nervioso e inseguro.

Daniel se descojonaba escuchando a su amigo, aunque al mismo tiempo lo comprendía del todo, a él le pasaba lo mismo.

—Joder tío no te rías que a ti ya te vale con la doctora. Te juro que porque te conozco, si no te diría que pareces un jodido adolescente en el pasillo del instituto.

Daniel se paró de reír en seco.

—¿Qué pasa Daniel? —dijo Sam al ver que su amigo se quedaba serio.

—¿Otra cerveza? —preguntó, mientras que se levantaba para acercarse a la nevera y coger dos botellines más.

Cuando volvió a sentarse abrió las botellas y chocó estas tal y como hicieran la primera vez.

—Veras Sam, lo cierto es que me da miedo poner nombre a lo que siento por ella, pero no es algo que haya sentido antes. Es algo especial, es un sentimiento de querer ir más allá, de necesitar estar con ella siempre. Un sentimiento maravilloso pero que me asusta por ser tan nuevo para mí.

—Joder tío, tú te estás enamorando, cabrón.

—No lo sé Sam, solo te puedo decir que era más fácil cuando «Daniel conoce a chica, Daniel se tira a chica, Daniel olvida chica».

—Pues bueno, alguna vez tenía que ser diferente. «Daniel conoce a chica, Daniel se enamora de chica, Daniel esta jodido por chica». Bienvenido al mundo real.

Los dos rieron, hablar con Sam era lo que tenía, que hasta el problema más gordo acababa haciéndoles reír.

—Pues nano.—dijo Sam—. A por todas, díselo y ve a por él síii.

—Lo haré, pero es más complicado.

—Pues explícate porque no le veo la complicación.

—Verás, ella está convencida de que soy un hombre casado, que Maribel es

mi mujer y Hugo mi hijo. Y como el jodido niño me sigue llamando papá pues se lo puso a huevos para pensar que somos una familia.

—Pues entonces se lo dices y asunto resuelto. Y ahora nano enciende esa consola, que parece esto un consultorio de los que oía mi yaya por la radio. Somos una panda de viejas.

—Ja, ja, ¿preparado para que te de la paliza del siglo?

—¿Tú y cuantos como tú me van a dar esa paliza?, grandullón fanfarrón.

Mientras tanto Mandy daba vueltas y vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Volver a ver a Daniel le había vuelto a remover algo por dentro y por eso ahora estaba nerviosa y no conseguía dormir.

En ese momento deseó no ser tan recatada y ser un poco más liberal para poderse dar el gusto de quedar con él y darle una oportunidad a sus fantasías más recientes.

Con esos pensamientos y sin darse cuenta, el sueño la envolvió.

6.

14 de abril.

Las chicas se arreglaban emocionadas en casa de Ro, salían con los chicos a celebrar el cumpleaños de Alberto, una noche especial pues cumplía cuarenta años.

Cenarían en un bar gallego del centro de la ciudad y luego se unirían a más gente en un local que les gustaba mucho llamado: Las Ánimas.

Las chicas estaban espectaculares. Julia con su traje ceñido en color marrón, con un cinturón dorado y unas medias de rejilla a juego con sus zapatos talismán, unos Manolos que le había regalado el verano pasado aquel guiri pastoso con el que había pasado las vacaciones en Ibiza. Todo había ido bien hasta que un Disc-jockey cañón se cruzó por medio y Julia se olvidó del guiri, eso sí, nunca olvidó sus Manolos.

Ro llevaba unos pantalones aterciopelados con una camisa blanca cruzada, le resaltaba su maravillosa delantera y el pelo despuntado con un pequeño detalle en un lado.

Pat llevaba su melena al viento y un vestido rojo con escote en uve que, la verdad, dejaba ver más que tapaba. Con unos zapatos negros de tacón impresionante. No estaba segura de cómo reaccionaría Álvaro ante tal indumentaria.

Mandy se había decidido por una minifalda muy mini de vuelo, medias negras, botines altos y un top plateado que se pegaba a su cuerpo como un guante. El pelo suelto retirado en un lado, por lo que parte de su cuello quedaba descubierto.

Cuando Alberto entró en el comedor, después de dejar a Aitana con su abuela, las encontró alrededor del móvil riéndose y babeando con las fotos de ese modelo que las tenía con las hormonas revolucionadas como si tuvieran quince años. Solo les faltaba forrarse la carpeta con las fotos de ese tío.

Alberto carraspeó para que se dieran cuenta de su presencia.

—¿Ya están listas los *ANGELES DE ALBERTO*? Porque chicas, voy a ser la envidia de todo mortal que se acerque...

Ellas soltaron una carcajada y se acercaron hasta él para darle besos. Alberto era un amor, todas lo querían con devoción.

Cuando Alberto vio a Ro, la cogió de la cintura y acercándola a él le dijo.

—Estás impresionante, amor, eres la mujer más bella que han visto mis ojos. Soy afortunado de tenerte. —Y le dio un beso en los labios.

Ro se apartó colorada, le gustaban las cosas que le decía Alberto, pero le daba vergüenza que las dijera delante de las chicas.

Julia, para romper el hielo comenzó a cantar la canción de *El amor está en el aire*. Tenía claro que si alguien definía a la perfección las palabras amor, compromiso y relación, eran ese par de dos.

Cogieron sus bolsos y chaquetas, y se fueron en el coche de Alberto al restaurante; Álvaro había tenido complicaciones en el gimnasio y acudiría allí directamente.

Cuando Álvaro llegó ya llevaban dos jarras de Ribeiro tomadas. Pat levantó la cabeza y lo vio entrar, allí estaba su hombre, tan musculoso, con esos vaqueros, ese suéter gris en uve pegado a su cuerpo y ese pelo mojado, señal de que no hacía mucho que se acababa de duchar.

Álvaro llegó a la mesa, chocó la mano con el homenajeador, besó a cada una de las chicas y después se acercó a Pat. Le dio un casto beso, la miró y le susurró algo molesto.

—¿Dónde te has olvidado el resto del vestido?

A Pat no le hizo mucha gracia el comentario. Encima que llegaba una hora tarde y no le había explicado mucho el motivo de su tardanza, le venía con una escenita de celos infundados. Había veces que se planteaba si de verdad debía dar el paso de casarse.

La cena continuó entre Ribeiro y risas, solo una persona estaba algo ausente. Ese era Álvaro, durante toda la cena no paró de mirar el móvil y de contestar Whatsapp. Parecía bastante nervioso la verdad, y a Pat se le estaba calentando el ánimo, callaba, pues no quería amargarle la fiesta a su amigo, pero desde luego hablaría en otro momento con don musculitos, tendría que

explicarle un par de cosas.

Cuando llegaron a *Las Ánimas* ya estaban allí esperando los compañeros de Alberto, las chicas se dirigieron a la barra, era hora de darle al cuerpo su dosis estipulada de gintonic y ron, aunque a decir verdad, el Ribeiro de la cena ya corría por sus venas en más proporción que de sangre.

En un rincón de ese mismo local, la sección número siete de la comisaria cincuenta y cuatro estaba celebrando el ascenso a comisario de una de sus compañeras.

Daniel notó que se le cortaba la respiración cuando al mirar a la barra pudo ver a su ángel. La observó durante largo rato, la vio reírse con sus amigas; embelesado, pudo comprobar lo bien que le quedaba aquel top y aquella minifalda, y pensó en una y mil formas de hacer desaparecer ese conjunto.

También tuvo que contenerse para no ir hasta allí y darle un puñetazo a ese pijo de mierda que se le había acercado babeando y había puesto las manos en la cintura. Cintura que no tardaría en ser él quien tocara. Lo que sentía por esa mujer lo estaba matando, no había dejado de pensar en ella ni un solo día desde que la conoció en el hospital.

Mandy notó las manos de un gilipollas apoyadas en su cadera y le pegó un empujón. Álvaro, que estaba cerca, había tenido unas palabritas con el individuo y estaba seguro que no volvería a molestar a las chicas. Era una suerte que las chicas contaran con él para estas ocasiones.

Todas salieron a bailar a la pista. Tras lo acontecido en las últimas semanas tenían muchas ganas de bailar y divertirse.

Estaban baila que te baila cuando esta canción comenzó a sonar.

RESPIRO EL SOL, PORQUE EL INVIERNO YA SE FUE

AHORA EL AMOR ESTA EN EL AIRE.

LA LLUVIA DESAPARECIO...

VEO CARAS FELICES POR TODAS PARTES

NO SE CUANTO TIEMPO TE ESPERE

CREO QUE FUE UN LARGO TIEMPO

VIVI ENCADENADA
PERO AHORA ME SIENTO SEGURA
Y SE QUE TODO LO PUEDO HACER
SE QUE PARA MI YA NO EXISTE EL DOLOR
YO QUIERO RESPIRAR LA VIDA QUE ME DAS
YO QUIERO COMPARTIR LAS GANAS DE VIVIR
YO QUIERO RESPIRAR NUESTRA FELICIDAD
DESDE QUE ESTAS AQUÍ TE QUIERO JUNTO A MI
QUIERO RESPIRAR

RESPIRO OTRA VEZ PORQUE DESPUÉS DE TODO
HE ENCONTRADO UNA MANERA DE ANDAR
SOBRE LAS NUBES
SE QUE AHORA MI VIDA YA NO SERA LA MISMA
HAY ALGO TAN ESPECIAL A MÍ ALREDEDOR
QUE ME DA SENSACIÓN DE FRESCURA Y ALEGRÍA
AHORA LA BONDAD Y LA BELLEZA ME RODEAN
ASÍ ES COMO ME SIENTO HOY

YO QUIERO RESPIRAR LA VIDA QUE ME DAS
YO QUIERO COMPARTIR LAS GANAS DE VIVIR
YO QUIERO RESPIRAR NUESTRA FELICIDAD
DESDE QUE ESTAS AQUÍ TE QUIERO JUNTO A MI
QUIERO RESPIRAR

QUIZA SEA UNA IDIOTA
PERO NADA ME IMPORTA CUANDO ESTOY EN TUS BRAZOS
MI CORAZÓN NO DEJA DE DAR GRANDES VUELTAS

AHORA ESTAS DE NUEVO EN MI CAMINO
Y SABES LO QUE SIENTO POR TI
SABES QUE ES VERDADERO NADA PUEDE CAMBIAR
NUESTRO MÁGICO TRATO

PORQUE TE AMO OTRA VEZ...

Mandy bailaba como loca esta canción, le encantaba. Notó que alguien se pegaba a su espalda y le susurraba al oído.

—Yo quiero respirar, y últimamente me cuesta hacerlo si no te veo.

Su cuerpo se tensó, dejó de obedecer a su voluntad. Esa frase susurrada a su oído y su aliento pegado al cuello, despertó en ella un profundo deseo en su interior que crecía a poco a poco, al tiempo que sus caderas se contoneaban pegadas a él, reclamando su proximidad. Aceptó sus manos recorriendo suavemente su estómago y se dejó llevar por la sensación eléctrica que le producían los besos que él fue depositando en su cuello.

Quiso volverse para comprobar que el hombre que estaba despertando en ella esas sensaciones tan desconocidas era el único hombre que su cuerpo anhelaba. Daniel.

Él la inmovilizó, impidiendo que se diera la vuelta. Había soñado tantas veces con el momento de tenerla entre sus brazos, que ahora que la sorpresa había jugado a su favor, no quería que nada rompiera la tensión sexual que los rodeaba. Acercando sus labios a su oreja le susurró, al tiempo que daba un breve mordisco a su lóbulo

—No te vuelvas. Déjate llevar, deja que la música nos lleve a ese lugar donde hace semanas que los dos queremos estar. Amanda, baila nuestra canción.

Mandy explotó como fuegos artificiales al escuchar el sonido de aquella voz al pronunciar su nombre. Sonrió, al tiempo que suspiraba por darse cuenta que solo para él, ella era Amanda. La canción terminó, o no... Mandy era incapaz de oír, solo podía sentir el fuego que se abría camino por todo su

cuerpo. Cada poro de su piel ansiaba su contacto, esa necesidad de perderse en lo que estaba sintiendo. Su olor, su tacto, su respiración... Placeres para su cuerpo. Un cuerpo que se abría como una flor a la espera de ir más allá.

Daniel sentía vértigo, no quería que nada rompiera ese momento y deseaba ir más allá, no quería que esta vez se le escapara. Nunca le había pasado algo similar con ninguna otra mujer, ella estaba provocando en él las sensaciones a las que tanto miedo le daba poner nombre. Le dio la vuelta, aprovechado que la canción que en ese momento sonaba era apropiada para ello y la estrechó entre sus brazos. Bajó la cabeza para que sus bocas quedaran a pocos centímetros y, muy pegado a ella, le susurró:

—Amanda, quiero besarte.

Ella cerró los ojos, dándole así el permiso que él le estaba esperando y sus bocas se unieron. Primero fueron sus labios y después, tímidamente, sus lenguas fueron las que se reconocieron, se fueron enredando en una danza carnal. Lo que había empezado siendo un tímido beso se estaba convirtiendo en un beso desesperado. En un beso que demostraba que los dos se deseaban más de lo que eran capaces de reconocer. Mandy se quejó cuando el beso terminó y esos labios se separaron de los suyos, le dolió la ausencia de esa boca devorando la suya. La cabeza le daba vueltas no sabía si era el alcohol o lo que acababa de sentir, pero no quería que Daniel desapareciera. Entonces él le susurro muy cerca de su oído.

—Amanda, ven conmigo.

Mirándose a los ojos, sin perder el contacto visual, Daniel le tendió la mano y ella la aceptó. En ese momento lo seguiría hasta el fin del mundo si él se lo pidiera.

Lo que ese hombre le acababa de hacer sentir con un solo beso era algo que la había dejado fuera de cualquier razonamiento lógico.

Además, esa noche no quería pensar.

Sus amigas vieron como Mandy abandonaba el local con el pedazo de tío con el que había estado bailando. Ninguna lo había reconocido, pero se alegraban de que se diera el gusto con un pibón como ese.

Cuando salieron a la calle, rodeando su cintura, le dijo que vivía allí cerca.

Mandy asintió y mientras caminaban se iba diciendo que estaba cometiendo una locura, que esa no era su manera de actuar. Pero algo superior a ella la obligaba a seguir adelante.

Cuando llegaron a casa de Daniel, un pisito muy cuco en medio del barrio de Cánovas, éste puso música y le sirvió una copa.

—Toma tu ron con cola.

—¿Cómo sabes que bebo ron?

—Te observo más de lo que crees. —Y le guiñó el ojo.

Mandy cogió el vaso y se lo bebió de un trago, acababa de arrepentirse. ¿Qué cojones hacía ella allí?

Antes de que Daniel se diera cuenta cogió su bolso, el abrigo y se dirigió hacia la puerta.

Cuando la estaba abriendo, sintió una mano por detrás que la cerraba y otra mano que la cogía de la cintura y le daba la vuelta para ponerla contra la puerta.

Ella tragó saliva como pudo, no le gustaba esa situación porque le traía muy malos recuerdos, cerró los ojos esperándose lo peor y una lágrima corrió por su mejilla. Notó como su cuerpo temblaba como una campanilla azotada por el viento y el temor la inundó cuando pensó que otra vez podía pasarle lo mismo.

Daniel la notó temblar debajo de su cuerpo y vio la lágrima rodando por su mejilla. Con un beso le secó la lágrima y acercándose al oído le susurro.

—¡¡¡¡Shhhhhhh!!!! No llores cariño, no tiembles, nunca te haría daño. Te deseo Amanda, te deseo como nunca deseé a otra mujer. Déjame que te lo demuestre de la única forma que sé. Dame esta noche, Amanda.

Cuando Mandy escuchó aquello, abrió los ojos. La pesadilla había desaparecido, ahora temblaba pero no de miedo, lo hacía por el mismo deseo del que él estaba hablando. Sin saber por qué se acercó a sus labios y lo devoró.

Daniel se sorprendió de su reacción, pero le devolvió el beso. Al mismo tiempo sus manos comenzaron a deslizarse hacia el pecho de Amanda para acariciarlo sobre el top, diciendo:

—Cariño, no sabes cuánto te deseo, pero la primera vez no voy a permitir que sea aquí de pie. Pon tus piernas alrededor de mí y te llevo a la habitación.

Mandy se colgó de él y Daniel en dos zancadas la llevó a su dormitorio, suavemente la dejó en el suelo junto a la cama, se pegó a ella y le soltó el pelo, después le desabrochó el top y éste cayó al suelo.

Ella no se sentía nerviosa, al contrario, estaba ansiosa de que él la poseyera y la hiciera suya aunque solo fuera por esa noche.

Se sorprendió desabrochando su camisa y deslizándola por sus hombros, al tiempo que admiraba su torso desnudo y firme.

Poco a poco, sus ropas fueron cayendo al igual que caen los muros innecesarios, y se quedaron desnudos, sin nada que se interpusiera entre ellos, piel con piel, deseo contra deseo.

Una vez desnudos y sin dejar de mirarse a los ojos, se besaron. Las manos de Daniel recorrieron despacio, centímetro a centímetro, el cuerpo de Mandy. Fue sintiendo su tacto sedoso, al mismo tiempo que su deseo crecía más y más, hasta límites insospechados. ¿Cómo podía ser posible desear tanto a una mujer, hasta el punto de tener la sensación de estar precipitándose al vacío?

Él no era un novato, ni mucho menos, pero sabía que si estaba nervioso era porque por primera vez en su vida estaba haciéndole el amor a una mujer.

Se hacía palpable la urgencia que un cuerpo tenía del otro. El deseo los desbordaba y los convertía en dos seres ansiosos y sin límites.

Mandy notó como Daniel le besaba el cuello y bajaba lentamente dibujando un camino imaginario hasta sus pezones, sintió como los acarició con la lengua. Ella gimió, tirando la cabeza hacia atrás. Sintió como los succionaba con dulzura, con la presión justa para conseguir que una corriente de placer la recorriera de los pies a la cabeza.

La mano de él bajó hasta su centro de deseo y cuando la tocó pudo comprobar que Mandy estaba totalmente excitada, estaba preparada para él.

Ella notó como introducía un dedo en su interior y lo movía haciendo círculos. Unos círculos que la estaban haciendo rozar el límite.

Daniel quería darle más, dedicarle todo el tiempo del mundo para que ella

disfrutara, pero a pesar de su auto control, no aguantaría mucho, había deseado y fantaseado tanto con ese momento que ahora su miembro le exigía un desahogo, por lo que primero la penetraría y luego, mucho más tranquilo, podría dedicarle todo el tiempo que ella se merecía. Quería ser muy generoso con ella.

Mandy estuvo a punto de estallar cuando él le introdujo su dedo y jugó dentro de ella. El calor que recorría su cuerpo era algo que nunca antes había sentido.

En ese preciso momento su cuerpo no obedecía a su mente, tenía voluntad propia, solo tenía una razón y esa razón era ser poseída por Daniel.

Pudo oír a Daniel que, entre gemidos, le decía.

—Voy a entrar dentro cariño, muy despacio, lentamente, pero te deseo tanto que no te garantizo cuánto pueda durar. Eres perfecta... Eres mi sueño, Amanda.

Él la penetró despacio y se quedó parado dejando que sus cuerpos se aceptaran. Mandy jadeó de placer, se estremeció cuando él empezó a moverse lentamente en su interior, al tiempo que le susurraba que la necesitaba así pegada a él, sintiéndola suya, saboreando ese orgasmo que les estaba brotando poco a poco. Ella empezó a moverse más deprisa, necesitaba más contacto, notar como él entraba y salía de su interior la estaba llevando a un estado sin retorno donde la única salida posible era un orgasmo jamás vivido.

Necesitaba que él la penetrara más, sentirlo llenándola por completo. Daniel le susurró:

—Tranquila, Amanda, tranquila.

Y tras un par de embestidas más, él le dijo:

—Ahora, Amanda, ahora. Córrete para mí, dame tu orgasmo y recoge el mío.

Tuvieron el orgasmo más intenso que ambos recordaban. Definitivamente el mundo había dejado de girar.

Durante toda la noche siguieron jugando, amándose, sin pensar en otra cosa que en ellos dos, en satisfacer ese fuego que les quemaba.

Un ruido la despertó sobresaltada a las seis de la mañana. Cuando vio a Daniel durmiendo a su lado tuvo tentación de tocarlo, pero la Mandy con miedos y prejuicios superó a la Mandy loca y satisfecha por la noche de sexo que ese hombre le había proporcionado.

A sus treinta años había descubierto que era multiorgásmica, porque había tenido en esa noche más orgasmos que en sus años de relación con Nando.

Se levantó con cuidado, no quería que él se despertara, así sería mucho más fácil marcharse. Se vistió y sin hacer ruido abandonó la casa de Daniel, prometiéndose a sí misma que aunque nunca pudiera olvidar esa noche, no volvería a verlo. Él le había pedido una noche y eso era lo que ella le daría, solo una noche. Por mucho que quisiera, no podía olvidar que él estaba casado y eso eran palabras mayores.

El sonido del teléfono despertó a Daniel, se incorporó rápidamente y le costó respirar cuando se dio cuenta que Amanda no estaba. Se había ido y él no la había sacado de su error.

Dio un puñetazo sobre el colchón con la rabia que le provocaba el no haberla visto marchar.

Contestó al teléfono, era del hospital, le estaban dando la noticia de que su cuñada había despertado del coma.

Sintió una alegría tremenda y un miedo enorme, ¿cómo le explicaría que Manuel había muerto?

Llamó a casa de Antonia, la mujer abrió la puerta.

—*Bon día*, amante. Ya era hora que amanecieras, me veía llevándome al nene al sermón de las doce.

—Tú y tus sermones, Antonia.

—Papá —corrió Hugo a sus brazos— ¿Podemos ir al Bioparc?

—No Hugo, nos vamos al hospital, la bella durmiente de tu mamá acaba de despertar.

—¡Ay madre del amor hermoso! ¡San Judas bendito! Gracias a Dios escuchaste mis plegarias... —Comenzó a rezar Antonia.

Cuando llegaron al hospital, el doctor Castro le informó del estado de su cuñada y le recomendó que no debía tener emociones fuertes, y que de momento había que posponer la noticia de la muerte de su marido.

Los dos entraron de la mano y se acercaron a la cama. Cuando llegaron, Hugo le dio un beso y ella abrió los ojos.

—¿Ves, Hugo?, eres su príncipe. La has despertado con un beso como a la bella durmiente.

Ella sonrió con los ojos llenos de lágrimas, miró a Hugo y después miró a Daniel, al tiempo que formulaba la temible pregunta de donde estaba Manuel.

Daniel tragó el nudo en la garganta y, como pudo, fingió normalidad.

—Tranquila, tendrás noticias tuyas. Ya conoces al sargento, lo tiene liado en una misión.

Mandy llegó a su casa y se encontró con Pat en el sofá acurrucada viendo *Pretty Woman*, llorando a moco tendido.

«Problemas... Se avecinan problemas. Cuando Pat ve esta película, nada bueno está por venir». Pensó.

—Pat cariño, ¿qué ocurre?

—Ay Mandy, no lo sé, Álvaro está muy raro. Esconde algo seguro, no parece el mismo. Si hasta le dijo a Alberto que me trajera a casa, que él tenía algo que hacer. Y le he estado enviando mensajes y no me contesta.

—Tranquila Pat, no dramatices, seguro que tiene un motivo de peso, Álvaro siempre lo tiene.

7.

Por suerte, la noche anterior, Pat estaba tan sumida en sus cavilaciones que no le había preguntado por qué llegaba a esas horas ni de dónde.

Se quedó en la cama un largo rato, en su cuerpo aún quedaban sensaciones y recuerdos de la noche pasada con Daniel, su aroma seguía impregnado en su piel.

Lo vivido con él le resultaba todo una novedad, nunca había sentido cómo su mente la abandonaba, para hacerse esclava de su cuerpo y no tener otra misión que sentir placer, un placer llevado al límite, un placer que hacía que su cuerpo se convirtiera en esclavo de su tacto, que pudiera suplicar por una caricia, que pudiera desbordarse como un río sin control, sin aviso.

Pero no podía ser, se dijo una y mil veces, él estaba casado y lo que menos necesitaba en estos momentos era una historia con problemas. Lo mejor sería olvidarlo. Olvídalo Mandy, se repitió una y mil veces. Pero, ¿cómo podía olvidar al hombre que la había hecho sentirse la mujer más deseada y sensual del planeta? Iba a ser muy, pero que muy difícil.

Julia se despertó, un olor a pan recién tostado y a café llegaba hasta su dormitorio. Sonrió al ver las esposas y recordar cómo se lo había montado la noche anterior con el poli.

Después de que Mandy abandonara la fiesta, cuando salía de los baños, se lo encontró. Él la cogió por la cintura y le dijo:

—Señorita, queda usted detenida por ser el peligro público número uno. Esas piernas y esas tetas no están autorizadas para contonearse sin pudor y alterar a todo hombre con un poco de vida entre las piernas.

—¿Ah sí? —Dijo Julia— ¿Y a ti te altera?

Él cogió su mano y la puso encima de su paquete.

—Mire señorita, toque, le puedo asegurar que esto tan duro no es una porra reglamentaria. Espero haber contestado su pregunta.

—Pues entonces agente, deténgame por escándalo público y haga caer sobre

mí el peso de la ley.

—Muñeca, sobre ti va a caer algo más que el peso de la ley, créeme.

Entre risas y provocaciones, algo que a Julia se le daba muy pero que muy bien, pues tenía a Sam apunto de enfermar, llegaron a su casa.

Nada más entrar, Sam la encaró hacia él y la subió a sus brazos al tiempo que devoraba su boca, esa boca sensual que le traía más que loco. Su sabor empezó a despertar en él su lado salvaje.

Llegó con ella hasta el sofá y tirándose en él, empezaron a desnudarse. Él subió su vestido hasta la cintura, bajo sus manos hasta sus piernas y ¡Dios! descubrió que Julia era de esas mujeres que no usaban los odiosos pantis hasta el cuello. Se volvió loco con esas medias que le llegaban a medio muslo, con ese ligero.

Sin pedir permiso le arrancó las braguitas, estaba fuera de sí. Él no solía comportarse de esa manera, tenía fama de ser un amante dulce, tierno, pero esta mujer lo transformaba y lo llevaba al límite de todo.

Se deshizo de ese vestido, que por suerte no necesitaba sujetador, suspiró de placer cuando observo los pechos de Julia. Unos pechos de tamaño perfecto, ni grandes ni pequeños y esos pezones en erectos que le apuntaban, provocándole, exigiendo su atención.

Les dedicó todo el tiempo que le fue posible, pasándole la lengua y proporcionándole pequeños mordiscos a los que Julia respondía con gemidos de placer que lo ponían más cachondo, si es que eso era posible.

Ella se incorporó, al tiempo que le sacaba la camiseta por la cabeza y bajaba sus manos para desabrochar el cinturón y el botón de los vaqueros.

Sam ayudó a quitarse el pantalón y su miembro quedó expuesto, dando saltitos y pidiendo estar dentro de semejante belleza.

El sofá era un amasijo de brazos, piernas, manos y labios buscando desesperadamente otros labios y gemidos, gemidos que llenaban el silencio que les rodeaba.

Julia cogió el miembro de Sam entre sus manos y comenzó a masajearlo, al tiempo que comprobaba como de él manaban esas gotas previas al aluvión final.

—Rubia, si sigues así no voy a poder controlarme y te juro que lo estoy intentando.

—Yo de ti me controlaba sargento, no creo que quiera ver a una Julia muy, muy enfadada —dijo a la vez que sonreía pícaramente.

—No, señorita, le puedo asegurar que mi intención no es verla enfadada, más bien es hacer que cumpla la ley.

—¿Qué ley?—preguntó ella al tiempo que le mordía el labio inferior.

—Ésta ley —dijo Sam introduciéndose en ella.

En ese mismo instante todo se desbarató, los dos comenzaron a moverse bruscamente, era como si ninguna embestida fuera suficiente para dejarlos más y más unidos.

Un orgasmo excepcional les llegó, dejándolos exhaustos y con la sensación de que ese iba a ser, sin lugar a dudas, el primero de una noche intensa y lujuriosa.

El ruido de la puerta la sacó de su pensamiento.

—¿Duerme aquí una bella dama, hambrienta debido a la maratón de sexo vivida con el tío más sexy de toda la ciudad? Bella dama, el desayuno está servido.

Se levantó dándole un beso y, desnuda, se encaminó hacia el salón.

—Julia, ¿piensas desayunar así?

—¿Así cómo? —dijo ella engullendo un trozo de tostada.

—Pues en pelotas, estás en pelota picada.

—¡Ah! pues claro, me gusta que admires lo que vas a tener para desayunar y almorzar. —Rió ella.

—Eres un verdadero peligro, rubia.

Y diciendo esto, la levantó en volandas y se la llevo otra vez a la habitación. Si la rubia quería guerra... A él le llamaban precisamente el guerrillero.

Ese domingo por la noche, Pat subió a hablar con Álvaro, tenían cosas que aclarar.

Mandy estaba sola cuando sonó su móvil. Era un whatsapp de Andrés, le contaba que se acababa de enterar de que la mujer en coma se había despertado y había visto al marido y al hijo ir a visitarla.

Los ojos de Mandy se llenaron de lágrimas, por un lado estaba contenta de que esa bella mujer saliera del coma, por otro lado estaba muy triste, ya nunca más volvería a estar en los brazos de Daniel.

16 de abril.

El lunes, cuando Daniel llegó a la comisaria, tenía una prioridad, necesitaba encontrar el teléfono de Mandy. Él era policía y no le resultaría nada difícil.

Cogió el ascensor y subió a la segunda planta, donde un amigo encargado del rastreo de personas le debía un favor. Le pidió que le localizara a la señorita: AMANDA FERNANDEZ DEL RIO.

Tenía que localizarla, decirle que no podía sacársela de la cabeza y que Maribel no era su mujer, sino su cuñada.

Tal y como decía esa canción que no se sacaba de la cabeza, quería respirar la vida que ella le daba.

22 de abril.

La semana pasó rápida, urgencias tenía mucho trabajo y sus amigas y ella estaban entretenidas con los preparativos de la despedida de soltera de Pat.

Pat estaba más callada y triste que de costumbre. No habían hablado aún de lo que pasó con la conversación de Álvaro, pero bueno, como decía Ro eso eran los nervios de la boda.

Ese viernes, Andrés le contó que la chica del coma era policía y que estaba recuperándose, también, que en breve le darían el alta.

Cuando estaba llegando a casa sonó su móvil en el bolso, era un whatsapp de un número desconocido. Se extrañó mucho pero no le dio importancia, al

llegar a casa lo leería.

Cuando llegó, Pat no estaba, por lo que se preparó un baño. Mientras, sacó el móvil y vio que tenía por leer el mensaje del número desconocido. Se dispuso a leerlo:

- Hola Amanda, soy Daniel. Si te preguntas como conseguí tu número, no me fue difícil, recuerda que soy policía.
- Por favor necesito hablar contigo, quiero contarte algo que tienes que saber antes de que pase más tiempo.
- YO QUIERO RESPIRAR.

Y a continuación, una dirección que enlazaba con la página de YouTube. Lo abrió y apareció el video de la canción que habían bailado juntos.

Las lágrimas comenzaron a resbalar por la mejilla de Mandy. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil, por qué? No sabía qué hacer, qué contestar, pero si era honesta con ella misma, quería estar con él una vez más y si él decía que tenía que contarle algo, ella ya sabía lo que era, debería darle la oportunidad que pedía.

Cogió el móvil para contestar, los dedos le temblaban.

- Hola Daniel. De acuerdo, dime día y hora.

Contestó aparentando frialdad. Él contestó inmediatamente.

- ¿Conoces la cafetería VIVIR SIN DORMIR, en la playa del Cabañal?
- Sí, la conozco.
- Pues te espero allí mañana a las doce. ¿Te va bien?
- Sí, me va bien.
- Vale, nos vemos. Gracias Amanda por dejarme respirar.

Mandy se metió en la bañera y volvió a poner la canción que él le había enviado. Joder, podía ser su historia.

Eran las once y media de la mañana cuando Mandy llegó a la playa, llegaba pronto pero estaba tan nerviosa que no podía esperar en casa.

Se sentó en una mesa pegada a la cristalera y sacó su libro electrónico, a ver si leyendo un poco lograba calmar su ansiedad.

A las nueve de la mañana de ese mismo día, Daniel acababa el turno cuando su capitán se le acercó.

—Daniel, te vas ahora mismo a Alicante, hemos conseguido infiltrarte en la banda del CALIFA.

—Pero capitán, ¿ahora mismo...?

—Daniel, ya sabes cómo funciona esto, nadie tiene que saber nada. Nada de móvil, nada de avisos, nada de nada. Ya me encargo yo de avisar a tu vecina para que se quede con tu sobrino. Suerte Daniel, ten cuidado.

Joder, joder, joder. Justo ahora, el día en que Mandy acudiría a su cita. Y él no podía avisarla, ella lo odiaría para siempre.

Mandy seguía sentada en la misma mesa, hacía una hora y media que esperaba allí sola y la gente empezaba a mirarla extrañada.

Estaba dudando si seguir esperando o no, cuando el sonido de su móvil la sacó de sus cavilaciones.

Era José, el enfermero, quien le escribía.

- Acabo de ver a la mujer policía pedir el alta voluntaria y largarse con el poli y el niño. Es todo un misterio, hace una hora que llegó él y exigió llevársela. Ya sabes que me entero de todo, te mantendré informada. Niña, las guardias sin ti son muy aburridas.

El corazón de Mandy empezó a latir con mucha fuerza. Sus ojos se llenaron de lágrimas, lágrimas que brotaron sin poder hacer nada para evitarlo. La respiración se le cortaba y tenía que hacer un esfuerzo sobre humano para

poder pensar y procesar la información.

Como pudo se levantó, pagó y se fue hacia la orilla de la playa, en ese estado no era inteligente ponerse a conducir.

Paseó por la orilla, a esas alturas del año, en Valencia era una verdadera gozada estar allí.

Vio a una pareja paseando, agarrados, parando cada dos pasos para comerse a besos y regalarse un sinfín de caricias. Recordó cada momento en el que Daniel la tocó, cada palabra que él le susurró, recordó esos labios que tatuaron en su piel unos besos que ni el agua ni el tiempo podrían borrar.

Y lloró, lloró dándose cuenta de la realidad y de que había sido una tonta, una ingenua. Ese era el pago de leer tanta literatura romántica, había llegado a creer que a ella también le pasaría, que llegaría un hombre que la hiciera sentir única y que lo abandonaría todo por vivir junto a ella.

Ja, ja y ja. Era evidente, su mujer había despertado, él solo la usó para desahogarse, ahora su lugar estaba al lado de su mujer y se lo acababa de dejar bien claro. Sin palabras, sin nada, simplemente su ausencia valía para demostrar que una vez más, Mandy perdía. Ahora era ella la que quería respirar, pero sabía que era tarde para dar un paso atrás. Se dijo a si misma que concentraría todas sus fuerzas en olvidarlo, que lo retiraría al último rincón de su mente y de su memoria aunque se le fuera la vida en ello. Mirando hacia el mar se relajó, se tranquilizó y cuando estuvo con fuerzas, se levantó y con paso cansado se dirigió a su coche.

El día no podía empeorar.

Esa tarde, Pat llegó de trabajar y subió a casa de Álvaro, ya hacían dos semanas que lo notaba muy raro, había intentado hablar con él pero éste le daba largas. Así que de hoy no pasaba, si o si, le preguntaría qué rollos se traía o si se estaba arrepintiendo de su compromiso.

Subió por las escaleras y cuando estaba llegando pudo ver que una mujer de estatura mediana, con aspecto de muñeca hinchable, estaba aporreando la puerta de Álvaro.

Pat se quedó escondida, escuchado qué pasaba.

—Maldita sea Álvaro, ¡abre de una puta vez!

Álvaro abrió la puerta. Pat no podía ver su cara, solo escuchar su voz.

—Melania, ¿qué haces aquí?

—Álvaro no hagas preguntas, es el momento, coge tus cosas y vámonos cagando hostias.

—No me jodas, no puede ser...

—Sí, sí te jodo Álvaro. El coche lo tengo en la puerta, tienes cinco minutos para llegar a él.

—Vale, recojo y salgo.

Pat se quedó de piedra. Como pudo bajó las escaleras y cuando llegó a su casa le sonó el móvil, era un mensaje de Álvaro.

- Pat lo siento, tengo que irme, no te merezco. Mejor cancelamos la boda. Espero seas feliz.

Pat estaba junto a la ventana y pudo ver como el hombre al que más quería en el mundo se iba de su vida con un triste mensaje. Cayó de rodillas y lloró hasta que se quedó sin lágrimas ni fuerzas, hasta que el dolor se le hizo tan grande que la obligó a incorporarse. Notaba que se ahogaba, le faltaba el aire.

En ese momento apareció Mandy.

—Pat, amor, ¿qué pasó? Respira, respira.

Pat estaba con un ataque de ansiedad severo, Mandy cogió una bolsa y poniéndosela en la boca y nariz la hizo respirar, luego sacó una pastilla de su botiquín y se la puso debajo de la lengua.

«...Y eso que el día no podía ir a peor», pensó Mandy.

8.

Poco a poco Pat, volvía a respirar con normalidad, la pastilla que Mandy le había suministrado comenzaba a hacer efecto y el grado de ansiedad de su amiga bajó de nivel hasta convertirse en un estado de tristeza inmenso, un estado de abatimiento que a Mandy le encogía el corazón. Hacía muchos años que conocía a Pat pero nunca la había visto así, en semejante estado, tan decaída, tan perdida.

Ni siquiera el día que perdió a su madre, aquel fatídico día de agosto unos años atrás, cuando aquel avión no llegó a despegar de las pistas. Le costó mucho superar aquello, no fue nada fácil perder a su madre y mucho menos asumir que ella debería haber estado en ese avión y no fue así, precisamente por una fuerte discusión que ambas habían tenido por culpa del nuevo novio de su madre. Alguien a quien Pat no soportaba y el cual tenía engañada a su madre como a una boba.

Y eso que aquello fue una tragedia, tanto que ella no había conseguido aún acercarse a un aeropuerto, ya ni que decir de subir al avión. Le entristeció recordar que la luna de miel que estaba planeando Álvaro para sorprender a su amiga era un crucero, precisamente para no hacerla subir a un trasto del demonio, como ella los llamaba.

Estuvieron hablando durante mucho rato, Pat le contó lo sucedido. Ella le contó lo suyo, tenía gracia, las habían destrozado a las dos en el mismo día. Claro que lo de ella no era ni la mitad de doloroso que lo de su amiga. Lo suyo era algo que se preveía, pero, tonta de ella, había querido creer que existía una minúscula posibilidad.

La metió en la cama y la acompañó hasta que el agotamiento y los medicamentos pudieron con ella y se durmió.

Mandy no dejaba de darle vueltas al tema, Álvaro no era así, él adoraba a Pat. ¿Qué podía haberle pasado?

En eso oyó su móvil, había recibido un mensaje.

- Mandy si quieres ayudar al novio de tu amiga. Ven mañana a las nueve al bar de enfrente del hospital.

No daba crédito a lo que estaba leyendo, el mensaje era de Nando. ¿Qué estaría tramando ahora? Sintió un escalofrío, una extraña sensación. Si Nando tenía que ver con la marcha de Álvaro, nada bueno podía salir de ahí.

A la mañana siguiente se levantó, comprobó que Pat aun dormía, se duchó rápido y se hizo una coleta, se puso unos vaqueros y unas bailarinas negras con un suéter a juego.

Cuando llegó a la puerta del bar, vio a Nando sentado en una mesa. Su aspecto seguía siendo inmejorable. Mandy entro y sin decir nada se sentó en la mesa.

—Hola, Mandy — saludó él.

—Hola, Nando.

—Imagino que estarás intrigada desde que leíste el mensaje de anoche — dijo con una sonrisa socarrona—. Te preguntarás cómo sé yo que Álvaro se marchó y cómo puedes tú ayudarlo.

Mandy lo observó sintiendo que no le iba a gustar la respuesta.

—Aciertas, Nando, pero te puedo asegurar que no es buen momento para jugar a las adivinanzas.

Mandy sentía que la cabeza le iba a estallar, y un nudo en el estómago la avisaba de que nada bueno sacaría de aquella conversación.

Fue entonces cuando Nando comenzó a contarle que el día que estuvo de su casa se cabreó muchísimo con Álvaro por haber aparecido por allí.

Fue a un bar donde suele acudir con bastante asiduidad, allí se encontró con Tony, un policía con unos métodos bastante cuestionables y con el que en ocasiones, hacia tríos con una tal Melania. Una mujer bajita, inflada y tetona.

Fue ahí cuando tramaron el plan de involucrar a Álvaro en una trama de pederastas que estaba siendo investigada por la policía.

No les fue difícil que Melania se hiciera socia del gimnasio y que, en un despiste del musculitos, pudiera introducir ciertas fotos comprometidas en su

ordenador. El resto había sido pan comido, una falsa denuncia y Tony se había encargado del resto.

Ahora, Álvaro había huido a Zaragoza. Era la alternativa que le habían propuesto a cambio de que Tony no tirara del hilo y de que ni Pat ni sus amigas se vieran salpicadas.

—¡Eres un cerdo! ¡Monstruo! ¡No sé qué sacas con todo esto! —gritó Mandy al tiempo que empezaba a sentir miedo, mucho miedo. Miedo por ella, pero sobre todo miedo por Pat y por Álvaro.

—Lo sabrás muñeca, te gano a ti.

Mandy abrió los ojos como platos, no entendía qué estaba diciendo aquel perturbado. Pero estaba empezando a creer que nada bueno sería y que la peor parte se la llevaría ella.

—Esa es la manera en que lo ayudarás. Hoy mismo vas a volver a vivir conmigo, nos vamos a comprometer y seremos de nuevo la pareja perfecta y de éxito —dijo con un gesto de satisfacción.

Nando sabía que ella no se negaría, era demasiado perfecta y leal como para dejar que todo eso salpicara a sus amigas. Sabía que era el plan perfecto. Sí señor, lo era, no tenía ninguna duda.

—¿Y si no lo hago? —le dijo ella intentando que pareciera que no estaba consiguiendo su propósito.

—Pues, tu amiguito acabará en la cárcel, tus amigas y tú os veréis involucradas y saldrá a la luz esta foto.

Le pasó el móvil con una foto abierta. Mandy no podía dar crédito a lo que sus ojos veían. Su pulso se aceleró y notó un martilleo en la sien, señal de que su estado nervioso estaba superando límites.

Era una foto de Aitana en la playa, donde Álvaro le ponía el protector solar. Una foto tomada el verano anterior, un día que habían pasado todos juntos.

—¡Serás cabrón! Yo estaba cuando se hizo esta foto. Esta foto no significa nada.

—Lo sé, pero cuando la enseñe con una historia de abusos solapada, todo el mundo creerá ver lo que no es.

A Mandy le temblaba todo, aquello destrozaría a Ro y a Alberto.

Lo que le pedía Nando era duro, volver a compartir su vida con él sería muy difícil de llevar, además, con lo que sabía, la situación empeoraría y casarse con él... Eso la condenaría a renunciar a encontrar a la persona que la hiciera feliz como ella siempre había soñado. Pero lo haría, estaba decidida, ella quería a esa niña y a las chicas por encima de todas las cosas, y el sufrimiento de ella estaría justificado con tal de que sus amigas no se enteraran.

Sería la novia perfecta de Nando. No tenía otra salida.

Miró a Nando a los ojos, esos ojos que siempre le habían cortado la respiración y que ahora le producían un escalofrío de terror, un miedo atroz por no saber hasta dónde llegaría la maldad de ese hombre.

—Está bien, tú ganas. Pero respóndeme a una cosa.

—Tú dirás, preciosa novia —dijo, mientras una sonrisa de triunfo y satisfacción asomaba en su cara.

—¿Para qué quieres estar conmigo a toda costa si puedes tener a quién te propongas?

—Muy fácil —dijo él todo satisfecho—. Porque yo quiero a la doctora perfecta. Sé que estar a tu lado me hará ganar puntos en mi ascenso profesional y quiero demostrarte que a Nando Figueruelas no se le deja hasta que él no quiere.

Dicho esto, sacó una caja de su bolsillo y la abrió.

—Sé que no es la manera más romántica de pedirte matrimonio, pero no queda otra opción —dijo poniendo un anillo en el dedo de Mandy.

—Ahora, doctora Amanda Fernández del Río, prepárate para la fiesta de nuestro compromiso que será en una semana, en los salones del Balneario de las Arenas —y dicho esto, la besó en los labios.

Mandy se dirigió al hospital con la tristeza pegada a su alma. No había sido nunca tan romántica como su amiga Pat y nunca había pensado mucho en el momento en el que Nando le pediría matrimonio, pero de lo que sí estaba segura, es que nunca se imaginó comprometiéndose a él como consecuencia de

una sucia coacción y por una absurda obsesión.

Se suponía que tendría que ser un momento bonito, lleno de emoción y nervios y, por el contrario, estaba siendo un momento oscuro, frío y solo la sensación de gritar y salir corriendo se apoderaba de ella.

Decirles a las chicas este cambio de situación no sería fácil y no se lo tomarían muy bien, sobre todo Julia, de eso estaba completamente segura.

Cuando Mandy llegó a casa Pat, ésta estaba como un ovillo en el sofá, con la mirada perdida. Se sentó al lado de ella y empezó a contarle la historia. Le contó lo de la trampa tendida a Álvaro, solo para conseguir el objetivo de casarse con ella, y la foto de Aitana que saldría a la luz si no aceptaba los términos del acuerdo.

—Mandy, cariño —dijo Pat—. No tienes por qué hacerlo, no puedes arruinar tu vida así.

—Sí puedo Pat y lo voy a hacer, ahora me iré con él y todo el mundo creerá que le doy una segunda oportunidad. Y aunque me muera día a día un poco, saber que todos estáis a salvo me valdrá. Por favor, no sufras por Álvaro, veré la manera de que vuelva. Y en cuanto a Julia y Ro, no van a entender nada, pero debes de guardarme el secreto, prométeme que no dirás nada a nadie, no lo puede saber nadie. Te lo cuento a ti para que no sufras pensando que Álvaro te traicionó, sé que eso acabaría matándote.

—No te preocupes, Mandy, mis labios están sellados pero por favor ten cuidado, ese hombre es muy peligroso.

Pat se quedó muy mal cuando vio salir a Mandy, iba de vuelta a casa de Nando.

Esa amiga suya era la mujer más valiosa y excepcional que jamás había conocido. Nadie más que ella sería capaz de renunciar a todo y vivir en el infierno para que su gente viviera en paz. Sabía que nunca le podría agradecer suficiente lo que estaba a punto de hacer por ella.

Mandy se dirigió al bar de siempre donde quedaba con las chicas, había quedado allí con ellas para un aperitivo y sería el momento de decírselo.

Cuando llegó al bar ya estaban allí Ro y Julia.

Mandy saludó a Sergio y le pidió una cervecita bien fría, lo que tenía que

contar era un trago que iba a ser mejor pasarlo con cerveza.

Se sentó en la mesa con sus amigas.

—Hola chicas, ¿qué tal?

—Muy bien nena, ¡pero, qué es eso?! —dijo gritando Ro—. ¡Eso que brilla en tu dedo es un anillo de compromiso?!

—¡No me jodas, Mandy! ¡¿Con quién te has comprometido?! Mira que me das miedo... —le dijo Julia

Mandy respiró hondo y les contestó.

—Sí Ro, es un anillo de compromiso, de hecho os quiero invitar a la fiesta de compromiso que será el sábado próximo. Nando y yo nos hemos comprometido y nos casaremos en Agosto.

La noticia cayó como un jarro de agua fría. Las dos amigas se quedaron mudas y eso, en ellas, era difícil de conseguir.

La primera en hablar fue Ro, tal y como Mandy esperaba:

—Nena... Cariño, no es el día de los inocentes y desde luego que esto parece la inocentada más grande de la historia, si está por ahí la cámara oculta que salga, porque vamos, ni ver un marciano traerte cerveza me hubiera impresionado tanto.

—Ro, ni broma, ni cámara oculta. Ayer coincidí con Nando y estuvimos hablando y, la verdad, está cambiado, sigue enamorado de mí y yo a pesar de que lo quiera negar sigo queriéndole.

Cómo le dolía mentir a sus amigas, ellas no lo merecían, pero no encontraba otra manera.

—Ya, Mandy, ¿y todo lo que has vivido con él, todo lo que nos contaste?

—Bueno, él ha cambiado, ya no toma drogas y me prometió que yo sería la única.

Mandy miró a Julia, que permanecía en silencio.

—Y tú, Julia, ¿no vas a decir nada?

—Pues francamente, Mandy, solo se me ocurre decirte que te vayas a la mierda —dijo ésta con rabia.

—Oye guapa, sin faltar.

—No me fastidies, Mandy, aquí la única que está insultando eres tú, intentando hacernos creer esa historia del novio arrepentido y la novia convencida.

—Nena, no es ninguna historia, es lo que pasa en mi vida y, porque os quiero, os hago participe de ello.

—Pues muy bien, me doy por enterada, pero no esperes mi bendición ni que vaya a esa jodida fiesta de pantomima.

—Muy bien, eres mayorcita, haz lo que gustes.

Rocío intervino entre las dos, conocía a Julia lo suficiente para saber que no se dejaría ni coma en el tintero.

—Vamos chicas, tranquilicémonos, hablemos, para eso somos amigas.

Julia se levantó y cogió su bolso.

—Pues por eso mismo, como no quiero decir nada de lo que luego me arrepienta, me voy. Adiós, Mandy, sé feliz si puedes. Nos vemos.

Y se marchó, dejando allí a Ro y Mandy.

Mandy la vio marchar con pena, sabía que Julia no tragaría y estaba de acuerdo con ella, era una locura y no saldría nada bien.

Eran finales de junio, Daniel se despertó esa mañana como todas las mañanas desde hacía cuatro meses, momento en que conoció a Amanda. Su primer y último pensamiento era para ella, la necesitaba, en todo ese tiempo no había podido sacársela de la mente. Su miembro se movía duro dentro del bóxer con solo su recuerdo. Estaba claro que los dos necesitaban de Amanda.

Llevaba dos meses sin noticias de ella, hacía un mes que la operación le había concedido cuatro horas para ir a visitar a los suyos. Eran solo cuatro horas en las que le podrían cubrir para no ser descubierto. Ver a Mandy en ese intervalo de tiempo era lo que más le hubiera gustado, pero era consciente de que ella no se lo pondría fácil después del plantón que le había dado.

Y había un muchachillo que necesitaba más de su presencia. Con suerte, en

una semana, la misión terminaría y entonces se dedicaría en cuerpo y alma a convencer a esa mujer que su vida sin ella no tenía sentido.

Cuando fue a visitar a su sobrino estaba allí Sam. Desde que, por motivos de seguridad, habían pedido el alta voluntaria de Maribel, éste se había tomado muy en serio su papel de protector y no la dejaba a solas en ningún momento.

—Sam, ¿has sabido algo de Amanda?

—No, al poco de irte, una noche me encontré con Julia y, resumiendo, me dijo que somos unos polis de mierda, que no valemos nada y que si nos volvíamos a poner en su camino, nuestros huevos corrían peligro.

—Vaya, eso es dejar las cosas claras. Ni pregunto entonces si hubo un segundo encuentro con ella.

—No, Daniel, y no será porque no me hubiese gustado. Pero ya conoces a la rubia, los hombres somos de un solo uso. Una lástima —dijo meneando la cabeza, esa que de la rubia haber querido, hubiera perdido casi seguro.

Menos mal que el encargo de su amigo Daniel de cuidar de Maribel y Hugo estaba resultando muy gratificante «demasiado», pensó. Confirmado. Mandy estaba cabreada y decepcionada. Lo iba a tener muy difícil.

La operación había resultado un éxito. Y esa mañana Daniel volvía a Valencia. En cuanto llegó y recuperó su móvil, pudo comprobar que no tenía ni una llamada de ella.

Eso le apenó, no es que esperara tenerlo lleno de mensajes de Mandy, pero al menos uno, aunque fuera, para escribir ¡GILIPOLLAS!, pero sabía que no podía culparla de no haberlo hecho.

Le escribió un mensaje.

- NECESITO RESPIRAR.

No recibió ninguna contestación, tal y como pensaba. Así que se puso unos vaqueros, una camiseta blanca y su cazadora, cogió el casco y la moto para dirigirse hacia la comisaría para pasar unos informes y luego iría a buscarla.

Cuando paró la moto en el semáforo cercano al hemisferio, le llamó la atención una pareja que estaba al lado de un coche. Al mirarlos se fijó en la chica. Juraría que la conocía, es más, sabía quién era, y no podía dar crédito a lo que veían sus ojos. Aquella chica era Amanda, y ese hombre la estaba rodeando con sus brazos y la estaba besando. Joder, besando no, la estaba devorando.

El semáforo se puso en verde y Daniel arrancó la moto con la sensación de que los pulmones se le cerraban.

9.

Cruzó la ciudad a toda velocidad. El ruido de su corazón inundaba sus oídos, la rabia y la desesperación aumentaban a cada minuto. En su cabeza, la imagen de Amanda besándose con aquel hombre pasaba una y otra vez como en una repetición sin fin.

Una punzada de celos le atravesaba el corazón a la misma velocidad que él atravesaba las calles.

No le importaba nada, de pronto aquella imagen le había hecho verlo todo negro. Su vida había pasado de la esperanza más grande a una oscuridad extrema, como una noche sin luna. La esperanza se había desvanecido como humo de cigarro. Ahora se sentía derrotado y solo, perdido, con una rabia inmensa e incontrolable.

Sabía que aquel puto día no tenía que haberse largado sin darle una explicación. Lo hizo mal, no la podía culpar. Pero aun así, lo hacía. No la culpaba por no haberle esperado, cualquiera en su situación hubiera hecho lo mismo. La culpaba por cómo le había robado el alma, por cómo se había introducido en cada poro de su piel y por cómo había llenado su vacía vida, solo con la esperanza de volverla a tener entre sus brazos.

Ahora su vida sería eso, una vida vacía.

Sumido en sus cavilaciones llegó a la playa, al mismo lugar donde dos meses atrás había quedado con Amanda. ¿Por qué todo tenía que ser tan difícil? ¿Por qué el destino la había puesto en su camino y ahora le impedía estar a su lado?

Se sentó en una mesa mirando al mar, con la mirada perdida llena de desesperanza. Era mediados de julio y la playa estaba llena de turistas con ganas de sol.

Se pidió una cerveza, no sabía cómo seguir, ¿qué haría ahora que sabía que ella había decidido estar con otro?

Giró la cabeza y pudo ver que sobre la mesa de al lado había una revista de sociedad de esas que dan en el dominical de los periódicos. La foto de la

portada llamó su atención, alargó su brazo y la cogió para poder leer mejor lo que ponían a pie de foto. Dejó de parpadear para que las lágrimas de rabia no resbalaran por sus mejillas. Las aletas de su nariz se abrían debido a la respiración furiosa, apretó su puño con fuerza. En la foto estaba Amanda con ese tío y el titular era claro «GRAN BODA» y a pie de foto «Nos anuncian su boda para finales de agosto».

No pudo leer más, se levantó, dejó el pago de la consumición encima de la mesa y salió camino a la arena. Era verano, la gente estaba en bañador, pero le dio igual estar vestido con sus vaqueros y camisa blanca. Anduvo a grandes zancadas hasta la orilla, la rabia le comía las entrañas y la desesperación dejó paso a la decepción, le costaba respirar y asimilar lo que acababa de ver. ¡SE CASABA! Eso era lo que aquella noche había significado para ella. Nada, no había significado nada para ella, cuando para él lo había significado todo. Cabía la posibilidad de que ni siquiera hubiera acudido a aquella cita. Pensaba que ella era diferente, pero a la vista estaba que se equivocaba. Intentó relajarse, se concentró en las olas y acompasó con ellas su respiración como si de una danza se tratase.

Cuando la ola venía, cogía aire, concentrando su rabia y, cuando la ola se iba, dejaba escapar el aire de sus pulmones y con él intentaba que la rabia concentrada también se fuera. Pero no lo conseguía, sabía que no aparecer aquel día le traería problemas, estaba preparado para tener que ganarse su perdón, su confianza, pero no estaba preparado para asumir que ella se casaría con otro.

¿Qué haría ahora? Le había bastado una noche con Amanda para enamorarse de ella y ahora... Ahora ella estaba con otro.

Se dejó caer hincado de rodillas sobre la arena, sentía cómo el mundo se abría bajo sus pies, la desesperación y la sinrazón se apoderaban de su corazón. Nunca había sentido nada así. Y ahora sabía que esa era la razón por la que nunca quería jugar a los sentimientos. Ahora, tras jugar, había apostado por un todo o nada y se había quedado sin nada.

Pat paseaba por la playa pensando en cómo había cambiado todo en esos meses. Extrañaba a Álvaro demasiado, sufría por él y sufría por Mandy. Aún recordaba el día de su pedida de mano.

Estaba preciosa con ese traje color morado de encaje que se amoldaba a su cintura, pero con una mirada triste y perdida. Ausente, sola entre tanta gente. Las chicas no entendieron por qué le daba una oportunidad a Nando. Ro no lo entendía pero lo aceptaba, si eso era lo que ella quería, la apoyaría. Julia era otro cantar, no pudieron hacerla cambiar de opinión y se negó rotundamente a participar en esa pantomima, por lo que esa noche no acudió a la fiesta.

Los padres de Mandy no se habían sorprendido tanto al no conocer parte de la historia, pensaron que había sido una pelea de enamorados y que un poco de tiempo y distancia les había hecho recapacitar y comprobar que querían estar juntos. Pero tampoco habían podido venir, pues un accidente sufrido por su padre se lo había impedido. Casi que mejor, no se les hubiera pasado por alto la tristeza de Mandy.

Para Mandy estaba siendo muy duro fingir que estaba enamorada de semejante monstruo. Todas las noches se dormía llorando y se daba asco a sí misma por dejarse tocar por ese hombre que, si bien en algún momento amó, ahora repudiaba y le daba asco. Pero era la decisión que había tomado y lo mejor sería que se fuera haciendo a la idea de ello.

Andaba Pat sumida en sus pensamientos cuando, a lo lejos, observó a un hombre vestido de vaquero y camisa blanca, arrodillado en la arena. Si su vista no le engañaba, aquel no era otro que Daniel. Con paso ligero se acercó hasta él y al llegar a su altura, le tocó el hombro obligándolo a levantar la cabeza.

—¿Te encuentras bien, Daniel? —dijo un tanto tímida

Daniel levantó el brazo y pudo ver allí, junto a él, a una chica que le resultaba conocida. Hizo memoria para recordar de qué la conocía y enseguida cayó en la cuenta. Sí, ya sabía, era la amiga de Amanda.

—Hola —dijo él con la voz triste y decaída—. Eres amiga de Amanda... Pero me vas a perdonar, no recuerdo tu nombre.

—Soy Patricia —diciendo esto le tomó del brazo, haciéndolo levantar—. Y creo que necesitas que alguien te invite a una cerveza. Anda vamos, estás pidiendo una «TERAPIA TEQUILA» a gritos.

Daniel la miró sorprendido, no sabía a lo que se refería con lo de necesitar una Terapia tequila. Se levantó y, como un autómatas, siguió a aquella chica a

la terraza más cercana. Mientras andaban y debido a su cara de extrañeza, Pat le explicó que ella y sus amigas, cuando las cosas se ponían muy difíciles, se reunían todas alrededor de una botella de tequila, o dos, dependiendo de la magnitud del problema y se la bebían mientras buscaban solución, si la había... Pero como eran dos y esas horas del día no eran apropiadas para el tequila, harían la terapia «UNASBIRRAS».

Daniel, aún sin querer, sonrió levemente. Esa mujer con su naturalidad estaba consiguiendo que se tranquilizara. Se sentaron y pidieron al camarero dos cervezas bien fresquitas.

Él se encontraba callado, con la mirada perdida. Su cara reflejaba la mezcla de enfado y desesperación. Pat respetó su silencio. Al mismo tiempo pensó que si él era policía y Álvaro estaba metido en semejante lío, lo mejor sería contarle, estaba segura que él podría ayudarles.

Durante un par de cervezas estuvo meditando si de verdad era buena idea contárselo, pero al final se decidió que no tenía nada que perder.

En el mismo momento en que ella iba a hablar, Daniel la miró y dijo:

—Se va a casar con otro. —Su voz rota demostró a Pat el sufrimiento por el que estaba pasando ese hombre, cuyos ojos azules ahora eran del azul de una tempestad.

—Lo sé —contestó Pat.

Daniel no supo por qué, pero de pronto se oyó a si mismo reconociendo delante de aquella desconocida para él su gran verdad.

—¿Sabes, Patricia? —comenzó diciendo—. Estoy loco por ella. Nunca ninguna mujer había calado tan hondo en mi ser y no puedo soportar la idea de que el destino me la quite.

A Pat se le encogió el corazón escuchando aquella confesión que jamás esperó oír de los labios de aquel hombre. Daniel también le contó que él no estaba casado, que Hugo era su sobrino y que el motivo de por qué no acudió a la cita no fue otro que la misión en la que tuvo que infiltrarse. Una misión a la que no pudo decir que no, pues se trataba de pillar al asesino de su hermano. Se lo debía a su hermano.

Cuando acabó, las lágrimas rodaban por sus mejillas sin él poder

remediarlo. No se avergonzaba de ellas, eran lágrimas que caían por su piel, lágrimas que tenían nombre, el nombre de Amanda.

Pat se decidió del todo, sabía que ese hombre necesitaba saber la verdad. Estaba segura de que podría ayudar a Álvaro y a Mandy. Es más, sabía que no se equivocaba al pensar que estaba enamorado de ella.

—Verás, Daniel, Mandy tuvo una relación muy difícil con ese médico, durante años vivió un infierno a su lado. Después de una infidelidad decidió abandonarlo, pero él no lo entendió. Una noche se presentó en su casa y si mi novio no llega a intervenir... Nada bueno hubiera pasado.

»Fue entonces cuando decidimos que lo mejor sería que no viviera sola, por eso me mudé a vivir con ella. Desde el día en que mi novio Álvaro le amenazó con que si le tocaba un pelo de la cabeza iría a por él sin miramientos, se dedicó a dejarle mensajes telefónicos que ella no escuchaba.

Pat cesó su relato para tomar aire y beber un trago. Daniel la miraba con una mezcla de rabia y desesperación, lo que esa chica le contaba era muy doloroso para él. Imaginarse a Amanda sufriendo de esa manera le encogía el corazón y un deseo de ayudarla y protegerla se hizo latente en él.

Pat prosiguió.

—Como ese tío es tan maléfico, con ayuda de un policía corrupto amigo suyo, le tendieron una trampa a mi novio para quitárselo de en medio.

»Con ello mató dos pájaros de un tiro, a mi novio lo hizo huir, amenazado para que no saliera a la luz su supuesto delito de pederastia, y a Mandy la obligaba a que aceptara a casarse con él para que sus amigas no nos viésemos implicadas. Te juro Daniel que intenté que desistiera, pero así es Mandy... Y consintió casarse con él para protegernos a todos.

—Patricia, lo que me estás contando es muy grave, ese tío no puede casarse con Amanda, debería estar entre rejas. No puedo consentir que esto ocurra, ¡tengo que impedir esa boda!

—Por eso te lo cuento —dijo Pat—. Porque si hay alguien que nos puede ayudar, ese eres tú.

—Estate tranquila, te ayudaré y conseguiré que ese hijo de puta no se case con mi Amanda —no pudo evitar sonreír al escuchar sus palabras «SU

AMANDA».

Los dos chocaron sus jarras al tiempo que Daniel, guiñándole un ojo, le decía.

—Oye, ¿sabes que te digo? Que esta «TERAPIA UNASBIRRAS» voy a patentarla.

—Pues inaugurada queda y... Puedes llamarme Pat.

Se intercambiaron teléfonos y se despidieron con la promesa de estar en contacto y de que Daniel lo haría todo lo más rápido posible antes de la fecha prevista para la boda, a finales de agosto.

Cuando Daniel llegó a su moto estaba más tranquilo y mucho más calmado, sabía que no estaba todo perdido y desde ese momento tenía una misión muy importante. Salvar a Amanda.

Esa tarde, cuando Mandy llegó a casa puso a cargar su móvil, lo había tenido todo el día sin batería. Se preparó un baño, pues Nando había salido a una urgencia, y puso el Spotify para escuchar su carpeta de canciones preferidas.

Encendió las velas y, antes de meterse al agua, comprobó sus mensajes. El pulso se le aceleró cuando comprobó que Daniel le había mandado uno esa misma mañana.

- QUIERO RESPIRAR.

Con el corazón en un puño se metió en el agua y empezó a llorar, recordando aquel día del compromiso. Le asqueaba aquella cara de felicidad de Nando y el discurso del brindis, cuando les dijo a todos.

—Atención a todos, me gustaría hacer un brindis por esta bella mujer. Quiero decirles que soy un hombre muy afortunado por tenerla a mi lado... Y sé que no le faltan pretendientes, pero finalmente se rindió a mis encantos. — Todos rieron—. Pero desde hoy, ella es mi prometida. Ella sabe que mientras esté a mi lado nada malo le pasará, ni a ella ni a los suyos.

«Será cabrón», pensó Mandy, al tiempo que le devolvía una cínica sonrisa.

Y terminó su largo discurso con un «Te quiero Amanda». Cuando se acercó

a darle un beso, ella, con una fingida sonrisa, le dijo.

—Nunca más me llames Amanda, no eres digno de hacerlo, tus labios ensucian mi nombre —le espetó con un sabor a hiel en su boca, al mismo tiempo que pensaba que sólo un hombre en el mundo podía llamarla así.

Mientras el agua caliente templaba sus músculos y las canciones sonaban, pensó que desde aquella noche que había estado con Daniel, no había pasado un día sin recordarlo, sin que su cuerpo llorara por su recuerdo, por la necesidad del roce de sus manos en su piel, el tacto de sus dedos, el sabor de sus labios, el sonido de su voz...

En ese momento el reproductor cambio de canción y empezó a sonar YO QUIERO RESPIRAR.

Lloró desesperadamente, sus sollozos se escuchaban por toda la casa. Su cuerpo entero temblaba mientras escuchaba la letra de esa canción, estaba claro que esa siempre sería su canción.

Amanda dormía cuando unas manos empezaron a subir lentamente por sus músculos, poco a poco, una lengua lamía cada rincón de su cuerpo. Se estremeció y rápidamente se humedeció, estaba excitada. Apretaba los ojos con fuerza al tiempo que notaba como él la tocaba, sintió su erección abrirse paso ante ella. Se sintió llena, incrementó el roce y buscó las embestidas que poco a poco la llevaran a un orgasmo que recorrería todo su ser. Un orgasmo que su cuerpo necesitaba y al que estaba dispuesto a dar paso.

Abrió los ojos deseando que Daniel estuviera allí, pero lo que encontró junto a ella fue a un detestable Nando que jadeaba como el cerdo satisfecho que era. Mandy sintió asco, asco de él y asco de ella misma.

Si por ella hubiera sido no tendría sexo con Nando, pero esa parte entraba dentro de su chantaje. Lo único que le quedaba, y que él no le podía arrebatar, es que pensara siempre en Daniel mientras lo hacían.

Despacio se levantó y como cada vez que tenía sexo con él, se fue a la ducha para intentar que el agua se llevara su dolor, su asco y su tremenda desesperación.

Esa misma noche, Daniel estaba en comisaria poniendo en marcha la maquinaria. Había averiguado ya quien era el famoso policía corrupto y ahora

tendría que investigar al tan Nando, seguro que tenía mucha mierda que esconder.

A la mañana siguiente, Pat y Mandy estaban en la tienda de Rosa Clará probándose el traje de novia.

—Estas preciosa, Mandy.

—Sí, ¿tú crees?, pues a mí me da la sensación de que soy la novia cadáver. Sobre todo porque me siento sin vida.

—Mandy, ¿por qué no paras esta locura?

No había día que Pat no intentara que cesara la demencial situación.

—No puedo Pat, lo sabes. Lo hago por Álvaro, por Ro, por Alberto y por mi niña.

—Ya Mandy, pero podías hablar con Daniel. Él es policía, te podría ayudar.

Mandy se volvió y la miro con cara desencajada.

—¡¿Tú estás loca?! A la última persona que pediría ayuda sería a ese.

A Pat le hubiera gustado poder contarle todo lo que sabía, decirle que él las estaba ayudando, pero no podía. Tendría que callar por un tiempo.

En ese momento apareció Ro.

—Perdonar chicas, llego tarde.

—Ya —contestó Mandy—, y menuda cara traes, ¿estás bien?

—Sí, no es nada, solo que mi cuerpo decidió esta mañana que lo que había desayunado no era de su agrado.

—Algún virus de esos que te pega la «monicaca» —dijo Pat.

El teléfono de Pat sonó, tenía un mensaje.

- Hola Pat, tengo novedades. Nos vemos en la misma cafetería de la primera vez. Besos, Daniel.

Pat sonrió, sabía que Daniel no le fallaría.

10.

Daniel no había perdido el tiempo, desde su conversación con Pat, se había puesto en marcha. Movería cielo y tierra para conseguir atrapar a ese hijo de puta. No cesaría hasta verlo en la cárcel. Luego lucharía por conseguir a Amanda. Se había jurado a si mismo que no cesaría en intentarlo hasta que Amanda fuera completamente suya.

Entró en comisaría con aire decidido, tenía muy claro los hilos que había que mover. Llegó al segundo piso y se acercó a la mesa de Lucía. Lucía era una compañera que se dedicaba a la parte informática de las investigaciones.

Era una chica morena, de pelo rizado, con gafas de pasta que la hacían muy interesante y unas piernas largas que sujetaban un cuerpo muy bien proporcionado. Daniel sabía que si había algo que descubrir en la red, Lucía lo encontraría.

Apoyando las manos en su mesa, la saludo.

—Hola, Lucía. —Le dedicó una sonrisa de esas que él sabía que eran irresistibles.

Él y Lucía habían compartido alguna que otra noche de juegos tras algún acontecimiento o celebración en los que la unidad se reunía. Era evidente que ella sentía algo por Daniel, se notaba a leguas como suspiraba cada vez que él andaba cerca. Pero desde el principio él se lo había dejado muy claro, no buscaba relaciones fijas, le gustaba el sexo y las mujeres, y disfrutaba del resultado de unir ambas pasiones. Pero las relaciones eran algo que no entraban en sus planes. Demasiado complicadas... Y él no buscaba eso en su vida, desde luego que no.

Lucía había aceptado su juego. Para ella siempre fue mejor eso que nada y, por qué no decirlo, siempre albergó la remota esperanza de que él se dejara engatusar. Pero en esos años que hacía que se conocían, nunca sucedió nada parecido. Daniel era un hueso duro de roer, pero un amante perfecto, de los mejores hombres que habían pasado por su cama y sabía de lo que hablaba, tenía un gran historial. Quizás por eso se entendían a la perfección en el

ámbito sexual.

—Hola, chico cañón. ¡Cuánto tiempo sin disfrutar de estas vistas! —Él sonrió al oírla.

—Lucía, necesito que me hagas un favor y, extraoficialmente, busques documentación sobre un caso de pederastia que últimamente han puesto en movimiento desde otra comisaria.

—Son pocos datos, cielo. Y... ¿Extraoficialmente dices?, me das miedo. ¿En qué andas metido, Daniel?

—Tú búscalos y te lo contaré en su momento.

—Vale, pero esto te va a costar un homenaje —le dijo, haciéndole un guiño.

—¿Sabes que te adoro...? —le contestó Daniel, alejándose y lanzándole un beso al aire que ella hizo como que cogía y se lo clavaba en su corazón.

Lucía se puso manos a la obra. Si Daniel le había pedido eso, no cabía la menor duda de que sería importante. Él no era de pedir favores a la gente así como así.

Estaba muy intrigada, y más después de recopilar toda la información pertinente. Resultó ser era algo gordo y Daniel se lo tendría que explicar. Cogió su iPhone y le envió un mensaje.

- Tengo lo que me pediste. Dime dónde y cuándo quedamos.

Cuando Daniel leyó el mensaje se sorprendió. Tenía claro que Lucía no era buena, sino que era la mejor en lo suyo, pero tan rápida no la imaginaba, la verdad.

Le contestó al mensaje quedando con ella en un bar de debajo de su casa, para el día siguiente.

A las once llegaba Lucía al bar y Daniel ya estaba esperando ansioso, el tiempo corría en su contra y la dichosa boda de Amanda estaba a la vuelta de la esquina. O se movía rápido o la perdería para siempre.

—Hola, Daniel.

—Hola, Lucía —contestó, a la vez que se ponía de pie para darle dos

besos, pero la sorpresa le llegó cuando ella le dio un beso en los labios.

Ante la cara de él, Lucía dijo.

—Es a cuenta de mi homenaje, te aseguro que esta información te va a costar cara, cañón.

—Pues entonces veamos lo que me traes y decidiré el calibre de tu recompensa. —Sonrió al tiempo que le cogía la carpeta con la documentación.

Lucía comenzó contando que Tony Alberero, estaba detrás de un caso extraño de pederastia en el que estaba involucrado un tipo que regentaba un gimnasio de Valencia.

El caso era extraño porque se trataba de una denuncia que ya estaba archivada y que ahora, sin aportar ninguna nueva prueba, se había reabierto y habían metido de por medio al dueño del citado gimnasio, que al parecer, ni de lejos tenía nada que ver con lo acontecido la primera vez que se abrió el caso de abusos sexuales a menores.

Lucía le siguió explicando, mientras él seguía ojeando la carpeta. Lo que más le mosqueaba era que esa nueva apertura del expediente no estaba autorizada por ningún superior. En ella solo constaba la autorización y firma de Tony Alberero, un policía que por todo el mundo era sabido de su corrupción, su juego con las drogas y que siempre actuaba en el borde de la legalidad.

Una vez contado todo eso, Lucía le preguntó:

—Bueno, espero que estés satisfecho. Así que ahora dime, ¿cuándo me darás mi recompensa? Sabes que no perdono mis deudas.

—Interesada... —le contestó mientras sacaba el dinero para pagar las consumiciones—. Pero te lo has ganado, sí señora. Quedamos a cenar esta noche en la pizzería de la plaza del Negrito. ¿Te parece bien?

Ella asintió y quedaron en verse allí a eso de las nueve de la noche.

Aún no había podido revisar bien la documentación, pero antes de ponerse a ello, le envió un mensaje a Pat. Quedaría con ella, le contaría lo poco que sabía y así aprovecharía para preguntarle por Amanda.

Esa noche, Nando y Mandy salían a cenar con unos compañeros médicos amigos de él. Entraron a la pizzería y se dirigieron a la mesa donde ya los

estaban esperando.

Se saludaron con los acostumbrados besos de rigor. Tomaron asiento y miraron la carta para decidir lo que iban a pedir.

—¿Que tomará hoy mi princesa? —le preguntó Nando, poniendo especial énfasis en la última palabra.

Mandy sonrió cínicamente, no soportaba esta situación. Nando, haciendo como que no pasaba nada, siguió interpretando que eran la pareja perfecta. Algo que nunca llegarían a ser. Y ella, que estaba muriendo día a día un poco más, se sentía como un condenado a cadena perpetua, pues sabía que su corazón nunca más sentiría la calidez de un rayo de sol inundando su alma.

—Elige tú Nando, conoces mis gustos —dijo al final Mandy secamente.

Transcurría la cena. En la mesa se conversaba de casos médicos, operaciones a corazón abierto, etcétera. Un tema de conversación que a Mandy le aburría soberanamente. No entendía por qué esa gente, cuando salían de trabajar, querían seguir hablando de medicina. Ella era todo lo contrario, cuando salía de trabajar le gustaba olvidarse de que era médica. Por ello, no estaba muy atenta a la conversación y más bien escudriñaba las otras mesas. Fue entonces cuando una pareja entró por la puerta y llamó la atención de Mandy.

La chica era alta, de pelo moreno y rizado, delgada... Detrás de ella estaba Daniel. Solo con verlo, su corazón se aceleró como si llevara corrida media maratón.

Daniel le puso la mano en la espalda a la chica y la condujo hacia una mesa, la cual estaba en un rincón muy romántico, pero desde donde estaba Mandy no le era difícil verlos. La chica se sentó y él también lo hizo.

Le entraron sentimientos enfrentados, por un lado todo su cuerpo se activó al verlo, hacía ya meses que no lo veía. Desde la vez que le hizo el amor de aquella manera que nunca olvidaría. Y por otro lado, le produjo rabia y desesperación al ver que él seguía con su vida como si nada y, encima de estar casado, seguía siendo infiel a su mujer.

Definitivamente Mandy se sentía idiota. No se perdonaría nunca haberse colado por un tipo así, que usaba a las mujeres como objetos. Y pensar que

después de aquel mensaje creyó que quizás había una explicación y que de verdad su historia podría ser real... «Argggg», aborrecía a esa clase de hombres.

Las palabras de Nando la sacaron de su aturdimiento.

—Mandy, cariño, ¿te encuentras bien? Estas pálida.

—Sí, disculparme por favor, necesito ir al lavabo.

Mandy se levantó y fue al lavabo. Una vez allí se mojó la nuca y se dijo a sí misma que debía olvidarlo. Tenía que borrarlo de su corazón. Respiró hondo y salió dispuesta a seguir con la farsa de su vida.

Cuando estaba sentándose en su sitio no pudo evitar mirar hacia Daniel y fue en ese preciso momento cuando él la vio.

Daniel se estremeció. Verla allí era lo último que esperaba esa noche. Su cuerpo estaba sintiendo la misma sensación que le invadió aquella primera vez en la sala de urgencias. No podía dejar de mirarla, a pesar de que la mirada de ella le entristeció. Era una mirada dura, llena de odio, de decepción. Él hubiera dado su vida por poder acercarse a ella para sacarla de su error, pero no podía, lo único que conseguiría sería complicar aún más la situación.

Y con la situación que ella estaba viviendo, no le hacía ningún favor que ese impresentable la viera con él. Lo mejor sería guardar las distancias, apartar la mirada y hacer como si nada. Aunque le costase, sería lo más conveniente para ella.

En ese momento y, sin saber por qué, Lucia se levantó para ir al servicio, no sin antes inclinarse sobre Daniel y darle un beso en los labios, mientras le decía.

—Ahora cuando vuelva del baño, me dices que te tiene tan abstraído, tenso y con la respiración entrecortada. Te juro, que me gustaría a mí ser el motivo, aunque sé que no lo soy... Ya vuelvo.

Los ojos de Mandy se llenaron de lágrimas cuando vio a Daniel besarse con aquella chica y luchó por no dejarlas escapar. ¡Era el colmo! Por la cabeza se le pasó morrearse con Nando, para demostrarle que no le importaba ni lo más mínimo. Pero pensar en besar a Nando le producía arcadas.

Se levantó y le dijo a su prometido.

—Vuelvo enseguida.

A toda prisa salió a la calle, obligándose a no mirar hacia la mesa de él. Necesitaba tomar aire, respirar, se había dado cuenta que allí dentro no existía suficiente oxígeno para los dos.

Anduvo unos pasos y se sentó en un banco que había cerca de la puerta de la pizzería.

Daniel no pudo evitar salir detrás de ella, no lo pensó, porque si lo hubiese pensado no lo habría hecho, fue puro instinto, la vio levantarse y salir, y no fue dueño de sus actos. Sin esperar la vuelta del baño de su acompañante, salió tras ella.

Se acercó y se paró delante de Mandy.

—Mandy, yo... No sé qué debería decir.

Ella levantó su cara y mirándole dijo:

— Amanda, para ti siempre soy Amanda.

—Pero Amanda, deberíamos hablar, tenemos cosas que aclarar.

—No, te equivocas. No tenemos nada que aclarar, no necesito ninguna explicación, nunca hemos sido nada importante, tan solo el disfrute de una noche —le dijo con la intención que sus palabras le dieran a entender una realidad que no era. Pues era evidente que para ella había sido algo más que una noche de disfrute. Para ella había sido la única noche de su vida. Antes de él no las hubo y estaba segura que después de él no las habría.

—Diviértete, Daniel —prosiguió, después de una pausa y le clavó una mirada de hielo que dejó el corazón de Daniel anclado para siempre en una fría noche de hielo y sin consuelo.

Mandy paró un taxi y desapareció, sin darle tiempo a reaccionar ni a contestar. Ya en el taxi, escribió un mensaje a Nando.

- Nando me marcho a casa, no me encuentro bien.

Sabía que él se pondría hecho una furia, pero le daba igual, la verdad, ya todo le daba igual.

Esa misma noche, Nando llegó a casa unas siete horas después de que Mandy le dejara tirado en el restaurante. Llegó puesto de coca hasta las cejas, bramando y diciéndole animaladas, faltándole al respeto. Rompió un par de jarrones y la zarandeó para que se despertara. Ella lloró toda la noche. Lloró durante el tiempo que él abuso de ella y, después, cuando él se durmió satisfecho de lo hombre que se creía, lloró también.

Pero lo que más le dolía era saber que se casaría con él y que jamás volvería a sentir lo que solo un hombre era capaz de hacerla sentir. Y eso era lo que más le dolía, la ausencia de Daniel.

Ese lunes, cuando Mandy fue al hospital, José le dijo que el doctor Perea la estaba esperando en su despacho.

Mandy subió y llamo a la puerta.

—Pasa, ¿cómo estás, Mandy?

—Bien Alfredo, cansada y agotada, pero bien.

—Mandy, sabes que para mí eres como una hija y por eso quiero que sepas que me estás decepcionando con tu actitud. Los dos sabemos quién es tu futuro marido, y por eso no entiendo tu proceder. De todas formas, no te preocupes por lo que te conté de la investigación, tu futuro marido tiene que tener mucha mano, porque de momento está paralizada y corren rumores de su inminente ascenso.

—Lo sé Alfredo, sé que no lo entiendes pero, ya sabes, la mente atiende a razones que el corazón desconoce. Y Nando ahora es una pasada conmigo, ha cambiado. —¿Cómo le costó decirle una mentira semejante a Alfredo! Pensó que últimamente su vida se había convertido en una mentira tras otra. Mentía a Alfredo, a sus padres, a sus compañeros, a sus amigas... Y mentía a Daniel y a ella misma, diciéndose que acabaría olvidándolo.

En estos últimos meses, la relación con las chicas estaba enfriándose, ya nada era tan divertido como antes. A Mandy le dolía demasiado que Julia se hubiera alejado de ella. Entendía su postura, ella, en su posición, hubiera pensado lo mismo. Pero le dolió mucho que le hubiera devuelto la invitación a su boda.

Daniel seguía en el caso, le había pasado la información a Sam. Los dos trabajaban codo a codo. El caso era peliagudo, se juntaba un asunto de abuso sexual, con un caso de coacción, abuso de autoridad y corrupción policial.

Los dos trabajaban en el caso extraoficialmente, investigaban por separado y luego quedaban en casa de Daniel para juntar, analizar la situación y definir la manera de proceder.

Lo tenía todo casi atado, habían rastreado la IP del ordenador de Álvaro y habían localizado las fotos con las que le estaban haciendo chantaje. Después, las habían podido relacionar con otro caso que nada tenía que ver con Álvaro. Y habían leído el expediente escalofriante de cómo una jovencita había denunciado al doctor FERNANDO FIGUERUELAS por haberla obligado en su consulta a desnudarse y propasarse con ella con tocamientos innecesarios para la exploración a la que se sometía. Además, la cosa no fue a mayores, pues justo cuando sus manos estaban llegando a sus partes más íntimas, alguien había llamado a la puerta y había acabado con aquella situación.

A Daniel se le retorcieron las tripas al pensar en lo degenerado y enfermo que era ese medicucho. Ahora, solo le quedaba localizar a Álvaro en Zaragoza y traérselo de vuelta a Patricia. Eso no sería difícil y tenía ganas de poderle dar a su amiga Pat ese regalo. Se lo merecía, los dos habían hecho buenas migas y se llevaban de maravilla.

Después informaría a su superior de lo que tenían y procederían a la detención. No sin antes aguantar la reprimenda por haber metido las narices en otra comisaría y haber llevado una investigación sin su autorización, eso lo tenía claro. Pero daba lo mismo, cualquier cosa valía la pena para salvar a Amanda de ese hijo de puta y poder recuperarla.

Mandy estaba ya vestida de novia cuando llamaron a la puerta de la habitación. Era su padre, el padrino. Ese hombre guapo y maravilloso al que ella adoraba, a pesar de su carácter.

—Hija, ¿podemos hablar?

—Sí papá, claro, contigo siempre.

—Princesa, eres la niña de mis ojos, mi debilidad. Te amo desde antes de

verte, pero no lo supe hasta el mismo instante en que saliste de la tripa de tu madre.

»Llegaste sin hacer mucho ruido, casi sin avisar y así has seguido. Pero soy tu padre y sé que hoy estás triste. No llego a entender por qué has dado el paso de casarte con Nando. Al contrario que a tu madre, a mí nunca me gustó. Sé que lo has querido, pero también sé que ya no lo amas, no al menos de la forma en que deberías de hacerlo.

—No papá, ¿por qué dices eso? Son los nervios, no es más.

—Mandy hija, recuerdo cuando cumpliste cuatro años, te regalamos un traje de princesa y la cara de desilusión que pusiste porque tú querías una bata de doctora y un maletín de médico. Creo que ahí ya habías decidido tu profesión. También recuerdo cuando te regalaron aquel conejillo de indias, Sargento se llamaba, que enfermó y estuviste cuidándolo día y noche con tan solo ocho años, y lo que lloraste cuando murió, ese día me dijiste que estudiarías medicina para que nadie en el mundo muriera jamás.

»Y eso hiciste, estudiaste sin descanso con el único objetivo de conseguir la nota suficiente para entrar en medicina. El día que eso ocurrió, fue el día más feliz de tu vida —le dijo mirándola con ternura y cogiéndola de la mano—. Pues bien, en ninguno de esos momentos recuerdo haber visto esta mirada vacía y triste, este semblante abatido. Te mueves como alma en pena. Cariño, el matrimonio es algo maravilloso si te casas con la persona amada, si no, es una pesadilla que te perseguirá siempre.

»Tú, amor, mereces un hombre que te ame, que cuide de ti, que te haga sentir especial cada segundo de vuestras vidas. Y tú y yo sabemos que ese hombre no es Nando.

—Papa, te quiero. —Mandy tragó el nudo en la garganta, sabía que era cierto todo lo que aquel hombre le contaba, se quedó pensativa y tras un rato le dijo a su padre—. Papá, guárdame el secreto. Dile a los invitados que no me caso, estaré bien, necesito huir, tomar distancia. Ya sabes dónde estaré.

Su padre asintió dándole un beso y salió de la habitación, dejando a Mandy cogiendo su móvil y enviando un mensaje a Julia.

- Ayúdame, necesito huir. Solo puedo confiar en ti.

11.

No se lo pensó mucho, sabía que si lo hacía no sería capaz de abandonarlo todo y desaparecer. Los contras pesarían demasiado y no tendría el valor suficiente. La conversación con su padre le había dado las fuerzas necesarias para coger su móvil y mandar un mensaje a la única persona que sabía que la ayudaría sin preguntar.

Tan solo una hora había pasado desde que tomó la decisión de enviar el mensaje, y ya se encontraba atravesando la puerta principal del aeropuerto, rumbo a su nuevo destino. Rumbo a su nueva vida.

Durante el trayecto al aeropuerto lo había pensado y estaba decidida a que la antigua Mandy se quedaba en aquella habitación de hotel y, desde ya, nacía una nueva Mandy. Una Mandy que desde ese momento miraría por y para ella, demasiado tiempo viviendo para los demás sin atender sus necesidades, demasiado tiempo. Pensar eso la entristeció, si esa decisión la hubiera tomado hacía años, nadie estaría ahora sufriendo y pagando las consecuencias.

Nada más entrar, sus ojos buscaron a Julia, la encontró junto a la cola de facturación. Allí estaba su fiel amiga, hermosa por dentro y por fuera. La persona que la ayudaría a empezar de cero. Cuando decidió huir fue la única persona en la que pensó. Sabía que podía contar con ella sin dar explicaciones.

Julia le dio dos besos y le tendió los billetes.

—¿Estás lista, corazón? —Mandy la miró y moviendo la cabeza le dijo—. Lista, que comience la aventura.

Daniel entró en el cementerio de Valencia y se arrodilló delante de la tumba de su hermano. En ese mismo instante, la detención se tenía que estar llevando a cabo.

No sabía si todo habría valido la pena. Sam había ido a detener a ese hijo de puta, pero no sabía, ni tenía la certeza, de que la detención se hubiera realizado antes de que Mandy diera el «Sí, quiero».

De todas formas nada importaba ya, pensó entristecido y hundido. Ella se lo había dejado bien claro hace unos días. Era incapaz de borrar su mirada de hielo y la sensación de abandono que se alojó en su corazón, cuando la vio coger el taxi y alejarse. Él y ella nunca serían dos.

—Hermano, cuanto te extraño. Llevo un año sin ti y está siendo el año más negro de mi vida.

»Me enseñaste casi todo lo que sé, pero se te olvidó enseñarme lo más importante, se te olvidó enseñarme cómo vivir sin ti, se te olvidó enseñarme cómo dejar de querer a alguien que, sin tu quererlo, ya forma parte de tu piel.

»Ojalá estuvieras aquí, seguro que tú tendrías la solución. Seguro que todo hubiera sido diferente. Ahora me siento una persona sin corazón, tu muerte se llevó un trozo de él y Amanda se quedó con el otro.

»Vivir sin corazón me va a resultar difícil. Muchas veces pienso por qué no me estalló a mí aquel explosivo en vez de a ti. Tú tenías una vida, una mujer a la que amabas y la que te amaba. Te sigue amando. Y un hijo para ver crecer y enseñarle todo lo que me has enseñado a mí. Sin embargo, ¿yo que tengo? Nada, no tengo nada.

En ese momento alguien se acercó.

—Le echas mucho de menos. —No era una pregunta, era una afirmación.

Maribel se arrodilló a su lado y Daniel se derrumbó, comenzó a llorar como un niño abrazado a su cuñada.

Durante un rato los dos lloraron delante de la tumba de un hombre que no merecía estar allí, pues lo necesitaban en sus vidas.

Cuando llevaban un rato allí, Maribel le dijo:

—Daniel, tu hermano te quería con locura. Siempre estuvo muy orgulloso de ti, pero nunca hubiera aceptado que tiraras la toalla, los Vergara no sois unos perdedores, y Sam me contó todo lo de esa doctora.

»Tienes que luchar Daniel, tienes que dejarte la vida en ello si es necesario, pero demuéstrole lo que sientes, demuéstrole lo que serías capaz de hacer por ella si te lo pidiera. Demuéstrale que sin ella tu vida no tiene sentido. Si de verdad ella es tan especial y tan única, nunca te quedes con la duda de qué

hubiera pasado.

Daniel escuchó a su cuñada, la miró, sabía que tenía razón, si quería respirar tendría que luchar por ese aire que sus pulmones necesitaban.

Un bip le aviso de que tenía un mensaje. Cuando lo abrió se quedó confuso, aturdido, no podía ser cierto lo que estaba leyendo.

- Daniel, tenemos problemas. La detención no se ha realizado, Fernando se nos ha escapado y Mandy ha desaparecido sin dejar rastro. ¡¡¡¡¡¡¡¡LLAMAME!!!!!!!!!!

—¿Que pasa Daniel? ¿Qué ocurre? —preguntó Maribel preocupada al ver el semblante de su cuñado.

—Maribel, tenemos serios problemas, Amanda ha desaparecido. Necesito tu ayuda, tenemos que encontrarla antes que ese hijo de puta.

Unas horas antes, cuando Pat y Ro habían visto aparecer al padre de Mandy sin ella del brazo, tal y como era lo normal en esos casos, se habían mirado preocupadas, sabiendo que nada iba como tenía que ir.

Roberto se acercó hasta el Concejal y le dijo algo. Éste asintió y comenzó a hablar.

—Señores y señoras, lamento decirles que esta boda queda anulada y, por motivos que ahora no vienen al caso, se anula definitivamente.

Nando entró en cólera, su respiración comenzó a acelerarse y su ira se elevó a niveles insospechados. No era posible... ¡¡Joder!! No tenía que haberse fiado de esa mosquita muerta. Una vez más se la había jugado, se juró a sí mismo encontrarla y, cuando lo hiciera, se las pagaría. Tan seguro como que a él nadie lo dejaba plantado ante el altar.

Se hizo el revuelo en los jardines del hotel cuando, a lo lejos, Nando vio llegar a dos patrullas de nacionales. No era tonto para saber que las cosas se pondrían peor y que si los nacionales estaban allí era porque iban a por él, tenía que huir, no podía dejar que lo atrapasen. Si lo cogían no tendría la posibilidad de encontrarla y vengarse de ella.

Aprovechando el revuelo, se escabulló entre el gentío y desapareció.

Pat vio a Sam cuando éste se le acercaba montado en cólera. Nada estaba saliendo como tenían previsto.

—Sam, tenemos problemas, Mandy ha desaparecido. Por favor, no dejéis que la encuentre. —dijo Pat con lágrimas en los ojos.

—Tranquila Patricia, vosotras mirad qué podéis averiguar, cualquier cosa te pones en contacto con Daniel. Y cuidaros vosotras también, ese Fernando es más peligroso de lo que parece.

Sam sacó el móvil y le envió un mensaje a Daniel informándole de lo sucedido.

Una vez en el taxi, Nando pensó lo que hacer. Tenía que encontrar un sitio seguro donde pensar y desde donde organizar sus ideas para encontrar a esa maldita mujer. La encontraría y le haría saber que a Fernando Figueruelas no se le abandona. Esa zorra no se volvería a burlar de él.

Como sabía que la policía le estaba buscando, no podía ir ni a su casa ni al hospital, esos serían los primeros sitios donde lo buscarían y no iba a arriesgarse. Así que le dijo al taxista que lo llevara a la estación del Norte. Una vez allí cogió un tren y se dirigió camino de Denia, allí tenía un amigo que le alojaría y, desde allí, pondría en marcha un plan. Un plan para acabar con Mandy.

En la comisaria estaban todos los efectivos disponibles organizando la búsqueda. Se dividirían en dos, unos se encargarían de buscar el rastro de Amanda e intentarían localizarla. Otros buscarían el rastro de Fernando, la prioridad era clara: había que encontrarlo antes de que él encontrara a Amanda.

—Chicos, manos a la obra y no olvidéis tener cuidado. —dijo el capitán.

—Daniel, tú te quedas fuera del caso.

Todos sus compañeros salieron y Daniel se volvió hacia el capitán como una fiera.

—¡Y UNA MIERDA! ¡NO ME PIENSO QUEDAR AQUÍ MIENTRAS

ELLA ESTÁ A SABER DÓNDE Y ESE HIJO DE PUTA VA TRAS ELLA! —dijo Daniel gritando, al mismo tiempo que pegaba un puñetazo a una pared—. MIERDA. MIERDA. JODER. ¡¡ME CAGO EN MI PUTA SOMBRA!! Tenía que haber sido yo el que fuera a sacarla de esa puta farsa...

—Agente Vergara, es una orden. Está demasiado implicado emocionalmente y pondría en peligro la operación. ¡USTED SE QUEDA FUERA! —bramó el Capitán al tiempo que abandonaba el despacho, dejando a Daniel consumido por la rabia y la impotencia.

Paseaba por el despacho como una fiera enjaulada, su mente funcionaba a cien por hora, tenía que encontrar la manera de dar con ella. A la mierda las órdenes de su Capitán, no le importaban las consecuencias de su insubordinación. Encontrar a Amanda era lo único importante.

Cogió las llaves de su moto y salió a toda velocidad, al tiempo que se repetía que no lo permitiría. Hacía justo un año había muerto su hermano, no iba a perderla a ella también.

Llegó a casa de Mandy sin saber muy bien por qué, ella desde luego no estaría allí, pero aun así llamó al timbre. Una abatida Patricia le abrió la puerta.

Pat, al verlo, se lanzó a sus brazos. Estaba asustada, eso traería consecuencias que no serían buenas para nadie.

—Daniel, por Dios, ¿qué se sabe? ¿Dónde está Mandy? La llamo al móvil y no lo coge, está apagado o fuera de cobertura —dijo consternada—. Me estoy muriendo, todo esto es por mi culpa, si no hubiera querido ayudar a Álvaro, todo esto no habría pasado.

Daniel intentó tranquilizarla, la sentó en el sofá y fue a por un vaso de agua a la cocina.

—Toma, bébelo, te sentará bien. No es culpa tuya Pat, ese tipo es un enfermo hijo de puta y está obsesionado con ella. Por eso debemos de pensar entre todos dónde localizarla antes de que él lo haga. ¿Quién fue la última persona que habló con Mandy?

—Su padre. Roberto subió a por ella a la habitación del hotel para llevarla hasta el altar y, con una hora de retraso, apareció solo y dándole el recado al

concejal de la nulidad de la boda.

—Bien, algo es algo, empecemos por ahí, ¿tienes su teléfono? ¿Podemos reunirnos con él?

—Sí, claro, le llamo.

Pat cogió el teléfono y llamó a Roberto. Le explicó que necesitaban de su ayuda, ya que Mandy estaba en peligro y tenían que encontrarla antes de que Nando lo hiciera.

Roberto al principio se mostró reacio, había prometido a su hija silencio y discreción. Pero esa muchacha parecía muy preocupada y si era verdad que la vida de su hija estaba en peligro tendría que averiguarlo.

Una vez el avión despegó, Mandy se relajó. Ahora tocaba llegar a su destino y tranquilizarse, calmarse e intentar poner todo en su sitio, pero sobre todo tenía que olvidar.

Julia la tomó de la mano.

—Tranquila, verás como todo sale bien. Además, lo vamos a pasar en grande. Hace mucho tiempo que quería conocer ese lugar y te aseguro que no te dejaré ni un momento para pensar. Te voy a enseñar el por qué de mi filosofía sobre no enamorarte jamás. ¡¡¡¡¡Tíos macizos, preparaos que llegamos!!!!!!!!!! —gritó Julia.

—Julia por Dios, calla que nos van a oír en todo el avión. Además, para tíos estoy yo, si lo que quiero es justo todo lo contrario, un mundo sin ellos.

—¡Uf! Un mundo sin ellos, por favor, tendría que hacerme aficionada a las vaginas y, de momento, como que me tiran para atrás. Aunque oye, mi abuelita decía que hay que probarlo todo antes de decir que no te gusta.

—Si claro, pero tu abuelita se refería a las verduras, no a los aparatos genitales de los seres humanos.

—Y tú que sabrás, mi abuelita era muy moderna. ¿De quién piensas tú que herede esta forma de ser?

Las dos comenzaron a reír. Era la hostia, Julia siempre la hacía sonreír aún en los peores momentos.

Durante el vuelo, Mandy intentó dormir un rato para no tener que pensar en nada, pues no podía conseguir sacar de su mente todo lo que dejaba atrás. Y lo que no podía borrar de su memoria ni de su corazón era la imagen de Daniel de pie, viéndola alejarse en aquel taxi.

Quizás debería haber confiado en él y habérselo contado, a fin de cuentas, si alguien la podía ayudar ese era él. Pero había rechazado la idea de tenerlo cerca, eso solo le complicaría más las cosas. Estaba en sus cavilaciones cuando una azafata se les acercó.

—Señoritas, ¿qué prefieren tomar? ¿Refresco, cerveza, whisky, champán?

—Nada, gracias —dijo Mandy muy educadamente.

Pero la azafata les insistió, Julia llevaba los auriculares puestos y no se enteraba de nada.

—Señoritas, deben elegir algo, están invitadas por aquel caballero rubio del último asiento junto a la ventanilla.

—Entonces tráiganos dos coca-colas, gracias.

Mandy se giró y vio un joven rubio guapísimo bastante alto, pues las rodillas no le encajaban muy bien en aquellos diminutos asientos. Se quedó pasmada. ¡Pero si solo llevaban dos horas desde su llegada al aeropuerto! ¿Cómo le había dado tiempo a Julia de hacer una conquista?

El chico sonrió al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de saludo. Mandy le devolvió la sonrisa y propinó un codazo a Julia.

—Pero bueno, ¿tú no paras?

—Eh, ¿qué te pasa? —dijo Julia mientras se quitaba los auriculares.

—Pero, ¿se puede saber cuándo te dio tiempo a ligar con aquel rubio de atrás? Acaba de enviar a la azafata a ofrecernos una invitación.

Julia se giró y con una sonrisa seductora miró al rubio bombón y le movió los dedos de la mano a modo de saludo.

—Hija, que sosainas eres, nena... ¿Cuándo aprenderás que ligar es parte de mi estado natural?

—Me da pereza oírte Julia —dijo Mandy, al tiempo que cogía los

auriculares de su amiga y se disponía a escuchar algo de música, a ver si podía cerrar los ojos y conseguía relajarse un poco. Menuda la que le esperaba los próximos días con Julia.

Cuando abrió los ojos, el asiento de Julia estaba vacío. No tuvo que pensar mucho para llegar a la conclusión de dónde se encontraba su amiga. Giró la cabeza y allí estaba ella, tonteando con el rubio al más estilo Julia. Se alegró por ella, en el fondo la envidiaba. Ella no se enamoraba y por lo tanto no tenía problemas.

Y sin embargo, allí estaba ella, huyendo de un hombre que le hacía la vida imposible y suspirando por otro al cual nunca podría tener.

El comandante de vuelo indicó que en unos minutos tomarían tierra, que se sentaran en sus asientos y abrocharan sus cinturones. Julia regresó a su sitio. Mandy la miró con una sonrisa de medio lado.

—Ya te vale —le dijo.

—¿Qué pasa, nena? Estabas dormida y me aburría como una ostra.

—¿Aburrirte tú? ¿Habiendo hombres en el mundo? Imposible.

—Oye, que tampoco soy tan tremenda como me pintas.

En ese momento, el avión comenzó a descender para tomar tierra y las dos amigas se cogieron de la mano, las dos sabían que no solo estaban tomando tierra en un lugar diferente, si no que ya nada sería como antes. Salvo que se tendrían la una a la otra.

12.

El padre de Mandy llegó a casa de esta unas horas después de la llamada de Pat. Al entrar allí, se encontró con una Pat muy nerviosa y un hombre moreno y alto al que no había visto jamás.

Pat hizo los honores.

—Roberto, este es Daniel, él es policía y amigo de Mandy. Daniel, él es Roberto, el padre de Mandy.

Daniel le estrechó la mano y los dos mantuvieron sus miradas un rato. Daniel lo miró con respeto y Roberto más bien con desconfianza; desconfianza que no pasó inadvertida a Daniel.

Como no había tiempo que perder, Daniel comenzó a hablar.

—Roberto, siéntese por favor —dijo, señalando una silla—. Tengo entendido que usted fue la última persona que vio a Mandy antes de su desaparición.

Roberto miraba fijo a aquel policía, intentando adivinar que más había detrás de esa presentación tan escueta que había realizado la amiga de su hija. Sin dejar de mirarlo, con una mirada fría que imponía a cualquiera menos a Daniel, le contestó:

—Vamos a ver, hasta donde yo sé Mandy no ha desaparecido —dijo poniendo mayor énfasis en la última palabra—. Ella se fue por voluntad propia. Además debo respetar la decisión de mi hija, ella me pidió guardar el secreto de dónde se iría. Y Daniel, me va a disculpar, pero no veo el motivo de porqué tendría que faltar a la voluntad de mi hija. Y mucho menos entiendo el revuelo que se está montando.

Daniel estaba empezando a perder la paciencia, joder... ¡Claro que no había desaparecido! Pero él necesitaba encontrarla antes que ese loco. Primero para protegerla y, segundo, porque le iba la vida en ello. Volverla a ver para poder luchar por ella, para luchar por ese amor que le estaba consumiendo minuto a minuto y tenerla a salvo.

Por ello, llamó a la calma a todo su ser y, lo más suave y amable que pudo, contestó:

—Roberto, entiendo su desconfianza. —Tenía que ganarse la confianza de aquel hombre, el cual no estaba muy por la labor de brindársela. Optó por la sinceridad y el destape de sus sentimientos—. Pero permítame que le diga que su hija está en peligro, aunque usted dude de ello. El hombre con el que se iba a casar está buscado por el policía acusado de abusos sexuales, acoso, injurias y coacción. Y por si esto fuera poco, está obsesionado con su hija y nada lo parará hasta conseguirla.

Daniel, ante la mirada inexpresiva de Roberto, continuó:

—Le puedo asegurar que si hay una persona, después de usted, que quiera lo mejor para su hija, esa persona la tiene delante. Daría mi vida por ella si fuera necesario, no sé si me entenderá, no sé si alguna vez sintió en su vida que alguien le calaba tan hondo que se incrustaba en su piel de tal manera que, desde ese instante, el simple hecho de respirar resultase imposible sin su presencia...

Roberto empezaba a entender las palabras de ese joven y la situación a la que se enfrentaba. Estaba empezando a reprocharse no haber intuido el porqué de las palabras de su hija y el porqué de su huida. Pero ahora estaba en sus manos poner remedio a aquello.

No le pasó por alto que aquel policía no era un simple amigo de Mandy, tal y como se lo habían presentado. Por lo que contestó a la pregunta que Daniel le había lanzado:

—Sí. Sé de lo que está hablando, joven —dijo con una voz mucho más relajada.

—Pues entonces, ahora que ya le he dejado claro lo que siento por su hija, por favor, dígame dónde puedo encontrarla.

La conversación se vio interrumpida por el sonido de una llamada entrante en el móvil de Daniel.

—Dime, Sam.

—Daniel, estamos en casa de Fernando. No te vas a creer lo que hemos encontrado, este tío es un enfermo.

»En el armario de su despacho tiene un doble fondo, dudo que Mandy supiese nada. Está lleno de fotos de Mandy, de vosotros bailando aquella noche. Fotos de los dos en la puerta de tu casa. Fotos de ella y de tu sobrino. Fotos de ella con una niña rubia. Fotos tuyas en el hospital. Dios nos ayude a encontrarla antes que él. ¿Ya sabes algo?

Daniel se estaba poniendo blanco al oír lo que Sam le decía, notó como su corazón se estaba haciendo un nudo y, ahora más que nunca, el aire estaba empezando a tener problemas para llegar a sus pulmones. Estaba sintiendo cómo le costaba respirar.

—Estoy en ello, Sam. Espera un momento.

Encontró la fuerza suficiente para superar la situación a la que se estaba enfrentando y consiguió, con esfuerzo, aislar su cabeza y su mente de sentimientos. Tenía que tomar decisiones y éstas requerirían de toda su frialdad.

Daniel se volvió hacia Pat, que estaba asustada al ver su expresión.

—Pat, llama a tu amiga, necesito hablar urgentemente con ella.

—Daniel, ¿qué pasa?

—¡LLÁMALA! —gritó.

Volvió a coger el móvil y continuó su conversación con su compañero.

—Sam, ahora te paso la dirección. Habla con Maribel, que coja al niño y se vaya con la amiga de Mandy y la niña. Que no se separe de ella bajo ningún concepto. Manténme informado, en cuanto sepa algo más te aviso.

En eso, Pat le pasó el teléfono.

—Daniel, es Rocío.

—Rocío, hola, soy Daniel. Tu hija está en peligro, perdona que sea tan directo pero no tenemos tiempo que perder. Mi compañera llegará donde estés, te pido que no te separes de ella y no perdáis de vista a la niña en ningún momento. Fernando podría llevársela para dañar a Mandy.

—Pero... pero, ¡¿qué me estas contando?! ¿Se te fue la cabeza o qué? ¿Cómo que mi hija está en peligro? Pero ¿de qué va todo esto? —grito Rocío

histórica.

—Cálmate Rocío, solo cabe una posibilidad, pero tenemos que estar preparados, ¿dónde está la niña ahora?

—En el parque con su padre.

—Pues llámalo y que la lleve a casa, ¡pero ya! Necesito que la niña esté en un lugar seguro. Dame la dirección.

Daniel anotó la dirección y se la pasó a Sam. Volviéndose al padre de Mandy, le dijo con cara de pocos amigos:

—Mis compañeros han encontrado pruebas en casa de Fernando como para saber que va a por ella y que no parará hasta hacerle daño, a ella o las personas que más quiere, ¿cree ahora que me puede decir dónde cojones se fue su hija? —dijo un Daniel entre enfurecido y desesperado.

Después de dos horas y media de trayecto, Fernando llegó a Denia. Cogió un taxi y le dio la dirección de la casa de un colega suyo, amigo de fechorías. Los dos habían estudiado juntos la carrera desde el principio y conservaban una buena relación.

Sebastián era anestesista y tenía una clínica privada en Denia, donde practicaba la cirugía estética, junto con otro colega, a sus clientas alemanas, las cuales no tenían problemas financieros precisamente.

Sabía que su amigo contaba con un jet privado, el cual necesitaba para poder llegar a dónde de seguro había huido Mandy. Para convencer a su amigo, inventó una historia de amor y arrepentimiento, bastante lejos de la realidad. Pero necesitaba ese jet, no se podía arriesgar a un vuelo convencional, pues seguro que la policía tendría vigiladas las salidas de los aeropuertos.

—Hola, Sebastián, veo que cada vez te va mejor.

—¿Qué pasa Fernandito? Sin embargo tú tienes una cara espantosa.

—Lo sé, pero es que necesito un favor...

—Tú dirás, sabes que por ti lo que sea.

—Pues mira, la fastidié pero bien con Mandy, ya sabes lo burro que puedo ser... Y ahora ella se ha largado a meditar, necesito que me prestes tu jet privado para volar hasta ella y montarme una escena de esas que tanto les gustan a las mujeres, esas que hacen se les caigan las bragas al suelo y olviden el porqué se habían enfadado.

Los dos rieron, eran de la misma calaña.

—Claro. No te preocupes, mi avión está a tu disposición. Dame el destino y preparo las instrucciones de vuelo. Pero dime, ¿qué hiciste? Porque por las últimas noticias te hacía ya casado y, si no recuerdo mal, hoy era el día.

Nando le contó que el día antes de la boda ella le había pillado tirándose a una residente y, de ahí, que ella hubiera huido sin querer explicaciones.

Hasta se quedó sorprendido de lo bueno que era inventando historias. Su amigo le vitoreo la hazaña y le dio un par de consejos para cuando llegara el momento de la reconquista.

**

Por fin estaban en suelo griego. Mandy había decidido ir a Mikonos porque ese era su lugar del mundo favorito. Cuando tenía once años, su padre había sido destinado a ese maravilloso lugar, permanecieron una larga temporada allí y recordaba aquel sitio con mucho cariño.

Mandy no había conocido a sus abuelos, y la pareja con las que sus padres habían hecho amistad eran lo más parecido a unos abuelos que ella había conocido. Por eso, ella los consideraba parte de su familia.

Llegaron a la cinta de equipajes y se quedaron a la espera de que salieran los suyos. Julia se había encargado de todo, no sabía cómo, en una hora, le había dado tiempo a tanto.

—Mandy, ahí vienen nuestras maletas.

—La tengo.

—Pues nada, ¿preparada para comernos a más de un *griego de Danone*?

Mandy rió.

—Julia, no cambias, para griegos tengo yo el cuerpo...

—Pues no te preocupes mujer, tu dedícate a perder el tiempo, que mi cuerpo esta para yogurazos, petisuis o lo que sea.

Salieron a la puerta del aeropuerto y le dieron la dirección al taxista. Julia estaba encantada con todo lo que sus ojos veían, la isla era preciosa, esas casas blancas con sus balcones de color rompiendo ese blanco inmaculado y muy pegadas entre ellas, apenas si había espacio para tres personas entre casa y casa. Aquello era el paraíso y ella estaría rodeada de ángeles.

El taxi paró lo más cerca que pudo de su destino, pues la calle donde estaba situada la casa adónde iban no tenía acceso para vehículos. Encantadas, anduvieron por una calle estrecha y empedrada, hasta llegar delante de una casa preciosa, toda blanca y con la puerta, las ventanas y los barrotes de los balcones de un color azul intenso. Cuando llamaron a la puerta, les abrió una señora bajita, con pelo blanco y moño alto, vestida de negro y con un delantal. Ella era Ritsa, la mujer de Giorgo Anastasaku, sus abuelos adoptivos desde que tenía once años y cuya amistad con los padres de Mandy seguía aún en la distancia.

Ritsa abrió los ojos como platos cuando vio a Mandy delante de su puerta.

—Pero mi niña, tu aquí. ¡¡Giorgo!! Τρεξε, ελα να δεις ποιος ερχετε να μας επισκεφθει! (Corre ven, mira quien nos viene a visitar.)

Mandy se abrazó a esa mujer, la quería con locura y su olor característico a lavanda la trasladó a un tiempo ya muy lejano, cuando era allí feliz con su familia.

—Ritsa, te presento a mi amiga Julia.

—Hola, encantada —le dijo Julia, mientras le daba dos besos.

—Pasar pasar, por Dios no os quedéis ahí, mi casa es vuestra casa. Ser bien recibidas.

En eso llegó Giorgo.

—Τι συμβαινει γυναικα, γιατι αυτες οι φωνες (¿Qué pasa mujer? a que vienen esos gritos.)

Cuando Giorgo vio a Mandy se quedó quieto.

— Pero, demonios... ¿Qué haces tú aquí? ¿Paso algo en España?

—No Giorgo, solo quería hacer una escapada con mi amiga y este me pareció el mejor lugar. —Fingió Mandy todo lo que pudo.

—Claro que si “Κορίτσι”, lo pasareis genial.

—¿Qué te llamó? —dijo Julia.

— Niña, “Κορίτσι” en griego significa niña.

Las chicas pasaron y se refrescaron tomando *Uzo*, una bebida típica, al tiempo que hablaban un rato. Poco después pasaron a su habitación y alucinaron cuando se asomaron al balcón. Éste estaba tan cerca de la casa de al lado, que de balcón a balcón daba la sensación que podían darse las manos.

—Mandy —dijo Julia mirando al balcón de al lado.

—Dime, ¿qué te pasa? —se giró Mandy.

—¿Estás viendo el pedazo de *yogur griego* que acaba de aparecer en el balcón vecino?

Julia tenía razón, en el balcón contiguo había aparecido un cuerpazo moreno, con una barbita de unos cuatro días, un pelo ni largo ni corto y unos pantalones de esos que se utilizan para la *capoeira*, tan bajos de talle que se dejaba ver el camino de hormiguitas que marcaba la llegada a la zona prohibida.

—Veo que no se te escapa ni una... —le dijo a Julia, mientras ésta ya estaba tonteando con el yogurazo y, en su perfecto inglés, había quedado con él para que le enseñara la isla... ¡Y a gemir en griego si era necesario!

—Joroña que joroña, como decía la del anuncio. ¿Por qué no me habré venido yo antes a este sitio? Me declaro fan absoluta del griego de danone. — dijo Julia, al tiempo que se metía para dentro, no sin antes ofrecerle al vecino un movimiento de melena y trasero, que lo dejó al borde del infarto.

Daniel estaba perdiendo la paciencia cuándo Roberto se levantó y le dijo:

—Está bien, te lo diré, pero yo voy contigo.

Daniel asintió con la cabeza, sabía que no le convencería de lo contrario y, además, no le vendría mal ayuda extra.

—Está en Mikonos, Grecia.

—Joder, ¿en Mikonos? Y, ¿qué coño se le ha perdido allí a tu hija?

Roberto le explicó que había estado destinado allí y que allí era donde Mandy tenía lo más parecido a una familia, y donde siempre se había sentido a salvo de todo.

Pat se levantó del sofá. Había estado meditando, su miedo a volar la paraba a la hora de ir a por Mandy, pero tenía que vencer su miedo, no podía quedarse allí.

—Yo también voy Daniel.

—De eso nada señorita, bastante tengo con buscar a dos descarriladas, como para también tener que velar por tu seguridad, además, para ti hay otros planes.

En ese momento llamaron a la puerta, Pat fue a abrir y cuando lo hizo soltó un grito de alegría. Allí estaba Álvaro, tan guapo como lo recordaba, con esa sonrisa que la volvía del revés. Pegando un grito, saltó y se colgó de él como si ella fuera chita y acabara de encontrar a su tarzán.

Daniel sonrió al ver la imagen, al menos eso había acabado bien, ojalá el también pudiera decir lo mismo y aún tuviera una oportunidad con Amanda.

Pasó por su lado, saludó a Álvaro con un choque de manos y, removiéndole el pelo a Pat, le dijo:

—Te mantendré informada, cualquier cosa me llamas.

Él y Roberto salieron dirección al aeropuerto, no tenían tiempo que perder. Cuando llegaron, no encontraron vuelo hasta el día siguiente a las siete de la mañana. Les quedaban unas diez horas, por lo que decidieron quedarse en una habitación del hotel y descansar un poco, el vuelo sería de tres horas, por lo que a las diez de la mañana estarían tomando tierra.

Cuando entraron en la habitación, Daniel llamó a Sam y le informó de la situación, Sam también quiso acompañarle, teniendo en cuenta cómo se las pintaba aquel loco no estaría de más que alguien ayudara a Daniel aparte de Roberto.

Quedaron en verse en la puerta de embarque a las seis de la mañana.

Daniel se acostó y escuchando música se quedó dormido.

Mandy estaba de espaldas, en una playa desierta. El sol brillaba en lo alto y una suave brisa mecía su pelo.

Él se le acercó por detrás y le susurró al oído YO QUIERO RESPIRAR. Ella se volvió con una sonrisa, haciendo que todas las esperanzas que Daniel tenía se hicieran palpables. Con delicadeza la desnudó y la tumbó en la arena.

Con sus dedos fue recorriendo milímetro a milímetro su piel, era como un ciego que estaba leyendo sobre el escrito más valioso. La contempló, era perfecta. Se sintió tan hechizado de amor como un artista debe sentirse ante su perfecta obra.

Notó cómo la piel de ella se erizaba bajo sus dedos y empezó a cubrirla de besos, despacio, sin prisa, tenía toda la eternidad para amarla y la iba a aprovechar.

Se tumbó en la arena y, de un movimiento, la puso a horcajadas encima de él, al tiempo que hundía su miembro dentro de ella. Los dos se movían al unisono, eran una sola persona. Él notó que de pronto no sentía su peso, sus manos no podían tocarla, un sudor frío le caía por la frente, entonces abrió los ojos y solo vio oscuridad.

—AMANDAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAA—gritó con terror y la respiración acelerada.

De pronto, recordó dónde estaba y se dio cuenta que todo había sido un sueño.

Esa noche, Julia se había ido con el yogurazo, y Mandy aprovechó para quedarse con el matrimonio y ponerse al día de muchas cosas. Se sinceró con ellos y les contó todo lo acontecido, así como el verdadero motivo de su llegada a la isla.

Cuando se acostó le costó dormir, se sentía inquieta y temerosa. Sabía que huir de Nando no iba a ser fácil, y olvidar a Daniel sería imposible. La brisa movía la cortina y la música sonaba lentamente, se debió quedar dormida

pensando en Daniel, pues soñó con él. Un sueño caliente, un sueño que había hecho que mojara su ropa interior.

¡Dios! Necesitaba olvidarlo si quería seguir con su vida.

Se despertó y se fue a pasear por la playa, a un lugar con faro no muy lejos de allí.

Roberto, Sam y Daniel llegaron a Mykonos a las diez de la mañana, Nando les llevaba dos horas de ventaja. El ya estaba allí y ya había localizado a Mandy.

Cuando llamaron a la puerta y Giorgio abrió, con solo mirar a Roberto ya sabía que la historia no pintaba bien. Entraron y les explicó que Mandy había salido hacía una hora a pasear.

Julia, que oyó el follón, salió y se quedó alucinada al ver a aquellos tres hombres allí.

—Pero bueno, ¿qué cojones hacéis aquí?

—Julia, ¿dónde está Mandy?

—No lo sé, yo anoche salí de fiesta —dijo mirando a Sam—, y cuando me desperté ella ya no estaba.

—¡Joder, joder, joder! ¿Dónde cojones puedes estar?

—¿Por qué no te tranquilizas y esperas a que llegue?

—Porque no me puedo tranquilizar, porque necesito encontrarla antes que ese desgraciado. ¿Pero es que nadie entiende que Mandy está en peligro?

Giorgio, haciéndose cargo de la situación, dijo:

—Yo sé dónde puede estar, vamos.

Los cuatro hombres subieron en el cuatro por cuatro de Giorgio y se fueron rumbo a un paraje rocoso al lado del faro.

Al salir, Sam se quedó mirando a Julia y le dijo:

—Ya te vale, rubia.

Ella sacando a relucir su dedo anular le contestó:

—Qué te den, poli.

Mandy estaba sentada contemplando el mar cuando notó unos pasos a su lado, se giró, pero le dio tiempo a ver poco, pues alguien le ponía un paño con cloroformo y la dormía.

Nando la había encontrado, recordaba cómo hacía años habían estado allí y ella le había contado que ese era su rincón favorito del mundo. Esa misma mañana, nada más llegar, había ido a casa de los Anastasaku y había esperado hasta ver movimiento. Vio como Mandy salía y no tuvo la menor duda de hacia dónde se dirigía.

Cuando Nando estaba metiendo a Mandy inconsciente en el coche, oyó llegar otro vehículo. ¡Joder! Lo habían encontrado.

Arrancó el coche y salió a toda velocidad, conducía como un loco por aquellas carreteras llenas de curvas. El otro coche le iba pisando los talones, en una de las curvas perdió el control y el coche cayó por un terraplén.

Giorgo frenó de golpe y todos descendieron del automóvil y salieron corriendo hacia el lugar del accidente. El vehículo había dado varias vueltas. Se oyó un grito desgarrador, Daniel empezó a bajar gritando el nombre de Amanda, mientras Sam llamaba a los servicios de asistencia.

Llegó al vehículo, vio que de la frente de Amanda salía un hilo de sangre. Estaba inconsciente. Intentó abrir la puerta pero no podía, nunca había sido muy creyente y menos desde que su hermano había muerto, pero pidió, rogó que si había un Dios no la dejara morir, que no se la llevara a ella también.

Logró abrir la puerta, le desabrochó el cinturón y la sacó, se quedó con ella entre sus brazos, acunándola, besándola.

—¡No Mandy no, otra vez no, Amanda aguanta, Amanda mírame! —le gritaba, sin estar seguro de que ella le pudiera oír.

Los servicios de emergencia llegaron y atendieron a Amanda. Ella estaba bien, su inconsciencia se debía al cloroformo y no al golpe.

En cuanto a Nando, solo pudieron certificar su muerte.

Metieron a Mandy en la ambulancia pues todo había terminado. Solo una

persona podía ir con ella, Roberto miró a Daniel y éste negó con la cabeza.

—No, Roberto. Ve tú y mantenme informado.

13.

La ambulancia llegó al hospital Mykonian Health. Nada más llegar, metieron a Mandy hacia el interior, dejando a un preocupado Roberto mirando en dirección hacia donde había desaparecido su hija.

De inmediato llegó más gente; un desencajado Daniel y Giorgio, que le seguía con cara de pocos amigos. Sam se quedó para esperar a que retiraran el cuerpo de Fernando.

Pasó una larga hora hasta que el médico salió preguntando por los familiares de Mandy.

—Veamos —dijo el doctor—. Mandy se encuentra bien, aún no despertó pero pensamos que en breve lo hará. Presenta contusiones en todo el cuerpo y un fuerte golpe en el abdomen que ha provocado la pérdida del bebe que esperaba. Por lo que en estos momentos procederán a realizarle un legrado.

—¿Cómo dijo, doctor? —preguntó Daniel, con un ligero temblor en la voz. ¡Amanda estaba embarazada! Su cabeza estaba procesando dicha información—. ¿Y nos podría decir de cuánto tiempo estaba embarazada?

—Pues veamos... ¿Es usted su marido?

—No —contestó Daniel.

—Pues entonces me van a disculpar, pero esa información solo le corresponde darla a ella. Les mantendremos informados de sus avances.

Y diciendo esto, se dio la vuelta y se marchó.

Ahora sí que no podía respirar, le faltaba el aire. Necesitaba salir de allí, pensar, decidir.

Daniel estaba paseando por la playa cabizbajo y con las manos en los bolsillos del pantalón. De vez en cuando pegaba un puntapié a algo inexistente, como si así quisiera apartar sus pensamientos.

No se lo podía sacar de la cabeza ¡Mandy embarazada! Las entrañas se le

removían y un amargo sabor a hiel le subía hasta la garganta, solo de pensar que ese desgraciado pudiera ser el padre, o lo que era peor, que por culpa de ese cabrón ya no existiera el fruto de su amor por Amanda.

Cierto era que en sus planes no entraba la paternidad, siempre lo había tenido muy claro, pero si el resultado del amor de aquella noche era un hijo de ambos, entonces no le hubiera importado.

Una leve sonrisa asomo a sus labios cuando se imaginó a una pequeña Mandy, con coletas, los ojos chocolate y la cara de ángel de su madre. Sacudió la cabeza desechando la idea, fuera como fuese, ese embarazo ya no existía.

Ahora necesitaba poner orden sus ideas, sus sentimientos.

Tenía que saber que pasaría a partir de ahora. Si de una cosa estaba seguro era de que no estaba preparado para ofrecerle a Amanda lo que ella se merecía. El miedo lo había paralizado, nunca le había pasado, pero la muerte de su hermano lo había cambiado. Ya no era el Daniel que no temía a nadie ni a nada, ahora sabía lo que era perder lo que más querías y se preguntaba si sería capaz de pasar por ello otra vez.

Sabía la respuesta, y tenía claro lo que esa respuesta le obligaba a hacer.

Cuando llegó al hospital les acaban de informar que la intervención había ido dentro de lo previsto y que en cuanto la pasaran a la habitación podrían verla.

Daniel se acercó a Roberto y le dijo:

—Roberto, me voy.

—Pero... ¿Vendrás luego a verla?

—No. Me vuelvo a España, no puedo verla.

—Pero Daniel, ¿qué ha pasado, es por lo del bebé?

—No, estuve pensando... Y estoy asustado. Me asusta lo que siento por ella, el momento que acabo de vivir hace unas horas... No estoy preparado para verla morir. Hace un año vi morir a mi hermano en mis brazos, y lo acontecido hoy me hizo ver que nunca superaría su pérdida.

»Soy un cobarde y tengo que pensar qué elegir, si el dolor de vivir sin ella, aún sabiendo que no volveré a sentir lo que ella me hace sentir, o amarla, aún

sabiendo que a lo mejor no soy capaz de poder protegerla de todo.

—Pero Daniel, tus gestos, tus ojos te delatan, dicen que vives por ella. Y Mandy no lo va a entender... Ella no va a entender que te vayas. Aunque te engrandece tu honradez y también sé que volverás a por ella. Un sentimiento como el tuyo supera toda barrera.

—Gracias Roberto, Amanda se merece un hombre que le dé garantías de un amor eterno, un hombre valiente. Por eso me voy, por favor te pido que le entregues esto.

Y le entregó un pequeño trozo de papel.

Los dos hombres se estrecharon las manos y un Daniel cabizbajo, abatido y con el corazón a pedazos se fue, aún sabiendo que allí, en aquella habitación de hospital, dejaba a la única mujer que había querido, a la única que había amado. Sabía que si su hermano siguiese vivo no aprobaría su actuación. Pero, ¡qué cojones! Su hermano no estaba y él era quién ahora tenía que tomar las decisiones. Y esa decisión estaba tomada, se marcharía y el destino decidiría.

Llamó a Sam.

—Sam, soy Daniel —dijo, con voz cansada—. Me marcho.

—¿Qué pasa, Daniel? ¿Mandy está bien?

—Sí, ella está bien. En pocas horas la subirán a planta, pero no me puedo quedar. Me asusta la situación, los sentimientos.

—Daniel, no te vayas así. Quedemos, vamos a hablar, déjame que te escuche y te haga entrar en razón.

—No Sam, te lo agradezco pero esto es algo que tengo que solucionar yo solo. Te llamo y, por favor, cuida de Maribel y del enano.

A continuación, llamó a su capitán y le dijo que pedía una excedencia por un tiempo ilimitado. Después, le dijo la decisión a su cuñada y quedó con ella en verse en unas horas, cuando él regresara a Valencia para coger sus cosas y encaminarse a su nuevo destino.

Roberto estaba sentado junto a la cama de Mandy cuándo ésta abrió los ojos.

—Papá ¿qué ha pasado, por qué estoy en un hospital? ¿Qué haces tú aquí?

—Mi amor —dijo su padre con dulzura en sus ojos—. Verás, Nando te intentó secuestrar mientras nosotros le seguíamos la pista desde España.

—¿Nosotros? ¿Quiénes sois vosotros?

—Sam, Daniel y yo.

Cuando Mandy oyó el nombre de Daniel no pudo dar crédito.

—¿Daniel? ¿Qué pinta él en esto?

—Veras, él estaba investigando a Nando. Cuando anulaste la boda llegaron para detenerlo pero, aprovechando la confusión del momento, huyó. En su casa encontraron pruebas suficientes para saber que vendría a por ti.

»Daniel me pidió ayuda y vinimos hasta Mikonos siguiéndole los pasos a Nando. Cuando os encontramos, el hijo de mala madre ya te había dormido y te estaba metiendo en un coche para secuestrarte. Hubo una persecución y tuvisteis un accidente. Nando murió y tú, gracias a Dios, estás bien.

Mandy miraba a su padre con la boca abierta, aquello, más que su vida, parecía una película de esas de acción que ponen en la tele los sábados al medio día.

Instintivamente y sin darse cuenta, Mandy se puso la mano encima de la barriga. Miró a su padre con los ojos llenos de lágrimas. Su padre la miró.

—Cariño, lo siento. El golpe en el abdomen hizo que lo perdieras.

Las lágrimas de Mandy resbalaron por sus mejillas. No se podía creer que lo hubiera perdido, aunque quizás era lo mejor, dadas las circunstancias.

—Cariño, ¿puedo preguntarte de cuánto estabas y quién era el padre?

—Papá, ¿cómo que quién es el padre? Yo solo estaba con Nando...

—Ya. —Sonrió su padre—. Solo con Nando, pues ese policía desde luego se involucra y se da a su trabajo como si le fuera la vida en ello. Ya podía aprender el ejército a la hora de escoger a sus soldados.

Roberto no pudo evitar sonreír al ver la cara de circunstancias de su hija.

—¿Papá, sabes algo que yo no sepa?

—No, solo que sabe el demonio más por viejo que por demonio —dijo al tiempo que le guiñaba un ojo, intentando que su hija no se sintiera incómoda.

—Ah, por cierto. Él se fue y me dejó esto —dijo tendiéndole el papel que le había dado Daniel unas horas atrás—. Te dejo a solas y si necesitas hablar de lo que sea, ya sabes que puedes contar conmigo. Voy a hablar con tu madre, que debe de estar al borde de un ataque de locura.

Le dio un dulce beso en la frente y salió de la habitación, dejando allí a Mandy sola ante su destino.

Mandy miró el papel. No entendía por qué, si Daniel estaba allí, no se lo daba él en persona. En fin... Cogió aire, abrió el papel y comenzó a leer. Mientras leía, las lágrimas le volvían a caer y su mano acariciaba su abdomen.

«Amanda, soy un cobarde. Esto que escribo debería decírtelo en persona, pero no soy responsable de mis actos cuando te tengo cerca, por lo que te entrego estas líneas para sacarte de un error que hace tiempo se debería haber subsanado. Quién sabe si nuestra pequeña historia hubiera sido una gran historia.

No soy un hombre casado, si me conocieras sabrías que nunca me enamoré hasta que te conocí.

Maribel es mi cuñada y Hugo no es mi hijo, es mi sobrino. Él me llama papá desde la muerte de mi hermano.

Por eso, aunque me odies por cobarde, no quiero que pienses que te utilicé como a un juguete. Por mucho que intentara explicarte el porqué de mi marcha, soy consciente de que no la entenderías. Pero, en ocasiones, en la vida hay que decidir el camino más doloroso.

Sé que no podré respirar, cuídate mucho Amanda.

Firmado: Un condenado a vivir ahogándose».

Mandy cerró los ojos y arrugó el papel en su mano, el nudo en la garganta era tan grande que apenas podía tragar. Su corazón entristecía de imaginar lo que le estaba queriendo decir.

No entendía nada.

Cuando su padre entró en la habitación, Mandy le dijo.

—Papá, me gustaría hablar con Daniel.

—No podrá ser hija —contestó Roberto entristecido. Sabía que su hija lo iba a pasar muy mal. No conocía la historia, pero era su pequeña y sabía que también ella sentía algo muy especial por aquel hombre.

—¿Cómo que no puede ser...?

—Cariño, pensé que te lo explicaba en la nota. Se ha ido, dijo que necesitaba pensar.

Mandy no podía entender... ¿Pensar? No sabía qué tenía que pensar, pero se decidió a hacer a su padre la pregunta que sabía le daría la respuesta.

—Papá, ¿sabe lo del bebé?

—Sí, pero me dijo que esa no era la causa. Mandy, ese hombre te quiere pero está asustado, tienes que entenderlo.

—No, papá —le corto Mandy—, No me digas que tengo que entender nada. Si él está asustado yo estoy más asustada y no me digas que me quiere, ¡y una mierda me quiere!, si me quisiera estaría aquí conmigo y no largándose a no sé qué sitio y...

Mandy no pudo seguir, la desesperación se apoderó de ella. En menos de un abrir y cerrar de ojos había perdido a su bebé y había perdido a Daniel. Bueno, en realidad nunca se puede perder algo que no se ha tenido.

Después de unos días en el hospital sin querer hablar con nadie, pues ni siquiera Julia había conseguido sacarle mucho, por fin le dieron el alta y Mandy decidió que no quería volver a oír hablar de Daniel. Se quedaría en Mikonos el resto del tiempo hasta la vuelta al trabajo, quedándose en casa de sus amigos el tiempo que fuera necesario.

Julia había decidido volver, ya se le acababan las vacaciones y tras una semana allí tirándose a todo griego cañón y haber tenido un momento de sexo salvaje con un policía llamado Sam, era el momento de volver a trabajar. Sus salidas y sus caprichos no se pagaban solos.

—Mandy cariño, cuídate y diviértete si puedes. El vecino tiene sexo para rato y sabe cómo llevar al orgasmo a una mujer. —Le guiñó el ojo—. Te lo

recomiendo.

—Julia tu no cambies nunca, la vida es mucho más divertida como tú te la montas. Pero voy a pasar de hombres durante una temporada. Dale besos a las chicas y ya nos mensajaremos.

—Claro que sí cariño, no lo dudes. Como siempre y a cada momento, y vuelve pronto, sabes que sin ti allí no es lo mismo. ¡Ah! y ahora que Pat volvió con Álvaro tenemos una despedida pendiente

— Y una boda —dijo Mandy.

—Sí, eso también, pero lo que de verdad importa es la despedida

Las dos rieron al unísono a mandíbula batiente.

Mandy se quedó allí en Mikonos, no había día que no pensara sobre qué hubiera pasado si no hubiera perdido al bebé.

Bastante lejos de Mandy, en una playa de Cádiz, se encontraba un abatido Daniel, pensativo y destrozado.

Su aspecto había cambiado, llevaba barba, ojeras y estaba bastante más delgado, aunque su forma física y sus músculos seguían igual, pues se dedicaba a correr horas y horas por la playa. Corría al amanecer y después, de nuevo al atardecer. Correr era lo único que le hacía desconectar y no pensar. El resto del tiempo no pensaba en otra cosa que en ella.

Cada vez que en su reproductor sonaba cierta canción, le inundaba la tristeza, no sabía por qué no la borraba. Debía de ser masoca, pero era lo único que le quedaba de Amanda, esa canción y esa sensación de amarla hasta la locura.

La verdad era que todos los días se preguntaba que si de verdad la amaba tanto, por qué no corría a decírselo. Pero enseguida recordaba su miedo y éste le paralizaba sin poder avanzar hacia ella.

Todas las noches soñaba con Mandy, algunas noches soñaba que estaba en la playa con ella. Él con un pantalón blanco, sin camisa y los dos descalzos.

Bailaban y bailaban al son de su canción, ésta sonaba una y otra vez hasta que, en un momento dado, la canción empezaba a sonar mal y Amanda

desaparecía de sus brazos.

Otras veces soñaba que le hacía el amor, dulcemente, con ternura, amándola con devoción, demostrando con cada caricia que era lo único importante en su vida. Pero como siempre, ella acababa desapareciendo.

Había otros sueños en los que le hacía el amor fuerte, con desesperación. La desesperación que sentía por no tenerla, demostrándole el desgarró que sentía por dentro. Y desgarrado era como se sentía cuando despertaba y comprobaba que todo era un puñetero sueño.

Y el peor de todos era cuando soñaba que estaban bailando y alguien disparaba, cayendo Amanda herida en sus brazos. Esas veces se despertaba gritando, desesperado y con el corazón saliéndosele del pecho.

Esos días recordaba el porqué había huido, el porqué no volvía a su lado.

No había día, tarde, noche o madrugada que no cogiera el móvil tentado a enviar un mensaje para saber de ella. Pero no lo hacía, nunca lo hacía.

14.

Ya hacía dos semanas que Daniel había llegado a Cádiz. Era media mañana cuando llegó al malecón. Allí, los ancianos del lugar pasaban las horas muertas con sus cañas y sus aparejos de pesca.

Juanan, un viejo lobo de mar, hacía ya días que llevaba observando a aquel hombre de mirada azul y triste, pensativo, atormentado...

Sentado allí, mirando al océano como buscando una respuesta que nunca llegaba, como una novia esperando a ese marinero que nunca volvió.

Daniel oyó como uno de aquellos marineros le decía.

—Muchacho, ¿tendrás un cigarro?

Daniel giró la mirada hacia él y negó con la cabeza.

—No, no fumo.

—Pues el tabaco, las mujeres y regarlas con un buen Ron, son los placeres de la vida, joven. Se lo dice un viejo que ha recorrido mucho mundo. Llevo días observándolo y me da pena decirle que la respuesta que usted espera no le va a llegar de la profundidad del océano. Ni siquiera la encontrará en el fondo de una botella, la respuesta que usted precisa la tiene en su corazón.

—¿Tanto se me nota? —dijo Daniel, al tiempo que observaba al anciano.

—Verá joven, soy un hombre muy viejo, marinero toda mi vida. Y si de algo sé es de desamor, de la locura que da la soledad y de tempestades, y sus ojos gritan esas palabras a los cuatro vientos.

Los dos hombres comenzaron a hablar y sin saber por qué, Daniel se encontró a si mismo hablando en voz alta de sus sentimientos.

—Todo esto es nuevo para mí. Yo soy un hombre que siempre ha dedicado su vida a su familia, sus amigos y su trabajo. Nunca tuve problemas con el sexo contrario, porque tampoco di nunca la oportunidad de que pudiera haberlo.

—En definitiva, joven, veo que nunca antes se había enamorado.

Daniel lo miró, aquel hombre tenía algo especial. Algo que no sabía qué pero lo diferenciaba del resto de los humanos.

—No sé si lo que siento es estar enamorado, pero lo cierto es que me asusta estar a su lado. Aunque sé que mi vida no tiene sentido estando lejos de ella. Imagino que sabe a lo que me refiero...

Juanan asintió con la cabeza.

Daniel se sentía bien con aquel hombre y cuando le había contado el porqué había huido a Cádiz, Juanan se levantó y le dijo.

—Amigo, acompáñeme, seguiremos hablando delante de un vasito de vino y los mejores pescaditos fritos de todo Cádiz.

Mientras caminaban, Juanan le contó:

—Verás muchacho, cuando alguien entra en tu vida es por una razón. Generalmente es para llenar una necesidad que has demostrado tener. Hay personas que aparecen por unas escasas horas, otras por unos días y otras se quedan para siempre.

»Esas personas un día desaparecen, algunas de ellas mueren, otras simplemente se alejan. En ocasiones actúan de tal manera que te obligan a alejarte. Por eso estoy seguro que cuando su hermano murió, dejó el lugar a esa mujer que esperaba el momento adecuado para entrar en su vida.

Daniel escuchaba a ese hombre que, con sus palabras, le estaba aportando toda la paz que hacía un año llevaba buscando.

Se sentaron en una terracita frente al mar y pidieron un tinto junto una ración de pescado frito.

Daniel le siguió contando los sueños que tenía con ella y su miedo a no poder protegerla, a lo que Juanan contestó.

—Muchacho, lo que sea que hagas en la vida va a ser insignificante, pero es importante hacerlo de todos modos.

»No hay peor dolor que el darte cuenta de que vives por alguien y, cuando llegas para demostrárselo, ella ya no está para darse cuenta. Esa soledad que en ese momento alberga tu alma te acompañará a cada paso que des. Por eso no tardes en darte cuenta que tu lugar en el mundo está dónde esté ella, porque

tu miedo es no poder protegerla, pero lo que no sabes es que la protección que le brinda tu amor es la mejor de las protecciones y que con tu miedo la dejas desprotegida.

—Me deja sin palabras —le dijo Daniel—. ¿Cómo sabe tanto de mujeres y sentimientos?

—Chaval, ya sabes que soy marinero y como reza la leyenda, en cada puerto tuve una mujer. Algunas pasaron sin dejar recuerdo, otras dejaron huellas que el tiempo borró y una se quedó mi corazón aquella tarde al partir y nunca más me lo devolvió.

Pasaron hablando horas y cuando se dieron cuenta ya estaba entrada la tarde. Se despidieron y Juanan le hizo prometer que volvería a saber de él, por lo que Daniel se comprometió a volver a verse cuando hubiera puesto en práctica sus enseñanzas.

Al comenzar a andar se dio cuenta que no había intercambiado teléfono con Juanan para poderlo encontrar llegado el momento.

Se giró y, cosa rara, ya no lo vio. Se extrañó al mismo tiempo que se decía que seguro era bien conocido y no tendría problemas de dar con él.

Esa tarde, Daniel no necesitó salir a correr. No quería desconectar, al contrario, quería pensar en Amanda, quería recapacitar sobre las cosas que había dicho ese viejo marinero. Quería pensar en cómo conquistar a Amanda.

Comenzó a escuchar la canción que desde aquella noche se había convertido en su canción. Escuchó cada palabra, cada frase, cada estrofa y cada vez se convencía más que no había canción en el mundo que describiera mejor sus sentimientos por Amanda.

RESPIRO EL SOL, PORQUE EL INVIERNO YA SE FUE

AHORA EL AMOR ESTA EN EL AIRE.

LA LLUVIA DESAPARECIO.....

VEO CARAS FELICES POR TODAS PARTES

NO SE CUANTO TIEMPO TE ESPERE

CREO QUE FUE UN LARGO TIEMPO

VIVI ENCADENADA
PERO AHORA ME SIENTO SEGURA
Y SE QUE TODO LO PUEDO HACER
SE QUE PARA MI YA NO EXISTE EL DOLOR
YO QUIERO RESPIRAR LA VIDA QUE ME DAS
YO QUIERO COMPARTIR LAS GANAS DE VIVIR
Y O QUIERO RESPIRAR NUESTRA FELICIDAD
DESDE QUE ESTAS AQUÍ TE QUIERO JUNTO A MI
QUIERO RESPIRAR

RESPIRO OTRA VEZ PORQUE DESPUÉS DE TODO
HE ENCONTRADO UNA MANERA DE ANDAR
SOBRE LAS NUBES
SE QUE AHORA MI VIDA YA NO SERA LA MISMA
HAY ALGO TAN ESPECIAL A MÍ ALREDEDOR
QUE ME DA SENSACIÓN DE FRESCURA Y ALEGRÍA
AHORA LA BONDAD Y LA BELLEZA ME RODEAN
ASI ES COMO ME SIENTO HOY

YO QUIERO RESPIRAR LA VIDA QUE ME DAS
YO QUIERO COMPARTIR LAS GANAS DE VIVIR
YO QUIERO RESPIRAR NUESTRA FELICIDAD
DESDE QUE ESTAS AQUÍ TE QUIERO JUNTO A MI
QUIERO RESPIRAR

QUIZA SEA UNA IDIOTA
PERO NADA ME IMPORTA CUANDO ESTOY EN TUS BRAZOS
MI CORAZÓN NO DEJA DE DAR GRANDES VUELTAS

AHORA ESTAS DE NUEVO EN MI CAMINO
Y SABES LO QUE SIENTO POR TI
SABES QUE ES VERDADERO NADA PUEDE CAMBIAR
NUESTRO MÁGICO TRATO
PORQUE TE AMO OTRA VEZ

Estaba decidido, hoy sería el primer día del resto de sus días junto a Amanda. Cogió su móvil y se dispuso a escribir, no sin antes llamar a su cuñada.

—¿Dígame? —contestó la vocecita chillona de un niño.

Daniel sonrió, cuánto extrañaba la compañía de ese pequeñajo.

—Hola petardo, ¿cuántas gamberradas llevas acumuladas desde que no estoy yo para detenerte?

—No muchas, mamá dice que soy un trasto, pero no te lo creas. No sé por qué dice eso si yo ni estoy viejo, ni antiguo, ni roto. Bueno eso sí, un poco roto...

—¿Roto, qué dices enano, que te pasó? —dijo Daniel con preocupación.

—Nada, sólo que me subí a un árbol para bajar un pelota y me caí.

—¿Qué te hiciste? ¿Cuándo fue?

—Nada. Una pequeña tontería que no sé cómo se llama en el hombro. Y, ¿sabes qué fue lo peor? Que mamá me llevó al hospital y Mandy no estaba. Me dio mucha pena, ella me gusta tanto como a ti. Porque a ti te gusta Mandy, ¿verdad?

Daniel sonrió escuchando a su sobrino. Demonios, definitivamente era la reencarnación de su hermano.

—¿No estaba? —dijo Daniel disimulando—. ¿Y quién te atendió?

—Pues un chico muy guapo, según mamá, que se llama Andrés. Espera se pone ella....

—Hola, Daniel, ¿cómo estás?

—Mejor Maribel, te aseguro que por fin vi la luz. Ya tomé una decisión.

—Pues ya la puedes soltar, que aquí Sam y yo no sabemos qué pensar.

—Ja, ja, ja, ja. —Rió Daniel—. Dile a Sam que lo vigilo de cerca. Pues, decidí que voy a por Amanda. La quiero Maribel y sé que no podré querer a nadie igual. Mi lugar está a su lado.

Siguieron hablando un largo rato y cuando colgó había llegado el momento de dar el primer paso.

Habían pasado unas semanas desde que le dieran el alta a Mandy en el hospital y se encontraba recuperada del todo. Como todas las tardes, paseaba al atardecer por la playa y se sentaba en la orilla, contemplando el mar. Observaba las olas que venían tímidamente hasta sus pies, le daban un temeroso beso y luego se marchaban para no volver, pues aquella ola que la besaba ya no volvía jamás.

Esas olas le recordaban a Daniel, él también llegó a su vida y, como las olas, la besó, la amó y después se alejó para no volver.

Estaba melancólica y triste. Le llamó la atención una pareja que paseaba por la orilla, cogidos de la mano. Ella estaba en avanzado estado de gestación y él le acariciaba con una mano la tripa.

Cerró los ojos y suspiró, pero ni una lágrima salió. Hacía semanas que ya no lloraba, no le quedaban lágrimas, eso sí, lloraba sin lágrimas. Lloraba por la soledad, por la ausencia... Ella sabía por quién, aunque no se permitía pensar en él muy a menudo. Para intentar no sufrir, lo había borrado de su mente, pero no podía borrarlo de su alma.

Lloraba por la pérdida, el vacío que ésta le había dejado. Ella siempre había querido ser madre, no era el momento pero después del susto inicial no le había importado en absoluto. Lo cierto era que si quería ser madre tampoco se podía demorar demasiado. Recordó el día en que se hizo la prueba de embarazo.

Llevaba un mes sin bajarle el periodo. No tenía ningún síntoma y pensó que la ausencia de ésta era debido a todo el estrés que el volver con Nando le estaba causando. Pero cuando la siguiente regla también falló y ella cada vez

se sentía más somnolienta, decidió que era el momento de coger el toro por los cuernos.

Una noche que Nando tenía guardia sacó de su bolso el test de embarazo y se lo hizo. Nada más mojar el palito salieron las dos rayas rosas. Vamos no es que estuviera embarazada... Es que estaba más preñada que una burra.

Salió del baño y se tiró en la cama, primero el pánico se hizo prisionera de ella, estaba embarazada y el padre podía ser cualquiera de esas dos personas.

Respiró profundo y comenzó a tranquilizarse, volviendo a tomar el control de la situación. En breve se casaría con Nando, por lo que de momento callaría y luego, una vez casada, ya le diría a Nando lo que había.

Ella había querido a ese bebé desde el minuto cero, era lo único que la había mantenido cuerda en esos últimos meses de locura al lado de Nando. Y ahora... Ahora todo había terminado y se había quedado sin bebé.

Pasadas las doce de la noche entró en su habitación y escuchó su móvil sonar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, sin poder creerse lo que sus ojos veían. El corazón le latía a mil por hora y su cuerpo temblaba sin parar.

- ME ASUSTA SENTIR QUE TE QUIERO. DANIEL.

Mandy no sabía cómo reaccionar. El primer impulso fue responderle, pero cerró el móvil. No lo haría, no permitiría que de nuevo él apareciera para luego desaparecer.

Daniel sabía que ella no contestaría pero le dio lo mismo, estaba dentro de lo que preveía. Aun así, durante esa semana, todas las noches a las doce le enviaba un nuevo mensaje.

Habían pasado siete días desde que comenzara a recibir los mensajes de Daniel. Esa noche estaba whatsapeando con sus amigas.

JULIA: ¿Cómo van los griegos, nena? ¿A cuántos te has merendado?

ROCIO: Eso, eso... ¿Cuánto se ha beneficiado tu cuerpo?

MANDY: Cero patatero. Me declaro a dieta absoluta, solo pan y agua.

JULIA: Joder, Dios da pañuelo a quién no tiene mocos. Allí tendría yo que

estar.

Siguieron con sus bromas un buen rato, Mandy nerviosa, pues ya era la una y el mensaje no había llegado. Mientras esperaba con ansiedad ese nuevo mensaje, sonrió releendo los anteriores.

- ME ASUSTA SENTIR QUE TE QUIERO
- LLEGASTE TÚ Y TODO CAMBIO.
- AHORA ME SIENTO SEGURO Y SÉ QUE TODO LO PUEDO HACER.
- DESDE SIEMPRE TE HE QUERIDO JUNTO A MÍ
- QUIERO SER EL DUEÑO DE TUS AMANECERES Y EL GUARDIÁN DE TUS NOCHES.
- YO QUIERO RESPIRAR LA VIDA QUE ME DAS, YO QUIERO COMPARTIR LAS GANAS DE VIVIR, YO QUIERO RESPIRAR NUESTAR FELICIDAD.

Amanda sonreía como una adolescente enamorada leyendo cada mensaje, pero se dio cuenta que hoy ya no llegaría uno nuevo. Se entristeció, cerró el móvil y lo metió en el cajón. No podía ser, no dejaría que otra vez le volviera a ocurrir. Y decidida a no dejar que Daniel entrara en su vida, se durmió.

A la mañana siguiente se despertó triste, abatida, sacó el móvil del cajón y comprobó que no había llegado ningún nuevo mensaje. La ausencia de Daniel le hacía daño, pero justo cuando estaba acostumbrándose a ese dolor, llegaba él con sus mensajes.

¡Joder! Ese hombre la confundía continuamente. Sumida en sus pensamientos, salió a desayunar con Ritsa.

—*Calispera*, Ritsa, ¿qué tal?

—Pues niña, mirando tu cara mucho mejor que tú, desde luego.

—Ay Ritsa... Es todo tan difícil, no sé por qué nunca me pueden pasar a mí esas cosas tan fáciles que pasan en las películas.

—Mandy, amor, yo sé poco de tu mal, conocí a Gorgio a los diez años y

desde entonces es el único hombre con quién he estado, pero esa tristeza en tu mirada, ese vagar como alma en pena, me dicen que no estás haciendo lo correcto, que deberías lanzarte al agua si quieres pescar.

—Sí Ritsa, pero él se fue.

—Mi niña, ya te digo que no entiendo, pero la desesperación de ese hombre por encontrarte me dice que su único sitio seguro en el mundo eres tú.

En ese momento llamaron al timbre, Ritsa abrió y Mandy escuchó a un chico que hablaba griego. Solo entendió que decía Amanda Fernández del Río

Daniel estaba nervioso, sabía que a esas horas un mensajero estaría llegando a la dirección de Giorgio y que si todo había salido como tenía pensado, Amanda, tras esperar durante doce horas su mensaje, estaría recibiendo un paquete que esperaba con toda su alma aceptara, pues ese envío cambiaría seguro el rumbo de su historia. Marcaría el principio de la que esperaba fuera su historia de amor junto a la mujer que amaba.

Mientras, él seguía con el plan, todo tenía que quedar perfecto, esta vez no se permitiría que nada fallara. Había estado planeando cada mensaje y cada detalle como si de la más delicada misión se tratase. Del buen resultado de la misma dependía su felicidad.

Mientras, en Valencia, ajenas a todo lo que estaba pasando en Grecia, las chicas seguían con sus vidas. Pat respiraba tranquila al volver a tener a Álvaro a su lado.

Aún se emocionaba al recordar el momento en que se abrió la puerta, justo cuando Daniel le decía que tenía otros planes para ella y apareció su hombretón, un poco más delgado que lo recordaba y con barba, pero igual de atractivo que siempre.

Cuando se tiró a sus brazos notó como si su corazón, que había estado parado durante esas semanas, volviese a palpar con más fuerza que nunca.

Se habían comido a besos y habían recuperado el tiempo perdido.

Sonrió al darse cuenta que el incidente no había enfriado la relación, si no

que la había fortalecido mucho más. Ahora estaba segura de que Álvaro era el hombre de su vida y que ella era la única mujer a la que él amaba.

Sam se encontraba en una cafetería del centro esperando a Maribel y Hugo para merendar e ir al cine. Desde que Daniel se marchara de infiltrado y le pidiera el favor de que los cuidara, algo se había movido dentro de él.

Se sentía bien con ella, estaba comenzando a necesitar más, pero no quería dar un paso en falso. No podía permitirse el lujo de jugar, pues si la hacía sufrir, Daniel no se lo perdonaría.

Era curioso, pero sin saber por qué, se veía entre dos mujeres. Por un lado Maribel, una mujer valiente, fuerte, divertida y que comprendía su mundo a la perfección. Una mujer con la que le gustaba conversar y de la que se sentía atraído, teniendo ganas de besarla pero no habiéndolo hecho.

Y por otro lado estaba la rubia, esa insaciable mujer que lo tenía loco pero que le asustaba, pues no sabía de lo que ella sería capaz. ¿Para qué engañarse? Sabía que Julia no era de relaciones y que intentar algo con ella sería perder el tiempo.

Pensando en ello estaba cuando aparecieron Maribel y Hugo, por lo que interrumpió sus divagaciones, aparcando un tema que tarde o temprano tendría que afrontar.

15.

La mujer entró en la cocina llevando con ella una caja roja en forma de corazón.

—Mandy, trajeron esto para ti.

Abrió la caja con cuidado, las manos le temblaban. Sin preguntar sabía quién era el remitente, no podía ser otro. Por eso anoche no le había llegado un mensaje, porque ahora el mensaje era sustituido por un paquete.

Con las manos temblorosas cogió una carta que se encontraba dentro. La abrió, inspiró hondo, intentó controlar los golpeteos que su corazón daba dentro de su pecho y comenzó a leer.

«AMANDA, MI AMOR:

Sé que no merezco que leas estas líneas y quizás ni siquiera lo hagas, pero si no lo haces no importará, pues lo seguiré intentado una y mil veces. Lucharé para ser digno de tu atención, digno de tu amor.

Si solo bastara desear algo para conseguirlo, te aseguro que tú serías mía desde hace tiempo.

Porque desde el día que te conocí no ha pasado ni uno solo en el que no piense en ti. Desde aquella noche, en mi corazón palpita tu nombre y sé que solo hay algo mejor que pensar en ti y eso es que tus besos me despierten cada mañana.

Me hace falta tu risa, tu mirada, tu presencia.

Alejarme me sirvió para darme cuenta de que por mucha tierra que pusiera de por medio, mi corazón, mi alma y mi cuerpo solo querían estar junto a ti.

Amanda tú eres mi lugar en el mundo, ese que llevo buscando desde hace mucho tiempo.

Si has llegado hasta aquí, solo decirte que junto a estas líneas tienes un reproductor donde grabé todas las canciones con las que me torturo pensando en ti y que entre ellas está nuestra canción, esa con la que cada noche me

duermo.

También encontrarás una mariposa azul (ya entenderás su significado), y una tarjeta. Es la llave de una habitación donde dentro de dos noches podrás ayudarme a escribir el principio de nuestra historia de amor.

QUIERO RESPIRAR.

DANIEL»».

Las lágrimas recorrían el rostro de Mandy, su corazón se encogía y su respiración se cortaba. Miró la caja y comprobó que allí se encontraban el reproductor y la tarjeta que Daniel mencionaba en su carta y una mariposa azul.

Volvió a releer la carta una y mil veces. Nunca imaginó que Daniel le escribiría algo así.

—Mandy, cariño, ¿qué ocurre? ¿Son malas noticias?

—No Ritsa toma, puedes leerla... Es de Daniel.

Cuando Ritsa acabó de leer la carta estaba llorando tanto como Mandy.

—Mi amor, ¡nunca leí algo tan bonito! Si mi Giorgio me hubiera escrito alguna vez algo parecido hubiera caído muerta a sus pies. ¿Qué vas a hacer tú, mi niña? ¿Caer muerta o huir?

—No lo sé, por un lado mi corazón corre desbocado a su encuentro, por otro mi sentido común desconfía y luego está mi miedo a ir a esa habitación y no encontrarlo allí. No estoy preparada para otra decepción.

—Pero, ¿tú que sientes de verdad?

Antes de que Mandy pudiera contestar, entró Giorgio por la puerta.

—¿Qué pasa mujeres? Levanten perezosas, que vamos a pasar el día en una playa maravillosa.

Esa misma mañana, Daniel llegó a Mikonos, tenía dos días para prepararlo todo, no sabía si Amanda acudiría, pero si lo hacía tenía que estar todo perfecto, todo preparado para que Amanda supiera que era el amor de su vida.

A la mañana siguiente, justo doce horas antes de la cita de esa noche, llegó

para Mandy un ramo con doce rosas rojas, una mariposa azul y una tarjeta.

- CADA ROSA ES UNA HORA DE LAS QUE QUEDAN PARA SABER SI TENDRE LA SUERTE DE TENERTE JUNTO A MI. QUIERO RESPIRAR. DANIEL.

Mandy miró las flores y una sensación nueva que nunca antes había sentido invadió todo su ser. Sintió como si mil mariposas revolotearan en su estómago. No sabía si eran azules, pero desde luego eran mariposas.

Sabía que tenía que darse a sí misma esa oportunidad, nada le impedía acudir al lado de Daniel, Nando ya no estaba con sus amenazas, él no estaba casado y ella no esperaba un hijo.

O quizás esa era la razón que más le impedía acudir a su lado. Estaba pensativa... Dudosa, cuando sonó su móvil

—Mandy, cariño, cuánto tiempo sin oír tu voz —dijo Pat.

—Pat, ¿qué tal todo? No sabes lo que llevo a extrañarte, cuéntame, seguro que tendrás muchas novedades.

—Mandy, estoy emocionada. Desde que Álvaro volvió es todo tan diferente... Es como si el tiempo que lo obligaron a estar lejos de mí le hubiera valido para darse cuenta de muchas cosas. Ahora Álvaro es la hostia, está todo el día pendiente de mí y me dice cada cosa... ¡Estoy como en una novela de esas que leemos! Ah y por cierto, tienes que ir pensando en regresar, tenemos que organizar la SUPER BODA.

—¿Pero tú no querías una boda íntima?

—Sí, tú lo has dicho, quería, pero ahora con todo lo que ha pasado quiero una boda de cuento de hadas. —Rió Pat.

—Pues mi niña, esa boda tendrás, te lo aseguro. En cuanto solucione algo que tengo que hacer aquí, vuelvo.

—Mandy, tenemos una conversación pendiente, sabes que aunque los demás callen y no pregunten sobre el tema «me quedé embarazada» yo quiero saberlo y quiero saber...

Mandy no la dejó terminar.

—Está bien Pat, tendremos esa conversación, pero a lo mejor te

decepcionas y no sé quién era el padre...

—Y una mierda Mandy, si fueras Julia me creería que no lo supieras, ¿pero tú? Amanda Fernández del Río, venga ya, ¡no me jodas!

—Está bien, lo sabrás, pero de momento ese será el «Secreto de Mandy».

Siguieron un rato más hablando pero no le contó a su amiga nada de los mensajes, de los envíos y mucho menos de la cita de esa noche, a la que aún no había decidido si acudiría.

Faltaban tres horas para la cita, Mandy estaba delante del armario, no sabía cómo arreglarse. No tenía muy claro si acudiría a la cita, pero su corazón lo tenía muy, pero que muy claro.

No quería ir muy arreglada, que no pareciera que para ella esa era la «GRAN CITA». Tampoco quería ir de trapillo pareciendo que pasaba por allí de casualidad.

¡Joder! Ojalá estuviera allí Julia. Seguro que enseguida le montaba el modelito.

Se decidió por un vestido corto con un poco de vuelo, rojo, con escote de barco que dejaba al aire sus hombros bronceados. Y después se calzó unas zapatillas de cuña negras con tacón.

Se recogió el pelo en una coleta alta y se puso su crema preferida, para dar brillo a su piel y ese olor a canela que tanto le gustaba.

Metió en un pequeño bolso la llave de la habitación, su móvil y el dinero. Cerró los ojos y deseó no arrepentirse nunca del paso que iba a dar.

Daniel llevaba horas preparándolo todo, no podía dejar nada al azar. Se sentía nervioso, como un adolescente ante su primera cita. Quién se lo iba a decir a él, que había perdido la cuenta de las mujeres con las que había estado en toda su vida.

Pero Amanda no era una mujer como las demás, Amanda era la mujer que le había enviado el destino. La mujer que con su dulzura y esos ojos color chocolate le habían robado el corazón y se había convertido en la dueña del

aire que necesitaban sus pulmones.

Mandy llegó a la puerta del hotel, pagó al taxista y se bajó, se quedó impresionada por el sitio.

Entró en el hall y se dirigió a los ascensores, mientras avanzaba por el pasillo le temblaban las piernas. Se dijo que aún no era tarde, que estaba a tiempo de salir corriendo. Pero aunque su cuerpo temblaba no lo hizo, ella no era una mujer cobarde y un presentimiento muy fuerte le dijo que debía de darle a Daniel esa oportunidad. Ambos se merecían esa oportunidad.

Metió la llave en la cerradura y cuando la abrió se quedó pasmada.

La estancia era inmensa, toda en tonos blancos, aunque estaba oscura. Solo se iluminaba por la luz de unas velas en el suelo dibujando una flecha que la llevaba a una mesa donde se encontraba una rosa y una nota.

Mandy avanzó despacio, cogió la rosa, la olió y tomó la nota mientras miraba a su alrededor.

«NUESTRA HISTORIA COMIENZA JUSTO EN ESTE MOMENTO.

SI PRESTAS ATENCION, POR ENCIMA DEL RUIDO DEL MAR ESCUCHARAS MI RESPIRACIÓN.

AHORA VUELVO A RESPIRAR».

Se dirigió hacia la terraza y allí vio una pequeña piscina rodeada de velas y con un efecto óptico que parecía que el agua de ésta se unía al inmenso mar. La piscina tenía una especie de cama la cual estaba cubierta con agua, la justa para tumbarte y que ésta te cubriera. Se pudo ver por un instante a ella misma con Daniel en esa cama, los dos desnudos bajo la luz de la luna. Se dio cuenta de que ese pensamiento la estaba excitando, por lo que apartó la vista de la piscina.

En el lado izquierdo estaba Daniel, sentado con las piernas cruzadas. Con unos pantalones rojos ceñidos que contrastaban con el blanco del sofá donde se encontraba y una camisa abierta hasta el tercer botón, con las mangas subidas y descalzo. Tenía una copa de vino en la mano y la luz plateada de la luna rompía en su pelo negro.

Cuando Mandy lo observó, sus ojos se juntaron y de esa mirada mantenida se podría decir que saltaron chispas.

Él la observó detenidamente, con toda la calma del mundo, saboreando el momento de verla aparecer. Verla allí parada tan inocente, tan sensual, se atrevería a decir tan excitada, era algo exquisito, algo que había soñado desde aquella noche en el hospital.

Mandy estaba nerviosa, notaba como sus ojos recorrían todo su cuerpo, milímetro a milímetro. Le gustó la sensación de sentirse deseada, ahora sabía que no se arrepentiría de haber llegado hasta allí.

Quería hablar para romper el hielo pero no podía, era como si se le hubieran olvidado las palabras al verle. Y no era para menos, estaba impresionante. Nunca había visto un hombre más atractivo que Daniel, con ese cuerpo y esa mirada dura, penetrante. Era la mirada más erótica que Mandy había visto jamás.

Él se levantó despacio y fue acercándose hacia ella, manteniendo el contacto con sus ojos. Cuando estaba a escasos dos pasos de ella se detuvo, estaba seguro que Amanda podría desde allí escuchar el latido de su corazón, que en esos momentos se desbordaba de amor por ella.

Extendió su mano hacia ella. Ella, sin apartar la vista de sus ojos azules le ofreció la suya. Notó una descarga de electricidad cuando él la tocó y con dulzura, la atrajo hacia él para dejarlos a los dos, cara a cara. Sus cuerpos se rozaban, sus labios estaban a escasos centímetros el uno del otro.

Daniel rezó para que ella no notara la erección que en esos momentos luchaba por saltar de sus pantalones.

No se dijeron nada, en ese preciso instante sobraban las palabras, él se lo había dicho con sus mensajes, con su carta y ella se lo estaba diciendo con su presencia allí.

Mandy cerró los ojos cuando notó que las manos de Daniel se posaban como dos alas en su cadera y con suavidad la apretaba contra él.

Sus labios se abrieron, invitándolo a besarla, notó que éstos se le acercaban y la rozaban, primero suave, luego notó que su lengua recorrió sus labios, saboreando cada centímetro de ellos para, acto seguido, perderse en su boca y comenzar un beso tranquilo que con el paso de los minutos se volvió desesperado, profundo. Un beso cargado de perdones, de deseo, un beso

urgente, un beso que derrumbaba cualquier duda y dejaba paso a la esperanza de que ese, sería el primer beso de cientos de ellos que estarían por llegar.

Cuando Daniel se separó de ella la miró, tenía la piel ruborizada, los labios rojos e hinchados, señal de que habían sido devorados y no pudo evitar sentirse satisfecho de que hubiera sido él el responsable de ese efecto en ella.

Depositó un beso en su hombro y le susurró al oído:

—Gracias, has venido y con ello me has hecho el hombre más feliz del planeta. Dedicaré cada día de mi vida para amarte y hacer que no te arrepientas de haber atravesado mi puerta esta noche.

Mandy lo miró y con un dedo repaso sus perfectos labios.

—Sé que no me arrepentiré, aunque sí que me abruma todo este sentimiento tan nuevo para mí.

La luna llena se reflejaba en la inmensidad del mar cómo si éste fuera un espejo y la luna se mirara en él. En ese instante y por arte de magia su canción comenzó a sonar, era una versión distinta en forma de balada.

—Señorita, ¿me permite este baile?

Ella se pegó a él y apoyando su cabeza en su hombro se dejó llevar por su aroma, por la música, por la brisa, por el escenario, por la situación, por ese momento mágico que Daniel le estaba brindando.

Nunca, por muchos años que viviera, olvidaría aquello, es más, todo lo que había pasado era válido si le había servido para llegar hasta allí. Bueno, todo no, la pérdida de su bebé no. Pensar en eso la entristeció.

Daniel, con su nariz pegada en el pelo de Amanda, respiraba invadiéndose de su olor, su cuerpo la abrazaba acostumbrándose a su presencia, ¡DIOS! Cuánto había soñado ese momento, cuánto había añorado su presencia, cuánto la deseaba... Pero sabía que se tenía que contener y, aunque lo que más deseaba era coger a Amanda y llevársela a la cama, para amarla sin parar hasta que el amanecer los sorprendiera, eso no iba a pasar, quería que esa noche fuera especial y poder disfrutarla, saborearla.

Sería una noche muy larga y habría tiempo para todo. Por ello, cuando la canción terminó, se separó de ella y le dijo:

—Ahora señorita, ¿podría concederme el placer de cenar conmigo?

—Claro, el placer será mío —contestó Amanda.

Y cogidos de la mano bajaron por unas escaleras pegadas a la terraza, que daban a una playa privada donde les esperaban una manta de cuadros roja con una cesta llena de comida y fruta, y una cubitera helada con un vino blanco enfriándose.

Mandy miró a Daniel sonriendo.

—Daniel, nunca nadie hizo algo así por mí.

—Porque el mundo está lleno de necios que no ven más allá de sus narices. Yo te recuerdo que fui uno de ellos.

—¿Qué te hizo cambiar? —preguntó Mandy.

—Un día, te contaré la historia que me trajo de vuelta a ti.

16.

Cenaron tranquilamente, conversaron de todo, era como si siempre hubieran estado juntos.

Al acabar la cena, Daniel propuso subir de nuevo a la habitación, a lo que Mandy aceptó sin pensarlo. Su cuerpo le estaba pidiendo a gritos cualquier contacto con ese hombre. Durante la cena, cuando él no se daba cuenta, que no era muy a menudo pues siempre la estaba observando, ella se le quedaba mirando y recordando ese cuerpo que hacía un tiempo la había hecho vibrar y enloquecer de placer, como nunca antes nadie había sido capaz.

Mandy subía las escaleras delante de Daniel, dejando a éste el maravilloso espectáculo de sus glúteos, su espalda y esas piernas que asomaban por debajo de aquel vestido, que dicho sea de paso, lo llevaba matando toda la noche. En más de una ocasión se contuvo para no arrancárselo y hacerla suya allí, debajo de aquella luna que los observaba envidiosa desde arriba.

Cuando llegaron a la terraza, Mandy se apoyó en la barandilla, observando el espectáculo que aquellas vistas le ofrecían. Sin dudarlo, aquel era el mejor lugar del mundo para perderse y para dejar que todo fluyera. Y ella estaba dispuesta a que todo fluyera entre ellos, quería a Daniel, lo quería todo de Daniel, le gustaba su ternura al tratarla, sus palabras, sus silencios y esa manera de hacerle el amor a mitad de camino entre lo tranquilo y lo salvaje.

No era un sexo vainilla, ni sexo duro como decían en las novelas, ella lo definía más como un sexo caramelizado, «duro pero con sabor dulce». Sonrió, estaba empezando a desvariar, seguro que sería aquel vino griego que se le estaba empezando a subir a la cabeza.

Oyó como Daniel susurraba detrás de ella:

—¿De qué se ríe mi dama de la noche?

—De nada, imagino que el vino me hace pensar tonterías.

—Uhmhhh —dijo Daniel—. Pues tú las piensas y yo las hago realidad. ¿Qué te parece?

Daniel dejó las dos copas sobre la mesita baja que tenía a su izquierda.

Comenzó a besar el cuello de Mandy, bajando lentamente, dejando sobre su tersa piel un reguero de besos, besos que iban quemándola a su paso.

Sus manos bajaron la cremallera del mini vestido poco a poco, sin prisa, el roce de sus dedos junto con el de sus labios hacía que su cuerpo se fuera estremeciendo y se le erizó hasta el pelo de la nuca.

El vestido cayó a sus pies y con él, caía la única barrera que les separaba de la pasión, de la locura que en esos instantes estaban sintiendo.

Las manos de Daniel se deslizaron por su vientre, tomando la dirección correcta hacia el centro de su deseo. Posó su mano en él y comprobó que ella estaba húmeda, preparada para recibirlo.

Le dio la vuelta mientras comenzaba a atacar esos labios con los que había soñado tantas veces. Le desabrochó el sujetador y posó sus manos sobre sus pechos, masajeándolos suavemente mientras pellizcaba ligeramente sus pezones. Un suspiro de placer escapó de la garganta de Mandy.

—Desnúdame —le dijo Daniel.

Ella, con sus dedos temblorosos, comenzó a desabrochar la camisa botón a botón, cuando llegó al último, la deslizó por sus hombros.

Bajó sus manos, acariciando su terso pecho suave hasta el botón de su pantalón. Él aguantó la respiración cuando sus manos pasaron más allá del ombligo.

Ella le desabrochó el botón y le bajó el pantalón y los bóxers ayudada por él. Cuando los dos estuvieron desnudos, él la levantó pidiéndole que le rodeara con sus piernas. Fue así, en esa posición, como se adentró en la piscina hasta llegar al borde de la cama, donde la posó con delicadeza, como si ella fuera de la porcelana más preciosa y cualquier roce la fuera a romper.

Mandy se quedó sentada, con las manos apoyadas dentro del agua, y echó la cabeza hacia atrás cuando notó como Daniel, primero le quitaba las braguitas, mientras con su lengua bajaba por su cuerpo dibujando espirales. Llegó a su ombligo y sopló, produciendo en Mandy un cosquilleo que fue directo a esa parte de su cuerpo que estaba pidiendo su presencia a gritos.

Jadeó cuando sintió que, de rodillas y colocado frente a sus piernas,

acercaba su cabeza y con la lengua le daba pequeños toques en el clítoris, acercándola cada vez más, a un orgasmo in crescendo, lento pero firme. Pero fue en el momento en el que le introdujo un dedo, cuando ella lo agarró del pelo pidiéndole más presión, y un orgasmo arrebatador fue recorriéndole todos y cada uno de los sentidos de su cuerpo.

Daniel sintió como ella se estremecía, oyó sus jadeos y sus gritos de placer, eso, junto con su sabor, estaban creando en él una locura por ella y un deseo de poseerla, de hacerla suya, de demostrarle que desde ese mismo momento ella era sólo para él y que nunca más ese cuerpo pertenecería a nadie que no fuera él.

Con ese pensamiento levantó su cabeza y cogiéndola de la cintura, la tumbó en la cama, sus cuerpos estaban tan calientes que Mandy sintió que al contacto con el agua vería salir incluso vapor.

Se puso encima y acercó su miembro a la abertura su sexo. Ella se arqueó, estaba preparada para recibirlo, más que eso, ansiaba tenerlo dentro de ella. Sin saberlo, llevaba esperando ese momento desde aquella mañana cuando abandonó su cama.

Notó como entraba despacio, poco a poco y cuando estuvo dentro de ella, hasta el fondo, se quedó parado dejando que sus cuerpos se volvieran uno solo. Sus respiraciones se aceleraron y él le susurró al oído.

—Amanda, mi amor, nunca más, nunca volveré a marcharme, encontré el camino de vuelta a ti, déjame ser tu dueño, dime que eres mía y solo mía.

—Daniel.... —dijo ella entre suspiros y jadeos—. Soy tuya, solo tuya desde hace tiempo, mi cuerpo te pertenece igual que sé que el tuyo es mío. Por favor, no aguanto más Daniel —suplicó Mandy con desesperación

Él comenzó a moverse con fuerza, la embistió una, dos, tres, cuatro y al llegar a la octava vez le ordenó:

—Ahora Amanda, ahora, dame tu orgasmo.

Y los dos se sumieron en una espiral de placer, creciente, intenso, devastador.

Una vez sus respiraciones se ralentizaron, la abrazó con fuerza. Sabía que nunca más pensaría en estar en ningún sitio que no fuera en los brazos de la

mujer a la que acababa de hacer suya, allí bajo la luna, con las estrellas como testigos de una pasión sin límites, de ese amor que hacía se tambalearan los cimientos de su propia existencia.

La levantó en brazos y la llevó a una tumbona situada al lado de la piscina, era una tumbona doble y cabían los dos abrazados perfectamente.

La noche era calurosa y desde luego, la pasión vivida había puesto suficiente temperatura en sus cuerpos para que ellos notaran frío.

Amanda estaba allí abrazada a él, saboreando uno de los momentos más maravillosos, mientras él, con la yema de sus dedos dibujaba corazones sobre su cuerpo comenzó a susurrarle.

—Amanda, mi amor no sabes cuánto te extrañe, ya sé que te hice daño, pero mi amor por ti no deja de aumentar y cada vez que te miro me enamoro más de ti.

Una lágrima resbaló por la mejilla de Mandy, era imposible sentir tanto amor como estaba sintiendo en ese preciso momento. Tenía miedo de que todo fuera un sueño, porque si así fuera, al despertar querría morir.

Continuaron la noche amándose, hasta que el amanecer los pilló en un último orgasmo y ambos se durmieron derrotados y sin fuerzas.

Entrada la mañana, Mandy despertó y una sonrisa asomó a sus labios cuando comprobó que no había sido un sueño. Él seguía allí y ella no tenía que huir esta vez.

Acarició su pelo suavemente, con miedo a despertarlo, él notó su tacto y ronroneó como un gato en los brazos de su dueña. Abrió los ojos despacio, y se perdió en los de ella. Ahora era consciente de que recorrería los kilómetros que fueran necesarios para volverlos a ver.

—Buenos días, princesa.

—Hola, grandullón.

—Creo que deberíamos reponer fuerzas, si no, no aguantarás el día que te tengo preparado.

—¿Que has preparado? —preguntó ella sonriendo—. Yo no traje más que lo puesto.

—Para lo que tengo preparado no vas a necesitar ponerte nada, pienso tenerte todo el día y toda la noche desnuda, quiero disfrutar de tu belleza y recordarte a cada momento que eres mía.

—¡Uauuuu! —dijo Mandy—. Eso no te va a resultar muy costoso. —Y riendo, salió corriendo hacia el baño. El amor y el sexo estaba genial, pero su vejiga estaba a punto de reventar.

Cuando salió, se dirigió a la cama a ponerse la ropa interior y recordó que ésta había quedado en la piscina. No recordaba muy bien si dentro o fuera del agua. Salió y se recreó en el maravilloso espectáculo de Daniel desnudo, flotando en el agua cristalina con ese mar de fondo.

Era un sitio perfecto, él era su hombre soñado.

Daniel se dio cuenta de su presencia y quedándose de rodillas dentro del agua le dijo:

—¿En qué piensas, cariño?

—Pienso que a partir de ahora, cada mes de agosto, quiero volver a esta piscina contigo.

—Pues así será, ahora mismo digo en recepción que me reserven esta semana de agosto, durante toda la eternidad.

Los dos rieron al tiempo que él le tendía la mano indicándole que se acercara. Ella entró poco a poco en el agua, se acercó a él y le rodeó con sus brazos. Él la subió, poniéndola a la altura de su sexo, ella lo rodeó con sus piernas, al tiempo que la penetraba y comenzaron una danza de amor, directa a otro de los mejores orgasmos de su vida.

Daniel salió del agua, se puso una toalla por la cintura y fue a abrir la puerta. El servicio de habitaciones les dejaba un desayuno succulento, un desayuno griego. Lo dejó sobre la mesa de la terraza.

Mandy tenía hambre y se relamió los labios, le rugieron las tripas al ver aquel plato compuesto de yogurt griego, nueces y miel. Pensó que era cierto, Daniel la quería alimentar bien para que pudiera aguantar el ritmo.

También tomaron tostadas con mantequilla, zumo de naranja y café con

leche.

—Cariño —le dijo Daniel—. Ve acabando, yo mientras te voy a preparar un rico baño.

Y dicho esto, se adentró en la habitación, dejándola saboreando aquella preciosa mañana en aquel idílico lugar.

Al terminar su café, entró y escuchó una música lenta, eran unos boleros los que sonaban, se acercó al baño y vio la bañera antigua que presidía la estancia rodeada de velas y el agua llena de pétalos, con un olor a canela que poco a poco iba entrando por sus fosas nasales.

Daniel la vio, se acercó a ella y la alzó en brazos.

—Jovencita, hora de su baño.

Ella hizo pucheros al tiempo que le decía:

—Pero no quiero bañarme sola.

—¿Y quién te dijo que lo harás sola?

Se introdujo en la bañera con ella aún en brazos y la acomodó entre sus piernas. Con una esponja natural fue mojándola y masajeándola al mismo tiempo, para que se relajara, dejando que el aroma, la música y sus caricias la transportaran a un mundo maravilloso del que no querría regresar.

Mandy rompió aquel mágico silencio preguntando algo que la tenía intrigada hacia días, justo desde que llegara hasta ella aquella caja roja.

—Daniel, ¿por qué me enviaste una mariposa azul?

Él sonrió al oír la pregunta y besando su pelo le contestó:

—Verás, cuando me marché de aquí sufrí un proceso parecido a la metamorfosis. Igual que ellas, me fui siendo un capullo y tuvieron que pasar días y noches de mucha soledad hasta darme cuenta de mi error. Durante ese tiempo me encontré con una revista donde leí algo que me recordó a ti. Bueno, la verdad es que todo me recordaba a ti. Pero cuando leí esto, me dejo impresionado. Verás, decía que la mariposa azul es un ejemplo de la madre naturaleza que te deja sin aliento. Y ese fue el efecto que tu presencia produjo en mí. Además, contaban que representan la vida, el amor, el cambio y el renacimiento, igual que lo que tú representabas para mí. Desde la muerte de mi

hermano, la persona que trajo a mi vida amor y cambio fuiste tú, mi mariposa azul, tú has sido el renacimiento a mi nueva vida.

Mandy quedó impresionada ante semejante declaración y no pudo más que girarse y pegarse a sus labios, regalándole así un beso suave y largo, un beso con el que quería demostrarle que siempre sería su mariposa azul.

Cuando sus cuerpos estaban tan arrugados que parecían dos garbanzos, salieron del agua y se dirigieron a las tumbonas, para tomar un refresco y dejar que el sol acariciara sus cuerpos desnudos.

Cuando Mandy pasó por el comedor oyó sonar el móvil dentro de su bolso.

Lo cogió y vio que era un nuevo mensaje de Rocío. Además se lo mandaba por privado. Porque el grupo tenía doscientos cuarenta mensajes sin leer, por lo que decidió que sería imposible leerlos, sus amigas lo entenderían tenía mejores cosas que hacer.

Abrió el mensaje de Ro.

- MANDY CARIÑO, LLEVO INTENTANDO DECIRTE ESTO HACE UN TIEMPO, PERO LAS CIRCUSTANCIAS LO HACEN MUY DURO PARA MI, TE CONOZCO Y AUNQUE SE QUE LA NOTICIA TE DARA UNA ALEGRIA INMENSA, TAMBIÉN SE EL DOLOR QUE CAUSARA EN TU CORAZON. TE ENVIO UNA IMAGEN.

Cuando abrió la imagen vio una ecografía con un pequeño guisante. Los ojos se le llenaron de lágrimas, era igual que la que ella llevaba guardada en el móvil.

La primera y única ecografía que le habían dado de su bebé.

Cuando Daniel entró y la vio allí, con los ojos llenos de lágrimas mirando la pantalla del móvil, se le acercó y acunándola entre sus brazos le dijo:

—¿Qué ocurre amor, qué pasa?

—Ro está embarazada y me acaba de enviar la foto de la primera ecografía.

—Lo siento cariño, sé que esto te alegra y te duele al mismo tiempo. No sabes cuánto hubiera deseado que nada de esto te pasara. No me perdono no

haber sido capaz de protegerte, de haber podido evitarlo todo.

Ella lo miró.

—Pero, ¿y si el hijo no hubiera sido tuyo? —le dijo.

Notó como su cara contenía la desesperación y apretaba la mandíbula con rabia.

—Hubiera sido tuyo, Amanda y eso ya hubiese sido suficiente.

—¿Me estás diciendo qué si yo siguiera embarazada y ese hijo fuera de Nando, tú estarías aquí, queriendo empezar una historia conmigo?

—Sí, Amanda, tú eres lo único que me importa en el mundo y nada ni nadie me alejará de ti. Ya te lo dije anoche y te lo volveré a repetir hasta que te convenzas, en mi mundo solo existes tú, mi mariposa azul.

Mandy cogió su móvil, buscó una foto y se la enseñó:

—Daniel, esta es la primera y única ecografía de nuestro hijo.

Él la miro a los ojos, unos ojos llenos de lágrimas. Maldijo por dentro al hijo de puta que se lo había arrebatado, pero por ella, tragó su orgullo y su dolor, y con mucha dulzura le acarició la cara diciendo:

—Amanda, soy el hombre más feliz del mundo por tenerte.

Sobraban más palabras.

17.

Después de dos días con sus dos noches sin salir de la habitación del hotel nada más que para bajar a la playa privada al atardecer y darse baños de mar, llegó la hora de volver a la realidad. Mandy debía de pasar por casa de Giorgo para recoger sus cosas y despedirse, su avión salía en un par de horas.

Quién le hubiera dicho aquella mañana, cuando cogió el avión dirección a Mikonos con Julia, que le pasarían tantas cosas en ese mes y que volvería del brazo de Daniel... La habrían tachado de loca, por lo menos.

Tenían billetes para un vuelo a Jerez de la Frontera, a treinta y cinco kilómetros de Cádiz. Daniel quería que ella supiera qué fue lo que le llevó de vuelta a sus brazos.

Subieron al avión en la hora prevista, sus asientos estaban en el medio, justo encima del ala. Mandy tomó el asiento al lado de la ventanilla y Daniel se sentó a su lado.

Al llegar, habían facturado las maletas y en el departamento de equipaje de mano, habían dejado la mochila XXL que usaba ella.

Mandy estaba bastante nerviosa, no tenía el pánico a volar que tenía Pat, pero desde que la madre de esta había muerto en aquel accidente, volar ya no era nada agradable para ella.

Daniel la miró, pudo percibir el miedo en los ojos de su Amanda y cogiéndole la mano intentó tranquilizarla.

Como Mandy estaba nerviosa, antes de despegar se levantó y se dirigió al lavabo, cuando fue a salir chocó sin darse cuenta con uno de los azafatos de vuelo. Las gafas de Mandy volaron por los aires y ella se tambaleó. El azafato, algo más servicial de la cuenta, cogió las gafas de ella al vuelo mientras la sujetaba por el brazo pegándola a él. Durante unos escasos segundos ambos se quedaron pegados, mirándose a los ojos y sonriendo. Escasos segundos que bastaron para que Daniel saltara con cara de pocos amigos.

—Amanda cariño, ¿qué ocurre? —le dijo con una cálida sonrisa que camuflaba la mala hostia que la situación estaba creando en él.

—Y usted joven, ¿sería tan amable de SOL-TAR-A-MI-NO-VIA? —le dijo, deletreando cada sílaba y poniendo mayor énfasis en la última palabra.

—Perdón caballero, la señorita tropezó conmigo y yo intente evitar que cayera.

—Perfecto, pero para evitar que se caiga, ¿no cree que con sujetarla un poco hubiera bastado, y no la manera en que la cogió?

—Daniel, por favor —intervino una Mandy algo sorprendida ante la actitud de su dulce y tierno grandullón—. Está todo bien, no pasa nada, el chico hizo lo que debía. Tranquilízate.

Daniel, acercándose a su oreja le dijo algo alto para ser un susurro:

—No Amanda, no voy a consentir que nadie ponga sus sucias manazas en algo que es mío.

—Daniel, por favor no te pases, ni sus manos están sucias y de lo otro mejor hablarlo en otro momento. Me voy al baño.

Diciendo esto, dio media vuelta y se fue al baño enfurruñada. Pero... ¿Qué era esa escenita de celos infundados? ¿Y eso de que nadie toque lo que es mío? ¿Pero qué pensaba? ¿Qué ella era su último modelo de colección? Tomaba nota mental, porque esto lo hablaría llegado el momento.

Cuando volvió del baño traía cara de pocos amigos y se sentó en su asiento sin apenas mirarlo. Pero cuando él le cogió la mano y comenzó a depositar pequeños besos en su muñeca, no pudo aguantar el enfado por más tiempo. Su contacto era lo que tenía, borraba todo rastro de enfado o duda.

El vuelo transcurrió con normalidad, Mandy y Daniel se miraban como dos tortolitos y sonreían como si nada en el mundo tuviera importancia fuera de ese avión. Y lo cierto es que así era, lo único que en ese preciso momento les importaba era lo que tenían en ese avión, la presencia y el contacto mutuo.

Daniel aprovechó el momento para contarle todo lo que había pasado con su hermano, cómo se habían criado juntos, cómo, después de la muerte de sus padres, su hermano se había ocupado de él aunque vivieran con su abuela.

Le habló de cómo le había enseñado todo lo que sabía, cómo habían entrado juntos a la policía, cómo habían trabajado codo con codo y, lo más triste,

cómo había muerto prácticamente en sus brazos. Le explicó cuál fue el motivo de que su sobrino le llamara papá y de que se tuviera que ir infiltrado y no acudir a su cita, por atrapar al hijo de puta que había acabado con la vida de su hermano y, de rebote, con parte de la suya.

Mandy escuchó atentamente con el corazón lleno de pena, estaba claro que no lo había pasado nada bien. Sintió unas ganas enormes de abrazarlo, se dijo a si misma que desde ese instante intentaría que Daniel se sintiera amado y sobre todo no se sintiera solo, porque ahora la tenía a ella.

—Me hubiera gustado conocerlo. Por tus palabras tuvo que ser un gran hombre —le dijo Mandy al tiempo que le acariciaba el cuello.

—Os hubierais llevado de maravilla. Tú eres exactamente lo que él me describía cuando me intentaba convencer que algún día llegaría una mujer que no sería de una sola noche y se quedaría para siempre.

Los dos se miraron y se perdieron en la profundidad de sus miradas, sabían que el sufrimiento que habían pasado les hizo más fuertes y que les había unido para siempre.

Llegaron a Jerez, el aterrizaje fue suave y cuando salieron del avión, Daniel miró con cara de pocos amigos al azafato cuando vio que este le ponía una sonrisa estúpida a Mandy, deseándole una feliz estancia.

—Mamón, ¿qué se piensa el niño de las alturas éste? —dijo entre dientes, aunque Mandy pudo oírle. Eso sí, hizo como que no lo había escuchado, pues no quería empezar otra vez con el temita.

Cogieron las maletas de la cinta de equipaje y se dirigieron cogidos de la mano al estante de coche de alquiler. Alquilarían un coche y se pondrían rumbo a Cádiz.

El vehículo que les dieron fue un Renault Megane Cabrio descapotable. Bajaron la capota y se dirigieron camino a Cádiz, la sensación del aire en la cara, era la auténtica sensación de libertad.

Daniel había conectado su iPhone al aparato reproductor del vehículo y por los altavoces sonaba la misma música que había grabado para ella.

Lo que sonaba en esos momentos a Mandy le gustaba muchísimo, era una canción de Andrés Calamaro. Comenzó a cantarla divertida, pensó que hacía

mucho tiempo que no se sentía tan estupendamente bien, tan libre, tan desinhibida y ese era el efecto Daniel. Él y solo él era capaz de producir eso en ella, bueno, eso y unos orgasmos que cada vez que los recordaba su cuerpo se estremecía.

Daniel la miraba mientras cantaba, era hermosa, una verdadera mariposa que la naturaleza había traído expresamente para él.

La vio feliz y se prometió a si mismo luchar para que ese fuera su estado permanente, aunque también era consciente de que no todo sería fácil.

él empezó a cantar la canción cuando llegaron al siguiente trozo.

SOY PROPIETARIO DE TU LADO MAS CALIENTE
SOY DIRIGENTE DE TU PARTE MÁS URGENTE
SOY ARTESANO DE TU LADO MÁS HUMANO
EL COMANDANTE DE TU PARTE DE ADELANTE
SOY INOCENTE DE TU LADO MÁS CULPABLE
PERO EL CULPABLE DE TU LADO MÁS CALIENTE
SOY EL CUSTODIO DE TUS RAFAGAS DE ODIO
EL COMANDANTE DE TU PARTE DE ADELANTE.....

Los dos cantaban a todo grito.

—Me encanta esta canción —dijo Mandy.

—A mí me gusta porque siento ser contigo todo lo que dice.

Los dos rieron y siguieron cantando. Entonces, él puso su mano en la rodilla de ella y poco a poco fue subiendo por debajo de la falda de su vestido. El efecto de sus manos en la piel era un efecto calor, ebullición... E instintivamente separo las piernas para darle un mejor acceso, él llegó hasta sus braguitas, que dicho sea de paso estaban ya mojadas. Era de efecto inmediato, en cuanto él la tocaba, no podía evitarlo.

Cuando Daniel comprobó la humedad de su ropa interior la miró y con una sonrisa le dijo:

—Definitivamente soy propietario de tu lado más caliente.

Ella se ruborizó, pero estaba encantada, le gustaba esta Mandy menos recatada, esa Mandy que le daba lo mismo donde él la tocara, o excitarse con tan solo ser tocada por él.

Daniel sacó la mano y la pasó por detrás de sus hombros, haciendo que Mandy se recostara sobre él. Le dio un beso en el pelo y le susurró.

—Cariño, en cuanto llegemos al hotel voy a duplicar tu calor hasta límites insospechados. Lo haría aquí y ahora, pero no tengo ganas de acabar en comisaría.

—Oh... comisaría —dijo Mandy—. Sería mi fantasía hecha realidad, cacheada y puesta contra la pared por un poli.

—Pues preciosa, tus fantasías son órdenes para mí.

Y siguieron el camino entre risas y tarareando las canciones que iban escuchando.

En media hora estaban en Cádiz y buscaron un hotel para alojarse. Se registraron en el hotel BARCELÓ CÁDIZ, a tan solo cien metros de la playa. La habitación era bonita, pero claro estaba, nada que ver de dónde venían.

Nada más entrar, Daniel la pegó contra la pared y empezó a besarla con urgencia al mismo tiempo que sus manos recorrían todo su cuerpo.

—Llevo queriendo hacer esto desde esta mañana. No aguanto ni un segundo más. Necesito estar dentro de ti. Amanda me vuelves loco, trastornas mí día a día.

Ella pasó sus piernas por las caderas de él y se pegó, devolviéndole los besos, al mismo tiempo que le mordía el labio inferior

—Pues no te cortes, sabes que no hay nada que más me guste en este mundo que los orgasmos que me das y sentirte dentro de mí.

Se desnudaron con prisa. Una vez desnudos, ella notó como él la penetraba fuerte, esta vez no era el Daniel dulce, esta vez era el Daniel duro, el que necesitaba marcarla como suya.

Sus orgasmos fueron creciendo poco a poco a cada embestida, Daniel sentía

que su miembro estaba a punto de estallar, sabía que Amanda no tardaría, notaba como sus músculos internos se cerraban y eso hacía que él, no pudiera controlar el orgasmo que ya estaba comenzando a explotar.

—¡Amanda! —gritó al llegar al orgasmo.

El de ella llegó nada más notar el calor del fluido de Daniel, llenándola en su interior con la última embestida. Se quedaron quietos, jadeando, con sus bocas pegadas haciendo de sus respiraciones una sola.

—Me vuelves loco, princesa. Demasiado rápido, te debo uno que dure horas.

Sin bajarla, se dio la vuelta y se dirigió al baño. Abrió la mampara, dejó fluir el agua y la metió dentro.

—Una ducha y te llevo a comer el mejor pescadito frito de todo Cádiz.

Pasearon de la mano hasta llegar al bar donde Daniel había estado con Juanan. Se sentaron en la terracita mirando al mar. Cuando llegó el camarero, Daniel se percató de que era el mismo chico que lo había atendido la última vez.

—Perdone, estoy buscando a Juanan, el señor mayor que hace una semana estuvo aquí conmigo. ¿Me recuerda?

—Sí señor —dijo el chaval—. Pero recuerdo verlo a usted solo y el Juanan por el que usted pregunta, si es quien yo creo, es una leyenda aquí en Cádiz.

»Dicen que es un viejo lobo de mar que vivió arrastrando su pena por llegar tarde a declararle su amor a una bella señorita. Que cuando llegó, ella acababa de morir y que desde entonces vagó en pena por estos lares. Hasta que ese desamor y no la vejez, lo mató.

»Algunos dicen que en noches de calma se le puede ver en el malecón y que en noches de tempestad, se puede oír su grito de dolor. El mismo grito que dio cuando una noche de tormenta, justo después de desembarcar, una ola ingrata llegó con furia y se llevó a su amada, dejándola sin vida entre las piedras del malecón.

Daniel no daba crédito a lo que estaba escuchando. Mandy no entendía nada

ni mucho menos, aunque la historia le parecía tan bella como desgarradora.

El chico dejó los pescaditos y el vino, y siguió atendiendo mesas.

—Daniel, cariño, estas pálido, con la mirada pérdida, ¿qué pasó, quién es el hombre por el que preguntas?

Él la miró confundido. Había estado aquí solo, no era posible...Y todo lo que aquel hombre le había contado, aunque la historia del chaval coincidía con las pinceladas de historia que Juanan le había mostrado... Había estado hablando con un fantasma y él no creía en esas cosas.

Le contó a Amanda toda la historia, su encuentro en el malecón, los consejos que él le dio. Y aquella extraña sensación que le había producido hablar con él y escuchar esa frase de las personas que aparecen en tu vida. Estaba claro que él era de las que habían aparecido para estar unas horas.

Esa noche pasearon por la playa, descalzos y abrazados, lo cierto era que ya fuera un fantasma, o hubieran sido sus propios pensamientos lo que él había sentido en esa playa, le había valido para volver a los brazos de Amanda y desde luego no se arrepentía de nada.

A la mañana siguiente salieron en coche rumbo a Valencia, habían decidido hacer el viaje de vuelta en coche y así evitarse el odioso momento del despegue en el avión.

Cuando estaban abandonando Cádiz pasaron por el malecón. Daniel paró el coche. En las piedras puedo ver a aquel viejo lobo de mar y como éste levantaba el pulgar a modo de saludo.

—¿Por qué paras? —dijo Mandy—. ¿Y qué miras allí tan fijamente?

—Nada amor, me pareció ver a alguien. Alguien a quien siempre llevaré en mi corazón.

Arrancó el coche, cogió la mano de Amanda y llevándola a sus labios la besó, al mismo tiempo que aspiró su olor.

—Me alegro de no haber sido un necio y no haber llegado tarde a tu lado. TE QUIERO, AMANDA.

Ella sonrió al oír esas palabras, sabía que eran sinceras. Estos días pasados

con él le habían demostrado que Daniel era un hombre consecuente con su palabra y con sus pensamientos, un hombre tierno y varonil a la vez, pero con una pincelada de celos que sabía no le traerían buenos momentos.

18.

El viaje desde Cádiz había ido genial, se habían reído, habían cantado, les gustaba la misma clase de música y les gustaba cantarlas a todo grito, con el aire dándoles en la cara y el paisaje como único testigo de su locura.

Se habían enamorado aún más escuchado la que oficialmente ya era su canción.

Se contaron confidencias, todo en la vida de Mandy era nuevo para Daniel y todo en la vida de él era nuevo para ella.

Cada vez que él la miraba, Mandy sentía en su estómago las famosas mariposas, que dicho sea de paso, nunca antes recordó haberlas sentido. Por Nando, más que enamoramiento fue fascinación por él, por quién era, por su madurez, por su experiencia. Pero nunca se sintió morir si pasaba más de cinco minutos sin que él la tocara.

Nunca sintió como sentía con Daniel, sintiendo que su cuerpo le pedía a gritos su contacto, su aroma, su sabor. Su cuerpo ya no le pertenecía, ahora él era el dueño de su cuerpo, de sus emociones, de sus deseos más íntimos.

Con Daniel era esa sensación de querer estar con él, tocarlo, besarlo, sentirlo y, ahora que se acercaba el momento de la despedida, ya estaba sintiendo que lo echaba de menos, que le iba a doler su ausencia.

Llegaron a la puerta de casa de Mandy a las once de la noche, Daniel bajó del coche, abrió el portamaletas y sacó sus cosas.

La acompañó a subirlas, ella abrió la puerta y los dos se miraron indecisos, parecía que ninguno de los dos quería ser el primero en hablar.

—Bueno —dijo ella—. Te diría de pasar, pero tienes el coche mal aparcado e imagino que estarás muy cansado del viaje.

—Sí y además mañana hay que madrugar. Lo mejor será que me vaya —dijo él nada convencido y buscando en la mirada de ella un rastro de invitación a lo contrario.

Pero ella se limitó a darle un tímido beso que él aprovechó para cogerla de

la cintura y profundizarlo, haciendo que la dejara marcada hasta la próxima vez. Era evidente que ninguno de los dos quería irse, pero ninguno de los dos dio el paso de proponer algo distinto. Por lo que, cuando el beso, terminó, Daniel diciéndole un «hasta mañana», dio media vuelta y se marchó.

Cuando se fue, Mandy apoyó la cabeza en la puerta, se sentía morir, notaba su vacío. Decidió darse una ducha para relajarse y poner esas canciones que él le había regalado y que habían cantado a dúo, como pimpinela, durante todo el viaje.

Daniel bajó a la calle controlando las ganas de volverse, pero si ella no le había pedido que se quedara, él tampoco quería forzar la situación. No quería agobiarla, aunque sabía que le resultaría difícil dormir sin ella esa noche, pues su cuerpo necesitaba de su proximidad, sus labios ansiaban sus besos, sus dedos necesitaban el tacto de su piel, sus deseos más íntimos ansiaban satisfacer los deseos más profundos de ella.

Eran las dos de la madrugada cuando Mandy aún daba vueltas en la cama sin poder dormir, le faltaba su contacto, oír su respiración, dormirse con sus besos, esos que se habían convertido en su barbitúrico.

De pronto sonó su móvil, lo cogió y sonrió cuando vio que era un mensaje de Daniel.

- NO PUEDO RESPIRAR.

Ella contestó:

- ¿COMO TE PUEDO AYUDAR?

En menos de un segundo le llegó la respuesta:

- SI ABRES LA PUERTA ME DARAS EL MOTIVO PARA QUE MIS PULMONES VUELVAN A RESPIRAR.

Mandy sonrió y salió corriendo a la puerta como una niña pequeña excitada una mañana de Navidad, no era posible que estuviera allí.

Abrió la puerta y allí lo vio, impresionante con sus vaqueros y una camiseta de manga corta que se ajustaba a la perfección con sus brazos musculosos y con esa sonrisa suya que decía, «no sé qué haría yo sin ti».

Ella saltó a sus brazos al mismo tiempo que le comía a besos y le decía:

—Estás loco, de verdad que lo estás. Pero eres mi loco preferido.

—Sí doctora, estoy loco pero por ti y necesito la dosis que me das para poder respirar.

Con ella en brazos, respiró tranquilo. Después de llegar a su casa y estar dos horas dando vueltas en el colchón, se dijo que tenía que arriesgarse e ir a buscarla, que solo llegando hasta ella saldría de la duda de si ella querría seguir estando con él o lo enviaría a su casa como un sobre de vuelta. Pero la reacción de ella le confirmó dos cosas: Una, que la había sorprendido y dos, que ella estaba tan necesitada de él como él de ella. Pasó, cerró la puerta con el pie y ella le guió hacia su dormitorio.

Lo cierto era que antes, solos, no habían podido dormir, pero ahora juntos... Lo que se dice dormir tampoco es que lo consiguieran.

Se devoraron el uno al otro como si cada hora separados, hubiera correspondido a un mes sin verse.

Esa mañana despertaron juntos, se ducharon juntos, desayunaron juntos y después, Daniel acercó a Mandy a su trabajo. Se la comió a besos dentro del coche y quedó en recogerla a la mañana siguiente, pues hoy ella tenía guardia de veinticuatro horas.

—¡Te echaré de menos! —le gritó desde el coche.

Ella se giró y con una sonrisa de felicidad de esas que solo parecen verse en las películas, le lanzó un beso al aire y desapareció por la puerta de urgencias.

Hasta ese momento él no arrancó el coche. Se fue primero a devolver el coche a la casa de alquiler y luego a recoger su moto para ir hacia comisaría, ya la extrañaba y acababa de dejarla. El día sería muy largo y duro. Puso música y se fue tarareando.

Cuando Mandy se reincorporó a su puesto de trabajo después de un mes

largo de vacaciones, sus compañeros la recibieron con alegría. Cuando José la vio entrar se la comió literalmente a besos.

—Pero bueno mi niña, si tienes hasta color y todo, has conseguido acabar con el blanco hospital que parece llevamos de serie los que trabajamos aquí. Y cuenta amor, porque la última vez que supe de ti estaba en un jardín precioso esperando verte aparecer de novia y, en vez de aparecer tú, aparecieron esos nacionales impresionantes, que menuda alegría le dieron a mi día. De lo siguiente que me enteré es que desaparecías por una temporada. Bueno, de eso y de la muerte de ese hijo de puta, que como decía mi abuela «Dios lo tenga en su gloria».

—José, tú no cambiaras nunca, este hospital te puedo asegurar no sería lo mismo sin ti. Luego en el descanso te cuento, porque tengo novedades de esas que a ti tanto te gustan. Pero ahora a trabajar porque de ésta me echan del hospital.

En ese momento, Andrés entró por la puerta.

—Hola mi doctora bella, ¿qué tal esas vacaciones de lujo, JEFA?

—Bien Andrés —dijo ella mientras le daba dos besos—. ¿Y por aquí? ¿Cómo te las apañaste tu solo en el frente?

—Bien, tengo una buena maestra lLe dijo guiñando un ojo—. Además es verano, la gente se va a la playa y no se acuerda de que le duele nada al niño. Ya sabes tú cómo funciona esto.

—Pues entonces chicos, comencemos, que nos espera un día muy largo.

La mañana comenzó y poco a poco la sala se fue llenando de niños y mamás, a ella no le quedó mucho tiempo para pensar ni añorar lo bien que se estaba de vacaciones. Lo cierto es que amaba su profesión y nunca le había importado trabajar duro.

Cuando paró a comer cogió el móvil y comprobó que las chicas-sex habían estado guerreando, uff... Ciento cuarenta y dos mensajes, imposibles seguirles el ritmo.

También tenía cinco mensajes de Daniel, sonriendo, los abrió.

- TE EXTRAÑO TANTO QUE ME GUSTARIA TENER CUATRO

- AÑOS PARA PODER IR A QUE ME RECONOZCAS
- NECESITO DE TI, QUIERO RESPIRAR Y NO PUEDO
- TE QUIERO, Y ESTOY CELOSO DE ESOS NIÑOS QUE ESTAN DISFRUTANDO DE TU SONRISA.
- ¿SABES QUE SI DE NIÑO, MI PEDIATRA HUBIERA SIDO COMO TU, ME HUBIESE ENAMORADO PERDIDAMENTE DE ELLA?
- SOCORRO ME DUELE LA BARRIGUITA, ¿ALGUN MEDICO CERCA?

Mandy se moría de risa leyendo los mensajes e imaginándolo mientras los escribía y hacía pucheros.

Decidió contestarle, pues le creía capaz de coger a un niño y hacerse pasar por su padre solo por verla.

- ERES UN EXAGERADO, SEGURO QUE ESO ES TIPICO DE LOS POLICIAS. TE QUIERO

Estaba a punto de guardar el móvil cuando recibió otro mensaje:

- ¡EXAGERADO ME LLAMAS?! NO ME LO PUEDO CREER, ERES UNA DOCTORA MUY DESAPRENSIVA. DEBERIAS VER COMO ME ESTOY MURIENDO. ¿QUÉ CULPA TENGO YO QUE ME PONGAS A CIEN?
- ¿A CIEN? PUES VE CON CUIDADO, CONOZCO A UN POLI QUE SI TE PILLA A CIEN TE PONE MULTA, JAJAJAJA
- DOCTORA, CUANDO LA PILLE ÉSTE POLI LE VA A PONER DE TODO MENOS MULTA... SE LO ASEGURO.
- LA DOCTORA VUELVE AL TRABAJO Y LE ACONSEJA AL POLI QUE HAGA LO MISMO. BESOS.

Y guardó su móvil, definitivamente Daniel estaba loco, pero ella amaba a ese loco, desde luego que lo amaba. Durante la cena les conto a José y Andrés todo lo que había pasado desde el día de la fallida boda.

Estos se quedaron de piedra cuando se enteraron que Nando intentó secuestrarla y que el poli que ellos conocían, la había salvado y la había enamorado.

Daniel estaba de servicio, ese día le tocaba con Sam. Habían estado en una pelea en un bar y tenían que llevar al hospital a uno de los detenidos, pues le habían abierto la cabeza.

Cuando llegaron, Daniel pidió a Sam que se encargara él del papeleo y de la custodia de dicho individuo, pues él mientras tenía algo que hacer con una sexy doctora.

Se presentó en la sala de pediatría, José estaba fuera y se quedó con la boca abierta cuando lo vio aparecer. Daniel se dirigió hacia él.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a la doctora?

—Claro, la tienes ahí, en la consulta número dos, está sola... Entra que yo te cubro diez minutos.

—Gracias —le contestó Daniel, al tiempo que se dirigía hacia la consulta. Tenía poco tiempo y mucho que hacer.

Mandy estaba de espaldas a la puerta, comprobando en el archivador una serie de historiales que tenía que entregar en recepción. Estaba tan concentrada que no se percató que alguien entraba y cerraba la puerta.

Sintió unas manos que le rodearon la cintura, un olor familiar y unos besos dulces que le recorrieron el cuello. Sin volverse, sabía quién era el culpable de que su cuerpo en esos momentos estuviese temblando, como una hoja llevada por el viento.

—Te dije que me dolía la barriguita —le dijo Daniel, al mismo tiempo que soltaba el aire despacio en su oreja y producía en ella un escalofrío que la recorrió entera.

Ella se volvió y buscó sus labios, fundiéndose en un beso necesitado. En esos momentos lo único que existía era Daniel y esos labios carnosos que la devoraban.

—Sí —dijo ella separándose unos centímetros de sus labios—. Pues tumbese en la camilla y le hago una exploración, agente.

—No sabes cuánto te echo de menos y lo lento que pasa el tiempo lejos de ti.

—Yo también te extraño y no sabes las veces que pensé en lo que me gustaría que aparecieras por esa puerta.

—Pues señorita, sus deseos son ordenes para mí. Y aquí estoy dispuesto a llevarme mi ración de besos y caricias hasta mañana.

Dijo esto a la misma vez que con su brazo le rodeaba la cintura. Con la otra mano la cogió por la nuca, acercando de nuevo sus labios a los de ella y devorándola, como si ese beso fuera el último.

Un golpe en la puerta les interrumpió. Era José anunciando que los diez minutos habían pasado y acababa de entrar una urgencia.

—Dame dos minutos José y gracias —dijo Mandy

Se miraron a los ojos y se dieron un último beso.

—Cariño, te recojo en unas horas, no dejes de pensar en ti.

Y dándole un último beso salió por la puerta, no sin antes girarse y guiñarle un ojo, observando cómo los labios de ella dibujaban un «te quiero».

A la misma vez que Daniel salía, entraba Andrés. Se le quedó mirando y después canturreó:

—Jefa, jefa... Creo que alguien estuvo haciendo manitas en horas de trabajo.

—Andrés, si quieres acabar la residencia más te vale callar y seguir trabajando —dijo Mandy riendo y pidiéndole hacer pasar la urgencia que los había interrumpido.

Cuando Mandy acabó su turno, salió junto con José hacia la puerta, al llegar, allí estaba él, apoyado en su moto, con sus pantalones chinos color beige, una camiseta de manga corta gris y una chaqueta azul marino con las mangas remangadas, y no podían faltar esas gafas de aviador que le quedaban de portada de revista.

Se quedó embobada mirándolo y José, divertido, le dio un codazo diciéndole.

—Joder mi niña, tú te estás llevando el bombonazo del siglo. Si yo tuviera a mi lado un cañón así te digo que no salía del territorio contrario de su cama. Anda niña, ¡tu cuerpo que lo disfrute! Pero si tiene un amigo gay de su calaña no dudes en darle mi número.

—Venga José, que a ti hasta una escoba con pantalones te pierde... —Rió Mandy despidiéndose de él.

Se dirigió sonriente hacia Daniel, que la observaba feliz, con unas ganas locas de estrecharla en sus brazos. Cuando llegó a su altura, él la estrechó en sus brazos al tiempo que devoraba sus labios y se volvía loco de las ganas que tenía de estar dentro de ella, sin prisa, sin tiempo.

—Hola, princesa, ¿cómo fue el resto del día?

—Ahora ha mejorado muchísimo, te lo puedo asegurar, pero tengo mucha hambre.

—Pues entonces no tengo otra misión que alimentarte y hacerlo bien, pues lo necesitarás para luego aguantar un buen ritmo.

—Sí, pues ya puedes alimentarme bien, porque estoy reventada.

—Reventada vas a quedar, preciosa, cuando acabe contigo y te deje dormir.

—Algo me dice que las guardias de veinticuatro horas y tú no sois muy compatibles.

Los dos rieron y se pusieron los cascos para subir a la moto e ir a desayunar. Decidieron hacerlo en el bar de siempre, cerca de casa de Mandy, así una vez acabaran estarían más cerca de su destino final.

Desayunaron tranquilos con la mano de él sobre la mano de ella, mirándose a los ojos y contándose lo largo que se les había hecho esas horas separados.

Tras el desayuno, salieron cogidos de la mano y caminaron tranquilos hasta la casa de ella. Se presentaba una mañana intensa de deseo, amor y sexo mucho sexo.

19.

Los días trascurrían con absoluta normalidad. Cuando sus trabajos se lo permitían, estaban juntos. La rutina se había establecido y alternaban las noches en casa de uno y de otro. Eso sí, las noches que Daniel tenía turno, cuando acababa, acudía a casa de Mandy.

Había sido una noche larga, estaban siguiendo a un pederasta muy peligroso y se pasaron todo el turno vigilando debajo de su casa. La vigilancia le había dado oportunidad de hablar con Sam, pues últimamente se pasaba todo el tiempo con Mandy.

—¿Qué tal, Sam? Te veo últimamente algo pensativo.

—Lo estoy Daniel, verás... Se me presenta un dilema y no sé cómo actuar.

Daniel se quedó pensativo, no sabía muy bien en que andaba metido Sam últimamente.

—Verás —prosiguió Sam—. Estoy entre dos mujeres. Una es mi locura, saca de mí un Sam desconocido, provocador, atrevido. La otra mujer es todo lo contrario, es tranquilidad, paz, el momento del día que uno siempre anda esperando, es como el descanso del guerrero tras una larga batalla. Una, la locura, no me aceptaría, pasa de relaciones estables y ni siquiera me atrevo a pensar que pasaría si se lo propusiera, y la otra es imposible pensar en algo más, pues en un corto espacio de tiempo tiene que abandonar Valencia, por lo que no sé si seguirla o quedarme aquí y dejar que el tiempo y la distancia vaya matando esto tan hermoso que nació entre nosotros.

—¡Joder, Sam! Y yo sin enterarme de nada... ¿Estás seguro que es tu vida y no una novela de esas que lee mi cuñada? ¿Se puede saber quiénes son esas dos mujeres?

—La locura es Julia, la paz es Maribel.

—No me jodas, Sam ¡¿Mi cuñada?! ¿Estamos hablando de esa misma Maribel? Porque lo de Julia era fácil de intuir, pero lo de mi cuñada... Ni de

coña me lo hubiera imaginado.

—Sí, la misma que viste y calza. Verás, cuando te fuiste infiltrado me quedé al cargo de ella y de Hugo. Ya sabía que las cosas entre Julia no irían para adelante y, aunque hubo otro encuentro en Mikonos, me dejó muy claro que ella no era de relaciones estables. Cuando volví aquí estaba Maribel.

»Siempre habíamos conectado y entre nosotros ha habido buen rollo desde el principio. Yo nunca la había mirado con pretensiones, pues primero era la novia de tu hermano y luego su mujer. Pero nada más sacarla del hospital me encontré mirándola con unos ojos diferentes, empecé a notar una sensación rara, necesitaba cuidarla, protegerla, saber de ella a cada momento. Poco a poco fueron pasando los días y surgió la atracción física entre los dos. Una noche que ella se encontraba muy hundida por tu hermano y por no saber de ti, ni de tu paradero, la consolé...

—Vale, para... Me hago una ligera idea de la clase de consuelo que le ofreciste —le interrumpió Daniel—. Pero espera un momento, tú has dicho que ella tiene que irse de Valencia. ¿Qué cojones significa eso?

Sam se quedó mirando a Daniel pensativo, había quedado con Maribel que ella se lo contaría, pero la conversación había salido y ahora Daniel no lo iba a dejar en paz hasta enterarse.

—Veras tío, ella no es de aquí, sabes que su familia está en Madrid. Ahora sin tu hermano, con Hugo y sin ti, porque tú tienes exclusividad con la doctora, dicho sea de paso, pues lo cierto es que se encuentra sola. Con los dichosos turnos siempre tiene que tirar mano de canguros o de la vecina, que cada vez está más mayor. Le cuesta trabajar en esta comisaría, tiene la sensación de que se va a encontrar con tu hermano en cualquier momento, le cuesta pasar página y necesita hacerlo, Daniel.

Daniel apretó los dientes, nada de lo que estaba oyendo le gustaba. Saber que su cuñada lo estaba pasando tan mal y él ni se había dado cuenta le molestaba y luego estaba lo de Hugo, si se lo llevaba a Madrid, apenas lo vería.

—Joder, Sam, si Maribel se va a Madrid ya no podré ver a Hugo tanto como quisiera. Y ellos son mi familia, no es justo que se larguen, son mi única familia —dijo pegando con el puño en el volante del coche.

—Lo sé tío, pero Madrid está a un tiro de piedra, podréis veros siempre que queráis. Es por el bien de ellos. Tú tienes tu vida, ella tiene que encontrar la suya. Por eso te dije que la elección es muy difícil, si me quedo aquí, la distancia hará que lo que pudo nacer entre nosotros se evapore y tampoco sé si debería irme y darle falsas esperanzas, cuando no tengo claro a qué nivel está lo que siento por la rubia. No sé qué hacer y tengo que decidir, su traslado es inminente.

—Tú verás nano, pero una cosa te digo, aclárate bien. No voy a permitir que hagas sufrir a Maribel, sabes que si lo haces te enfrentarás a mí. Lo sabes, ¿verdad?

Sam asintió con la cabeza, si ya tenía complicada la decisión, tener a Daniel controlando sus pasos lo complicaba todo más, si es que eso era posible.

INMINENTE. Las palabras retumbaron en la cabeza de Daniel. Estaba enfadado, cabreado más bien, no sabía qué podía hacer para cambiar esa situación, pero no consentiría que su única familia se largara de allí.

Esa noche, cuando de madrugada acabó su turno, se dirigió a casa de Amanda, Más que nunca necesitaba refugiarse en sus brazos. Oler el aroma de su piel y sentir su presencia. Sabía que a su lado cualquier problema se podría solucionar.

Llegó y ella dormía plácidamente, como un bebé, acurrucada en posición fetal y con ese camisón que lo volvía loco. Se desnudó en silencio y se metió despacio bajo las sábanas. Se acercó a ella por detrás. Solo de verla, su prominente erección pedía a gritos ser atendida y saciada. La presencia de esa mujer lo llevaba a límites insospechados de excitación. Se acercó ronroneando y comenzó a besar su cuello muy despacito, como si tuviera toda una vida para mimarla y besarla, para cuidarla. Cómo si esa fuera su única misión, su misión más importante.

Ella se removió con un gemido de placer cuando notó una presencia tras de ella, con su enorme erección apretando su espalda.

—Shhhhhssss —le susurró él—, no te muevas, quédate quieta. Necesito saborearte, acariciarte, excitarte hasta que tu cuerpo pida a gritos que te haga

mía.

La acarició centímetro a centímetro. La besó tras cada caricia y después de un tiempo en el que aprendió de memoria cada recoveco de su cuerpo, la penetró despacio, suave, para después moverse lentamente, consiguiendo llevarla al éxtasis más absoluto, a un lugar en la tierra en el que solo existían ellos dos haciendo el amor. Su lugar en el mundo.

Después de llegar al clímax se quedó dentro de ella, se negaba a abandonar tan maravillosa guarida, su guarida. Y sin apenas darse cuenta, se durmieron plácidamente para soñar el uno con el otro.

—Buenos días grandullón. —Oyó una voz dulce que le hablaba, abrió un ojo y allí estaba ella, como un ángel venido del cielo para despertarlo. Ya estaba vestida y seguramente preparada para salir.

La cogió por la cintura y antes de que ella pudiera darse cuenta, estaba tumbada en la cama con él encima.

—Daniel... Suéltame o llegaré tarde a trabajar.

—De eso nada doctora, su trabajo está aquí, a mi lado, consiguiendo que pueda respirar.

Diciendo esto comenzó a besarla, primero besos cortitos, suaves y poco a poco besos duros, intensos, urgentes, besos de locura pasional. Como pudo, Mandy se separó de él y rodó hasta el otro extremo de la cama.

—Venga, liante, si quieres desayunar conmigo estás a tiempo, en veinte minutos ya será demasiado tarde —dijo ella riendo mientras salía por la puerta, camino de la cocina.

Desayunaron juntos, ella observó esa mirada que ya empezaba a reconocer. Sabía que cuando su color era de ese azul intenso, algo le intranquilizaba.

—¿Qué te preocupa?

Él dudo, no sabía si decírselo o no, pero necesitaba desahogarse y, ¿quién mejor que ella?

—Verás, ayer Sam me comentó que Maribel ha pedido el traslado a Madrid. —Obvió darle explicaciones de los problemas de Sam entre dos mujeres—. Dice que aquí se le hace muy cuesta arriba estar sin mi hermano, que no

soporta estar en comisaría sin él y que, en Madrid, su familia puede ayudarle a criar a Hugo.

—Es comprensible lo que cuentas, debe ser muy duro para ella esta situación y criar a Hugo sola

—¿¡Sola!?! ¿Por qué dices sola? Joder, ¿qué pasa? ¿Nadie ve que yo también soy su familia y puedo ayudar con Hugo igual que hice en estos últimos meses?

—Tranquilízate, cariño, estoy segura que tu cuñada valora más que nadie todo lo que hiciste por ellos, pero tú tienes tu vida y ella tiene que reinventar la suya.

Le dijo esto cogiendo su mano y con la otra acariciando su mentón.

—Daniel, sé lo que sientes, conozco ese vacío al pensar que no van a vivir aquí. Créeme, lo viví cuando mis padres decidieron irse a Ibiza, pero luego te das cuenta que están lo bastante cerca para verte siempre que quieras y Madrid está a un tiro de piedra, podrás ir a ver a Hugo cuando quieras y él venir aquí, seguro que no notáis la diferencia.

Él la miro intensamente, solo ella era capaz de, en dos frases, resumir sus sentimientos y calmar sus miedos. Enamorarse de ella había sido lo mejor que le había pasado nunca. Acercó sus labios a los de ella y le regaló un beso dulce, suave, un beso acaramelado de los que te dejan a escasos centímetros del cielo.

—Bueno, liante, me voy que cuando llegue ya habrá pasado medio turno.

Dijo esto levantándose y cogiendo su bolso, para salir precipitadamente antes de que ese hombre usara sus artimañas para retenerla mucho tiempo más.

—Besos y nos vemos luego, guapo —dijo cerrando la puerta.

Daniel se quedó mirando el trozo de madera, pensando en todo lo que ella le había dicho, pero aun así seguía algo cabreado. No era justo y ahora mismo la iba a tener con su cuñada.

Cogió la moto y se fue hasta donde vivía Maribel. Ella abrió la puerta y, como Sam ya le había contado la conversación de la noche anterior, no le sorprendió nada verlo allí.

—Hola, Daniel —le dijo mientras le daba dos besos.

—Hola, Maribel —contestó Daniel pasando por detrás de ella.

—¿Te apetece un café?

—Sí, claro, un café estaría bien.

—Acabo de llegar de llevar a Hugo al cole, me preguntó por ti. Dice que le tienes que llevar a tierra natura o algo así.

—Sí, se lo prometí, a ver si la próxima semana me lo llevo.

—Estaría bien, te echa de menos.

Cuando Daniel escuchó aquella frase no pudo contener más lo que le ardía por dentro.

—Ah, sí, me echa de menos... Y cuando te lo lleves de Valencia, ¿crees que también me echará de menos?

Maribel se volvió hacia él, sabía que no iba a ser fácil.

—No es justo que me digas eso, tú mejor que nadie me deberías de entender.

—¿Yo te debería entender? ¿Y quién me entiende a mí Maribel? ¿Quién me entiende a mí?

—Vamos a ver Daniel, no puedo seguir aquí. No puedo, me ahoga estar en esta casa sin él, entrar en comisaría sin él, pasear por todos los sitios donde lo hacíamos juntos, ahora sin él. Y además, Hugo necesita una familia que lo cuide cuando yo esté de guardia.

—Joder, Maribel, no te entiendo. Yo no quiero olvidarme de mi hermano, no quiero... Al contrario, me gusta ir a la comisaría porque durante décimas de segundo me siento feliz pensando que me lo encontraré en los vestuarios, aunque luego me dé cuenta que eso ya no volverá a suceder. Y Hugo es lo único que me queda de él, cuando estoy con el niño es como si mi hermano no se hubiera ido, es como si no hubiera crecido.

—¡Maldita sea! —gritó ella—. ¡Yo no quiero olvidar! Eres injusto, sé que querías a tu hermano más que a nada en el mundo, que con él se fue el pilar donde te aferrabas, pero yo amaba a tu hermano como no amaré a nadie más,

él era todo para mí y tú lo sabes. Pero la vida se lo llevó, él se fue y yo me quede aquí, y ahora me toca vivir con ello sin ni siquiera poder soportarlo, yo no le vi morir, no lo pude acompañar hasta el final, no tuve la oportunidad de decirle que lo amaba.

»¿Sabes lo que es despertar un día en un hospital y darte cuenta que él ya no está, que no volverás a verlo nunca más?

Maribel gritaba y lloraba desesperada, estaba sacando a la luz toda la amargura que la llevaba consumiendo tiempo atrás.

—Lo siento por ti Daniel, de verdad que lo siento, pero tú tienes una vida que vivir, yo tengo que aprender a seguir con la vida que me han obligado a vivir. Y lo único bueno que me llevo es a Hugo.

Daniel contenía las lágrimas, no quería derrumbarse, era evidente que la muerte de su hermano los había matado también un poco a ellos. Los dos sufrían su pérdida y cada uno la llevaba a su manera. Se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos, había prometido a su hermano que cuidaría de ella y ni su orgullo, ni sus necesidades, harían que faltase a esa promesa.

—Shhhh, tranquila, todo irá bien, te lo prometo. Perdona, soy un egoísta, solo pensaba en mí mismo, mi dolor no me dejaba ver el tuyo. Está bien, si es a Madrid donde quieres ir pues a Madrid y si quieres que yo vaya con vosotros, me voy, sois mi familia y eso para mí es sagrado.

—No Daniel, sé que lo dices en serio y eso te honra, pero tu vida está aquí. Sé por Hugo y por Sam que cierta doctora te tiene aumentando el ritmo de tus pulsaciones. Y te mereces ser feliz. Estaremos bien, pero prométeme que seguiremos siendo una familia tal y como tu hermano hubiera querido.

—Lo seremos siempre, no te quepa la menor duda. Y hablando de Sam, parece que se tomó demasiado en serio lo de protegerte.

—No sé, con Sam me siento bien, pero es pronto. No lo quiero engañar, no busco a nadie que ocupe el lugar de tu hermano, ese lugar es solo suyo.

—Lo sé, no lo dudo, pero sí te diré que después de mi hermano, Sam es el mejor hombre que conozco.

Mandy estaba en la sala de uci recogiendo informes cuando José la llamo

por teléfono.

—Mandy mi niña, baja veloz porque aquí se lía.

—¿Pero qué pasa José?

—Acaba de entrar una loca rubia que dice que es amiga tuya. Trae a una niña con la barbilla sangrando y ahí está, gritando que a la niña no la toca nadie excepto tú.

—Ya voy José, estoy llegando.

Cuando llegó a la consulta, pudo ver a Andrés sujetando a Julia y discutiendo con ella a voz en grito, la pobre de Aitana se encontraba sentada, asustada y llorosa, y José sujetaba una gasa debajo de su barbilla para retener la hemorragia.

Sabía que Julia se iba a quedar con la niña porque Ro tenía ecografía, pero no tenía ni idea de lo que había podido pasar. Cuando Aitana vio a Mandy se puso a llorar

—Tía Mandy, ¡me duele mucho! Me hace daño tía, mi barbilla, mi barbilla...

—Tranquila, princesa —le dijo mientras le quitaba la gasa para poder comprobar la brecha que tenía—. Esto necesitaría de cuatro puntos de sutura.

—¡Ay! ¡Ay! ¿Qué es? ¿Qué me hice?

—Nada corazón, es un cortecito de nada. Ahora te vas a venir conmigo y te voy a presentar a Darío, él es el duende que arregla barbillas rotas. Ya verás que es muy simpático.

—Tía, ¿«Pinkipromesa» que no dolerá?

Mandy miró a Aitana y con una sonrisa le contestó.

—«Pinkipromesa», princesa.

Cogió a la niña en brazos y se fue para la sala de suturas donde estaba su compañero Darío, un chico bajito que realmente tenía cara de duende. Al salir, miró para atrás, allí estaban Andrés y Julia discutiendo.

—¡Que no me llames histérica! Pero bueno, ¿de qué vas? Una cosa te digo doctorcito... Tienes que nacer dos veces para poder decirme tú a mi histérica.

—Mira monada, con nacer una vez me basta para bajarte los humos a ti y a cuatro como tú.

—Idiota.

—Histérica.

¡Uff!, entre aquellos dos saltaban chispas.

—Hola, Darío, aquí te traigo a mi princesa para que tú, que eres un duende mágico, le cures la barbillita y la dejes linda, linda.

La niña ponía cara de asustada, se quedó sentada en la camilla mientras le daba la mano a Mandy.

—Vamos a ver esa barbilla...

—¿Me vas a hacer mucho daño? Mi tía me hizo la «pinkipromesa» de que no me dolería.

—¿Daño? Los duendes somos mágicos, no hacemos daño. Ahora te voy a poner este spray fresquito y después te voy a reparar esa barbilla, para que cuando dentro de unos días te quites la tiritita, ni el príncipe más espabilado se dé cuenta de la cicatriz.

Mientras él preparaba el instrumental, Mandy intentó tener a la niña distraída.

—Pero cuéntame, ¿cómo pasó, cariño?

—Tía, no es culpa de nadie, estaba persiguiendo una mariposa azul preciosa en el parque, una de esas mariposas que tú me contaste que eran muy especiales y, sin querer, tropecé con el tobogán y me caí, pegándome en la barbilla.

Darío se puso manos a la obra, la niña fue muy valiente y estuvo quieta, sin moverse, aunque alguna lágrima le rodaba por su mejilla.

—Muy bien princesa, listo. Vas a quedar preciosa y además, ahora te voy a dar un diploma

—¡UN DIPLOMA! —gritó la niña entusiasmada

—Claro, un diploma a la paciente más valiente. Así podrás enseñarlo en el cole.

—Vale y todas se morirán de la envidia.

Los tres empezaron a reír, Mandy y Aitana salieron con su diploma cogidas de la mano cuando vieron llegar a Rocío a la carrera, con la cara desencajada.

—Julia, por Dios, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Aitana?

Mandy se dio prisa para llegar. Mejor que contarle, que viera a la niña y así se le pasaría el susto, que no era nada bueno para el bebé que venía en camino. Aitana, al verla, salió corriendo hacia ella.

—Ro tranquila, se partió la barbilla, cuatro puntos de sutura y arreglado. No le quedará ni marca.

—¡Ay, Dios mío! Por favor, mi princesa pobrecita mía, qué susto llevo encima... Qué susto me habéis dado, casi saco al bebé por la boca.

Como su turno había terminado ya, recogió sus cosas y se fueron las cuatro juntas. Por suerte, todo había sido un susto.

20.

Mandy estaba en un pub, había quedado con Daniel en que él se acercaría allí cuando terminara su turno a las doce. Se retrasó un poco, pues se le había complicado la noche con un problema de malos tratos.

Cuando llegó al pub a eso de la una, entró y vio a Mandy junto al resto en una de las esquinas, justo cuando se estaba acercando, algo lo hizo parar en seco.

Mandy estaba con Jaime, un papá divorciado de uno de los niños que ella trataba en el hospital con bastante asiduidad, pues el niño padecía una enfermedad de las consideradas raras.

El papá-divorciado en cuestión estaba que crujía y las tenía a todas babeando. Cuando Daniel los vio, Jaime acababa de unirse y se estaban saludando, él le estaba dando un beso a Mandy demasiado cerca de sus labios, pero que desde la perspectiva de Daniel más parecía un pico en toda regla. Se dio la vuelta de muy mala hostia y se fue a la barra.

Su cabreo era monumental, ¿pero qué se había creído el tiparraco ese? y a ella ya le valía, ¿por qué había seguido con él, tan encantada de la vida? No se lo esperaba, la verdad.

Mandy vio que Daniel estaba en la barra y se acercó risueña, cuando llegó a su altura, le fue a dar un beso en los labios y éste le apartó la cara.

—Pero, ¿qué coño te pasa? —dijo ella.

—¿Qué coño te pasa a ti? —le contestó con cara de muy pocos amigos.

—A mi nada, te acabo de ver, vengo a saludarte, que ya podía haberse dignado el señorito a venir... Y me encuentro con que me haces la cobra.

—Bueno, es que no me gusta ser el segundo plato de nadie.

—¿Qué gilipollices estás diciendo? ¿Pero tú de qué coño vas?

—¿Yo? ¿De qué coño vas tú, besuqueándote con todo el que se te acerca? Y porque me has visto, que si no ya me hago cargo de lo que habría pasado... —

le gritó a escasos centímetros de ella.

—Vete a la mierda, imbécil. No pienso tolerar tus putas insinuaciones y mucho menos tus celos de niño inseguro e inmaduro. ¿Pero quién mierda te has creído que eres?

Diciendo esto, se dio media vuelta para irse. Él la obligó a detenerse y la giró, quedando frente a frente.

—Que sepas que yo no soy ningún niño y mucho menos inmaduro. ¿Es necesario que te lo demuestre? —dijo apretando los dientes.

Ella se soltó de un tirón.

—Guarda tu chulería para cuando estés de servicio, conmigo no te dará resultado. ADIÓS.

Y dicho esto, se alejó hacia donde estaban sus amigos.

Daniel se quedó en la barra echando humo por las orejas. Joder, no se podía creer lo que le acababa de decir. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio cómo Amanda se acercaba a ese tío y le decía algo al oído. El sonrió y, dándole la mano, la sacó del local.

Los siguió al salir y vio indignado como los dos se metían en un coche y se largaban, dejándolo allí a él con cara de gilipollas.

Entró otra vez al bar y se pidió una copa.

Mandy estaba alucinando, con la reacción de Daniel se le habían quitado las ganas de seguir de fiesta y mucho menos con ese DON SEÑOR CELOSO mirando continuamente. Por eso le había pedido a Jaime que la acercara a su casa.

Pat, desde su esquina, se lo estaba pasando en grande viendo cómo Daniel se comía la cabeza con fantasmas estúpidos, después de que la loca de su amiga se hubiera largado con Jaime delante de sus narices. Vaya huevos también con la niña.

Pat se acercó a la barra.

—Hola, Daniel —le dijo acercándose por detrás.

El giró la cabeza y le devolvió el saludo

—Hola, Pat, ¿qué tal?

—Pues visto lo visto mejor que tú. Vaya par de gilipollas que sois.

—No Pat, no, por favor, no empieces tu también.

—Vale, me callo, pero sois tal para cual. Vamos, dos capullos en toda regla.

Mandy no podía dormir, primero por el cabreo que le había producido el ataque de celos del SEÑOR NADIE TOCA LO QUE ES MÍO y también por el viaje que emprendería a la mañana siguiente.

Ahora que recordaba no se lo había contado a Daniel. La verdad era que no sabía cuál sería su reacción y prefirió dejarlo para decírselo esa noche, solo que la llegada de él, justo cuando Jaime la besaba a escasos centímetros de sus labios, había hecho que no le diera esa información.

«Que se joda, eso le pasa por inmaduro e inseguro», pensó. En fin... Ya se enteraría, para eso era policía.

Daniel se fue a su casa con un sabor amargo. No le gustaba sentirse así, no soportaba que nadie se acercase a Amanda y mucho menos que la muy cabezota se le revelara.

Amanda se despertó temprano, la verdad era que no había dormido en casi toda la noche. Había estado dándole vueltas y vueltas y había tomado una difícil decisión.

Lo mejor sería dejar a Daniel, no estaba preparada para una relación a pesar de que lo quería. Pero él era un hombre muy celoso, los celos eran malos a lo largo de una relación y ella acababa de salir de una muy tóxica. No se permitiría cometer una vez más ese error, se alejaría de él aún con el convencimiento de que estaba cometiendo el error más grande de su vida. Sabiendo que atrás dejaba al hombre que hacía que mariposas azules revolotearan en su estómago. Pero debía hacerlo, sabía que debía hacerlo. Cómo continuar era otro cantar. Eso sería mucho más difícil.

Con tristeza hizo la maleta, tenía que coger el barco para ir a Ibiza y celebrar la despedida de Pat. Menudas ganas tenía su cuerpo de despedidas... Pero era su mejor amiga, no podía faltar y no lo haría.

Cuando bajó a la calle para coger un taxi e ir al puerto, lo vio allí, guapo como siempre, aunque con cara de pocos amigos, y apoyado en su moto. Levantó la cabeza y la miró mientras ella, arrastrando su maleta, llegó hasta él.

—Hola, Daniel.

—Hola, Amanda, ¿te vas? —dijo Daniel extrañado, pues le desconcertaba su marcha.

—Sí, voy al puerto a coger el barco, nos vamos a Ibiza a la despedida de Pat.

La tensión era patente entre ellos dos, ninguno se atrevía a tocar al otro. Daniel rompió el momento tenso pasando su dedo por el brazo de ella, con una leve caricia que a Mandy le hizo más duro el momento del adiós.

—Amanda, lo siento.

—¿Qué sientes, Daniel? —dijo Amanda con fuerza, elevando el tono de voz—. ¿Sientes haber dudado de mí? ¿Sientes haber insinuado que era una golfa? ¿Sientes haberme amenazado? O ¿Sientes haberme dejado marchar con aquel tipo y no venir tras de mí? ¿Qué es lo que sientes, Daniel?

Él la miró arrepentido, asustado. Intuía por la expresión de ella que nada bueno se avecinaba.

—Cariño, siento no saber controlarme cuando otro hombre está cerca de ti, siento que me vuelvo loco solo con que un desconocido te roce, siento no saber gestionar mi amor, siento estar loco por ti. Eso es lo que siento.

Mandy se tambaleó. Oír aquello le partió el corazón, aún más sabiendo cuál era su decisión, pero estaba dispuesta y no daría marcha atrás. Ese era el momento y alargarlo sería hacerlo más angustioso.

—Daniel, no puedo seguir con esto, te quiero pero no estoy preparada para una relación así y menos una relación contigo.

»Sabes que te amo pero eso no es suficiente, al menos para mí. Por eso es mejor que cada uno siga por su lado y si alguna vez el destino junta nuestros caminos, podamos ser capaces de mirarnos a la cara sin odio, sin rencor.

Apenas pudo contener las lágrimas mientras hablaba y tampoco era capaz de mirarlo a los ojos, le estaba costando un mundo ser coherente con su

decisión.

—Amanda, yo...

Ella lo interrumpió

—No digas nada, mejor no decir nada más. Suerte, Daniel, hasta siempre.

Y diciendo esto, levantó un brazo para parar un taxi. Se montó y sin mirar atrás, desapareció. Daniel la vio salir de su vida, notó como todo se oscurecía, su vida se acababa de convertir en una eterna noche sin luna. Sus ojos azules se hicieron profundos y se les apagó su intensa luz, esa que desprendían cuando ella se miraba en ellos.

Con ella marchaba la única mujer a la que había amado, la única mujer por la que tenía la certeza de querer más. Ahora solo quedaba una pregunta en su mente, ¿cómo seguiría sin ella? ¿Cómo podría acostumbrarse a vivir sin respirar el oxígeno que ella le daba?

Cuando llegó al puerto, antes de bajar del taxi, vio allí a las chicas. Estaban felices y emocionadas. Se tragó su pena, puso su mejor sonrisa y se juró a sí misma que no dejaría que sus problemas empañaran el fin de semana más esperado por todas.

Cuando las chicas la vieron llegar le riñeron, llamándola tardona y riendo, ajenas al drama que Mandy vivía en su corazón.

Subieron al barco destino Ibiza, a un fin de semana de desenfreno. Se habían prometido que pasara lo que pasase aquel fin de semana, en la isla se quedaría.

Cuando estaban a mitad camino, Mandy recibió un mensaje:

- No me diste oportunidad de hablar. Estoy seguro que para que no te convenciera.
- Te vas y te llevas mi oxígeno para respirar. Pero solo quiero decirte que por muy lejos que estés, siempre te amaré.
- Eres mi mariposa azul y seguiré corriendo detrás de mi amor
- TE QUIERO MARIPOSA.

Después de leer aquello, la que necesitaba aire para respirar era ella. Guardó el móvil a toda prisa en su bolsillo y salió a cubierta, tomó una bocanada grande de aire, al tiempo que su corazón se rompía en pedazos y las lágrimas brotaban sin ella poder remediarlo.

Pat se dio cuenta de ello y la observó en la distancia, lo de anoche no había terminado bien, pero dejaría que ella se lo contara, no invadiría su espacio, cuando Mandy estuviera preparada, se lo contaría.

Julia se había encargado de organizar la despedida, nos les había dado ni una pista, no sabían nada de a lo que se enfrentarían, pero desde luego estaban seguras que con Julia la diversión estaba asegurada.

Llegaron al puerto de Ibiza, Julia respiró y sonrió, adoraba aquel lugar en él se sentía libre, como en casa. Ibiza era una isla que acogía a todo el mundo con los brazos abiertos. Un lugar donde nada importaba, todo estaba admitido.

Desde luego era el sitio donde se perdería, de hecho, estaba barajando la posibilidad de trasladarse a vivir y trabajar allí. Lo único que la paraba eran las chicas, no le gustaba la idea de vivir lejos de ellas.

A lo lejos, el padre de Mandy las saludó indicándoles que se acercaran a donde él estaba. Al llegar, las chicas le abrazaron y le besaron. Éste cargo sus equipajes y se fueron dirección a Santa Eulalia, localidad donde se encontraba la casa de los padres de Mandy.

Tenían unas horas antes de anoecer y cerca de allí existía un rincón donde los atardeceres eran mágicos. La cala de Benirras, era quizás el mejor lugar de la isla para ver cómo el sol les decía poco a poco adiós y daba paso al momento mágico de la entrada triunfal de la luna y con ella la noche de Ibiza.

Llegaron pronto, cogieron unas tumbonas y se dispusieron a dejarse acariciar por el cálido sol de esas horas de la tarde.

Un rato después, Ro, cansada del viaje, se había quedado dormida y Julia estaba con un grupo de gente que se preparaba para actuar. Eran malabaristas con fuego y cada tarde preparaban el espectáculo que animaba los atardeceres de aquella cala.

Pat observó a Mandy con la vista fija en el horizonte, su mirada vacía y su semblante decaído le hacían saber que la cosa no pintaba bien. Acercándose a

su lado se sentó y le habló.

—Hola, bonita imagen la que ofrece este lugar...

—Sí —contesto, sin intención de hablar mucho más. Después, mirando a Julia continuó—. ¿Sabes?, miro a Julia y la envidio, envidio su filosofía, su saber apartar los sentimientos, ella sabe que así no sufrirá.

—Sí, pero siempre dijiste que en algún momento eso se le volvería en su contra.

—No sé, pero me gustaría ser así

—¿Qué pasó, Mandy? —Ella suspiró, no podía ocultar por más tiempo algo así a su amiga.

—He dejado a Daniel. —Suspiró de nuevo y siguió—. Lo amo como nunca seré capaz de volver a amar, pero no puedo seguir a su lado. Sé que es difícil de explicar.

—¿Por qué no lo intentas? —dijo Pat entristecida por la situación, Mandy sufría y era su amiga, como también le constaba que Daniel estaría destrozado y él también era su amigo.

—No estoy preparada, él es celoso, posesivo y a mí me asusta. No quiero volver a sufrir y sé que con él acabaré haciéndolo.

—Claro, por eso lo dejas y sufres ya directamente. Muy inteligente.

Desde lo sucedido con Álvaro no habían tenido tiempo de hablar, por lo que Pat le contó su encuentro con Daniel, su desespero por encontrarla y todas sus conversaciones.

—Como verás —dijo Pat al acabar—. Ese hombre está loco por ti. No tiene sentido que estéis separados.

Mandy le pasó el teléfono con su último mensaje, las lágrimas rodaban por sus mejillas, Pat leyó y con el ceño fruncido le devolvió el teléfono, al tiempo que se levantaba y le decía.

—Soy tu amiga y estoy por ti siempre, pero eso no quita que piense que eres una cobarde y que no te mereces un amor como el que Daniel te brinda.

Dando media vuelta se largó, dejando a Mandy destrozada. Ro, que medio

dormida lo había escuchado todo, le puso una mano en el hombro y, acariciándola, le dijo

—Cariño, es normal que tengas miedo, no se nos puede olvidar todo lo que has sufrido. Yo, en contra de la opinión de Pat, te digo que no eres cobarde, estás asustada, eres una mujer herida, ese cabrón te dejó marcada. Por eso no te preocupes, haz lo que tengas que hacer. Si Daniel te quiere, volverá a por ti. —Dándole un beso en el pelo, le tendió la mano para levantarse—. Pero eso sí, yo no me enfrenté a mi Alberto por venir aquí para oír lamentos, quiero azúcarrrrrr, así que al lío, vamos, amor.

Mandy sonrió y siguió a su amiga, estaba orgullosa de ellas, tan diferentes pero tan especiales. Por ello no las defraudaría, a fin de cuentas le quedaba toda la eternidad para llorar su desamor.

Vieron el atardecer y de vuelta a casa pasaron por una tienda de tatuajes. Mandy no se lo pensó dos veces. Les dijo a sus amigas que se adelantaran y se decidió. Amaba a Daniel, que no pudiera estar con él no significaba que no lo amase y ya que, para él, ella era una mariposa azul, ella se tatuaría esa mariposa para no olvidar jamás.

A la mañana siguiente, Roberto las acercó al pueblo de Ibiza, las chicas harían unas compras y después se irían a la fiesta del bravo que tenían preparada.

Cuando paseaban por las calles, observaron divertidas a un chico en tanga con un cuerpo de impresión. Ellas reían cuando se les aproximó y, en un visto no visto, el chico se acercó a Pat y ¡plass! le puso las esposas y quedó atado a ella.

Todas se quedaron paradas mientras Julia se partía de risa y todo el que pasaba les miraba. Pat, muy pero que muy cabreada, miró a Julia.

—¿Se puede saber qué significa esto?

Julia no podía parar de reír por lo que el chico se pronunció.

—Hola, soy Rodrigo y desde este momento hasta que amanezca voy a ser algo más que tu sombra. Te aseguro que vamos a disfrutar.

—¡!!!!Y una mierda!!!! —dijo Pat tan alterada que empezaba a deslumbrar

el humo saliendo de sus orejas—. Julia, dile a Rodrigo que me quite las esposas antes de que diga ya.

Julia seguía divirtiéndose. Cuando contrató los servicios de Rodrigo no imaginó una escena tan divertida.

—Venga Pat, estate tranquila, si el chico es una maravilla y no tiene desperdicio, no te enojas mujer.

Ro estaba tan alucinada mirando aquel cuerpo que sólo atinó a decir. «Si queréis esposármelo a mí, no tengo problemas»

—Vamos a ver —dijo Julia—. Querías una despedida diferente, ¿no? Pues aquí la tienes.

—La próxima vez que te cases no dejes que Julia organice, ya la conoces, hay que temerla —dijo Mandy.

—Vale, ¿por qué no nos sentamos a tomar unas cervezas y lo hablamos?

—Ok, pero yo no me muevo con este tío esposado.

—Pues va a ser difícil guapa, mi colega tiene la llave y hasta mañana cuando amanezca no vuelve con ella. Te acostumbrarás a mí, corazón, todas lo hacen —dijo Rodrigo divertido y con ganas de pasarlo bien, aunque eso sí, no con la chica esposada a él sí no con la rubia organizadora del evento.

Así fue como, refunfuñando, fueron a un bar cercano para tomar unas cervezas. Una vez allí, Julia les explicó que Rodrigo permanecería con Pat todo el día, por lo que le aconsejó a su amiga que hiciera buenas migas con él, pues serían muchos minutos a su lado. Pat se relajó y aceptó la situación, no sin antes jurar que cuando Julia se casara ella se vengaría.

Estaban a punto de comer y Pat ya no podía aguantar más, llevaba haciéndose pis toda la mañana y con las cervezas tomadas, su vejiga iba a explotar, pero ir con Rodrigo le daba corte. Aún con el puntillo que le daba lo bebido, le daba un corte de miedo. Así que sin pensarlo mucho le dijo.

—No aguanto más

Rodrigo río y haciéndose el despistado dijo.

—Pelirroja sé que soy irresistible, ¿pero aquí, delante de todos?

—Lo que eres es gilipollas. Me estoy haciendo pis.

Él río al tiempo que decía.

—Acabáramos... Pues yo te acompaño a ti y luego me acompañas tú a mí.

—¡¿Cómoooooo?! —gritó Pat.

—Pues que yo no hago pis pero sí meo, y de pie. Vamos, muñeca —y tiró de ella para que se levantara.

El cachondeo en la mesa fue generalizado cuando los vieron a los dos desaparecer rumbo a los aseos. Cuando volvieron, su vejiga estaba vacía pero la situación había sido muy violenta.

Habían llegado al baño, menos mal que no había nadie.

—¿Y ahora, qué?

—Pues cariño, lo que viene siendo lo normal, bajas las braguitas, te sientas y lo dejas salir

—Idiota —le dijo ella mientras que con la mano libre se bajaba la bragueta y se sentaba—. Juro que esta me la paga, ni se te ocurra mirar.

Lo dicho, el momento más incómodo de su vida. Por no mencionar cuando ella estuvo a su lado mientras él hacía lo propio, sólo pedía a dios que fuera de esos hombres que tenían su momento justo cuando se levantaban.

Por la tarde llegaron al barco. En él les estaba esperando Iván, el capitán y el otro hombre que las acompañaría en su noche de despedida. Cuando las chicas lo vieron se quedaron pasmadas, estaba visto que Julia no conocía hombres por debajo del nueve de calificación.

Una a una fueron subiendo a cubierta ayudadas por Iván, que les tendía su mano para cogerlas y después les daba dos besos como bienvenida.

Cuando fue el turno de Julia, éste le tendió la mano y cuando le iba a dar dos besos, ella buscó los suyos y le dio uno en los labios. Sonrió seductora, le guiñó un ojo y le dijo

—Grumete, vamos a tener una buena travesía. ¡Capitán, o mi capitán! — Terminó cuadrándose con el saludo acostumbrado en estos casos.

En el barco tenían de todo, bebida, música, nata y espuma, por lo que la fiesta fue brutal y el alcohol corrió por sus venas. Para sorpresa de Pat, en cuanto el barco zarpó, Rodrigo se desesposó de ella y por fin empezó a disfrutar.

A altas horas y justo después de la que se había liado con el momento espuma, en el que todos habían quedado calados, Pat se había tumbado en una hamaca y se había dormido, Julia había desaparecido con Iván y Rodrigo, Mandy estaba sentada y Ro, al verla, se acercó.

—¿Cómo lo llevas, corazón?

—Bueno, a ratos... Pero cada vez más convencida de que hice lo correcto.

—Cariño, date un tiempo. El paso de los días te hará ver las cosas con más claridad, verás como todo se va poniendo en su sitio. Ahora me voy a tumbar un rato que estoy destrozada.

Amanecía ya y Mandy estaba sentada en cubierta observando ese mágico momento que le recordaba a los amaneceres al lado de Daniel. ¿Cómo podía extrañarlo tanto?

Julia salió del camarote y se sentó al lado de ella con una cerveza.

—Ufff qué noche, Mandy. ¡Qué noche!

—¿Sabes Julia? Me gustaría ser como tú.

—Ya, pero gracias a Dios no lo eres. Mandy, aprovechando que estoy bebida y que nadie nos oye, te voy a decir algo que nunca más repetiré y que siempre juraré no habértelo dicho. Si en mi vida hubiera aparecido un hombre que me amara como Daniel te ama a ti, yo me ataría a él y no lo dejaría marchar.

»Pero tú y solo tú te tienes que dar cuenta de ello, y convencerte a ti misma que con el miedo no se vive. Sé que un día conseguirás no poner nombre a los sentimientos y les darás la oportunidad de salir y demostrarte que eres capaz de amar. ¡Ufff! Qué profunda me pongo a estas horas después de una noche de juerga, me voy a nadar para que se me pase.

Diciendo eso, se desnudó y se tiró al agua.

¡Joder con su amiga!

21.

Un Daniel abatido esperaba la llegada de Sam en un bar cercano a la playa. Tan solo hacía unos días que Amanda le había dicho adiós y él no encontraba la forma de retomar su vida, no sabía cómo plantearse la existencia sin ella.

Recordaba el arrebato de furia que le dio cuando ella desapareció en el taxi, sabía que estaba tan jodida como él, esas semanas con ella le habían bastado para darse cuenta de que Mandy, muy a pesar de lo que le intentaba demostrar, también sentía cosas muy fuertes hacia él.

Ese arrebato descontrolado lo llevó hasta el bar de la comisaría, necesitaba tomar algo, era temprano pero su cuerpo le pedía alcohol, para poder curar el escozor que sus palabras le estaban produciendo en lo más hondo de su alma.

Estaba allí bebiendo cuando vio entrar a Lucía, tan irresistible como siempre. Pensó que ella era el cuerpo que estaba necesitando e intentó olvidarse del Daniel enamorado que le estaba dando tantos sinsabores, y rescatar al Daniel anterior, donde todo era tranquilidad y disfrute.

Su compañera se había apoyado en la barra y desde allí lo miraba con una media sonrisa, una sonrisa a mitad de camino entre la picardía y el descaro. No se acercó a él; sabía que Daniel tenía dueña, una mujer a la que por descontado envidiaba por haber sabido sacar al Daniel que ella buscaba desde que lo conoció.

Daniel se acercó lentamente, con una mirada dura, penetrante... Una mirada que hizo que Lucía intuyera que nada estaba bien.

—Hola, cuerpo del pecado —le dijo él.

—Hola, Daniel, un cuerpo al que por lo visto ya no quieres tener acceso. Lástima, porque sigue esperando su recompensa.

—Bueno, pues tu cuerpo está de suerte, hoy el mío se siente con ganas de saldar sus deudas.

Lucía se quedó atónita, ¿pero que estaba diciendo? ¿Se había vuelto loco o

en realidad no era el hombre que ella creía conocer?

—Vamos a ver guapísimo, mi cuerpo encantado de sudar junto al tuyo pero, aunque me gusta el sexo y tú me gustas más aún, sabes que mi norma sagrada es nada de hombres que pertenezcan a otras mujeres.

—Una norma que te honra, sí señora. Pero que no tiene nada que ver conmigo.

—Daniel, habla clarito que nunca me fueron las adivinanzas. ¿Estás intentando decirme que ya no estás con esa mujer a la que amabas tanto y por la que fuiste capaz de saltarte todas las reglas?

—Bingo señorita, además de estar buenísima es usted listísima.

—Pero no entiendo...

Daniel se acercó más a ella, a una distancia peligrosa para Lucía, que nunca podía controlar sus hormonas cuando Daniel se acercaba tanto a su piel y, poniéndole un dedo en sus labios, le dijo:

—Nada tienes que entender, te vale con saber que no estoy con nadie, que vuelvo a ser el Daniel de antes y que mi cuerpo arde en deseos de sudar con el tuyo. Así que dime, ¿en tu cama o en la mía?

Lucía no podía salir de su asombro. Le podía la curiosidad de saber qué había podido pasar, pero pensándolo mejor, le podían más las ganas de volver a tener sexo del bueno con Daniel.

—En mi casa, dentro de dos horas. Ya sabes dónde está la llave y te estaré esperando en la bañera, no se te ocurra tardar o dejarme plantada porque te prometo que tu SEÑOR PISTOLA DE ACERO, pasara a ser el MUCHACHO PISTOLA DE PLASTICO.

—De acuerdo, no faltaré, quiero seguir con pistola de acero cariño, no lo dudes.

Dándole un beso en los labios y una palmada en el culo, cogió las llaves de la moto de encima de la barra y se largó. Ir a tener sexo con Lucía iba a ser un gran error, él lo sabía, pero su desesperación se negaba a aceptarlo.

Llegó, cogió la llave de dentro del cuadro de contadores y abrió la puerta, se conocía la casa de Lucía lo suficiente como para saber dónde estaba el

baño. Escucho una música tenue y se acercó. Al abrir la puerta allí estaba ella, desnuda dentro del agua y el baño con unas cuantas velas como única iluminación.

Lucía había llegado antes poniendo una excusa a su jefe y había organizado el momento con sumo cuidado. No sabía por qué había montado ese marco de seducción, pues sabía de sobra que con Daniel no funcionaría, pero su cuerpo se lo pedía, necesitaba por una vez tener con el algo más que sexo, aunque solo fuera por una vez.

—¿Y todo esto es por mí?

—No seas tan creído, solo me gusta darme el lujo de bañarme así, tu eres solo el broche perfecto.

—Me alegro. No estoy para momentos románticos, muñeca. Quiero sexo y si es duro mucho mejor.

La decepción se apoderó de ella, se sintió tonta, pero, ¿qué se esperaba? Aun así, sonrió y miró como él se desnudaba con prisa, vio su cuerpo del delito pidiendo a gritos ser utilizado y le hizo un hueco en la bañera.

Daniel entró. Por una décima de segundo recordó los baños en Mikonos con Amanda y todo él sintió un escalofrió que hasta Lucía percibió. Cerró los ojos y se dijo a si mismo que podía hacerlo, solo era cuestión de romper el hielo, una sesión de sexo con su antigua compañera de cama le bastaría para poder seguir.

Sin darse cuenta, la bañera era un amasijo de brazos y piernas, el suelo del baño estaba completamente inundado, pero por suerte la bañera era grande, por lo que Daniel cogió a Lucia y la puso encima de él. Le agarró el pelo, lo estiro con fuerza y la penetró. Ella se movía buscando más profundidad y disfrutando de cómo, con esa dureza, él la estaba llevando a las puertas de un orgasmo intenso y repentino.

Cuando Daniel llegó al orgasmo, no puedo evitarlo y sin poder contenerse sus labios dijeron:

—AMANDA.

Lucia no podía dar crédito a sus oídos. Enfadada dio un salto y salió de la bañera, le tendió una toalla de malas formas y le dijo:

—Fuera de mi vista. ¡¡Cabrón!! Pero, ¿tú qué coño te has creído? Es el colmo, vale que nunca quisieras sentimientos conmigo, vale que solo buscaras sexo, vale que aceptara todo eso. Pero te equivocaste conmigo, gilipollas, no voy a consentir que uses mi cuerpo para que tengas un orgasmo pensando en otra. Eres un rastro y no quiero saber más de ti. ¡¡¡¡Vete!!!!

Daniel estaba avergonzado, sabía que ella tenía razón. Era verdad, se merecía que lo echase y no lo volviera a mirar a la cara.

—Lucía perdón, yo...

—F U E R A —dijo ella, deletreando cada letra—. Y por favor, no oses ponerte delante de mí en un tiempo. Me siento demasiado humillada.

Daniel asintió y en silencio se vistió. Salió de casa de Lucía sintiéndose mal, avergonzado. El tema se le estaba escapando de las manos. ¿Qué le estaba pasando? Él no era así, definitivamente tenía que tomar medidas.

Se encontraba sumido en sus recuerdos cuando llegó Sam.

—¿Qué pasa, nano? —le dijo Sam chocando su mano.

—Pues tú dirás, porque lo que se refiere a mí mal, no sé por dónde tirar.

—Ya me puedes estar contado por qué tienes a Lucía tan cabreada, nunca la vi reaccionar como lo hizo ayer cuando escuchó mencionar tu nombre.

Daniel le contó a Sam lo que le había pasado con Lucía y lo arrepentido que estaba de su estúpido comportamiento.

—Daniel, no puedes seguir así, tienes que tomar las riendas de tu vida. Ya luchaste por ella, ya os disteis una oportunidad, ella te dijo que se marchaba y que no podía continuar, y si quieres mi opinión de todo esto, creo que debes darle un tiempo, ella es una mujer herida, su experiencia con los hombres no es que se pueda calificar de grata y está asustada. Si tú en su día te permitiste el lujo de asustarte e huir, dale a ella ese mismo tiempo. Pero asume que nadie tiene que pagar tus platos rotos.

—Joder, Sam, me dejas alucinado. Ojalá yo tuviera las cosas tan claras.

—¿Yo, las cosas claras? Y un cuerno, Maribel se va dentro de una semana y la rubia por lo visto no me quiere volver a ver. Y yo sigo entre esas dos mujeres. Si eso es tenerlo claro ya me dirás tú lo que es tenerlo jodido.

Los dos amigos siguieron hablando largo y tendido. Lo cierto era que últimamente las cosas no estaban siendo fáciles para ninguno de los dos.

Por la noche, después de la conversación con Sam, tomó dos decisiones. Primero se disculparía con Lucía, era una buena chica y no se merecía su comportamiento.

Y después se dijo a si mismo que amaba a Amanda demasiado como para olvidarla, por lo que le daría tiempo y espacio. Pero eso sí, se lo haría saber. Ella tenía que ser consciente que él seguía allí. Buscó por internet una floristería e hizo dos encargos.

El primero, una orquídea a la que añadió la siguiente nota.

«Lucia, aunque no me merezca tu perdón, quiero que sepas que es cierto. Nunca tendría que haberme acostado contigo para olvidar a otra. Pero si estas dispuesta a perdonarme te ofrezco lo único que en estos momentos soy capaz de darte. Mi amistad.

¿Querrás ser amiga de este pedazo de cabrón?

Sabes que te quiero, siempre fuiste importante para mí. Daniel».

Se la envió a comisaria. Esperaba que al menos no fuera tarde para recuperar su amistad.

El segundo encargo fue un ramo de tulipanes azules con una mariposa y añadió la siguiente nota.

«Una mariposa dañada necesita de alguien que le ayude a curar sus alas para poder volar libre sin miedos.

Decirte que aunque te fueras y me dijeras adiós, no dejaré de perseguir el amor de mi mariposa. Esperaré por ti el tiempo que haga falta, pero no tengas miedo de volar hacia mí, yo aún respiro gracias a ti».

Y se la envió al hospital, no sabía que horarios tenía y el hospital era un sitio seguro para que las recibiera.

Las chicas llegaron a puerto después de pasar unos maravillosos días en Ibiza, la despedida había sido bestial y todas estaban maravilladas, todas

menos Mandy, que seguía un poco decepcionada por la ausencia de alguna clase de insistencia por parte de Daniel y asustada, por si no pudiera ser capaz de vivir con la decisión que había tomado.

Lo extrañó mucho cuando, desde cubierta, visualizó a Álvaro, Alberto y Aitana esperando su llegada. Si era sincera con ella misma, le hubiera gustado que allí hubiese estado Daniel. Pero se lo tenía merecido, a fin de cuentas era lo que ella quería.

Se reunieron con ellos y se fueron a comer todos juntos para ponerse al día de todo lo que se podía contar, eso estaba clarísimo. Como había dicho Julia, lo que pasó en el barco... En el barco se quedó.

En un momento que Álvaro y Mandy se quedaron solos, éste le hablo.

—Mandy, cariño, se te ve triste.

—No, Álvaro, es cansancio nada más y un poco de nostalgia de haber dejado allí a mis padres.

—Estuve con Daniel.

Mandy le lanzó una mirada mezcla de miedo, curiosidad y preocupación.

—Y... ya sabrás que lo dejé antes de ir a Ibiza.

—Ese hombre te quiere, Mandy. Está destrozado y por lo que puedo ver, tú también.

—Bueno, es normal, los dos nos queremos pero no podemos ser felices juntos.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Cien por cien —contestó Mandy mientras el resto se les unían, por lo que se vio liberada de continuar aquella conversación con Álvaro.

Al día siguiente de su llegada de Ibiza y, a solo quince días de la boda, Mandy llegó al hospital para una guardia de veinticuatro horas. Era terrible, con todas las cosas que le quedaban por preparar, tener que estar allí metida tantas horas.

Era un momento tranquilo en la guardia y Mandy estaba revisando unos informes cuando llamaron a la puerta.

—Sí, adelante —dijo Mandy.

La puerta se abrió y un chico jovencito con un ramo de tulipanes azules y una mariposa sobre ellos apareció, dejando el corazón de Mandy galopando a cien por hora, como saliendo de un pecho que resultaba demasiado pequeño, y la boca abierta sin poder articular palabra alguna.

—¿Doctora Amanda? —preguntó el chico.

En eso, José entraba por la puerta.

—¡Madre del amor hermoso, mi niña! Dios da pañuelo a quién no tiene mocos... ¿Por qué no podré yo enamorar a un hombre para que me mande flores, bombones y viajes a las Bahamas?

El chico se volvió riendo hacia José y guiñándole un ojo le dijo:

—Porque el mundo está lleno de ciegos que no quieren ver...

Le entregó el ramo y le dio la plantilla para que firmara la entrega. José firmó mientras le decía:

—Mañana a las nueve acaba mi turno. Si quieres, estaré encantado de recoger tus flores y comprobar que tú no estás ciego.

Y se volvió hacia Mandy, que fue incapaz de reaccionar, se había quedado perpleja. José le tendió el ramo y ella lo cogió temblorosa. Leyó y relejó la nota, tragó saliva y evitó parpadear para que las lágrimas no rodaran por sus mejillas.

Definitivamente, Daniel no se daría por vencido y eso, sin ella poderlo evitar, le alegró el corazón.

Meditaría durante la guardia y quizás, solo quizás, cuando al día siguiente saliera, le mandaría un mensaje dándole las gracias.

Daniel y Sam estaban patrullando por una de las zonas más pobres de la ciudad cuando escucharon por radio el aviso a los bomberos, pues un viejo edificio se estaba derruyendo.

Acudieron rápido, pues estaban a una manzana de allí. Cuando llegaron, se encontraron un antiguo caserón en llamas y a una mujer de mediana edad con

un ataque de ansiedad, pues su hijo de cinco años estaba atrapado en el incendio.

Daniel no se lo pensó dos veces:

—Sam, voy a entrar.

—Daniel es una locura, no tienes equipo necesario, hay que esperar a los bomberos.

—Sabes mejor que yo que a éste lado de la ciudad los bomberos tardarán más de media hora en llegar. El niño no lo resistirá.

Diciendo esto, se quitó la camisa y pidió que se la empaparan en agua. Se la anudó en la cara y se metió en el caserón en busca del niño. Cuando entró no vio nada y no pudo escuchar más allá del latido de su corazón, el chispear del fuego y el crujir del edificio.

—¿Chaval, puedes oírme?

Nadie contestó. Daniel avanzaba como buenamente podía, aunque no era capaz de saber dónde se podría encontrar el niño. Estaba perdiendo la esperanza cuándo le pareció oír un llanto.

—¿Chico, me puedes oír? Vine para ayudarte. ¡Contesta, por favor!

Pasaron unos segundos que se hicieron interminables, pues el tiempo corría en su contra, cuando pudo oír una vocecita que pedía socorro. Anduvo como pudo hacia la voz y allí encontró a un niño rubio, asustado, llorando y casi sin poder respirar.

Se quitó la camisa de la cara y se la tendió al niño para que pudiera respirar mejor.

—Chaval, ahora vamos a encontrar la salida y te llevaré con tu mamá. Cógete bien a mi cuello y no tengas miedo, lo peor ya pasó, confía en mí.

El niño se agarró a su cuello y Daniel empezó a buscar la manera de salir de aquel infierno. No le estaba resultando fácil, cada vez había más humo y más llamas. Pudo ver una luz y le pareció oír el sonido de las sirenas. Anduvo como pudo hacia ese lugar y cuando llegaba, vio la linterna de uno de los bomberos.

Cuando estaban saliendo, el caserío comenzó a derrumbarse y uno de los

casco alcanzó a Daniel, haciendo que cayera inconsciente al suelo.

Sintió un golpe, dolor y de repente paz, tranquilidad... Todo estaba oscuro y, poco a poco, una luz fuerte y muy blanca apareció ante él y se sintió feliz, relajado, con una sensación de estar flotando, como si estuviera sin gravedad. A lo lejos vio a Manuel y a Juanan que le llamaban, le pedían que fuera a su lado. Comenzó a caminar hacia ellos, quería volver a estar con su hermano, lo extrañaba tanto que no veía el momento de llegar a su lado.

De pronto vio un montón de mariposas azules que llamaron su atención y se giró para observarlas. Eran bellas, de una belleza que traspasaba la luz y fue en ese preciso instante, cuando empezó desesperado a buscar a Amanda. Se asustó, no la veía y notó como una mano tiraba de él. Escuchó a Sam y después todo fue silencio y oscuridad.

Sam lo vio caer y gritando que alguien llamara a una ambulancia, corrió.

—Vamos amigo, aguanta. Aguanta Daniel por favor, aguanta.

La ambulancia llegó y atendieron a Daniel, que había inhalado mucho humo y sus constantes no eran muy buenas.

Mandy estaba a punto de terminar su turno cuando, de pronto, algo extraño le pasó. Una punzada de dolor atravesó su abdomen, sintió que su pulso se aceleraba y tuvo un presentimiento muy malo que no la dejaba respirar. Tuvo la necesidad de salir corriendo a la puerta para tomar aire. Le era imposible hacer entrar el oxígeno a sus pulmones.

Estaba Mandy saliendo por la puerta de urgencias cuando su mundo se ensombreció y todo empezó a pasar a cámara lenta. Una ambulancia llegaba a la puerta, seguida de un coche patrulla. Del patrullero vio bajar a Sam muy asustado y, cuando se abrieron las puertas de la ambulancia, vio como los camilleros bajaban a un policía inconsciente. Ese policía era Daniel.

Se le fue la luz de sus ojos y todo empezó a darle vueltas cuando las palabras «Daniel ha muerto» llegaron a su mente. En ese preciso momento el cuerpo de Mandy cayó a tierra.

22.

Faltaban solo quince días para la boda y Pat estaba de los nervios. Aunque todo estaba ya organizado y no faltaba nada, ella tenía unos nervios que no la dejaban vivir tranquila.

Esa tarde, estaba con Álvaro en casa repasando la lista de los asistentes y dando un último vistazo a la música que habían elegido para cada momento. Álvaro se le acercó para darle un mordisquito en la oreja y Pat saltó como un muelle.

—Cariño, por favor, ¿se puede saber qué te pasa? Estás tensa y fría, más fría conmigo que un témpano.

—Ay cielo, no lo sé... Pero es que tengo un mal presentimiento, no me preguntes por qué, pero lo tengo. Además, a estas horas Mandy ya debería haber llegado, le dije que no se demorara porque me tenía que acompañar a la última prueba de peluquería.

Pat miraba el móvil cada dos minutos.

—Pero Pat, por mucho que mires no llamará antes y si estaba de guardia en el hospital... Pues ya sabes que puede pasar cualquier cosa.

—Sí, lo sé, pero me hubiera avisado, Álvaro. Aquí está pasando algo.

—Mujer, no seas exagerada —diciendo esto sonó el teléfono—. ¿Ves? Ya te avisa.

—Sí, salvo que es Julia la que llama —dijo al tiempo que atendía la llamada.

Pat escuchó en silencio todo lo que Julia le contó y no pudo contener el gesto de miedo que se reflejaba en su cara. No le salían las palabras, lo único que pudo decir fue:

—De acuerdo, vamos para allá.

Colgó y se quedó callada mirando a Álvaro. Éste, ya nervioso de verle la cara y su estado, le dijo con tono apremiante:

—¿Me puedes decir qué te dijo Julia? ¿O vas a seguir con esa cara de pasmo mucho rato más?

Pat intentó reaccionar y cuando fue capaz, le explicó:

—¡Te dije que algo iba mal y mira si tenía razón!

—¿Pero me lo puedes explicar de una puta vez? ¡Joder, me estás poniendo nervioso!

—¡Ay, Álvaro! Sam llamó a Julia... Daniel tuvo un accidente y está inconsciente en el hospital. Le pilló el derrumbe de un edificio y aún no saben la magnitud de las heridas. Mandy lo vio entrar y se desmayó, por lo que la tienen en observación también. Te dije que tenía un presentimiento, te lo dije, es esa maldita sensación que tengo cuando algo malo pasa, la misma que tuve el día del accidente de avión.

Álvaro la abrazó, la consoló y cogiendo el bolso de ella, la llevó hacia el coche para llevarla al hospital. Pat, de camino llamó a Alberto. Rocío estaba embarazada y lo mejor sería no darle sustos innecesarios, cuando ya se supiera todo, entonces hablarían.

Llegaron a la puerta de urgencias y allí se encontraron a Julia muy nerviosa.

—Hola, Julia, cariño, ¿dónde está Mandy? ¿Qué le ha pasado?... ¡¡Hay Dios mío, que en quince malditos días me caso!!

Julia miró a Álvaro y le dijo:

—¿Le das una hostia tú o se la doy yo? Te quieres calmar nena, todos estamos nerviosos y por suerte la que se casa eres tú y estás enterita. No me vengas jodiendo con ponerte histérica, que eso ya le tocará hacerlo a Ro cuando se entere.

Fue Álvaro el que habló:

—Pat amor, tranquilízate y podremos averiguar qué pasó.

Julia les explico que le había llamado Sam para avisarla, pero que poco más se sabía, pues tampoco él estaba muy informado. Se metieron dentro y, apunto estaban de preguntar en recepción, cuando vieron a Andrés.

—Hola, rubia, tranquila. Mandy está bien, está en observación. Venid y os

llevo con ella.

Sam vio a Amanda caer al tiempo que él bajaba del coche patrulla y sacaban a Daniel de la ambulancia. Fue corriendo hacia ella, pero cuando llegó ya se la encontró en el suelo. Salieron unos camilleros y se la llevaron para dentro, y ahí se quedó él. Menudo panorama, su amigo herido sin saber la gravedad y la mujer de la que su amigo estaba enamorado desmayada, ¿qué más cosas podían pasar?

Cogió el móvil y llamo a Julia. Sabía que para Mandy, las chicas eran su familia y por lo que pudiera pasar, mejor que estuvieran con ella.

Mandy se despertó en un box de observación, tenía un tensiómetro puesto y se encontraba mareada, tenía la boca muy seca. La enfermera la vio abrir los ojos y avisó de inmediato al doctor, que enseguida se acercó a ella.

—Hola, Mandy, ¿cómo te encuentras?

—Hola, Javier, ¿qué hago aquí?

—Lo único que sé es que estabas en la puerta de urgencias y sin motivo aparente perdiste el conocimiento. Cuando llegaste aquí dentro, seguí el procedimiento habitual. Pedí analíticas y comprobé tus constantes, que por cierto están bien, y el resultado de la analítica lo acabo de recibir.

—Y.... ¿Se puede saber por qué me miras así?

—Deduzco que no lo sospechas...

Mandy se quedó con cara de intriga mirándolo al tiempo que, elevando la ceja, le instaba a que siguiera hablando.

—Mandy, estás embarazada de cuatro semanas, por eso se te ha disparado la tensión. Imagino que no tenías ni idea.

Mandy cerró los ojos y las lágrimas comenzaron a rodar. No podía ser posible, ¿cómo podía estar embarazada otra vez y justo ahora que no estaba con Daniel?

Daniel... De pronto lo recordó todo.

—Daniel, ¿dónde está Daniel? ¿Qué paso con él? No me digas que está

muerto. Por favor Javier, dime que no lo está.

— Mandy, por favor, tranquilízate, no sé de qué me estás hablando.

Mandy lo miró y se dio cuenta de que le debería explicar a Javier un poco las cosas si quería que éste la entendiera. Le contó lo último que recordaba y le pidió por favor que fuera a informarse si no quería que lo hiciera ella misma. Él la tranquilizó y le dijo que saldría a informarse de todo y volvería.

Y así fue como Mandy se quedó allí, sola y acostada. Instintivamente, posó su mano en el abdomen. Respiró hondo y sintió que, por alguna extraña razón, Daniel seguía allí con ella.

Antes de que volviera Javier, apareció por allí Andrés, seguido de Julia, Pat y Álvaro. Pat corrió hacia ella, y llorando se abrazó.

—Mandy, cariño, me diste un susto de muerte, ¿qué te pasó?

—Pat, ¿puedes dejar de ser tan novelera y dejar que se explique? —dijo Julia.

Mandy sonrió, esas dos siempre estaban igual. Les contó que había sido una bajada de tensión debido a la impresión de ver pasar a Daniel en la camilla. Se guardó para sí la noticia del embarazo, no quería que nadie supiera nada aún, no era ese el momento más idóneo para dar ese tipo de noticia.

Javier regresó al rato con noticias. Les comentó que el policía por el que Mandy preguntaba, estaba estable. Tenía varias contusiones, tenía ayuda cardio-respiratoria debido a la cantidad de humo que había inhalado y un pequeño hematoma en la cabeza, del cual esperaban que con medicación, en unos días desapareciera y de no ser así, le intervendrían.

Mandy pidió verle y Javier le dijo que no había problema, siempre y cuando tuviera consciencia de lo que habían hablado entre ellos, haciéndole prometer que antes de que acabara su turno, tomarían un café juntos.

Mandy entró despacio en la habitación, su corazón palpitaba a toda velocidad cuando abrió la puerta y lo vio allí, en la cama... Parecía que durmiera plácidamente.

Se acercó a él y le acarició la mejilla, después le cogió la mano y lloró, lloró todo lo que no había llorado esta última semana. Lloró porque no sabía que sería de ellos. ¿Qué pasaría ahora?

Ya habían pasado diez días y Mandy seguía preocupada. Aunque la médica que lo trataba le había dicho que todo estaba bien, que el hematoma estaba reabsorbiéndose con la medicación y que después del Tac que le harían ese mismo día, si todo estaba bien, le quitarían la sedación, ella seguía intranquila.

El Tac resultó perfecto y le retiraron la sedación, ya solo faltaba que por sí solo, Daniel fuera despertando. Mandy lo observaba, hablaba con él en voz alta, igual que llevaba haciendo desde hacía diez días. No se había querido mover de allí, bajaba solo para hacer su turno y volvía a subir rápidamente, durmiendo a ratitos.

—Cariño, tienes que despertar, aunque no sé si ahora te gustaría tanto verme, debo de tener una pinta penosa... En cambio tú estás impresionante, tu barba comienza a salir y me gusta. Amor, tienes que despertar, tengo algo que contarte y estoy más que segura que la noticia te encantará. ¿Sabes qué?... Hay un pequeño saltamontes creciendo dentro de mí. Por eso tienes que despertar, estoy segura de que a nuestro pequeño saltamontes no le gustará tener un papi que siempre esté dormido. Daniel despierta, TE AMO.

En esos momentos, Daniel notó una sensación como de vuelta a la realidad, se sentía aturdido, mareado, le dolía la cabeza y quería abrir los ojos, pero no podía... Le pesaban demasiado.

Fue entonces cuando Mandy, que acababa de recostarse en el sofá y cerrar los ojos, lo escuchó:

—Definitivamente he muerto y estoy en el cielo, acabo de escuchar la voz de un ángel, mi ángel de alas azules. Pero no puedo verla...

Mandy se levantó corriendo al oírlo.

—Daniel, amor, Daniel, ¿puedes oírme? ¿Puedes verme?

Daniel levantó una mano y, poniéndola en su trasero, dijo:

—Puedo oírte y puedo tocarte, en cuanto pueda verte seré un hombre completo.

Poco a poco fue abriendo esos bonitos ojos azules, que cuando miraron a Mandy se llenaron de vida y alegría. No recordaba bien qué había pasado, pero en lo único que quería pensar en ese momento era en que Amanda estaba

a su lado.

Mandy llamó a la doctora y se acercó a él.

—Dilo otra vez, Amanda.

—¿Qué tengo que decir, Daniel?

—Antes escuché decir que me amabas. Repítelo, por favor.

—Te amo Daniel, nunca dejé de hacerlo.

En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció la doctora, rompiendo el mágico momento.

—Bienvenido al mundo de los vivos. ¿Qué tal te encuentras?

—Hola doctora, pues tengo un tremendo dolor de cabeza y apenas puedo recordar por qué estoy en el hospital... Pero respirar, respiro de maravilla —dijo mientras le guiñaba el ojo a Amanda.

—¿Qué es lo último que recuerdas, Daniel?

—Recuerdo un incendio y poco más.

—Bueno, no tiene importancia. Poco a poco recordarás las horas previas al accidente. Ahora sigue mi dedo con tus ojos. —Daniel obedeció—. Bien, eso está muy bien —dijo la doctora, ajena a todo, mientras le hacía un reconocimiento exhaustivo—. Todo está en orden, te quedarás unos días más en observación y si todo sigue evolucionando como hasta ahora, te daremos el alta. Tienes mucha suerte Daniel, podía haber sido mucho peor.

La doctora se marchó recordándoles que era preciso el descanso y la tranquilidad para él. Mandy se acercó al lado de Daniel, le besó dulcemente los labios y miró fijamente esos ojos azules, por los que durante diez largos días había rogado para que se abrieran.

Perdida en ellos estaba, cuando la puerta se abrió muy despacito y una cara de niño asomo por ella.

—Mandy, ¿se puede pasar? —dijo Hugo despacito mientras hacía amago de entrar.

—¿Esa voz que oigo... Es de un petardo granuja que yo conozco? —preguntó Daniel.

Cuando la voz de su tío llegó a sus oídos, Hugo enloqueció de alegría y éste, de un brinco, se colocó encima de Daniel.

—Tío, tío, estás bien, ¡has despertado! —dijo el niño con lágrimas en los ojos, mirando a su madre, que acababa de entrar por las puertas de la habitación.

—¡Mamá, mamá, el tío está despierto, no se fue con papá!

Maribel sonrió y se acercó al lado de la cama, no sin antes darle dos besos a Mandy.

—¡Pero bueno, que sorpresa! Cariño, ya te dije que a tu tío no lo querían allí.

—Un momento —dijo Daniel—. ¿Cómo que tío? ¿Ya no soy papá?

Maribel lo miró divertida.

—No, cuando le dije lo que te había pasado estuvo horas sin reaccionar y, cuando lo hizo, me dijo «Mamá, el tío no se va a marchar» Le pregunte por qué te llamaba tío y me dijo que porque siempre que alguien era su papá, se iba, así que si tú eras su tío, no lo abandonarías jamás.

Daniel miró a Hugo. Éste lo miraba y tocaba como si no creyera que su deseo se hubiera hecho realidad.

—Hugo, cariño, me alegra mucho que me llames tío, pero una cosa quiero que sepas. Papá no te abandonó, él está en un sitio mejor y nos cuida desde allí. No lo olvides nunca.

Siguieron hablando y riendo un largo rato cuando Maribel, dirigiéndose a Mandy, le dijo:

—Mandy, tienes cara de cansada, se te ve pálida, llevas diez días y diez noches sin salir del hospital, necesitas irte y descansar.

—¿Eso es verdad? —preguntó Daniel mirándola.

Ella asintió con una leve sonrisa, la verdad es que estaba cansada y ya hacía unos días que las náuseas habían empezado a aparecer.

—Cariño, te lo agradezco de corazón, pero la verdad es que tu cara pide descanso a gritos. Así que vete, cariño, ve a descansar, yo estaré bien y más

ahora que sé que volverás.

Mandy asintió y dándole un beso dulce se despidió de él hasta esa noche que volvería. Cuando se fue, Maribel le preguntó:

—Bueno, parece ser que todo vuelve a la normalidad. Espero que esta vez sea para siempre.

—Te prometo cuñada que no pienso volver a cagarla. Los días que estuve sin ella fueron un verdadero infierno.

Sam entró por la puerta.

—¿Qué es un infierno? Que yo me entere... ¡¿Qué pasa cabronazo?! ¡Me diste un susto de muerte!

—Hola, Sam, ni loco dejaba yo este mundo, con la de cosas que me quedan pendientes de hacer con la doctora...

Los tres rieron, por fin parecía que todo empezaba a salir bien.

Esa noche, Mandy regresó para quedarse con Daniel, la enfermera entró para darle un tranquilizante, pues eran demasiadas emociones para un solo día y necesitaba relajarse y descansar.

Daniel se lo tomó y poco a poco notó como el sueño le vencía y le acunaba. Se quedó dormido y su última mirada fue para esa mujer que amaba con locura, la única mujer a la que quería ver todos los días antes de dormirse y lo primero que viese al despertar.

A la mañana siguiente, cuando abrió los ojos, le sorprendió que Mandy no estuviera allí. Oyó ruido en el baño y se tranquilizó, pero solo hasta que los ruidos del baño le advirtieron que nada de lo que sucedía allí dentro iba bien. Fue hacia la puerta y llamó con los nudillos.

—Cariño, ¿te encuentras bien? ¿Puedo pasar?

—Sí y no —contesto Mandy—. Sí, me encuentro bien y no, no puedes pasar.

Daniel hizo caso omiso de lo que le había contestado y abrió la puerta, encontrándose a Mandy arrodillada junto al WC, vomitando sin parar.

—¡Te dije que no entraras! —bramó Mandy muy enfadada.

—Y también me dijiste que te encontrabas bien, y no lo estás.

Diciendo esto, cogió una toalla, la mojó y se arrodilló junto a ella, limpiándole la cara con mucho mimo y esmero.

—Amanda, cariño, ¿qué pasa? No puedes estar tanto tiempo sin descansar, estas pálida. Si sigues así caerás enferma y solo quedan cuatro días para la boda de tu amiga. Yo me encuentro bien, mañana voy a pedir el alta voluntaria.

Mandy se echó a llorar. Las hormonas le estaban jugando muy malas pasadas. No se encontraba bien, pero quería estar allí con Daniel, y encima la boda estaba allí ya y ella con unas pintas horribles.

Daniel la abrazó, la levantó con cuidado pero, en ese mismo momento, otra arcada gigante llegó y Mandy se volvió a inclinar para vomitar.

—¡Joder, Amanda! Esto no puede seguir así, voy a llamar a la enfermera, te tienen que ver para que podamos saber por qué estás en este estado.

—¡Espera! —le gritó Mandy—. No llames a nadie...

Daniel se volvió preguntándole:

—¿Por qué? ¿Acaso sabes lo que te pasa?

Mandy se levantó, se enjuagó la boca y salió del baño. Caminó despacio hasta quedar frente a Daniel, lo miró a los ojos y le susurró:

—Cariño, vas a ser papá. Estoy embarazada.

Los ojos de Daniel se abrieron como platos, se pusieron vidriosos de la emoción. Pegó un grito de emoción al tiempo que la cogía en brazos y le daba vueltas.

—¡Daniel! —gritó ella—. Me encanta tu reacción pero tengo que ir al baño otra vez.

La soltó y ésta corrió otra vez al baño. Cuando salió, Daniel la estaba esperando sentado en la cama, le indicó que se acercara y ella obedeció sentándose encima.

Daniel le rodeó la cintura y la retuvo, pegándola a él y hundió la cara en su pecho. Ella le acarició el pelo y sintió como una oleada de ternura la invadía, estaba completamente segura de que Daniel sería el padre perfecto para su

bebé.

—Cariño, me haces el hombre más feliz del mundo. Pero un momento... — dijo cambiando el tono de voz—. ¿Me estás diciendo que estás embarazada y llevas once días durmiendo en ese puto sillón? ¡Pero, Amanda! ¡¿Dónde está tu sentido común?!

Él la miro con una mezcla de enfado y susto que a Mandy le produjo mucha risa.

—Daniel, por Dios no exageres, estoy embarazada no enferma terminal.

Él le dedico una sonrisa de esas que la deshacían y, cogiéndola en brazos, la levantó y la llevo a la cama.

—Voy a pedir el alta voluntaria. Ardo en deseos de hacer el amor a la madre de mi hija.

—¿Cómo que hija? ¿Y si es niño...?

—Sera niña, lo sé y punto. Y no me cambies de tema. Llevo once días en este mundo y soy virgen, así que tendrás que ponerle remedio, doctora.

Él fue a desabrochar el botón de su camisa, pero ella le frenó. Tenía otra sorpresa que enseñarle y ese, desde luego, no era el lugar de mostrársela.

23.

El gran momento había llegado. Amaneció un día espléndido y Mandy se despertó con una gran sonrisa. Se sentía cansada pero llena, llena de amor y de ternura. Se sentía como tocada por la varita de un hada, se sentía la mujer más afortunada del mundo.

Atrás quedaban los miedos, los sinsabores, las noches llenas de ausencias y los despertares llenos de soledad. Ahora lo sabía, sabía que Daniel era su hombre, el padre perfecto para sus hijos. Su compañero, con quién quería envejecer.

Lo miró con ternura, recorrió con la mirada todo su cuerpo, ese cuerpo que la noche anterior le había demostrado que estaba loco por ella. Y sonrió al recordar el momento en que vio la sorpresa que tenía tatuada en su piel.

Se lo había tatuado aún consciente de que no estaría con él, pero lo hizo porque sentía que ella siempre le pertenecería, aún sin estar juntos. Sabía que después de Daniel, no podría haber nadie más.

Habían llegado del hospital aproximadamente a las cinco de la tarde, entraron en casa de Mandy cogidos de la cintura y se habían dirigido hacia el dormitorio, porque los dos estaban ansiando el momento de ese reencuentro carnal, el momento de sellar con besos y caricias todo lo que sus ojos y sus labios se habían estado diciendo hasta ese mismo momento.

Entraron en la habitación y se quedaron de pie, al lado de la cama. Una luz tenue iluminaba la estancia, él le acarició la cara mirándola a los ojos con deseo y devoción. Sabía que Amanda era el amor de su vida, pero desde que sabía que el fruto del amor que se procesaban crecía en su interior, estaba fascinado por aquella mujer, la única mujer a la que elegiría para ser la madre de sus hijos.

Pasó el dedo pulgar por sus labios, al tiempo que ella, con su lengua, seguía el camino de fuego que ese dedo iba dejando.

Él se humedeció los labios y se acercó a los suyos, dándole un toque suave. Ella entreabrió los suyos y fue en ese instante cuando llegó un beso lleno de

deseo, un beso que los atormentaba, un beso que les pedía más profundidad. Se apoderó de ellos un beso que era el comienzo de una demostración de amor más allá de lo carnal.

Mandy gimió de placer cuando él rompió el beso para posar sus labios es su oreja, al tiempo que le susurraba «QUIERO RESPIRAR».

Ella se estremeció. Esas palabras significaban tanto qué oírlas de sus labios la enloquecían, igual que aquella primera vez que las escuchó, hacía ya unos cuantos meses atrás.

Él empezó a desabrocharle la blusa y dejó que ésta resbalara hasta el suelo. Luego le desabrochó el sujetador, se lo quitó, bajó la vista a esos pezones que le volvían loco, esos pezones que eran su tormento y su desesperación, y fue entonces cuando su vista llegó al pezón izquierdo, descubriendo algo que lo dejó sin palabras y sin respiración, sin capacidad de reacción.

Mandy sonrió, sabía que lo había impresionado al igual que sabía que él nunca se hubiera imaginado ver en ella aquel tatuaje.

Daniel contempló la imagen que llegaba a sus ojos. Una mariposa azul posada bajo el pezón. Era la imagen más maravillosa que pudo nunca imaginar...

—¿Te gusta? —preguntó ella al ver que él no articulaba palabra.

—¿Estás loca? ¡No me gusta! ¡Adoro esta mariposa! —Y diciendo esto, deslizó su boca hasta llegar pezón y con la lengua muy despacio, fue rodeando las alas de aquella mariposa, para después saborear ese pezón duro, que le pedía atención a gritos. Lo succionó, lo rodeo con su lengua, lo mordisqueó, para después apiadarse del otro pezón y andar camino con su lengua hacia él, para empezar con el mismo ritual que había realizado con su semejante.

Después, su lengua bajó suavemente por el camino en dirección a su ombligo, el cual rodeó y lamió antes de seguir bajando hacia ese perfecto lugar donde poder saborearla. Amanda le acababa de demostrar tanto, que él no quería quedar atrás y se lo demostraría de la mejor manera que sabía.

Estaba decidido a hacerla sentir la mujer más hermosa, amada y deseada del planeta.

Por eso, se hundió en ella y pudo oír los gemidos de placer cuando su

lengua, con cuidado, abordó su clítoris dándole leves toquecitos, toques que estaban consiguiendo que Mandy tuviera todas las ramificaciones nerviosas de su cuerpo a un nivel de sensibilidad inimaginable... Sabía que cuando el órgano deseado la abordara, iba a ser una experiencia difícil de olvidar.

Mandy sintió la lengua de Daniel en su clítoris, entre sus pliegues, abriéndose camino hacia su interior. A cada movimiento de esa lengua, ella recibía el placer inmenso de saberse deseada y amada por ese hombre tan especial.

Poco a poco, Daniel consiguió que un orgasmo fuera creciendo en el cuerpo de Amanda, un orgasmo que, como la mejor ópera, empezó despacito para, poco a poco, ir subiendo. Subiendo hasta que un grito de placer, seguido de su nombre, salieron de la garganta de ella al tiempo que se retorció presa de un placer desbordante.

Cuando acabó ese largo orgasmo, Daniel levantó la cabeza con una sonrisa de medio lado y, cogiéndola de la cintura, la puso de rodillas. Le dio un pequeño azote, Mandy sonrió y él le dijo.

—Señorita, que sepa usted que se portó muy mal con este pobre policía y por ello deberá recibir su merecido.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es la condena? —preguntó ella.

—Veamos... —dijo él con voz guasona—. Son quince días separados, a dos orgasmos diarios. Señorita... Me debe usted treinta orgasmos, y me pienso cobrar hasta el último.

Y diciendo esto la penetró, cobrándose el primero de los treinta orgasmos que aparecían en la cuenta deudora.

Mandy terminó de arreglarse y salió al salón, donde la esperaba un Daniel espectacular con un traje negro, camisa blanca y pajarita. Ese hombre cada día la volvía más loca.

Cuando ella apareció, él la miró asombrado. La observó con aquel traje verde, largo, con un poco de cola y el pelo recogido. No pudo evitar pensar en el momento en que dejaría caer aquel pelo y quitaría ese vestido, para volver a saborear la mariposa que revoloteaba en su pezón favorito.

Ella le había contado que decidió hacerse el tatuaje porque, desde que él le contara la historia, ya le era difícil ver una y no recordar su amor por él. Y que aunque por aquel entonces no estaba con él, ella seguiría amándolo, siendo ésta el recordatorio de ese sentimiento. Sonrió al recordar que eligió el pezón, pues sabía que era una de las partes de su cuerpo que más loco lo volvían. Y acertó, le excitaba solo pensar en esos pezones duros con ese color rosadito...

Sacudió la cabeza, pues con esos pensamientos, una enorme erección estaba haciendo acto de presencia bajo su pantalón. Se acercó a ella y, dándole un beso en el cuello, le dijo.

—Estás preciosa, me enamoro de ti día a día, minuto a minuto.

Ella sonrió.

—Venga zalamero, que llegamos tarde y tenemos que darle a Pat la sorpresa de que sí vamos.

Pat estaba en la habitación del hotel donde se celebraba su boda con Álvaro. Estaba feliz, no había nada que deseara más en el mundo que casarse con él. Pero que Mandy, su hermana, su amiga, su confidente, no pudiera estar presente ese día tan importante, le entristecía.

Entendía que tenía que estar con Daniel y le alegraba que por fin ese par de cabezotas se hubieran dado cuenta de que estaban hechos el uno para el otro. Pero si era sincera con ella misma, no estaba de acuerdo con su decisión. Había esperado que, al menos ella, se hubiera acercado para acompañarla en un día tan especial.

Mientras Pat seguía pensando, llamaron a la puerta.

—Pasa, Roberto, ya estoy preparada.

La puerta se abrió y apareció Mandy. Cuando Pat la vio se levantó y corrió para abrazarla, con lágrimas en los ojos.

—Mandy, cariño. Gracias, gracias. Sabes lo que deseaba que estuvieras conmigo hoy, gracias.

—Cariño... Pat, no me hubiera perdido este momento por nada del mundo. Sabes que te quiero y quiero que este día sea feliz, el primer día feliz de todos los que han de venir.

En ese momento, se abrió la puerta y aparecieron Ro y Julia, las cuatro se unieron en un emotivo abrazo. Ellas eran amigas, amigas de verdad, amigas para siempre... Se llevaran bien, se llevaran mal, pensaran lo mismo o diferente. Pero lo cierto era que siempre lo superaban todo juntas y así sería para siempre.

—¿Interrumpo? —dijo Roberto, entrando vestido de frac, estaba impresionante.

—Papá —dijo Mandy al tiempo que se tiraba en sus brazos.

—Hola, pequeña, ¿cómo estás, cariño?

—Bien, muy bien. Ahora se puede decir que soy una mujer completa.

Las chicas bajaron al jardín para tomar asiento y esperar a la radiante novia. Álvaro estaba al pie del altar, nervioso, pero seguro del paso que iba a dar. Amaba a esa mujer por encima de todo.

Pat apareció del brazo de Roberto, radiante, preciosa, con una sonrisa de alegría tremenda. Era cierto que no había novia fea, pero Pat estaba impresionante.

La ceremonia fue muy emotiva y bonita, sobre todo cuando, a la hora de los anillos, una monísima Aitana y un elegante Hugo recorrieron la alfombra roja portando los anillos.

Ro, debido a las hormonas lloró y lloró sin cesar al ver a su princesa avanzando por la alfombra roja. Cuando terminó la ceremonia, Daniel se acercó junto a Mandy a los recién casados.

—Pat, estás preciosa. Álvaro es un hombre afortunado. —dijo Daniel dándole dos besos.

—Gracias, Daniel. No sabes el susto que nos diste y lo que me alegro de que podáis estar aquí.

—No me lo habría perdido por nada del mundo, sabes que eres mi mejor amiga —le dijo guiñándole un ojo.

Cenaron entre risas. En la misma mesa estaban sentados Daniel, Mandy, Julia, José, Andrés, Sam, Maribel, Ro y Alberto. Todos lo pasaban muy bien aunque a Mandy no le pasó por alto algo, que en el fondo le hacía gracia al

tiempo que la preocupaba, por eso, en una de las veces que Julia se levantó al baño, ella la acompañó. Una vez dentro, comprobó que no había nadie y le dijo:

—¿Julia, que pasa? ¿Por qué ese ramalazo de mala leche?

—No me pasa nada, solo que ese par de dos me pone de los nervios.

—¿Te refieres a Sam y Maribel?

—Sí, ¿desde cuándo se llevan tan, tan bien?

—Julia... ¿Estás celosa?

—¡No! Lo que pasa es que tanto pasteleo me resulta cargante y artificial, si se piensa ese poli de tres al cuarto que me da celos, lo tiene claro.

—Claro y por eso tienes cara de agriada y estás siguiéndole el rollo a Andrés...

La conversación quedó interrumpida, pues entraron Ro y Maribel, por lo que Mandy salió del aseo, no sin antes enviar una mirada de complicidad a Julia.

De camino al salón, pudo ver a su padre y Daniel hablando y la situación le produjo curiosidad, por lo que se acercó lo más cerca posible sin ser vista, para poder escuchar de qué hablaban. Como pudo, aisló los sonidos en su mente y pudo escuchar como Daniel le decía.

—Roberto, tu hija es el ser más maravilloso de este mundo, estoy loco por ella. Te lo dije aquella vez, solo volvería a su lado si estuviera seguro de que sería capaz de vencer miedos y protegerla, y por eso volví. Después, mis celos lo estropearon todo, pero esos días sin ella me hicieron darme cuenta de que tu hija es mi luz, el aire que respiro y que solo quiero estar a su lado. Por ello, te pido de manera informal su mano, pues quiero que sea mi mujer, la madre de mis hijos y tenerla siempre a mi lado.

—Daniel, si mi hija te quiere, para mí eres el hombre perfecto. Eso sí, cuídamela porque es lo único que tengo.

Mandy, con la boca abierta por haber escuchado esa conversación, se retiró despacio, dejando a los dos hombres de su vida hablando y se dirigió hacia la mesa.

Estando en la mesa, Pat y Álvaro se acercaron. Ella quería regalar el ramo de novia a alguien muy especial, por lo que sorprendió a Mandy acercándose por detrás y entregándole lo que tradicionalmente se llamaba el relevo. La siguiente debería de ser ella.

Daniel se acercó a su oído y le dijo:

—Ahora ya no tienes escapatoria mariposa, cuando te pida matrimonio me tendrás que decir que sí.

Ella lo miró con todo el amor del mundo y con una sonrisa boba, le susurró: «SI QUIERO».

Y se dieron un largo beso como sello del compromiso que acababan de contraer. Julia las reunió a las cuatro, había llegado el momento de hacer una pequeña TERAPIA TEQUILA y celebrar que su pequeña Pat ya era una mujer casada, ahora eran dos contra dos, aunque se preveía que pronto fuera solo Julia la que ostentara el título de soltera.

Se sentaron alrededor de una mesa, con una botella de tequila y tres vasitos, Ro por su estado no podría beber. Julia comenzó a rellenar vasitos y cuando llegó al de Mandy, ésta lo tapó con la mano.

Todas quedaron extrañadas.

—Chicas, lo siento pero no os puedo acompañar.

—Vamos, no me jodas, Mandy... Pero si no has bebido nada en toda la cena, no puede ser que ya vayas del revés. —dijo Julia.

—No, pero no puedo tomar alcohol... Chicas, ¡estoy embarazada!

Las tres soltaron un tremendo grito que hizo que media sala se girase a mirarlas.

—Pero bueno, zorrón, ¿cómo te tenías callada esta noticia? —dijo Pat.

—Ya os dije yo que esos mareos y esa cara de acelga tenía algo escondido... —dijo Ro.

—Joder, Mandy, tú o todo o nada

—Julia, no sé qué decir, hace tan solo quince días no me imaginaba nada de todo esto, pero ha pasado y me siento muy feliz.

—Bueno, pues nada Pat —dijo Julia—. ¡Todo para nosotras!

Llegó el momento del baile y la música empezó a sonar, las chicas bailaban como locas cuando, de pronto, empezó a sonar cierta canción. Mandy comenzó a buscar con la mirada a Daniel, no lo veía, no sabía dónde podía estar hasta que unas manos rodearon su cintura y pegándose a ella le susurró: «QUIERO RESPIRAR».

El mismo escalofrío que la recorrió la primera vez, volvió a recorrerla y sintió que el mundo, en ocasiones, podía ser maravilloso.

Bailaron su canción, se besaron y descansaron, pues Daniel no quería que Mandy se cansara en exceso. Julia seguía bailando como loca, ahora tonteaba bailando con Andrés. Sam estaba de los putos nervios de verla, tenía claro que esa rubia tenía un efecto en él desmesurado.

Comenzó a sonar una canción que a Sam le gustaba y que representaba muy bien lo que había entre esa mujer y él.

Se acercó a ella y comenzaron entre los dos un baile salvaje, una especie de pelea al son de la música y en consonancia con la letra que escuchaban.

NI ME ESCONDO NI ME ATREVO
NI ME ESCAPO NO TE ESPERO
HAGO TODO LO QUE PUEDO
PA QUE ESTEMOS JUNTOS
CADA VEZ ME IMPORTAN MENOS
LOS QUE PIENSEN QUE NO ES BUENO
QUE HAGA TODO LO QUE PUEDO
PA QUE ESTEMOS JUNTOS
MEDICINA ALTERNATIVA
TU SALIVA Y MI SALIVA
ES FÍSICA Y QUÍMICA
NI ME MIRAS NI TE QUIERO
NI TE ESCUCHO NI TE CREO

PERO SIENTO QUE ME MUERO
CUANDO OS VEO JUNTOS
CADA VEZ ME IMPORTAS MENOS
PUES LO DIGO CUANDO BEBO
O QUE SIENTAS QUE ME MUERO
CUANDO OS VEO JUNTOS
MEDICINA ALTERNATIVA
TU SALIVA Y MI SALIVA
ES FÍSICA Y QUIMICA
LA MITAD DE LO QUE HEMOS VIVIDO
HACE MAS RUIDO QUE EL RUIDO DE UN CAÑÓN
Y UN CORAZÓN DE HIELO HERIDO QUE SE DERRITE
EN SU COLCHON...

La tensión sexual que se vivía y se respiraba, mientras los dos se contoneaban y se gritaban la canción, hizo que toda la sala estuviera pendiente de ello.

Cuando la canción estaba en el último trozo, Sam cogió a Julia. Ésta se encontraba desatada y se enroscó a su cintura, empezando a comerse la boca desesperadamente, al tiempo que él la apoyaba en la pared.

Daniel se acercó, el espectáculo estaba bien pero había que pararlo.

—Sam, si quieres comerte a la rubia te aconsejo que te la lleves a una habitación aprovechando que esto es un hotel.

Sam se separó de esa boca que le trastornaba y, sin bajarla de sus brazos, se la llevó de allí.

Se abrió el ascensor, Sam no podía reprimirse más, al lado de esa mujer se convertía en un volcán sin posibilidad de cambio. En cuanto el ascensor se cerró, dio al botón de bloqueo y con una mano sujetó las de ella por encima de

su cabeza, contra la pared, al tiempo que devoraba su boca. Esa boca con la que andaba soñando desesperado. Con la otra mano, subió su vestido, rompió su tanga y libero su erección. Sin dejar de devorarla la penetró mientras en sus cabezas aún sonaba esa canción con la que se identificaban.

Después de un orgasmo arrollador, siguieron unidos frente a frente. Sam la miró y, cuando pudo controlar su jadeante respiración, le susurró:

—Me vuelves loco, me tienes embrujado, por ti haría cualquier cosa que me pidieras.

Julia oyó cómo esas palabras hacían eco en su mente y sintió miedo. Ese miedo le dio el valor necesario para apartarlo de ella, dar al botón de desbloqueo y, mirándolo con una mirada seria y asustada, le dijo:

—No tienes que hacer nada por mí, no te necesito a mi lado, Sam. ¿De verdad pensabas que por un polvo alucinante caería a tus pies? Hasta nunca, Sam...

Diciendo esto se largó asustada. Sam con sus palabras había tocado un rincón de su corazón donde nunca nadie había conseguido tocar. Por eso, se dijo así misma que había llegado el momento de aceptar ese trabajo en Miami.

Se fue dejando a un Sam frustrado, decepcionado y dolido. No comprendía a esa mujer, pero había llegado el momento de olvidarla. Con un puñetazo a la pared, salió del ascensor y se largó.

La fiesta continuó hasta altas horas. Daniel se percató de la cara de cansancio de Amanda, que ya llevaba un tiempo sentada. Se acercó a ella y se sentó enfrente, le cogió un pie, le quitó un zapato y masajeó sus pies cansados y doloridos. Ella gimió de placer, siempre que ese hombre la tocaba producía ese efecto en ella.

—Cariño, estás cansada, creo que deberíamos irnos, nuestro pequeño saltamontes estará ya agotado y los dos necesitáis descansar.

Ella asintió, él, con cuidado, le puso el zapato y la ayudó a levantarse.

Mientras estaban esperando el taxi que habían pedido para regresar a casa, se sentaron en un banco del jardín. Aunque era final de octubre hacía una noche cálida y agradable. Juntos, miraban las estrellas. En ese momento sobraban las palabras, no hacía falta explicar nada porque los dos sabían que

habían encontrado su lugar en el mundo, no sabían lo que el futuro les depararía, pero habían aprendido que fuera lo que fuese lo superarían juntos. Amanda sintió un escalofrío recorrer su columna cuando Daniel dejó un beso sobre su sien, él la abrazó al mismo tiempo que susurró:

—Te quiero, Amanda.

-Fin-

EPILOGO

3 años después. Agosto-Mykonos (Grecia)

Mandy, embarazadísima de ocho meses se encontraba en la terraza de la habitación del hotel. Esa habitación a la que, tal y como le había prometido aquella vez, volverían todos los años.

Y ya hacía tres años de aquello. Tres años en los que había pasado de todo. Después de la boda nadie supo por qué Julia se había largado a trabajar a Miami y Sam había pedido acceso a las fuerzas especiales (Los Geos).

Que Mandy supiese no se habían vuelto a ver más, ni en su boda, pues Julia sí estuvo, pero Sam no pudo llegar a tiempo porque estaba en una misión en Afganistán.

Ro, a los pocos meses de la boda había tenido a Martín, un niño precioso y muy travieso. Ahora estaba embarazada de nuevo camino del tercero, como ella bien decía: la maternidad era un milagro de la vida.

Mandy miró hacia la playa y allí vio a los dos amores de su vida. Era una imagen perfecta, Daniel paseando con su pequeña Irene que recién había cumplido los tres añitos. La niña era la viva estampa de ella pero con el carácter de su padre, al cual adoraba hasta la locura. La adoración era recíproca, porque Daniel bebía los vientos por esa niña hasta el punto de que Mandy, en ocasiones, sentía celos de la complicidad entre ambos.

Al mirar hacia la playa recordó cómo, un año después de su primera vez en la isla, habían celebrado su boda. Una boda íntima, sólo las chicas, Maribel, Raísa, Giorgio y sus padres. La boda transcurrió con todos de blanco y descalzos en la arena, con el sol de última hora despidiéndose y dando la bienvenida a una luna llena espectacular.

Los novios llegaron en una barca, a la orilla de la playa privada. Juntos habían dicho sus votos, tras ellos, llegó el momento espectacular cuando Daniel regaló a Mandy una caja azul y al abrirla, de ésta salieron seiscientas mariposas de todos los colores. Esas mariposas que no podían faltar en tan

gran día, pues ellas ya formaban parte de su historia de amor.

De momento, se abrió la puerta y un torbellino de niña apareció, con sus dos coletas, en dirección a ella.

—Mami, mami... Papi y yo hemos visto una medusa gigante.

Daniel se acercó, dándole un beso y poniéndole una mano en la barriga.

—¿Cómo anda hoy mi pequeño campeón?

—Muy inquieto, lleva toda la mañana moviéndose sin parar.

Irene puso su oreja en la barriga de su madre y volviéndose a su padre le dijo:

—Papi, déjame tu móvil que el hermano quiere bailar.

Daniel le dio a la niña el móvil con la carpeta de las canciones abierta, pulsó play y comenzó a sonar la canción de QUIERO RESPIRAR. La niña pegó el móvil a la barriga de su madre y todos rieron mientras notaban al pequeño Manuel, que se movía al son de la música.

Era media tarde. La niña dormía la siesta mientras Mandy y Daniel estaban en la cama de la piscina tumbados, refrescándose un poco. Estaban los dos desnudos, muy juntos, mientras Daniel observaba a su mujer, tan perfecta... Además, durante el embarazo se ponía más bella, si es que eso era posible.

Sus pechos se habían duplicado, eran una preciosidad y sus pezones... Esos pezones que tanto le gustaban ahora eran grandes y oscuros. Junto con esa mariposa que le recordaba el amor incondicional que ambos sentían. Un amor que crecía con el paso de los meses.

Por fin habían podido superar miedos y heridas, así habían conseguido una concesión increíble. Bajó su vista hacia la barriga redonda, tan redonda que ya no existía ombligo y dónde se encontraba ese niño que estaba por llegar. Los dos habían decidido ponerle el nombre de su hermano.

Continuó bajando su vista, hasta que se paró en su rincón más preciado, ese monte de Venus donde siempre se perdía.

Mandy interrumpió sus pensamientos:

—Si me sigues mirando así, con mis hormonas, el calor y este escenario...

No respondo. Nunca me acostumbrare a esa mirada tuya.

Daniel sonrió al tiempo que le decía.

—No tengo otra manera de mirarte, lo sabes. Desde la primera vez que te vi noté esa fascinación que produces en mí. Soy un hombre afortunado.

Y diciendo esto, empezó a subir su mano desde el tobillo, pasando por su rodilla, recorriendo despacio sus muslos y llegando a ese botón que, con un poco de mimo y esmero, conseguiría que su mujer sintiera un orgasmo intenso y duradero.

Se inclinó ante ella con cuidado, mientras tomaba sus labios, los besaba y mordisqueaba... Un dedo bailaba en el interior y el otro masajeaba su clítoris, con suaves toques que estaban consiguiendo una corriente eléctrica en Amanda, que empezaba el recorrido en el dedo gordo del pie y seguía su ascensión hasta el último pelo de su cabeza. Poco a poco, mimó su cuerpo hasta que consiguió que un orgasmo naciera y recorriera cada parte de su ser, haciéndola gritar su nombre.

Amanda respiraba jadeante e intentaba controlar su respiración cuando se sentó, haciendo que Daniel se recostara. Su gran erección le pedía atención a gritos y había llegado el momento de tomar medidas, iba a devolverle cada minuto de placer que él le había hecho pasar.

Para cuando Amanda hubo acabado, Daniel le cogió la cara con las dos manos y, perdiéndose en esos ojos color chocolate, movió sus labios diciéndole: Te quiero y moriría por ti.

Faltaba unas horas para la cena, Daniel estaba bañando a la niña para luego vestirla cuando Amanda se asomó por la puerta.

Cuando Daniel vio su cara le dijo.

—Amor, que pasa, ¿te encuentras bien?

—Sí, un poco incomoda... Pero sobre todo triste, se que hoy día diecinueve de agosto es nuestro aniversario y estoy aquí de maravilla con vosotros, pero me hubiera gustado este año pasarlo aquí con las chicas y mis padres, tal y como el día de nuestra boda. Además, no sé porque, hoy necesito mucho a las chicas. Envío mensajes y ninguna me los contesta.

Daniel la miró con cariño.

—Amor, ¿por qué no te tumbas a descansar, lees un rato y luego vuelves a intentar hablar con ellas?

Amanda obedeció y, cogiendo su libro electrónico, se dispuso a leer un libro que le habían recomendado. El título le había llamado la atención «NO IMPORTA EL COLOR DEL CIELO». Cuando hablase con las chicas lo recomendaría, estaba segura que les gustaría tanto como aquel que había leído que iba de un guardaespaldas y una estrella de las series de televisión.

Después de leer, Mandy se había quedado dormida, ese día se sentía muy cansada. Daniel se asomó a la habitación, la vio durmiendo y lo agradeció, así podría preparar mucho mejor la sorpresa que le tenía preparada. Una hora antes de la cena, Daniel se acercó hasta la cama y se tumbó al lado de Amanda, dándole pequeños besos en su cuello, le fue susurrando que era la hora de despertar.

Amanda fue despertando poco a poco. No podía ser, se había quedado dormida mientras leía y juraría que había tenido sueños húmedos con el protagonista.

Sonrió a Daniel y éste la ayudó a levantarse y a vestirse.

Cuando estuvieron preparados bajaron los tres, bueno los cuatro, a cenar al restaurante privado en el que Daniel había reservado para que nadie les molestara. Cuando abrió la puerta del comedor privado oyó «¡¡SORPRESA!!» y sus ojos se llenaron de lágrimas cuando vio que allí estaban todos; sus amigas, sus padres, sus griegos favoritos, Maribel, Hugo y hasta Sam...

Comenzó a llorar sin control alguno, por culpa de las hormonas era incapaz de parar. Mandy se volvió hacia Daniel y, dándole un beso largo, se separó y le dijo:

—Soy la mujer más feliz del mundo porque tengo a mi lado al hombre más maravilloso del mundo. TE QUIERO.

Todos se acercaron para abrazarla y besarla. Daniel se sintió orgulloso de esa pequeña pero unida familia que Amanda había llevado a su vida.

Unas horas antes se había producido un encuentro que no se había realizado desde tres años atrás. El temido encuentro entre Julia y Sam. Estaba Julia en la barra del bar tomando un Martini cuando Sam entró y la vio. Todos los

pensamientos y convicciones a los que se había aferrado en estos años se tambalearon cuando la vio allí, en la barra. Tan hermosa como la conocía, aunque algo distinta, no sabría decir qué era lo que le hacía percibir algo diferente, pero la verdad es que así lo sentía él.

Después de tres años intentando olvidarla, recordándola cada noche y comparándola con todas las mujeres que habían pasado por su cama, ahora la tenía allí delante.

Cuando Daniel le llamó comentándole lo de la fiesta sorpresa, sintió vértigo. En lo primero que pensó fue en ver a la rubia, pero después sintió ansiedad por volverla a ver. Despacio, se acercó a ella por detrás y, cuando estuvo a su altura, le susurró:

—¿Qué pasa, rubia?

Cuando Julia escuchó aquella voz se le erizaron todos los pelos del cuerpo. No podía ser... Había llegado el temido momento que, durante tres años, llevaba soñando con que pasara. Cuando en la boda de Mandy se enteró de que no acudiría, se llevó una decepción, aunque le duró poco, pues el griego de danone vecino de Raisa la había hecho olvidar.

Ahora lo tenía tras de ella y se preguntaba: «¿Y ahora qué?» Se giró y quedó frente a frente con él.

—Hombre... poli, eres la última persona a quien esperaba encontrar aquí....

—Veo que el tiempo no suavizó tu puñetero carácter.

—El tiempo me dio mucha experiencia y momentos maravillosos, dudo que tú puedas decir lo mismo.

Julia decidió que por qué no jugar, además, el poli estaba mejor de lo que lo recordaba y un buen polvo, con ese calor, no le vendría nada mal. Ella tomó la iniciativa e hizo el intento de acercar sus labios a los de Sam para besarlos. Éste retrocedió un paso y, mirándola desconcertado, dijo:

—Rubia, no te equivoques. Hubiera hecho cualquier cosa por ti, pero, como verás, uso el tiempo pasado. Ahora ya eres historia, guapa.

Dando media vuelta se largó. Le temblaban las piernas, no sabía cómo había sido capaz de decirle algo así, pero lo cierto era que se sentía

satisfecho. No se iba a dejar embaucar por esa lianta que le había dejado jodido, más jodido de lo que nunca nadie había conseguido.

Julia se quedó boquiabierta, no se podía creer lo que acababa de pasar. Por primera vez en sus treinta y nueve años un tío le había plantado y no había querido sexo con ella. Y encima, ese tipo había sido el puto policía de los huevos.

Pero, ¿que se creía el gilipollas ese? No había nacido quién le hiciera eso a ella. Mejor sería que se atuviera a las consecuencias.

Todo estaba transcurriendo de maravilla, Irene estaba disfrutando con Aitana, Hugo y Martín. Las chicas reían con sus locuras y todos estaban la mar de animados, todos menos Julia y Sam, que se lanzaban unas miradas que no pasaron desapercibidas para nadie.

Justo cuando iban a traer los postres, Mandy sintió un ligero pinchazo y notó como se le mojaban los pies.

—Daniel, amor, acabo de romper aguas...

—Nena, te faltan un par de semanas.

—Pues ya ves, Manuel acaba de decidir que quiere ser griego y no español.

Daniel, nervioso a pesar de no ser padre primerizo, empezó a sudar y, levantando a Amanda como pudo, le pidió a Giorgio que trajera su coche.

Una hora después, estaban entrando por la puerta de urgencias. Era curioso, pensó Mandy, hacía cuatro años entraba por esa puerta para perder el hijo que estaba esperando y justo ahora entraba para tener el hijo que nacería fruto de su amor por Daniel.

Enseguida prepararon a Mandy. Los dolores de las contracciones cada vez eran más intensos por lo que, en cierto momento, Mandy lo cogió del cuello.

—Pide la puta epidural. ¡¡¡¡PERO YA!!!!

—Tranquila cariño, me acaban de decir que te la ponen ya. Respira corazón, tienes que respirar.

—No me digas que respire mientras tenga un dolor que me está partiendo en

dos. ¿Por qué no respiras tú? ¿Tanto que te gusta esa palabra?

Daniel entendía que Amanda estuviera en ese plan borde, era normal con todo lo que tenía que estar pasando.

—Venga, cariño, relaja. Pronto todo habrá pasado.

—Sí, pero que sepas que no vas a volverla a meter, ésta es la última vez que paso por esto. ¡¡¡¿¿¿Entendido???!!!

Daniel sonrió, esas eran justamente las mismas palabras que le dijo minutos antes de nacer Irene.

Aún recordaba el momento en que la niña salió de dentro de su madre, llorando desesperada. Y él la entendía, él lloraría igual si lo arrancaran de esa manera despiadada de su bella Amanda.

Recordó cuando Irene lo miró a los ojos y, en ese mismo momento, supo que aquella niña lo había conquistado para siempre.

—Solo una vez más, Mandy, empuja una vez más y tú bebe estará en este mundo —le dijo el doctor. Mandy, obediente, empujó una vez más.

Ahí estaba, llorando igual que su hermana, llegando a este mundo el pequeño Manuel. Un niño moreno con unos ojos azul intenso como los de su padre.

Amanda miró a Daniel, las lágrimas corrían por las mejillas de ambos.

De nuevo se había obrado el milagro y la vida se había abierto paso, ya tenían con ellos al pequeño Manuel. Daniel cortó el cordón y cogió al bebé en brazos. Le dio su dedo para que el pequeño Manuel lo cogiera y le susurró:

—Manuel, hoy vuelves otra vez a mí. Bienvenido.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi marido por aguantarme en todo este proceso de creación. Por dejar que le robase horas a nuestro día a día para poderlas invertir en este proyecto que era mi sueño. ¡Gracias! Eres la fuente de mi inspiración y lo sabes.

A mis amigas, que fueron las primeras en confiar en mí y en hacerme creer que podía. Gracias a las dos personas que me ayudaron en este complicado mundo de la edición y la publicación, espero no me soltéis de la mano.

Agradecer también a todas mis lectoras anónimas que sois muchas y sobre todo a mis MARIPOSAS de Facebook que ya sois parte de la familia de QUIERO RESPIRAR.

Vuestro apoyo y comentarios hicieron que cumplir este sueño fuera muy gratificante.

Gracias también a las mariposas Maka, Yasnaia y Marissa, que desinteresadamente fuisteis mis ojos para poner cada acento en su lugar.

Gracias a ti que acabas de descubrir esta novela y has dedicado tu valioso tiempo a leerla.

Porque el sueño de cualquier escritor es ser leído y poder regalar al lector un billete para un instante de felicidad.

Ese fue mi propósito al comenzar a escribir.

Gracias.

CHARY CA.

Sobre la autora

Chary Ca, nació en Valencia un 24 de diciembre de 1968.

Nunca me planteé escribir. Me daba vergüenza que la gente lo leyera. Pero como nunca se debe decir de esta agua no beberé. Las circunstancias me llevaron a leer mucho y un día me dije: ¿Por qué no? Y aquí estoy con mi primera novela.

Puedes seguirla en:

<https://www.facebook.com/charyca>

<https://labuhardilladelasmariaposas.blogspot.com.es>

ÍNDICE

[1.](#)

[2.](#)

[3.](#)

[4.](#)

[5.](#)

[6.](#)

[7.](#)

[8.](#)

[9.](#)

[10.](#)

[11.](#)

[12.](#)

[13.](#)

[14.](#)

[15.](#)

[16.](#)

[17.](#)

[18.](#)

[19.](#)

[20.](#)

[21.](#)

[22.](#)

[23.](#)

[EPILOGO](#)

AGRADECIMIENTOS

Sobre la autora